HERÓDOTO

HISTORIA

LIBRO VI

ÉRATO

EDITORIAL GREDOS

HERÓDOTO

HISTORIA

Libro VI ÉRATO

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 39

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por M.ª EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1981.

PRIMERA EDICIÓN, 1981.
2.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 1647-1992.

ISBN 84-249-1477-5. Obra completa.
ISBN 84-249-0086-3. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

LIBRO SEXTO

ÉRATO

SINOPSIS

FIN DE LA REVUELTA JONIA (1-42).

Histieo regresa a Jonia, entrevistándose con Artáfrenes (1).
Intrigas de Histieo en Quíos y Sardes (2-4).
Los milesios se niegan a admitir de nuevo a Histieo, que parte hacia el Bósforo, dedicándose a la piratería (5).
Los persas concentran sus efectivos contra Mileto (6).
Los jonios determinan enfrentarse a los persas con la flota. Batalla naval de Lade (7-17).
Orden de batalla de los jonios (8).
Maquinaciones persas para inducir a los jonios a la defección (9-10).
Los jonios sometidos a duro entrenamiento por Dionisio de Focea (11-13).
Victoria persa gracias a la deserción de parte de la flota jonia (14-17).
Los persas conquistan Mileto, cuyos habitantes son esclavizados (18-20).
Reacción en Atenas ante la noticia (21).
Excurso sobre la migración de los samios a Sicilia (22-25).
Captura y muerte de Histieo (26-30).
Sumisión definitiva de Jonia. Conquistas persas en las islas y el Helesponto (31-33).
Digresión sobre la presencia de Milcíades I y sus sucesores en el Quersoneso (34-41).
Reorganización de la administración persa en Jonia (42).

La primera guerra médica (43-140).

Primera expedición persa contra Grecia (43).
Fracaso de la campaña de Mardonio por el naufragio de la flota en el Atos (44-45).
Darío frustra una posible sublevación en Tasos (46-48).
Ultimátum de Darío a Grecia (48).
Sumisión simbólica de muchos pueblos griegos. Atenas acusa a Egina de traición (49-50).
Digresión sobre la historia contemporánea de Esparta (51-86).
Origen de la doble monarquía en Lacedemonia (51-55).
Privilegios de los reyes espartanos (56-58).
Costumbres espartanas similares a las de otros pueblos no griegos (59-60).
Cleómenes, con el apoyo de Leotíquidas, consigue destronar a Demarato (61-70).
Leotíquidas, rey de Esparta. Su posterior destino (71-72).
Cleómenes entrega rehenes eginetas a Atenas (73).
Descubrimiento del complot urdido contra Demarato (74).
Locura y suicidio de Cleómenes. Versiones sobre las causas de ello (75).
Excurso sobre la sacrílega campaña de Cleómenes contra Argos (76-83).
Versión espartana sobre la locura de Cleómenes (84).
Egina reclama la devolución de los rehenes. Historia de Glauco (85-86).
Guerra entre Atenas y Egina (87-93).

Segunda expedición persa contra Grecia, dirigida por Datis y Artáfrenes (94-95).
Toma de Naxos, las Cícladas —respetando Delos—, Caristo y Eretria (96-101).
Operaciones preliminares a la batalla de Maratón (102-110).
Los persas desembarcan en el Ática (102).
Excurso sobre Milcíades, uno de los estrategos atenienses (103-104).
Atenas solicita ayuda a Esparta (105-106).
La visión de Hipias (107).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
10	ἑωυτοῖσί τε	ἑωυτοῖσι δὲ (A B C).
13, 1	τῶν Σαμίων, ἐνθαῦτα	τῶν Σαμίων ἐνθαῦτα
13, 2	τοὺς λόγους ἐδέκοντο	τοὺς λόγους ἐδέκοντο οἱ Σάμιοι(A B C).
18	ὑπορύσσοντες τὰ τείχεα	ὑπορύσσοντες ⟨τε⟩ τ. τ. (addidit Legrand).
23, 3	τὴν πόλιν [ἑωυτῶν]	τὴν πόλιν ἑωυτῶν
25, 2	[τῶν] ἐν τῇ ναυμαχίῃ	τὴν ἐν τῇ ναυμαχίῃ (Reiske).
32	ἀντὶ εἶναι ἐνορχέας	ἀντὶ ⟨τοῦ⟩ εἶναι ἐνορχέας (addidit Valckenaer).
32	δὶς δὲ ἐπεξῆς	δὶς δέ καὶ ἐπεξῆς (D).
33, 1	εἰσὶ δὲ [αἱ]	εἰσὶ δέ αἱ
35, 1	παιδός, γενομένου	παιδός γενομένου
40, 1	τῶν κατεχόντων πρηγμάτων	τῶν καταλαβόντων πρηγμάτων (A B C).
40, 1	ἔτεϊ τούτων	ἔτεϊ ⟨πρὸ⟩ τούτων (addidit Stein).
40, 2	ἔφευγε [Χερσόνησον]	ἔφευγε ἀπὸ Χερσονήσον (A B).
45, 1	οὐ μὲν οὐδὲ	οὐ μέντοι οὐδὲ (A B C P).
49, 2	ἐπὶ σφίσι ἔχοντας	ἐπὶ σφίσι ἐπέχοντας (A B C).
64	†διὰ τὸ† Κλεομένεϊ	διότι Κλεομένεϊ (Richards).
69, 4	γὰρ [τοὺς δέκα μῆνας]	γάρ τοὺς δέκα μῆνας
73, 1	ὠδώθη	ὠρθώθη (S. Vide quae ad versionem gallicam adnotavit Legrand).

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
76, 2	μετὰ δὲ [ταῦτα]	μετὰ δὲ ταῦτα
102	κατέργοντες	κατοργῶντες (Legrand).
108, 1	[οἱ] 'Αθηναῖοι	οἱ 'Αθηναῖοι
111,3	ἐγίνετο τοιόνδε τι	ἐγένετο τοιόνδε τι (A B C).
125,2	προθύμως, καί	προθύμως· καί
125,4	πλησάμενος χρυσοῦ	πλησάμενος [χρυσοῦ] (secl. Stein).
137,3	φοιτᾶν γὰρ δὴ	φοιτᾶν γὰρ αἰεὶ (A B C P).
138, 1	νεμόμενοι καὶ βουλόμενοι	νεμόμενοι, [καὶ] βουλόμενοι (om. DRSV; delevit Legrand).

Histieo regresa a Jonia

Así fue, en suma, como murió 1
Aristágoras, el autor de la sublevación de Jonia. Entretanto Histieo, el tirano de Mileto[1], se presentó en Sardes con la anuencia de Darío[2]. A su llegada de Susa, Artáfrenes, el gobernador de Sardes[3], le preguntó que cuál era, a su juicio, la razón de que los jonios se hubieran sublevado. Histieo aseguró que no lo sabía y aparentó sorprenderse ante lo ocurrido, como si, de hecho,
no estuviera al corriente de los últimos acontecimientos. Pe- 2
ro Artáfrenes, que conocía la verdadera causa de la sublevación[4], al ver que Histieo estaba fingiendo, le dijo: «Fíjate

[1] Ya que él era el verdadero tirano de Mileto, cargo que había confiado a Aristágoras (que fue su *epítropos;* es decir, su hombre de confianza, su lugarteniente) cuando tuvo que ausentarse de la ciudad ante la llamada del rey Darío (cf. V 30, 2). No obstante, Heródoto denomina, a lo largo del libro V, «tirano» a Aristágoras (cf., por ejemplo, V 49, 1) debido a la animadversión que el historiador sentía hacia los promotores de la sublevación, y particularmente contra Aristágoras. Cf. P. Tozzi, «Erodoto e le responsabilità dell'inizio della rivolta ionica», *Athenaeum* 65 (1977), 127 y sigs.

[2] Cf. V 107. Como puede comprobarse, la división entre los libros V y VI (que data de época helenística, y que tal vez fuera hecha en Alejandría; cf. A. Bauer, *Die Entstehung des herodotischen Geschichtswerk,* Viena, 1878, pág. 5) es puramente arbitraria, ya que no hay solución de continuidad en la narración.

[3] Sobre este sátrapa, cf., *supra,* nota V 93.

[4] Pese a que Artáfrenes tenía sin duda un mayor conocimiento que Darío de los pormenores acerca de la insurrección jonia, al residir en el teatro de las operaciones, la amenaza que dirige a Histieo no debía de

bien, Histieo, la realidad sobre el particular es la siguiente: esta sandalia la has cosido tú y quien se la ha calzado ha sido Aristágoras[5]».

2 En estos términos se expresó Artáfrenes a propósito de la sublevación. Por su parte Histieo, alarmado al sospechar que Artáfrenes estaba enterado de la verdad, a la caída de aquella misma noche huyó en dirección al mar (con lo que consumaba su engaño hacia el rey Darío; pues, pese a que le había prometido conquistar Cerdeña, la isla más grande del mundo[6], trató de ponerse al frente de los jonios en su guerra
2 contra el monarca[7]). Pasó entonces a Quíos[8], pero fue en-

---

estar basada en pruebas evidentes. El sátrapa querría intimidar a Histieo para que se ausentara de Sardes porque, probablemente, no era partidario de una paz negociada con los jonios (cosa que el prestigio político de Histieo entre los sublevados hubiera permitido), por las ventajas personales que la guerra le proporcionaba. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, 546-478 B. C.*, Londres, 1962, pág. 207.

[5] La frase se hizo proverbial en la Antigüedad.

[6] Cf. V 106, 6, y nota V 525. A notar que Heródoto está hablando *propria persona.*

[7] La actitud de Histieo a su regreso de Susa es ambigua y parece acomodarse a la oportunidad del momento; cf. A. Blamire, «Herodotus and Histiaeus», *Classical Quarterly* 9 (1959), 142-154, que presenta una panorámica acerca de las diversas interpretaciones de los críticos sobre la actitud de Histieo. Su presencia, inicialmente, en Sardes (y no en Mileto, como cabría esperar) permite pensar que tenía intención de actuar como mediador en el conflicto, o que deseaba saber si contaba con el necesario apoyo persa para volver a hacerse cargo de la tiranía de Mileto (en contra de los deseos de sus compatriotas; cf. VI 5, 1-2). Sólo cuando ambas posibilidades fracasan, y al no conseguir que los jonios le admitan a la cabeza de sus filas, pasa a actuar por su cuenta (?) en la zona de los estrechos (cf. VI 5, 3). Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books*, N. York, 1973 (= 1895), vol. I, pág. 270.

[8] Entre Quíos y los milesios existían antiguas relaciones de amistad que databan de la primera mitad del siglo VI a. C., cuando los quiotas

carcelado por los quiotas, al suponer los habitantes de la isla que pretendía organizar una revolución en su patria a instancias de Darío[9]. No obstante, cuando se enteraron de todo el asunto —es decir, de que era enemigo del rey—, los quiotas lo dejaron en libertad.

Como es natural, los jonios le preguntaron entonces qué 3 razones había tenido para ordenarle con tanto empeño a Aristágoras que se sublevase contra el rey y para ocasionar tamaña calamidad a los jonios[10]. Pero Histieo se cuidó muy mucho de revelarles el verdadero motivo[11], y les aseguró que el rey Darío había decidido deportar a los fenicios, e instalarlos en Jonia, y hacer lo propio con los jonios en Fenicia, lo cual le había inducido a transmitir aquella orden[12].

---

ayudaron a Mileto en su guerra contra el rey lidio Aliates (hacia 605-560 a. C.), padre de Creso. Cf. I 18, 3.

[9] Los quiotas tenían razones para temer alguna represalia persa, pues habían ayudado a escapar a los peonios procedentes de Frigia (cf. V 98, 4).

[10] Es inverosímil que los jonios (¿una delegación enviada a Quíos?, ¿o los propios quiotas?) se manifestaran en esos términos cuando los sublevados todavía no habían jugado sus últimas bazas (y más aún teniendo en cuenta que Quíos fue la comunidad jonia que mayor número de navíos aportó a la batalla de Lade; cf. VI 8, 1). Como ha demostrado A. French («Topical influences on Herodotos' Narrative», *Mnemosyne* 25 [1972], 9 y sigs.), muchas de las cosas que el historiador cuenta sobre la sublevación jonia y las guerras médicas eran el reflejo de las opiniones de sus contemporáneos.

[11] Es decir que —según el testimonio de Heródoto— había promovido la sublevación para poder escapar de Susa. Cf. V 35, 2-4, y P. B. Meanville, «Aristagoras and Histiaieos. The leadership struggle in the Ionian revolt», *Classical Quarterly* 27 (1977), 80 y sigs.

[12] La práctica de la deportación fue utilizada con frecuencia por el imperio persa (y era usual en las monarquías orientales; cf. *II Reyes* XV 29; XVIII 11 y 32). Cf. IV 204; V 12, 1; VI 20 y 119; y nota V 45.

(Histieo pretendía asustar a los jonios, ya que el monarca en ningún momento había proyectado semejante medida[13].)

4 Poco después Histieo, por mediación de Hermipo, un sujeto natural de Atarneo[14], que actuó como mensajero, envió unas cartas a los persas que se encontraban en Sardes, dado que con anterioridad ya habían mantenido con él conversaciones tendentes a una sublevación[15]. Sin embargo, Hermipo no entregó las cartas a sus destinatarios, sino que
2 se las llevó a Artáfrenes, dándoselas en mano. Este último, entonces, al enterarse de todo lo que ocurría, ordenó a Hermipo que fuera a entregar las cartas remitidas por Histieo a los interesados y que luego le facilitase las respuestas que, por su parte, los persas dirigiesen a Histieo. El complot quedó al descubierto y, con tal motivo, Artáfrenes hizo ejecutar a un elevado número de persas.

5 Pues bien, mientras en Sardes se producía cierto revuelo[16], los quiotas, a petición del propio Histieo, que había visto

---

[13] Esta posibilidad no es rechazada por algunos críticos (cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient. Le Ve siècle (510-403)*, París, 1972, pág. 88). Posiblemente Darío habría recibido quejas por parte de los fenicios, cuya rivalidad marítima y comercial con los jonios había hecho disminuir sus mercados, incluso en el propio Mediterráneo oriental.

[14] Ciudad eolia, en la comarca del mismo nombre, situada frente a Lesbos.

[15] Es posible que, entre los oficiales persas destinados en Sardes, hubiera cierto descontento hacia Artáfrenes, bien por el desastre que los persas sufrieron en Caria en 497-496 a. C. (cf. V 121), y que achacarían a la errónea dirección estratégica de la guerra por parte del sátrapa, o porque eran partidarios de una paz negociada. No obstante, lo más probable es que los persas aludidos no fueran tales, sino lidios que, aprovechando la insurrección de los jonios, deseaban una restauración del antiguo reino de los Mérmnadas.

[16] Es decir, la confusión inherente a las medidas represivas ordenadas por Artáfrenes.

frustrado el plan que abrigaba[17], trataron de repatriarlo a Mileto. Sin embargo los milesios, que estaban encantados por haberse desembarazado ya de Aristágoras[18], no tenían —dado que habían saboreado la libertad— el más mínimo deseo de admitir en su patria a un nuevo tirano. Y, en ese 2
sentido, comoquiera que Histieo intentase, al amparo de la noche, regresar a Mileto por la fuerza, fue herido en el muslo por un milesio. Al verse, pues, expulsado de su patria, regresó a Quíos; y, desde allí, como no lograba convencer a los quiotas para que le proporcionasen naves, pasó a Mitilene y persuadió a los lesbios para que se las facilitasen[19]. Estos últimos equiparon ocho trirremes y zarparon 3
con Histieo rumbo a Bizancio, donde establecieron su base y se dedicaron a capturar todas las naves procedentes del Ponto, a excepción de aquellas cuyas tripulaciones se declaraban dispuestas a seguir las órdenes de Histieo[20].

---

[17] Literalmente: «que había visto frustrada esa esperanza»; la de conseguir que en Sardes estallase una revuelta contra el sátrapa.

[18] Cf. nota V 159.

[19] Prescindiendo de los motivos que pudiera tener Histieo para solicitar los navíos (quizá dedicarse simplemente a la piratería; aunque *vid.* la nota siguiente), la negativa de los quiotas a proporcionárselos se debía tal vez al temor de que los utilizase para intentar un nuevo regreso a Mileto (cf. nota VI 8). El éxito de su petición en Lesbos respondía a la rivalidad existente entre ambas islas por la posesión de la comarca cerealista de Atarneo, en Misia, que era propiedad de los quiotas (cf. I 160, 4; y nota I 394).

[20] Como se dice en VI 26, 1, Histieo y los suyos sólo se dedicaban a apresar los navíos mercantes. Se ha supuesto que el viaje de Histieo al Bósforo tenía por objeto garantizar para los jonios el suministro de cereales, dado que los persas dominaban la zona. Esto coincidiría quizá con la ocupación ateniense de Imbros y Lemnos (cf. VI 140), realizada por Milcíades, probablemente para involucrar a Atenas en la guerra y asegurar así su posición en el Quersoneso (cf. VI 40 y sigs.). *Vid.* G. A. H. Chapman, «Herodotus and Histiaieus' role in the Ionian Revolt», *Historia* 21 (1972), 546 y sigs.

6 *Los persas concentran sus efectivos contra Mileto*

Esto es, en suma, lo que hacían Histieo y los mitileneos. Entretanto, era inminente la llegada de numerosas fuerzas, navales y terrestres, para atacar la propia Mileto, pues los generales persas[21] habían reunido sus efectivos y, con un único cuerpo de ejército, se dirigían contra Mileto, concediendo menos importancia a las demás ciudades[22]. En la flota, por cierto, quienes más ardor demostraban eran los fenicios; y, con ellos, tomaban también parte en la campaña contingentes de chipriotas —que poco antes acababan de ser sometidos[23]—, así como de cilicios y de egipcios[24].

---

[21] Los generales que mandaban las fuerzas terrestres. La estrategia persa, con ocasión de la sublevación jonia, está llegando a su punto final. La primera parte de esa estrategia consistió en sofocar la rebelión en las zonas periféricas: campañas de Daurises e Himayes, en 497-496 a. C., en el Helesponto y la Propóntide (cf. V 117 y 122); campaña de Daurises en Caria, en el mismo año (cf. V 118 y sigs.); y campaña de Artáfrenes y Ótanes, también en 497-496, contra Jonia septentrional (cf. V 123). Una vez conseguida la hegemonía terrestre, los persas pasan a la segunda fase de la guerra: el ataque combinado de todas las fuerzas persas principalmente contra Mileto, el corazón de la revuelta.

[22] Hay que destacar, pese al silencio de Heródoto al respecto, que, en 495 a. C., Lébedos, Éfeso y Colofón ya no figuraban entre los sublevados, lo mismo que ocurría con Caria (cf. VI 20). Y, en 494, fecha de la toma de Mileto, sólo seis ciudades continentales seguían su lucha contra los persas: Teos, Eritras, Focea, la propia Mileto, Miunte y Priene.

[23] En el año 496 a. C. Cf. V 108-115.

[24] Es decir que los persas habían agrupado efectivos de los países de su imperio con mayor poderío naval. Según Heródoto (cf. VII 89 y sigs.), en la segunda guerra médica, Fenicia, Egipto, Cilicia y Chipre figuraban entre las fuerzas de Jerjes con 750 navíos. Sobre los motivos comerciales que los fenicios tenían para desear, más que nadie, la derrota jonia, cf. H. PRINZ, «Funde aus Naukratis», *Klio* 7 (1908), 81 y sigs.

Los jonios determinan enfrentarse a los persas con la flota. Batalla naval de Lade

Tales fuerzas marchaban, pues, contra Mileto y el resto de Jonia. Por su parte los jonios, al tener conocimiento de ello, enviaron a sus delegados al Panionio[25]. Y, a su llegada a dicho lugar, estudiaron la situación y determinaron no movilizar ningún ejército de tierra para enfrentarse a los persas (sino que los propios milesios defendiesen sus murallas), pero sí equipar la flota, sin prescindir de ninguna nave, y, una vez dispuestos sus efectivos, que se reuniera lo antes posible en Lacte a fin de presentar batalla en el mar para tratar de salvar Mileto[26]. (Lade es un islote situado frente a la ciudad de Mileto[27].) 7

Poco después, cuando la flota estuvo aparejada, acudieron allí los jonios; y con ellos lo hicieron también los eolios que habitan Lesbos[28]. Y por cierto que el orden de combate 8

[25] Los delegados *(próbouloi)* formaban parte del consejo para la dirección de la guerra que, con carácter no permanente, se creó con ocasión de la revuelta. Cf. G. Fogazza, «Per una storia della lega ionica», *Parola del Passato* 28 (1973), 155 y sigs. Sobre el Panionio, cf. I 148, 1.

[26] Ya que, de producirse la victoria jonia, Mileto no podría ser bloqueada. Precisamente (y como, según el historiador, había aconsejado Hecateo; cf. V 36, 2), la lección más importante que extrajeron los griegos, de las operaciones militares que tuvieron lugar durante la sublevación jonia, fue que la seguridad helena en el Egeo dependía de su control del mar.

[27] Lade protegía el acceso al mayor de los cuatro puertos que poseía Mileto (cf. Arriano, *Anábasis* I 18 y sigs.). En la actualidad, los aluviones del río Meandro han colmatado el golfo Latmíaco (a orillas del cual se hallaba Mileto), y la isla —que lo seguía siendo en época de Estrabón— se ha convertido en una pequeña colina distante unos 3 km. del mar.

[28] Los eolios de Anatolia habían sido ya sometidos por los persas (cf. V 122). Acerca de las ciudades que no enviaron efectivos, y de los motivos por los que no lo hicieron, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus II*, Oxford, 1968 (= 1928), págs. 67-68.

que adoptaron fue el siguiente[29]: el ala oriental la ocupaban los propios milesios, que aportaban ochenta naves; a su lado figuraban los de Priene, con doce naves, y los de Miunte con tres naves; al lado de estos últimos figuraban los de Teos con diecisiete naves; al lado de los de Teos figuraban
2 los quiotas con cien naves; junto a estos últimos se alineaban eritreos y foceos, aquéllos con una aportación de ocho naves, y éstos con tres; al lado de los foceos figuraban los lesbios con setenta naves; finalmente, el ala occidental la ocupaban los samios, que se alineaban con sesenta naves[30]. La suma total de todos esos efectivos ascendía a trescientos cincuenta y tres trirremes[31].

---

[29] La descripción de los contingentes navales (su disposición respondía tanto a las maniobras que realizaron [cf. VI 12], como a la batalla propiamente dicha, que se demoró por espacio de algunos días), que encontramos en otros pasajes de la obra del historiador (cf. VII 61 y sigs., sobre el ejército de Jerjes; VII 89 y sigs., sobre su flota; VIII 1 y sigs., sobre la flota griega en Artemisio; VIII 43 y sigs., sobre la flota griega en Salamina; IX 28, sobre el ejército griego en Platea), está probablemente inspirada en el famoso *Catálogo de las Naves*, del canto II de la *Ilíada*.

[30] La disposición de las naves (salvo en el caso de Priene y Miunte) es citada en orden geográfico de Sur a Norte. El orden se rompe con los samios, por la probada experiencia marinera de los isleños desde los tiempos de Polícrates. (Cf. III 39, 3-4.)

[31] La cifra es verosímil (el historiador pudo conocerla por los datos que le facilitaran las ciudades en cuestión), pero, como este número es inferior sólo en 18 navíos a la flota griega que operó en el cabo Artemisio (cf. VIII 1), y en 25 a la que luchó en Salamina (cf. VIII 48), se ha pensado que no todas las naves serían trirremes, sino que en el total habría incluido un número indeterminado de penteconteros (sobre ambos tipos de naves, cf., respectivamente, notas III 234 y III 210).

Tal era el potencial de la flota jonia, mientras que el número de las naves bárbaras ascendía a seiscientas[32]. 9

Cuando, por su parte, la flota de los bárbaros llegó a las inmediaciones de Mileto[33], donde ya se encontraban todas

[32] El número es convencional, ya que se repite en las flotas persas que intervinieron en la campaña escítica (cf. IV 87) y en la expedición contra Maratón (cf. VI 95).

[33] Cuando la flota persa se dirigía hacia Mileto, parte de ella debió de dirigirse a Rodas para asegurarse el dominio de la isla; es decir, el flanco sur (ello explicaría, por otra parte, el retraso de los persas en librar la batalla de Lade). Al menos, esto es lo que parece desprenderse del testimonio de la *Crónica* del templo de Atenea en Lindos (que data de época helenística; cf. C. BLINKENBERG, *Lindische Tempelchronick*, Berlín, 1934, págs. 34 y sigs.), donde se dice lo siguiente: «Cuando Darío, rey de los persas, envió numerosas fuerzas para someter Grecia, su flota arribó primero a esta isla. El pánico se apoderó de ella y la gente se refugió en todas las plazas fortificadas, si bien la mayoría lo hizo en Lindos. Los bárbaros sitiaron la ciudad hasta que los lindios, apurados por la falta de agua, pensaron rendirse. Sin embargo, la diosa se apareció entonces en sueños a uno de los magistrados de la ciudad y él le rogó que los ayudara...». (La diosa los auxilió haciendo que lloviera, algo muy raro en verano en esa zona del Egeo.) «Datis zarpó acto seguido hacia su objetivo principal, tras concertar un acuerdo con los sitiados, manifestando: 'Los dioses protegen a estas personas'». Al margen de críticos que niegan la historicidad del relato (cf. U. VON WILAMOWITZ, *Jahrb. Arch. Inst.*, 1913), los problemas fundamentales estriban en la datación del mismo y en la determinación del almirante de aquella flota persa. Ateniéndose a los datos literales de la *Crónica*, ED. MEYER (*Geschichte des Altertums*, IV, 1, Stuttgart, 1896, pág. 306, nota 1) fechaba el hecho en 490 a. C., en los inicios de la primera guerra médica. Sin embargo —y parece lo más probable—, K. J. BELOCH (*Griechische Geschichte*, II, 2, Estrasburgo, 2.ª ed., 1916, págs. 81 y sigs.) supuso que tuvo lugar en 494, poco antes de la batalla de Lade, porque en ese año los persas surcaron por vez primera aguas rodias, mientras que en 490 ya eran dueños de la isla. Por otra parte, y pese a que en la *Crónica* se cita a Datis como jefe de la flota persa, JENÁGORAS asegura que fue Mardonio (cf. F. JACOBY, *Die Frag-*

sus fuerzas terrestres, los generales persas[34], en aquellos momentos —al conocer el número de los navíos jonios—, temieron seriamente no poder derrotarlos y, por consiguiente, no lograr apoderarse de Mileto al no ser dueños del mar, con lo que se exponían a sufrir alguna represalia por
2 parte de Darío. Ante estas consideraciones, reunieron a los tiranos jonios que, al ser depuestos de sus cargos por Aristágoras de Mileto[35], se habían refugiado entre los medos, y que a la sazón figuraban entre los integrantes de la expedición contra Mileto; los generales, repito, convocaron a aquellos tiranos que se encontraban entre los expediciona-
3 rios y les dijeron lo siguiente: «Jonios, en este trance todos debéis hacer gala de vuestra fidelidad a la causa del rey; concretamente, cada uno de vosotros ha de procurar apartar a sus conciudadanos del grueso de la coalición. En vuestras proposiciones, hacedles saber que no sufrirán castigo alguno por haberse sublevado, que ni sus santuarios ni sus posesiones serán pasto de las llamas, y que no estarán en peores
4 condiciones de sumisión de lo que estaban antes. Ahora bien, si no deponen su actitud y se empeñan en presentar batalla, amenazadlos detallándoles sin ambages las calamidades que, indefectiblemente, se cernirán sobre ellos; es decir, que, como secuela de su derrota en la batalla, serán esclavizados, que castraremos a sus hijos, que deporta-

---

mente der griechischen Historiker = *F. Gr. Hist.*, 240), enviado por Datis, y los testimonios epigráficos parecen confirmarlo; cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II, Inscriptions*, Copenhague, 1941, pág. 168.

[34] Pese a que la flota persa estaba integrada por navíos y tripulantes de las cuatro potencias navales súbditas del imperio, a su frente se hallaban militares persas, por lo regular personajes pertenecientes a la familia real (cf. VII 97).

[35] Cf. V 37-38.

remos a sus doncellas a Bactra[36], y que entregaremos su territorio a otras gentes».

Eso fue, en suma, lo que manifestaron los generales 10
persas. Y, por la noche, los tiranos jonios despacharon emisarios para transmitir dicha proposición a sus respectivos compatriotas[37]. Sin embargo, los jonios a quienes, en concreto, se formularon las citadas ofertas, se reafirmaron en su insensato propósito[38] y se negaron a consumar la traición (cada comunidad jonia, por otra parte, creía que los persas les hacían esas proposiciones a ellos solos[39]). Esto es, en definitiva, lo que ocurrió nada más llegar los persas a Mileto.

Poco después los jonios concentrados en Lade man- 11
tuvieron una serie de reuniones[40]; y, ante los asistentes, debieron de hacer uso de la palabra diversos oradores, entre quienes, concretamente, intervino Dionisio, el ge-
neral foceo, que dijo lo siguiente: «No hay duda, jonios, 2
de que nuestro destino se halla sobre el filo de una na-

[36] Ciudad de la región de Sogdiana, en los confines orientales del imperio, cerca de la frontera con los maságetas (aunque también se ha considerado que se refiere, no a una ciudad concreta, sino a la comarca de Bactria en general, situada al sur de Sogdiana).

[37] No a los que permanecían en las diferentes ciudades, sino a los estrategos de los contingentes estacionados en Lade. Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VI*, París, 1948, pág. 11, nota 2.

[38] Cf., *supra*, nota V 519, y L. Solmsen, «Speeches in Herodotus' Account of the Ionic Revolt», *American Journal of Philology* 64 (1943), 200, nota 9.

[39] La tendenciosidad de Heródoto contra los jonios es manifiesta.

[40] Las concomitancias entre los antecedentes de las batallas de Lade y Salamina son notorias (cf. VIII 49, y 56 y sigs.), hasta el extremo de que R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books...*, I, pág. LXVII, consideraba que el desarrollo de ésta sirvió de modelo al historiador para la narración de aquélla.

vaja[41]: nos jugamos ser libres o esclavos; y, en este último caso, ser considerados esclavos fugitivos[42]. Pues bien, si, en esta tesitura, estáis dispuestos a afrontar ciertas penalidades, de momento lo pasaréis mal, pero conseguiréis imponeros a vuestros adversarios y alcanzar la libertad. En cambio, si procedéis con indolencia e indisciplina, no abrigo para vosotros la menor esperanza de que logréis sustraeros al castigo del rey por haberos
3 sublevado. Hacedme caso, pues, y poneos a mis órdenes; que yo os prometo que, si los dioses se mantienen imparciales, los enemigos no presentarán batalla o, si lo hacen, sufrirán una severa derrota».

12 Al oír esto, los jonios se pusieron a las órdenes de Dionisio[43]. Éste hacía que las naves ganaran todos los días mar

[41] La expresión, que se ha hecho proverbial, procede de HOMERO (cf. *Ilíada* X 173). En este pasaje puede vislumbrarse la ironía del historiador (cf. nota V 533), pues los jonios se muestran prontos a la oratoria, como los héroes homéricos (el verbo que significa «hacer uso de la palabra» es de origen épico), pero no tan valientes como éstos.

[42] Para quienes, como es lógico, se reservaban los más duros castigos. De ser derrotados, los jonios serían considerados por los persas esclavos fugitivos, pues se habían rebelado contra el Gran Rey, «que consideraba a jonios y eolios como esclavos heredados...» (cf. II 1, 2).

[43] Dionisio (sobre él, cf. J. S. MORRISON, y R. T. WILLIAMS, *Greek Oared Ships, 900-322 B. C.*, Cambridge, 1968, págs. 135-139) debió de ser nombrado jefe de la flota por los *próbouloi* jonios reunidos en el Panionio (cf. VI 7; fue la última vez que los delegados se reunieron), y no gracias a ese discurso, que puede considerarse histórico sólo como manifiesto de la táctica a seguir. Su nombramiento —dado que el número de naves foceas era exiguo— quizá tuviera como objeto evitar envidias y recelos entre las potencias que más naves aportaban. Cf. C. ROEBUCK, «The Early Ionian League», *Classical Philology* 50 (1950), 37, nota 19: «Naturally, in warfare the more powerful states would have had considerable influence in making decisions so that perhaps the appointment of Phocaeans to executive positions represents a compromise between them or between the Ionian and Aeolian leagues, for Phocaea was the chief port for Aeolian and Lydian trade».

abierto en columna; y, tras ejercitar a los remeros —realizando con las naves la maniobra de evolucionar unas por entre las otras[44]— y adiestrar con las armas en la mano a los soldados de a bordo, mantenían anclados los navíos durante el resto de la jornada, de manera que obligaba a los jonios a trabajar todo el día[45]. Pues bien, por espacio de una semana 2
le obedecieron e hicieron lo que se les ordenaba; pero, a los ocho días, los jonios, como no estaban acostumbrados a sufrir semejantes fatigas, y agotados por la dureza de los en-

[44] Esta maniobra (nuevamente mencionada en VIII 9, en las operaciones del cabo Artemisio, aunque fue empleada por vez primera con efectividad por los atenienses durante la guerra del Peloponeso [cf. Tucíd., II 83; 89; etc.], por lo que se ha supuesto que Dionisio no quería ejercitar a los remeros con finalidad ofensiva, sino defensiva, por si se veía obligado a ordenar la retirada, ya que, en las batallas navales, esta táctica no estaba todavía generalizada; lo normal era que los navíos abordaran al enemigo y que luego la infantería de a bordo pasara a la acción) se llamaba *diékploos*, y consistía en que el barco atacante rompía la línea enemiga pasando a través de dos naves adversarias, procurando romperles los remos, para, acto seguido, virar de bordo a fin de atacar a una de las dos naves por popa o por el costado mas dañado; todo ello requería una gran destreza por parte de los timoneles y los remeros. Para contrarrestar esta maniobra se idearon tres contratácticas diferentes: formar un círculo con las naves disponibles, cuyas proas miraban hacia afuera (cf. VIII 11; y Tucíd., II 83); disponer las naves en doble hilera (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 6, 29-31); finalmente, contar con una segunda línea de naves de reserva. El entrenamiento que Dionisio hacía realizar a las tripulaciones jonias constaba, pues, de tres fases. 1. Salida de las naves a mar abierto en fila india. 2. Disposición de las naves en doble fila frontal. 3. Mutuo *diékploos*.

[45] Dionisio, por lo tanto, no sacaba las naves a tierra por la tarde, tal y como se acostumbraba a hacer en los campamentos navales, sino que, tras la instrucción de la mañana, mantenía a los marinos a bordo, realizando diversos servicios y sin que pudiesen marchar a la ciudad.

trenamientos y los rigores del sol[46], empezaron a murmu-
3 rar entre sí en los siguientes términos: «¿A qué divinidad hemos ofendido para tener que soportar estas penalidades? Desde luego, estábamos locos, estábamos fuera de nuestros cabales, cuando nos pusimos a las órdenes de un foceo charlatán, que sólo coopera con tres naves[47]; porque, desde que se ha hecho cargo de nosotros, nos mortifica con implacables atropellos, hasta el punto de que muchos de nosotros han caído ya enfermos[48] y otros muchos se hallan expuestos a sufrir la misma suerte. Antes que seguir con estas calamidades, es preferible, por nuestro propio bien, sufrir cualquier otra cosa, incluso arrostrar la esclavitud que nos espera, sea la que sea, en lugar de continuar siendo víctimas de la actual[49]. ¡Ea, en lo sucesivo rehusémonos a obedecerle!».

---

[46] Los jonios se quejan del calor porque la batalla de Lade se libró a principios del verano del año 494 a. C. Cf. R. van Compernolle, «Sur la date de la bataille navale de Ladè», *L'Antiquité Classique* 17 (1968), 24 y sigs.

[47] La escasa contribución de Focea —la gran colonizadora del Mediterráneo occidental— es debida a que todavía no se había recuperado de la masiva emigración de sus moradores con ocasión de la campaña de Hárpago contra la ciudad (cf. I 164-167).

[48] Probablemente de malaria, ya que, tanto en Asia Menor como en el área egea, esta enfermedad era muy frecuente en el siglo v a. C., tal y como denota el *Corpus Hippocraticum*.

[49] En este pasaje puede vislumbrarse otra muestra de la tendencia antijónica de Heródoto (cf. A. Hauvette, «Hérodote et les joniens», *Revue des Études Grecques*, 1888, págs. 257 y sigs.). Ciertamente, en su época, los jonios se caracterizaban por su molicie y por ser poco amigos de trabajos y fatigas; pero es un anacronismo suponer lo mismo para los de comienzos del siglo v a. C., como lo demuestran los seis años de resistencia de los sublevados frente a Persia, y las campañas de Egipto, Escitia y otras, en las que los jonios intervinieron, comportándose con bravura.

Tales eran los comentarios que hacían; y, desde aquel 4 mismo instante, nadie quería obedecer sus órdenes; todo lo contrario, como si constituyeran un ejército de tierra, plantaron tiendas de campaña en la isla y se dedicaron a gozar de la sombra, negándose a embarcar en las naves y a efectuar maniobras.

Al advertir la actitud que adoptaban los jonios, fue 13 cuando los generales samios decidieron aceptar, a instancias de Éaces, hijo de Silosonte[50], la proposición que he citado y que, por orden de los persas, les había hecho llegar poco antes dicho sujeto, rogándoles que abandonaran la coalición jonia; los samios, repito, decidieron aceptar la proposición, al ver la gran indisciplina que reinaba entre los jonios[51]; pero es que, además, se les antojaba realmente imposible lograr imponerse al poderío del rey, pues, en su fuero interno, sabían perfectamente que, aun cuando consiguieran vencer a la flota anclada en las inmediaciones, arribaría para hacerles

---

[50] El hermano de Polícrates, que fue expulsado de Samos por este último (cf. III 39, 2) y que recuperó la tiranía de la isla, a la muerte de Polícrates, gracias a su amistad con Darío (cf. III 139 y sigs.). Éaces (que se llamaba igual que su abuelo; cf. nota III 205) sucedió a su padre en la tiranía contando con el apoyo persa. Heródoto no precisa si la proposición de desertar fue presentada de nuevo por Éaces inmediatamente antes de librar la batalla, o si los samios se atuvieron a la referida en VI 9.

[51] Entre quienes se contaban los propios samios. El historiador trata de justificar la conducta de los samios (quizá el relato de la batalla de Lade procede en gran medida de fuente samia) por el apego que sentía hacia la isla, donde había estado refugiado hacia 468-467 a. C. (cf. Eusebio, *Chron.: Ol.* 78, 1; F. Jacoby, *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* [= *R. E.*], *s. v. Herodotos*, Suppl. II, Stuttgart, 1913, col. 229; y A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, pág. 13), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de la patria de Heródoto, Halicarnaso, y en la que éste debió de estar involucrado.

2 frente otra cinco veces superior[52]. Así pues, en cuanto vieron que los jonios se negaban a cumplir con su deber, contaron con un pretexto[53] y se consideraron muy afortunados por poder salvar sus santuarios[54] y sus posesiones. (Por cierto que Éaces, el sujeto cuya proposición aceptaron los samios, era hijo de Silosonte, el hijo de Éaces. Y, en su calidad de tirano de Samos, se había visto privado del poder, igual que los demás tiranos de Jonia, por obra de Aristágoras de Mileto[55].)

14 Pues bien, en el momento en que los fenicios zarparon para romper las hostilidades[56], los jonios, por su parte, hicieron que sus naves ganaran mar abierto en columna a fin de hacerles frente. Y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los efectivos de una y otra flota pasaron al ataque. A partir de ese instante, no puedo precisar con exactitud qué contingentes jonios se comportaron cobarde o valiente-

---

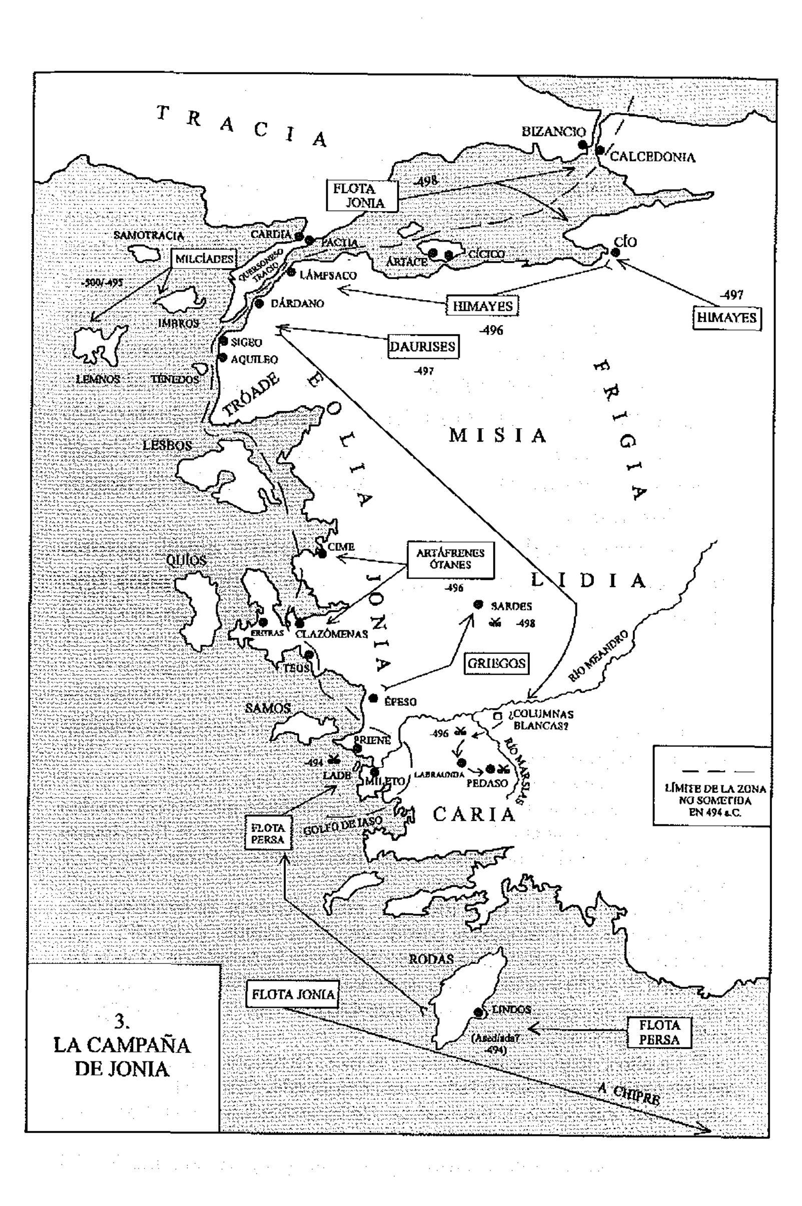
[52] Una evidente exageración, ya que, por ejemplo, la flota de Jerjes en la segunda guerra médica ascendía a 1.207 navíos, cf. VII 89 (cifra que se reducía a 830 descontando los contingentes navales griegos y carios que figuraban en la armada persa).

[53] Para poder desertar aceptando la proposición de los persas. En Heródoto el término «pretexto» (= *próphasis)* puede significar tanto un pretexto justificado como injustificado. Cf. L. Pearson, «Prophasis. A clarification», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 103 (1973), 381 y sigs.

[54] Entre otros, el famoso *Hereo*. Cf. nota III 311.

[55] Cuando abolió la tiranía en las ciudades griegas sublevadas. Cf. V 37, 2.

[56] Los bárbaros (se cita sólo a los fenicios por ser los que más efectivos aportaban a la flota persa y, de paso, los mayores enemigos de los jonios) debieron de atacar cuando ya se les había unido el contingente que operó en Rodas (cf. nota VI 33), y al tener conocimiento de que los samios estaban dispuestos a traicionar a los jonios.



3.
LA CAMPAÑA DE JONIA

mente en el curso de dicha batalla naval, ya que se acusan
2 unos a otros. Pero, según cuentan, fue entonces cuando los samios, conforme a lo estipulado con Éaces, izaron velas[57] y abandonaron la formación poniendo rumbo a Samos, a excepción de once navíos, cuyos *trierarcos* permanecieron en sus puestos y tomaron parte en la batalla, desobedecien-
3 do las órdenes de sus estrategos[58]. (Precisamente, para conmemorar su gesto, el gobierno samio[59] les concedió, en reconocimiento a su arrojo, el honor de que sus nombres y los de sus padres[60] figurasen inscritos en una estela; estela que se halla situada en el ágora[61].) Entretanto, cuando los lesbios vieron que sus vecinos[62] emprendían la huida, imitaron a los samios; y otro tanto fueron haciendo también la mayoría de los jonios.

15 De entre aquellos que, durante la batalla naval, permanecieron en sus puestos, quienes salieron peor librados fueron los quiotas, ya que llevaron a cabo gloriosas gestas y

[57] Para escapar, ya que en el curso de las batallas los trirremes evolucionaban a golpe de remos.

[58] El *trierarco* (compuesto bitemático de *triḗrēs*, «trirreme», y *árchein*, «mandar») era el capitán de una nave; mientras que, con el término *estratego*, se designaba a los jefes militares del ejército o la flota (como en este caso), o a altos magistrados con funciones de este carácter (cf. V 38, 2).

[59] Probablemente los once trierarcos eran miembros de la aristocracia samia, opuesta a los filopersas partidarios de la tiranía. La medida aquí citada por el historiador debió de adoptarse tras la batalla de Mícala (librada en 479 a. C.) y la liberación de Samos, donde el gobierno estuvo en manos de los aristócratas al menos hasta 440 a. C. (cf. Tucíd., I 115).

[60] Cf., *supra*, nota III 10.

[61] La plaza mayor de la ciudad de Samos. Heródoto debió de ver personalmente la estela durante su estancia en la isla. Cf. B. M. Mitchell, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), 75 y sigs.

[62] Sus vecinos en la formación naval, no geográficamente (cf. VI 8, 2).

no dieron muestras de una premeditada cobardía[63]. Como ya he indicado anteriormente, los de Quíos habían aportado cien naves, a bordo de cada una de las cuales figuraban cuarenta soldados de élite[64] reclutados entre los ciudadanos. Pues bien, al ver que la mayor parte de los aliados deserta- 2
ban, se negaron a imitar a aquellos cobardes por considerarlo una vileza; y, pese a que los habían dejado solos, apoyados por un exiguo número de aliados[65], prosiguieron la lucha maniobrando por entre las líneas enemigas, hasta que, tras haber capturado numerosas naves del adversario[66], perdieron la inmensa mayoría de las suyas. En ese momento, los de Quíos, con las naves que les quedaban, abandonaron aquellas aguas con rumbo a su patria.

---

[63] Este aserto se halla en contradicción con lo manifestado en el capítulo precedente sobre la imposibilidad de precisar la conducta de los jonios en la batalla. Acerca de los posibles motivos de esta contradicción, cf. nota VI 51.

[64] Soldados de infantería de marina. Como el número de los mismos en las naves persas que libraron la batalla de Salamina era de treinta, y en las atenienses de dieciocho (cf. Plutarco, *Temístocles* 14), mientras que, en tiempos de la guerra del Peloponeso, la cifra se redujo a diez, la presencia de cuarenta soldados (al margen de los remeros) a bordo de las naves jonias parece evidenciar que, en la batalla de Lade, se combatió con arreglo a la táctica del abordaje (cf. Tucíd., I 49). De ser ello así, la referencia a la maniobra del *diékploos* con carácter ofensivo (cf. nota VI 44) sería en esta época un anacronismo.

[65] La afirmación parece exagerada, ya que hay que suponer que los milesios (dado que del resultado de la batalla dependía la salvación de la ciudad) no desertaron. Y, por proximidad geográfica, los de Miunte y Priene también debieron de enfrentarse a los persas, de manera que más de la mitad de la flota jonia habría participado en el combate.

[66] Es decir, tras haberlas abordado y destruido, pues no pudieron llevárselas como botín. La alusión a que los navíos quiotas evolucionaron por entre las líneas enemigas quizá no responda a la puesta en práctica de la maniobra del *diékploos*, sino a un intento por escapar del cerco de las naves adversarias.

16 Ahora bien, todos aquellos quiotas cuyas naves, debido a los daños sufridos, se hallaban averiadas, ante la persecución de que fueron objeto, se refugiaron en Mícala[67]. Acto seguido, abandonaron en dicho lugar sus navíos, tras haberlos hecho encallar, y emprendieron el regreso a pie a
2 través del continente. Pero he aquí que, durante el viaje, cuando los quiotas irrumpieron en el territorio de Éfeso[68] (como llegaron a la citada región de noche y, además, lo hicieron mientras las mujeres del lugar estaban celebrando las Tesmoforias[69]), los efesios, que todavía no se hallaban al corriente de la suerte que habían corrido los de Quíos, al ver que un grupo armado había irrumpido en su territorio, plenamente convencidos de que se trataba de una banda de ladrones y de que iban a por sus mujeres, acudieron en tropel

[67] Promontorio montañoso de la costa jonia, situado frente a la isla de Samos (cf. I 148, 1). Los quiotas debieron de escapar del golfo Latmíaco a primeras horas de la tarde y cruzar el estrecho de Trogilio (que tiene unos dos km. de anchura y separa Samos del continente) antes de que los vientos etesios (cf. nota II 80) comenzaran a soplar, lo que impedía surcar el estrecho a media tarde procediendo del Sur (Mícala está situado a unos 30 km. al NO de Lade).

[68] Zona que tenían que atravesar para poder regresar por tierra hasta su patria. Los quiotas tendrían pensado remontar la costa de Anatolia hasta Eritras y, desde allí, pasar a Quíos. Éfeso se halla situada a unos 40 km. al NE de Mícala.

[69] Fiestas de carácter agrario en honor de Deméter (a quien se atribuía la introducción de la agricultura entre los humanos), que se celebraban, generalmente en otoño —aunque las fechas podían variar según los lugares—, en casi todas las regiones del mundo griego, y que estaban reservadas exclusivamente a las mujeres (en Atenas, por ejemplo, sólo a las mujeres casadas de recta conducta). La principal finalidad del festival pretendía conseguir la fertilidad para el trigo que iba a ser sembrado. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion*, I, Múnich, 1961 (= 1950), págs. 461-466.

a socorrerlas y acabaron con los quiotas. Tal fue, en suma, el triste sino de que fueron víctimas dichos sujetos.

Por su parte, el foceo Dionisio, al percatarse de que la 17
causa de los jonios estaba perdida, se hizo a la vela, después de haber capturado tres naves enemigas, pero no con rumbo a Focea —pues sabía perfectamente que dicha ciudad, al igual que el resto de Jonia, iba a ser esclavizada—, sino que, con los efectivos de que disponía y sin perder un instante, puso proa a Fenicia[70]. En aquellas aguas hundió varios *gaulos*[71], haciéndose con un cuantioso botín, y, posteriormente, se dirigió a Sicilia, donde estableció su base y estuvo dedicado a la piratería en detrimento de cartagineses y tirrenos[72], pero no de los griegos.

---

[70] En una zona muy próspera, por el intenso tráfico comercial de las ciudades del litoral fenicio, y donde el enemigo no esperaría que pudiese actuar. Dionisio, pues, contaba con seis navíos de combate: los tres con que había acudido a Lade (cf. VI 8, 2) y los tres capturados al adversario.

[71] El *gaulo* era un navío fenicio de carga (cf. Hesiquio, *s. v.)* que recibía ese nombre a partir de la raíz semítica *gôl-*, que significa «algo redondo» (para otra interpretación, cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 16, nota 2). Los barcos de carga también se llamaban «redondos», porque su casco tenía una manga bastante superior a la de los navíos de guerra y una eslora inferior —por eso estos últimos recibían el nombre de «navíos largos»—; todo ello en función de la finalidad de cada tipo de embarcación, ya que la sentina de los mercantes tenía bastante más capacidad. Cf. J. Rougé, *La marine dans l'Antiquité*, París, 1975, págs. 83 y sigs.

[72] Los etruscos (a quienes Heródoto denomina *tirsenos*, en dialecto jonio). En esta época dedicarse a la piratería no significaba el menor desdoro (cf. Tucíd., I 5, y H. A. Ormerod, *Piracy in the Ancient World*, Londres, 1924). Es más, Dionisio aparecía como un patriota al no atacar a los navíos de sus connacionales y sí a los de Cartago y Etruria, que mantenían un intenso tráfico comercial en aguas sicilianas.

Los persas conquistan Mileto, cuyos habitantes son esclavizados

18 Tras haber vencido a los jonios en la batalla naval, los persas sitiaron Mileto por tierra y por mar, minaron las murallas, emplearon toda suerte de ingenios militares[73] y, cinco años después de la rebelión de Aristágoras[74], se apoderaron enteramente[75] de la ciudad, reduciendo a sus habitantes a la condición de esclavos, con lo que el desastre vino a dar la razón al oráculo que se había referido a Mileto.
19 Resulta que, en cierta ocasión en que los argivos estaban formulando una consulta en Delfos a propósito de la salvación de su ciudad[76], recibieron un oráculo de más amplio contenido, ya que, si bien el vaticinio hacía alusión a los argivos propiamente dichos, la respuesta oracular incluía una predicción dirigida a los milesios. En fin, el vaticinio relati-
2 vo a los argivos lo citaré cuando, en el curso de mi narración, llegue al pasaje correspondiente[77]. Por su parte, las

---

[73] Cf. nota V 545.

[74] En el otoño del año 494 a. C. Cf. N. G. L. HAMMOND, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 (1955), 385 y sigs.

[75] En el texto griego aparece una expresión de origen homérico (cf. *Ilíada* XIII 772; XV 557) que significa, literalmente, «desde la parte alta», es decir «de arriba a abajo». Posteriormente, y referido a la toma de ciudades (cf. TUCÍD., IV 112), pasó a indicar la conquista de una plaza, incluida la acrópolis.

[76] Que se veía amenazada por la enérgica política exterior desarrollada por Cleómenes I de Esparta. Cf. ED. WILL, *Le monde grec et l'Orient...*, págs. 57 y sigs. La consulta de los argivos pudo tener lugar en verano del año 494 a. C., si se admite el sincronismo entre el final de la sublevación jonia y la guerra entre Esparta y Argos (no obstante, se han propuesto diversas cronologías). Cf. H. W. PARKE y D. E. W. WORMELL, *The Delphic Oracle*, Oxford, 1956, I, pág. 175.

[77] Cf. VI 77, 2.

palabras del oráculo referentes a los milesios —que no se encontraban presentes[78]— rezaban como sigue:

«Y justo entonces, tú, Mileto, artífice de inicuas vilezas,
de muchos serás festín y espléndida presa.
Tus matronas lavarán los pies a muchas gentes intonsas,
y de nuestro templo en Dídima[79] *se ocuparán otras perso-*
[nas[80]*».*

Pues bien, precisamente por estas fechas fue cuando esas calamidades se abatieron sobre los milesios: la inmensa mayoría de los hombres fueron asesinados por los persas, un pueblo que lleva el pelo largo[81]; las mujeres y los niños pasaron a engrosar el número de sus esclavos; y el santuario 3

[78] Resulta insólita una respuesta oracular sin una pregunta previa. Esto ha hecho suponer (cf., sin embargo, J. Wells, *Journal of Hellenic Studies* 25 [1905], 194 y sigs.) que Mileto pudo solicitar la ayuda militar de Argos ante el inminente asedio de que iba a ser objeto y que los argivos, ante los riesgos que entrañaba enviar un destacamento a Jonia, cuando el peligro espartano era evidente, se limitaron a prometer que consultarían al oráculo —cosa que hicieron— si, para la seguridad de su ciudad, sería recomendable enviar ayuda a los jonios.

[79] Localidad del territorio de Mileto, situada a unos 12 km. al sur de la capital, donde se alzaba un templo en honor de Apolo, a cuyo cargo se hallaba la familia de los Bránquidas (Heródoto suele llamar a este templo «el de los Bránquidas»; cf., por ejemplo, I 47, 2). Cf. L. Rocchetti, *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e Orientale,* Roma, 1959, II, pág. 164.

[80] Este oráculo, tan claro y tan hostil hacia Mileto, parece implicar una condena a la sublevación jonia, que precisamente se había fraguado en esa ciudad (centro, por otra parte, de la especulación jonia, que minaba las creencias tradicionales, y poseedora de un afamado santuario consagrado a Apolo; todo lo cual no debía de ser del agrado de los sacerdotes delfios que, además, siempre consideraron invencible al rey persa; cf. VII 140). Cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote,* París, 1956, págs. 175-179.

[81] Cf. Esquilo, fr. 773, H. J. Mette, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos,* Berlín, 1959 (y *vid.* los relieves de Persépolis).

de Dídima, tanto el templo como la sede del oráculo, fue saqueado e incendiado[82]. (A los tesoros de dicho santuario he aludido varias veces en otros pasajes de mi obra[83].)

20 Acto seguido, los cautivos milesios que quedaron con vida fueron conducidos a Susa[84]. El rey Darío, entonces, no les causó el menor daño, limitándose a instalarlos a orillas del mar que recibe el nombre de Eritreo[85], en la ciudad de Ampe, en cuyas inmediaciones desemboca en el mar el curso del río Tigris[86]. En cuanto al territorio de Mileto, los persas conservaron en su poder la ciudad y sus alrededores, así como la llanura, y concedieron la posesión de las tierras altas a los carios de Pedasa[87].

---

[82] En las excavaciones realizadas en Susa se ha encontrado un astrágalo de bronce, con una inscripción bustrofédica de comienzos del siglo VI a. C., indicando que se trata de una ofrenda votiva a Apolo Didimeo. El astrágalo, sin duda, formaba parte del botín que los persas se llevaron de Mileto a Susa. Cf. B. HAUSSOULLIER, «Offrande à Apollon Didyméen», *Memoir. de la Delegat. de Perse* 7 (1905), 155 y sigs.; y A. J. REINACH, «Bulletin épigraphique», *Revue Études Grecques* 20 (1907), 92.

[83] Cf. I 46, 2; 92, 2; 157 y sigs.; II 159, 3; y V 36, 3.

[84] La deportación de los milesios no debió de afectar a toda la población de la ciudad, dado que, en 479 a. C., entre las fuerzas persas que tomaron parte en la batalla de Mícala, figuraban contingentes milesios que se sublevaron contra los persas (cf. IX 99 y 104). Con todo, Mileto no volvió a alcanzar la pujanza de que gozó con anterioridad a la revuelta de Jonia.

[85] En este caso el mar Eritreo (sobre su extensión para el historiador, cf. nota I 2) hace alusión al Golfo Pérsico.

[86] Ciudad no localizada con exactitud (PLINIO, *Hist. Nat.* VI 28, la denomina Ampelone), situada quizá en las proximidades de la posterior Alejandría Antioquea. En época de Heródoto el Tigris y el Éufrates desembocaban en el Golfo Pérsico separadamente.

[87] Ciudad de Caria situada a unos 5 km. al N de Halicarnaso. Es posible que Pedasa fuera una de las ciudades carias que se sometieron voluntariamente a los persas (cf. VI 25, 2), y que éstos quisieran recompensar su gesto. No obstante, sobre esta ocupación caria del terri-

Reacción en Atenas ante la noticia

21 Y por cierto que, ante las desgracias de que fueron víctimas los milesios a manos de los persas, los sibaritas —que, por haberse visto despojados de su ciudad, residían en Lao y Escidro[88]— no les mostraron la debida gratitud; pues, cuando Síbaris cayó en poder de los crotoniatas[89], todos los milesios adultos se raparon la cabeza y se impusieron un luto riguroso (de hecho, estas dos ciudades han sido, que nosotros sepamos, las que más estrechos lazos de amistad han mantenido entre sí[90]).

2 Bien distinto fue el comportamiento de los atenienses. Estos últimos, en efecto, pusieron de relieve, de muy diversas maneras, el gran pesar que sentían por la toma de Mileto; y, concretamente, cabe señalar que, con motivo de la

---

torio de Mileto, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 71.

[88] Antiguas colonias de Síbaris, que debieron de recibir a los sibaritas exilados, situadas en la costa tirrénica de Lucania (cf. Estrabón, VI 1, 1). Ambas distaban entre sí unos 10 km., y se hallaban a unos 100 km. al sur de Elea, la posterior Velia. Cf. J. Bérard, *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'antiquité*, París, 1957, págs. 146-147.

[89] Cf. V 44, y nota V 190.

[90] La amistad existente entre Síbaris y Mileto se debía a motivos comerciales (cf. Ateneo, XII 519b). Los sibaritas importaban a Italia lanas jonias (de ello se encargaban navíos milesios) y luego transportaban las mercancías por tierra hasta Lao y Escidro —con lo que evitaban la larga travesía que representaba costear el Brucio y el peligro del estrecho de Mesina—, desde donde se comercializaban a Etruria. La colonia panhelénica de Turios, creada por Pericles aprovechando una idea concebida al parecer ya por Temístocles (cf. VIII 62; Plutarco, *Temístocles* 32), pudo haber sido un intento ateniense para reavivar estos antiguos lazos comerciales. Cf. V. Ehrenberg, «The foundation of Thurioi», *American Journal of Philology*, 1948, págs. 149 y sigs.

puesta en escena de *La toma de Mileto,* drama que compuso Frínico[91], el teatro se deshizo en llanto, y al poeta le impusieron una multa de mil dracmas[92] por haber evocado una calamidad de carácter nacional; además, se prohibió terminantemente que en lo sucesivo se representara dicha obra[93].

---

[91] Tragediógrafo ateniense (vivió hacia 540-470 a. C.) que, según la tradición, fue con Tespis uno de los creadores de la tragedia (aunque Platón, *Minos* 321a, declara que este tipo de poesía dramática ya existía en Atenas con anterioridad). Su primera victoria en los festivales dramáticos se produjo entre 511 y 508 a. C. (cf. Suda, *s. v.).* La pieza aquí aludida, *La toma de Mileto,* debió de ser representada en las Grandes Dionisias de 492, actuando Temístocles como *corego* (algo así como el empresario de una obra teatral), siendo probablemente la primera vez que se ponía en escena, como tema de una tragedia, un hecho contemporáneo (acción que volvió a repetir en 476 con *Las Fenicias,* donde —como en *Los Persas* de Esquilo— trataba de la derrota de Jerjes; cf. Plutarco, *Temístocles* 5). Según la Suda, fue el primer poeta trágico que utilizó en escena personajes femeninos (es decir, con máscaras que representaban a mujeres). Cf. A. W. Pickard-Cambridge, *Dithyramb, Tragedy and Comedy,* Oxford, 1962, 2.ª ed. revisada por T. B. L. Webster, págs. 63 y sigs.

[92] Lo que equivalía a unos 4,32 kg. de plata, según el sistema de pesos monetarios atenienses (en tiempos de Pericles, un obrero especializado ganaba aproximadamente una dracma diaria). La multa (cf., además, Estrabón, XIV 1, 7; Eliano, XII 17; Plutarco, *Moralia* 814; Libanio, I 506; Amiano Marcelino, XXVIII 1), que sin duda tenía una causa política, pudo basarse en la impiedad del poeta por haber tratado, en un festival sacro, temas humanos.

[93] Por la crítica que representaba para los políticos que habían decidido apoyar a los jonios sólo con veinte naves (cf. V 97, 3) y que luego habían hecho que se retiraran, abandonando a los sublevados a su suerte. Es muy posible que la política de los Alcmeónidas hubiera tenido que ver con ello. Cf. F. Galli, «Aspetti della politica interna ed estera degli Alcmeonidi», *Quaderni Urbinati* 11 (1971), 65 y sigs.

Excurso sobre la migración de los samios a Sicilia

Mileto, en suma, quedó desierta de milesios[94]. Entretanto, a los hacendados samios no les agradó lo más mínimo la medida que, con respecto a los medos, habían tomado sus generales[95], por lo que, nada más librada la batalla naval, estudiaron la situación y, antes de que llegara a su isla el tirano Éaces[96], decidieron hacerse a la mar para fundar una colonia, con objeto de no verse bajo el yugo de los medos, y de Éaces, si permanecían en sus tierras. 22
Por aquellas mismas fechas, precisamente, los habitantes de Zancle, en Sicilia[97], estaban enviando emisarios a Jonia para invitar a los jonios a que se trasladaran a Caleacte[98], ya que en dicho lugar deseaban fundar una ciudad jonia (el paraje que recibe el nombre de Caleacte se encuentra en territorio de 2

---

[94] Las excavaciones arqueológicas (cf., no obstante, nota VI 84) han evidenciado que el barrio portuario no fue reconstruido tras esta fecha (494 a. C.). Era el fin de Mileto como destacadísima fuerza naval en el mundo griego.

[95] Es decir, desertar de la flota jonia en Lade. Cf. VI 14, 2.

[96] Cf. nota VI 50.

[97] Zancle fue fundada en el siglo VIII a. C. (hacia el año 730) por colonos de Calcis y de Cumas (cf. Tucíd., VI 4) en la extremidad nororiental de Sicilia; cf. G. Vallet, *Rhégion et Zancle*, París, 1958, págs. 59 y sigs. Su nombre se debía a la forma de su puerto (cf. Tucíd., *l. c.*: «fue llamada Zancla por los sículos porque la ciudad tiene forma de hoz (los sículos llaman *zanclon* a la hoz)»; trad. de F. R. Adrados). La precisión de Heródoto se debe a que, en su época, la ciudad se llamaba Mesene (la actual Mesina); sobre el cambio de nombre, cf. A. W. Gomme, A. Andrewes y K. J. Dover, *A historical commentary on Thucydides*, IV, Oxford, 1970, págs. 218-219.

[98] Es decir, «Playa Hermosa» (la Calacte de los latinos; cf. Cicerón, *Verr.* II 3, 43; Silio Itálico, XIV 251), en la costa norte de Sicilia, a unos 100 km. al oeste de Zancle, una zona en la que apenas existían los puertos y en la que las ciudades griegas escaseaban.

los sículos, en la costa de Sicilia que mira a Tirrenia[99]). Pues bien, los samios fueron los únicos jonios que, ante la invitación de los zancleos, se pusieron en camino[100]; y con ellos lo hicieron los milesios que habían conseguido escapar[101].

23 Por cierto que, en dicha expedición, tuvo lugar cierto incidente que se desarrolló como sigue. En el transcurso de su viaje a Sicilia, los samios se encontraban en el territorio de los locros epicefirios[102], al tiempo que, por su parte, los zancleos, en unión de su rey, cuyo nombre era Escita, estaban sitiando una ciudad de los sículos[103] con ánimo de con-
2 quistarla. Al tener noticia de ello, Anaxilao, el tirano de Regio[104], que a la sazón mantenía ciertas diferencias con los

---

[99] Etruria. De hecho, Caleacte estaba situada más o menos en el meridiano de Salerno (14,5° latitud Este). Pero, en la Antigüedad, se creía que la península itálica se hallaba mucho más inclinada de NO a SE de lo que está en realidad.

[100] La amistad entre samios y calcideos, que databa de los tiempos de la «guerra lelantina» (cf. nota V 497), hacía que Samos mantuviera buenas relaciones con las colonias de Calcis en la Magna Grecia, entre las que se contaba Zancle.

[101] Presumiblemente los supervivientes de las ochenta naves milesias que habían combatido en Lade. Cf. R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes,* Bruselas, 1960, págs. 281 y sigs.

[102] En la costa jónica del Brucio, a unos 40 km. al NE del cabo Cefirio. La ciudad capital de este territorio fue fundada hacia el año 700 a. C. por los locros opuntios (en la Lócride oriental, en el golfo de Eubea) o los ozólides (en la occidental, en el golfo de Corinto), ya que ambos pueblos se disputaban la fundación. Fue patria del legislador Zaleuco, que vivió a mediados del siglo VII a. C., famoso por la severidad de sus leyes (cf. Timeo, fr. 130, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 566).

[103] Pueblo pregriego procedente, según la tradición (cf. Tucíd., VI 2; Helánico, *apud* Dionisio de Halicarnaso, I 22), de la península itálica, que habitaba en la zona oriental de Sicilia, a la que acabaron dando nombre. Cf. G. Devoto, *Gli antichi Italici,* Florencia, 1931, págs. 32, 49, 53 y 68.

[104] Antigua colonia de Calcis, fundada hacia 720 a. C. en la costa continental del estrecho de Mesina. Anaxilao fue tirano de la ciudad des-

zancleos, se puso en contacto con los samios e intentó persuadirlos de que debían renunciar a Caleacte[105], la meta de su viaje, y apoderarse de Zancle, que en aquellos momentos carecía de defensores. Los samios se dejaron convencer y 3
se apoderaron de Zancle, por lo que, al tener conocimiento de la toma de su ciudad, los zancleos acudieron en su auxilio y solicitaron la ayuda de Hipócrates, el tirano de Gela[106], pues resulta que este último era aliado suyo. Pero, cuando 4
Hipócrates se presentó a la cabeza de sus tropas para soco-

---

de el año 494 hasta el 476 a. C. (cf. Diodoro, XI 48). A la muerte de Hipócrates de Gela *(vid. infra)* logró apoderarse de Zancle y, así, obtuvo el dominio del estrecho de Mesina. En Zancle entonces se establecieron otros griegos, especialmente mesenios, de los que derivó el nuevo nombre de Zancle (= Mesene). Sobre sus actividades posteriores, cf. G. Vallet, *Rhégion et Zancle...*, págs. 336-377.

105 Como así sucedió, pues Caleacte fue fundada hacia 446 a. C. por Ducecio, un jefe sículo que aprovechó la caída de los tiranos de Siracusa, en 460, para formar una federación de poblaciones sículas con el propósito de someter a las colonias griegas de la isla. Cf. Diodoro, XI 76, 2; 78, 5; 88, 6; 90; XII 8; 29; y J. H. Croon, «Duketios, dux Siculorum», *Tijdschr. v. Geschied.* 65 (1952), 301-317.

106 Ciudad situada en la costa meridional de Sicilia, que había sido fundada hacia el año 690 a. C. por colonos cretenses y rodios (cf. L. Pareti, «Per la storia e la topografia de Gela», *Rheinisches Museum* 25 [1910], 1 y sigs.). Hipócrates (que, más que aliado de Escita, debía de ser su señor) fue tirano de la ciudad desde 498 a 491 a. C., y aspiró a extender su dominio por la costa oriental de Sicilia, por lo que no le perdonó a Escita haberse dejado arrebatar Zancle por gentes que actuaban en connivencia con Anaxilao, ya que, si éste se hacía con el control de Zancle, además del que ya poseía sobre Regio, podría controlar la navegación comercial por el estrecho de Mesina. En tiempos de Hipócrates, Gela se convirtió en la ciudad más poderosa de Sicilia; cf. *infra* VII 155; Tucíd., VI 5; Filisto, fr. 15, *F. Gr. Hist.* 556; Timeo, frs. 19*a* y *b*, *F. Gr. Hist.* 566; Diodoro, X 62; Dionisio de Halicarnaso, VII 1; Polieno, V 6; y R. van Compernolle, *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes...*, págs. 296-314.

rrerlos, dicho sujeto, alegando que Escita, el soberano de Zancle, había abandonado la ciudad a su suerte, mandó encadenarlo en compañía de su hermano Pitógenes y los envió a la ciudad de Ínix[107]; por otra parte, mantuvo con los samios una serie de conversaciones y, tras un mutuo intercambio de juramentos, les entregó vilmente al resto
5 de los zancleos. En pago a sus servicios, los samios habían llegado con él a un acuerdo en el sentido de que Hipócrates pasaría a ser dueño de la mitad de todos los enseres y esclavos existentes en la ciudad, y de que recibiría todo lo
6 que hubiese en los campos. Este individuo, además, mandó cargar de cadenas a la mayor parte de los zancleos, a quienes incluyó entre sus esclavos, y entregó a los samios a los trescientos ciudadanos más destacados de Zancle para que los mataran. Sin embargo los samios decidieron no hacerlo.

24 Escita, el soberano de Zancle, consiguió huir de Ínix a Hímera[108]; y, desde dicha ciudad, se dirigió a Asia, subiendo[109] hasta la corte del rey Darío, quien, por cierto, lo consideró la persona más honesta de todas aquellas que,

---

[107] Pequeña localidad del territorio de Acragante (= Agrigento), situada en la costa sudoccidental de Sicilia (es decir, muy lejos de Zancle) y famosa por sus vinos (cf. PLATÓN, *Hipp. mai.* 282e).

[108] Colonia fundada en 648 a. C. por calcideos procedentes de Zancle (cf. TUCÍD., VI 5, 1; Escita, pues, contaría allí con amigos) y situada en la costa septentrional de la isla. Alejada de las rutas comerciales, tuvo un desarrollo limitado y cayó, en 482 a. C., bajo el dominio de Acragante. En sus inmediaciones, la escuadra cartaginesa fue derrotada hacia 480 por Terón de Acragante y Gelón de Siracusa. Tras un período de florecimiento, la ciudad fue destruida por Cartago en el año 409 (cf. DIODORO, XI 49).

[109] El autor griego se delata en esta expresión, pues para ir hasta Susa desde el mar Egeo había que «subir» tierra adentro.

desde Grecia, habían subido hasta su corte; pues, concre- 2
tamente, pudo trasladarse a Sicilia con la anuencia del monarca y, desde la isla, regresó nuevamente a la corte[110], hasta que, colmado de riquezas, murió en Persia a una edad avanzada.

Entretanto, los samios que habían escapado de los medos se vieron dueños de Zancle, una ciudad bellísima, sin haber realizado el menor esfuerzo.

Después de la batalla naval que decidió la suerte de Mi- 25
leto, los fenicios, por orden de los persas, repatriaron a Samos a Éaces[111], el hijo de Silosonte, por el profundo reconocimiento a que se había hecho acreedor ante ellos y por
los grandes servicios que les había prestado. Y, debido a la 2
defección de sus navíos durante la batalla, los samios fueron los únicos sublevados contra Darío que no vieron su ciudad ni sus santuarios incendiados.

Inmediatamente después de la toma de Mileto, los persas se apoderaron asimismo de Caria[112], algunas de cuyas ciudades se sometieron voluntariamente, en tanto que a otras tuvieron que reducirlas por la fuerza.

---

[110] En claro contraste, por ejemplo, con el comportamiento de Democedes de Crotón (cf. III 135; y ELIANO, VIII 17). Según Heródoto (VII 164), Darío le concedió a su hijo Cadmo la tiranía de Cos, a la que este último renunció.

[111] Las restauraciones de tiranías en las ciudades griegas por parte de los persas fueron más bien excepcionales (cf. VI 43, 3). En el caso de Éaces contarían, para los persas, la conducta de su padre, Silosonte, hacia Darío (cf. III 139 y sigs.) y el éxito del propio Éaces en sus gestiones para que los samios presentes en Lade desertaran (cf. VI 13).

[112] Una vez sublevada, Caria había conseguido mantenerse libre del yugo persa gracias a la victoria de Heraclides de Milasa en la emboscada que, hacia 496 a. C., tendió a los persas. Cf. V 121.

Captura y muerte de Histieo

26 Así fue, en definitiva, como sucedió este episodio. Mientras tanto, Histieo de Mileto, que se encontraba en las inmediaciones de Bizancio dedicándose a apresar los mercantes jonios procedentes del Ponto[113], recibió la noticia de lo ocurrido en Mileto. Confió, entonces, la dirección de los asuntos que le retenían en el Helesponto[114] a Bisalta de Abido[115], hijo de Apolófanes, y él zarpó en compañía de los lesbios con rumbo a Quíos[116]; pero, en vista de que una guarnición de quiotas se negaba a aceptar su presencia, se enfrentó con ellos en un lugar de la isla denominado «Las
2 Cárcavas»[117]. Pues bien, acabó con numerosos componentes de la guarnición y, con el concurso de los lesbios, Histieo se

---

[113] Cf. VI 5, 3.

[114] Sobre la habitual extensión geográfica atribuida al Helesponto (que aquí incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho), cf. nota IV 162.

[115] Ciudad de la costa asiática del Helesponto. Al parecer de origen tracio, fue colonizada hacia el año 670 a. C. por los milesios. De ahí, quizá, que un natural de ella fuera el hombre de confianza de Histieo en la zona.

[116] La actitud de Histieo, a partir del testimonio de Heródoto, resulta poco clara y no contamos con suficientes elementos de juicio para hacernos una cabal idea de cuáles eran sus intenciones. ¿Pretendía regresar nuevamente a Jonia, para hacer valer ante los persas el bloqueo comercial a que había sometido, en la zona de los estrechos, a los mercantes jonios —suponiendo que su actividad en el Bósforo hubiese tenido esa meta—, y, para hacer nuevos méritos, se disponía ahora a atacar a los quiotas, que en Lade habían peleado valientemente; todo ello con vistas a recuperar el prestigio perdido ante Darío? ¿O se proponía apoderarse de la isla como base para una ulterior resistencia jonia contra los persas? Cf. M. LANG, «Herodotus and the ionian revolt», *Historia* 17 (1968), 24 y sigs.

[117] Probablemente al norte de la isla, cerca de la aldea de Cardamila, donde quizá estuviese acantonada la citada guarnición para vigilar el estrecho entre Quíos y las islas Enusas.

impuso a los demás quiotas (puesto que, como es natural[118], habían sufrido graves pérdidas a consecuencia de la batalla naval), tomando como base para sus operaciones Policna[119], una localidad de Quíos.

Y cabe deducir que, cuando sobre una ciudad o una na- 27
ción van a abatirse grandes calamidades, la divinidad suele presagiarlas con antelación[120]; y, de hecho, los quiotas, antes de sufrir aquellas desdichas, habían asistido a notables presagios. A este respecto, en cierta ocasión en que envia- 2
ron a Delfos un coro de cien muchachos[121], tan sólo regresaron a su patria dos integrantes del mismo, ya que a los noventa y ocho restantes se los llevó una epidemia que los atacó de improviso. Además, por esas mismas fechas —poco antes de la batalla naval—, en la capital de la isla, a unos niños que estaban aprendiendo las primeras letras[122] se

---

[118] Ya que no habían desertado y pelearon, como dice el propio Heródoto (cf. VI 15, 2), hasta que perdieron la mayoría de sus cien navíos.

[119] Policna (que significa «aldea», y que, por lo tanto, es un nombre que recibían varias localidades en el mundo griego; cf. Tucíd., II 85; VII 4; 170; Diodoro, XIII 7; XIV 72; etc.) podía estar situada en la propia isla —su emplazamiento, empero, no ha sido localizado— o en un territorio dependiente de Quíos (tal vez a orillas del golfo Hermaico, en una magnífica zona para las incursiones de piratería).

[120] O bien (considerando *philéei* con valor impersonal, como hacen, por ejemplo, J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= 1938), *s. v.;* y A. Barguet, *Historiens Grecs*, I, París, 1964, *ad locum)*, «y cabe deducir que, cuando..., una serie de presagios suelen anticiparlas».

[121] Posiblemente se trataba de un doble coro, o de dos coros individuales, dado que el número usual de miembros de un coro ditirámbico era de cincuenta. Cf. nota I 54, añadiendo F. R. Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, págs. 75 y sigs.

[122] Tenemos aquí una de las primeras menciones conocidas a una escuela, edificio privado donde el maestro recibía a los discípulos, probablemente niños de un mismo barrio, aunque Heródoto no precisa si se trataba del alumnado de una sola clase. Sobre el tema, cf. J. Bowen, *A History of Western Education = Historia de la educación occidental* [trad. J. Estruch], Barcelona, 1976, I, págs. 124 y sigs.

les cayó encima el techo, de manera que, de ciento veinte
3 que había, sólo uno escapó con vida. Éstos fueron los presa-
gios que les anticipó la divinidad, pues, poco después, tuvo
lugar la batalla naval que hizo doblar la rodilla a la ciu-
dad[123]; y, tras la batalla, se presentó, al frente de los lesbios,
Histieo, que logró someter fácilmente a la población de la
isla por las graves pérdidas que habían sufrido los quiotas.
28 Desde Quíos, Histieo realizó una incursión contra Ta-
sos[124], al frente de un nutrido contingente de jonios y eo-
lios[125]. Pero, mientras se hallaba sitiando Tasos, le llegó la
noticia de que los fenicios estaban zarpando de Mileto pa-
ra atacar el resto de Jonia. Al tener conocimiento de ello,
renunció a tomar Tasos y se dirigió apresuradamente a
2 Lesbos[126] con todos sus efectivos. No obstante, como sus
tropas pasaban hambre, desde Lesbos se trasladó al conti-
nente para recolectar el trigo de Atarneo y, de paso, el de
la llanura del Caico, en territorio misio[127]. Dio la casuali-

---

[123] Metáfora tomada del lenguaje atlético (la misma expresión se emplea en el pugilismo actual). Cf. Esquilo, *Persas* 930.

[124] Isla del Egeo Norte, frente a la costa tracia. Histieo tal vez deseaba apoderarse de las minas de oro que había en la isla (cf. VI 46, 3) y ponerse en contacto de nuevo con los cabecillas tracios a quienes habría tratado durante su estancia en Mircino (cf. V 23-24).

[125] Posiblemente refugiados, que se habían unido a él, de los efectivos jonios que lucharon en Lade y de las plazas todavía no ocupadas por los persas.

[126] Donde debía de contar con grandes amigos (fueron los lesbios quienes le facilitaron las naves para trasladarse al Bósforo; cf. VI 5, 2).

[127] Sobre Atarneo, cf. nota VI 14. La llanura del Caico (que desemboca en el golfo de Elaya, en el Egeo) se halla situada a unos 20 km. al S-SE de Atarneo. Ambas regiones eran cerealistas (sobre la riqueza agrícola del valle del Caico, donde posteriormente se alzó Pérgamo, cf. Estrabón, XIII 4, 1), y Atarneo, que era propiedad de los quiotas (lo seguía siendo en 398 a. C.; cf. Jenofonte, *Helénicas* III 2, 11), ayudaría a la alimentación de los habitantes de la isla, pues Quíos contó

dad, sin embargo, de que en aquellos parajes se encontraba, al mando de un numeroso ejército, el persa Hárpago[128], que atacó a Histieo, cuando éste había desembarcado, y lo hizo prisionero, al tiempo que diezmaba al grueso de su ejército.

Y por cierto que Histieo cayó prisionero de la siguiente 29
manera. En el curso de la batalla que los griegos libraron con los persas en Malene[129], localidad de la comarca de Atarneo, los contendientes estuvieron combatiendo durante mucho tiempo; pero, finalmente, intervino la caballería, que cargó contra los griegos. La obtención de la victoria fue, en definitiva, obra exclusiva de la caballería[130]. Y, ante la desbandada que se había producido entre los griegos, Histieo, confiando en que el rey no lo haría ejecutar por la traición

---

siempre con excedente de población (cf. Tucíd., VIII 40, 2). Histieo debió pasar desde Lesbos al continente en mayo del año 493 a. C.

[128] General persa (que no hay que confundir con el medo Hárpago, que en los años cuarenta del siglo vi a. C. conquistó Jonia; cf. I 162 y sigs.) del que no se tienen ulteriores noticias.

[129] Localidad que no ha sido identificada.

[130] Salvo en contados casos, los griegos no dispusieron de caballería regular (los persas habían heredado su empleo de los asirios) hasta el siglo iv a. C. (a Epaminondas, en la batalla de Leuctra, librada en 377 a. C., se le atribuye la creación del primer cuerpo de caballería, integrado por quinientos jinetes. Filipo y Alejandro de Macedonia se dieron cuenta de su importancia y, por ejemplo, en la batalla de Arbelas llegaron a emplearse siete mil jinetes, desplegados en las alas de las falanges, para dar seguridad a sus flancos e intervenir en el combate cuando el enemigo estaba ya desorganizado). Cf. F. E. Adcock, *The greek and macedonian art of war*, Los Ángeles, 1957, págs. 47 y sigs.

que le era imputable[131], dio muestras de un considerable
2 apego a la vida[132]: cuando, en su huida, se vio alcanzado por un soldado persa, en el momento en que su captor iba a atravesarlo con su arma, se puso a hablar en persa manifestando que era Histieo de Mileto.

30 Pues bien, si, al ser hecho prisionero, lo hubieran conducido bien custodiado a presencia del rey Darío, estoy convencido de que Histieo no habría sufrido daño alguno, sino que el monarca le habría perdonado su delito. Pero el caso es que —precisamente para evitar esto y para impedir que, una vez absuelto, volviese a gozar de una posición de privilegio[133] en la corte del rey—, cuando Histieo llegó bien custodiado a Sardes, Artáfrenes, el gobernador de Sardes, y Hárpago, que era quien lo había capturado, ordenaron empalar[134] su cuerpo allí mismo e hicieron embalsamar su cabeza y que la llevaran a la corte del rey Darío, en Susa.
2 Cuando el monarca se enteró de lo ocurrido, reprendió duramente a los responsables de la ejecución por no haberlo conducido con vida ante su presencia; y, en cuanto a la cabeza de Histieo, ordenó que la lavasen y que la amortajasen cuidadosamente, e hizo que la enterraran[135] como corres-

---

[131] Posiblemente por la ley de la compensación existente en Persia y que Heródoto menciona en I 137, 1.

[132] O, según otra interpretación que permite el texto, «recurrió, poco más o menos, a la siguiente estratagema para salvar su vida». Cf. A. Izzo D'Accinni, *Le Storie*, Florencia, 1951, *ad locum*.

[133] Esta preeminencia de Histieo en Susa ha sido puesta en duda por algunos críticos. Cf. C. Talamo, «Istieo ed Erodoto per la storia della tirannide a Mileto», *Rendiconti dell'Acad. di Archeologia* 44 (1969), 177 y sigs.

[134] El empalamiento era un procedimiento típicamente persa; cf., por ejemplo, *Inscripción de Behistun*, § 50.

[135] El zoroastrismo —doctrina que se había extendido en Persia durante el siglo vi a. C., pero que no fue conocida por los griegos hasta dos siglos más tarde— prohibía mancillar la tierra con un cadáver, ya que ese elemento tenía carácter divino (cf. I 131, 2), y los cadáveres pasaban al

pondía a un hombre que les había prestado grades servicios tanto a él como a los persas[136]. Tal fue la suerte de Histieo.

Sumisión definitiva de Jonia. Conquistas persas en las islas y el Helesponto

Al año siguiente[137], la fuerza naval persa, que había invernado en las inmediaciones de Mileto[138], volvió a hacerse a la mar, apoderándose con facilidad de las islas próximas al continente: Quíos, Lesbos y Ténedos[139]. Y por cierto que, cada vez que la flota tomaba una isla, los bárbaros, 31

control de *Ahrimán,* el principio del mal o espíritu diabólico. Cf. É. Benveniste, *The persian religion according to the chief Greek texts,* París, 1929; y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien,* París, 1962, págs. 159 y sigs.

[136] Histieo, al haber impedido, con ocasión de la retirada persa de Escitia, que se rompiera el puente de barcas sobre el Danubio (cf. IV 137), debió de pasar a figurar en la lista de los «bienhechores» del imperio («bienhechor» era un título honorífico que las ciudades griegas concedían a quienes les prestaban destacados servicios). En Persia, el Gran Rey mandaba inscribir en una estela los nombres de sus benefactores, que eran recompensados oficialmente; cf., *infra,* VIII 85, 3. Es notable el parecido de esta anécdota con la de César al serle mostrada la cabeza de Pompeyo. En general, Darío está mejor tratado por Heródoto que Jerjes.

[137] En la primavera del año 493 a. C.

[138] Seguramente en el golfo de Iaso. Durante el invierno del 494 al 493 (estación poco favorable para las operaciones navales), los persas se habían dedicado a restablecer definitivamente la autoridad del rey en Caria mediante las fuerzas terrestres (cf. VI 25, 2). El estacionamiento de la flota en dicho golfo habría impedido que los carios recibiesen ayuda por mar de cualquiera de las comunidades griegas todavía no sometidas.

[139] Pequeña isla situada frente a la costa de la Tróade, a unos 20 km. al SO de la entrada del Helesponto, famosa porque, según la tradición, allí se habría ocultado el ejército griego que asediaba Troya mientras se ponía en práctica la estratagema del caballo. Cf. Virgilio, *Eneida* II 21 y sigs.

al apoderarse ella, efectuaban en cada caso una redada para
2 capturar a sus habitantes. (Las redadas suelen efectuarlas de la siguiente manera: los soldados, cogidos entre sí de la mano, forman un cordón desde la costa norte a la costa sur y, acto seguido, recorren toda la isla dando caza a sus moradores[140].)

Y también se apoderaron con idéntica facilidad de las ciudades jonias del continente; únicamente que no efectuaban redadas para capturar a los habitantes, pues ello no era posible.

32 Entonces los generales persas no dejaron de cumplir las amenazas que habían dirigido a los jonios cuando éstos se hallaban acampados frente a ellos[141]: nada más conquistar las ciudades, escogían a los muchachos más apuestos y los castraban, convirtiéndolos en eunucos, con la pérdida de su virilidad; por su parte, a las doncellas más agraciadas las deportaban a la corte del rey. Tales fueron, en suma, las medidas que adoptaron; y, además, se dedicaron a incendiar las ciudades con templos y todo[142].

Así fue, en definitiva, como los jonios se vieron reducidos por tercera vez a la condición de esclavos; la primera

---

[140] Heródoto seguramente está generalizando. La «limpieza» de un territorio mediante una «redada» era un procedimiento táctico típicamente persa (cf. III 149; y PLATÓN, *Menéxeno* 240c), pero debía de aplicarse únicamente en pequeñas extensiones de terreno o en aldeas. Desde luego, semejante maniobra no era factible en islas boscosas y montañosas como Quíos o Lesbos. Cf. G. C. WHITTICK, *L'Antiquité Classique* 22 (1953), 27 y sigs.

[141] Cf. VI 9, 4.

[142] La tradición antipersa tendió a exagerar la importancia de las destrucciones, ya que las ciudades jonias volvieron a recobrar pronto, aunque mermadas en su capacidad comercial, su vida habitual, siguieron pagando tributo y proporcionando naves al imperio persa. Cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, págs. 216-217.

vez habían sido sometidos por los lidios, y dos veces seguidas, incluida la de entonces, lo habían sido por los persas[143].

Entretanto, la fuerza naval abandonó Jonia y se apoderó 33 de todas las plazas del Helesponto situadas a mano izquierda según se entra en el estrecho[144] (las que se encuentran a mano derecha ya habían sido sometidas por los propios persas en una operación terrestre[145]). Por cierto que los Estados sitos en la orilla europea del Helesponto son los siguientes: el Quersoneso, en donde hay numerosas ciudades, Perinto, las plazas fuertes de Tracia, Selimbria y Bizancio[146].

---

[143] Jonia fue sometida por el rey de Lidia Creso, hacia 555 a. C. (cf. I 26), y, posteriormente, por Ciro el Grande, hacia 545 (cf. I 141-150). Con todo, Heródoto vuelve a hablar en términos generales, pues esa triple conquista sólo afectó a los jonios del continente (y aún con excepciones; pues, por ejemplo, Mileto, en tiempos de Ciro, no fue sometida por las armas; cf. I 169, 2), ya que los isleños no fueron conquistados ni por Creso (cf. I 27), ni por Ciro, que carecía de flota (cf. I 143; los persas no dispusieron de armada hasta la conquista de Fenicia por obra de Cambises, cuando las dependencias de Babilonia, que incluían Siria y Fenicia [Nabucodonosor II de Babilonia había tomado Tiro hacia 587 a. C. tras largo asedio], pasaron a engrosar de manera efectiva la soberanía persa, siendo englobada en la quinta satrapía del imperio —cf. III 91, 1— y estando su flota, desde entonces, al servicio de las empresas navales persas), aunque reconocieran su hegemonía (cf. I 169, 2). En general, cf. J. M. Cook, *The Greeks in Ionia an the East*, Londres, 1962.

[144] Es decir, navegando desde el mar Egeo.

[145] En la campaña que dirigió Daurises en 497-496 a. C. Cf. V 117.

[146] Nuevamente vuelve a emplearse el término Helesponto en sentido lato (cf. VI 26, 1). El Quersoneso aquí citado se trata del tracio (la actual península de Gallípoli), donde había unas once o doce ciudades (cf. Escílax, *Periplo* 97; Jenofonte, *Helénicas* II 2, 10). Perinto, situada en la costa tracia de la Propóntide (= Mar de Mármara), fue fundada por colonos samios a finales del siglo VII a. C. (la fecha de su fundación se sitúa entre 602 y 600 a. C.; cf. Estrabón, VII, fr. 55; Pseudo Escimno, C. Müller, *Geographici Graeci Minores*, I, 225, París, 1855; Plutarco, *Quaestiones graecae* 57; y G. Busolt, *Griechische Geschichte*, I, Gotha, 1893, 2.ª ed., pág. 470). Las plazas fuertes de Tracia eran ciudades griegas escalonadas en la costa norte de la Propóntide (Escílax, *Periplo* 67-68, facilita una lista de las mismas).

2 Pues bien, los bizantinos y, en la orilla opuesta[147], los calcedonios no aguardaron el ataque de la flota fenicia, sino que abandonaron su patria y se adentraron en el Ponto Euxino[148], donde se establecieron en la ciudad de Mesambria[149]. Por su parte los fenicios, tras haber incendiado sistemáticamente esas zonas que acabo de enumerar, se dirigieron contra Proconeso y Ártace[150]. Y, después de haber arrasado también dichas ciudades, que fueron pasto de las llamas, volvieron a poner rumbo al Quersoneso para destruir todas las ciudades que habían dejado sin saquear en

---

Selimbria fue fundada, hacia 660, por colonos de Mégara, a unos 25 km. al este de Perinto.

[147] Es decir, en la orilla asiática. Bizancio y Calcedonia se hallaban situadas, frente por frente, a la entrada del Bósforo desde la Propóntide. Ambas ciudades fueron fundadas por colonos megareos en la primera mitad del siglo VII a. C. (G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 472, propone el año 660 como fecha para la fundación de Bizancio. Según eso, y a partir de lo que Heródoto dice en IV 144, 2, Calcedonia habría sido fundada hacia 677 a. C.).

[148] El mar Negro. Primitivamente llamado *Ponto Axino* (= «inhóspito», a partir quizá de una falsa etimología sobre el iranio *akhshaena*, «negro»), pasó luego a denominarse Ponto Euxino (= «mar hospitalario», por la cantidad de ciudades griegas establecidas en sus costas).

[149] En la costa tracia del mar Negro, a unos 220 km. al norte de Bizancio. Esta ciudad también había sido fundada por colonos de Mégara y debía de mantener buenas relaciones con Bizancio y Calcedonia.

[150] Es decir, que la flota fenicia regresaba al Egeo. Proconeso era una isla de la Propóntide situada a unos 27,5° latitud Este, mientras que Ártace era el puerto de Cícico (cf. *infra)*, situado a unos 5 km. al oeste de la ciudad.

su anterior desembarco. (Contra Cícico[151], sin embargo, no 3
realizaron el menor ataque, ya que, con anterioridad a la incursión naval de los fenicios, los habitantes de Cícico ya se habían sometido voluntariamente a la autoridad del rey, mediante un acuerdo que concertaron con el gobernador de Dascilio[152], Ébares, hijo de Megabazo.) Y, a excepción de Cardia[153], los fenicios conquistaron todas las demás ciudades del Quersoneso.

Digresión sobre la presencia de Milcíades I y sus sucesores en el Quersoneso

Hasta entonces la tiranía de esas 34
ciudades la había ejercido Milcíades[154], hijo de Cimón y nieto de Esteságoras, ya que tiempo atrás Milcíades, hijo de Cípselo, había conseguido dicho cargo[155] de la siguiente manera. El Quersoneso que nos ocu-

---

[151] Ciudad situada al sur de la isla de Arctoneso (también en la Propóntide, a unos 35 km. al sudeste de Proconeso), que estaba unida a la costa asiática del Mar de Mármara por dos puentes (cf. Estrabón, XII 8, 11). En la actualidad Arctoneso es una península.

[152] A orillas de la Propóntide y a unos 70 km. al este de Cícico (cf. Tucíd., I 129, 1; Jenofonte, *Helénicas* IV 1, 15-16). Era la capital de la tercera satrapía persa, la helespóntica (cf. III 90, 2). Ébares debía de ser el sucesor de Daurises (muerto en la emboscada que los carios tendieron a los persas; cf. V 121). Sobre su padre Megabazo (= *Bagabāza*, en persa), cf. IV 143.

[153] A orillas del golfo de Melas, en la costa septentrional del istmo del Quersoneso (cf. VI 36, 2). Dado que en dicha costa había algunas ciudades griegas (como Alopeconeso y Limna), hay que pensar que no fue su situación geográfica, sino su lealtad a Persia (cf. IX 115), lo que evitó su toma.

[154] Perteneciente a la familia de los Filaidas (cf. J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.*, Oxford, 1972, núm. 8429 III). Sobre la genealogía de los Filaidas mencionados por Heródoto, cf., *infra*, nota VI 176. Milcíades el Joven consiguió la tiranía del Quersoneso en 516 a. C.

[155] Hacia el año 555 a. C. (posiblemente instigado por Pisístrato para el mejor control de los estrechos; cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, Múnich, 1967, I, págs. 66 y sigs.). Milcíades el Viejo era tío del futuro héroe de Maratón, y su patronímico sugiere un parentesco con los tiranos de Corinto (cf. V 92ε).

pa[156] lo habitaban los doloncos[157], un pueblo tracio. Pues bien, comoquiera que, en el curso de una guerra, los citados doloncos se viesen en dificultades ante los apsintios[158], enviaron a sus reyes a Delfos para consultar al oráculo a pro-
2 pósito de la contienda. Y la Pitia les respondió que se llevaran a su país, como caudillo de su pueblo[159], a la primera persona que, al salir del santuario, les brindara hospitalidad. Los doloncos, entonces, echaron a andar por la Vía Sacra[160]

[156] En el mundo griego había varias penínsulas que recibían ese nombre (el término griego *Chersónēsos* significa algo así como «isla continental»). Los más famosos, sin embargo, eran el Tracio y el Táurico o Traqueo (en el mar Negro, cf. IV 99, 3).

[157] A mediados del siglo v a. C. los doloncos (cf. Plinio, *Hist. Nat.* IV 41) ocupaban la costa traco-occidental de la Propóntide. Cf. J. Wiessner, *Die Thraker*, Stuttgart, 1963.

[158] También un pueblo tracio, establecido al norte del golfo de Melas, que se extendía hasta el río Hebro (cf. nota IV 357). Precisamente, el último afluente del Hebro por la izquierda se llamaba Apsinto.

[159] Literalmente, «como colonizador». Sigo parcialmente la interpretación de J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus...*, página 261, que considera que, en este pasaje, el término *oikistḗs* significa «reorganizador» de un Estado. *Vid.* más detalles sobre la cuestión en B. Virgilio, «I termini di colonizzazione in Erodoto e nella tradizione preerodotea», *Atti Accad. Scienze Torino* 106 (1972), 345 y sigs. La historia del envío por parte de los doloncos de unos emisarios a Delfos puede responder a la realidad (al deseo de que en el Quersoneso se establecieran nuevos colonos griegos que hicieran frente a los apsintios), o ser una invención de los Filaidas para justificar la tiranía que allí ejercieron.

[160] Así llamada porque por ella había pasado Apolo al dirigirse a Delfos (los peregrinos que seguían ese camino estaban bajo la protección del dios). Desde allí, en la Fócide, la ruta llegaba a Queronea, en Beocia, bordeaba el lago Copais hasta Tebas, y luego atravesaba el Citerón, hasta Eleusis.

y atravesaron Fócide y Beocia; pero, en vista de que nadie les brindaba hospitalidad, se desviaron en dirección a Atenas[161].

En Atenas, por aquellas fechas[162], Pisístrato detentaba el 35
poder absoluto; pero también poseía una gran influencia Milcíades, hijo de Cípselo, que pertenecía a una familia propietaria de cuadrigas[163] y cuyos orígenes se remontaban a Éaco y Egina[164], si bien por sus antepasados más inmediatos era oriundo de Atenas (Fileo, hijo de Áyax[165], fue el primer miembro de esa familia que obtuvo la ciudadanía ateniense). El tal Milcíades se encontraba sentado a las 2
puertas de su casa[166], cuando vio pasar por allí a los dolon-

---

[161] Posiblemente para, desde Falero, embarcarse de regreso al Quersoneso. Algunos críticos, sin embargo, consideran el texto corrupto.

[162] Probablemente durante la primera tiranía de Pisístrato en Atenas (hacia 558 a. C.). Cf. I 64; y J. G. F. Hind, «The Tyrannis and the exiles of Pisistratus», *Classical Quarterly* 24 (1974), 1 y sigs.

[163] Lo cual era un claro signo de riqueza (cf. Aristóteles, *Nubes* 13 y sigs.), ya que se necesitaba disponer de considerables sumas para poder mantener caballos de competición en un país como Grecia, pobre en pastos, y para enviar luego una cuadriga a tomar parte en los distintos juegos. La equitación se consideró entre la nobleza ateniense como una disciplina indispensable, que debía adornar toda buena educación de un joven. De ahí que fuese entre las clases sociales altas donde el hipismo suscitó una mayor predilección.

[164] Lo que, aparentemente, sugiere un origen egineta. Sobre Éaco, cf. nota V 415; sobre Egina, cf. nota V 379.

[165] El rey de Salamina que tan destacada actuación tuvo en la guerra de Troya. Plutarco, *Solón* 10, 2, se manifiesta en el mismo sentido que Heródoto, haciendo a Fileo hijo de Áyax, y cuenta que entregó Salamina a Atenas y adoptó la ciudadanía ateniense. Pausanias (I 35, 2; II 29, 4), sin embargo, hace a Fileo nieto de Áyax (cf. Sófocles, *Schol.* a *Ayax* 575), aunque en lo demás coincide con Heródoto y Plutarco. En general, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 349 y sigs.

[166] Pese a que el *demo* de los Filaidas era Braurón, en la costa oriental del Ática, los miembros de esa familia tenían también posesiones en el de Lacíadas, entre Eleusis y Atenas. Cf. Plutarco, *Cimón* 10.

cos ataviados con una indumentaria que no era la típica de la región y armados con lanzas[167]; así que los llamó para que se acercaran y, cuando lo hicieron, les ofreció albergue, con una afable acogida. Los doloncos aceptaron y, tras haber gozado de su hospitalidad, le revelaron íntegramente la respuesta del oráculo; hecho lo cual, le rogaron que siguiera
3 los dictados del dios. En cuanto la escuchó, la proposición sedujo a Milcíades, dado que se sentía a disgusto con el régimen de Pisístrato y deseaba verse lejos de allí[168]. Sin perder un instante, se dirigió entonces a Delfos para preguntar al oráculo si debía hacer lo que le pedían los doloncos.

36 Como la propia Pitia lo animara a ello, en esa tesitura Milcíades, hijo de Cípselo, que tiempo atrás[169] había obtenido con su cuadriga la victoria en los Juegos Olímpicos[170],

---

[167] Debido a la seguridad ciudadana que reinaba en los estados griegos (particularmente en aquellos gobernados por tiranos), la costumbre de circular armado había desaparecido. Cf. TUCÍD., I 6.

[168] Milcíades el Viejo había sido, probablemente, el lugarteniente de Licurgo, el jefe del partido de los terratenientes (cf. I 59, 3), y había participado en las luchas políticas que precedieron a la tiranía de Pisístrato. El interés de que Milcíades se ausentara de Atenas sería, pues, mutuo. Este último querría hacerlo porque, de alguna manera, recobraba su libertad política (aunque continuase siguiendo consignas atenienses; cf. S. MAZZARINO, «La politica coloniale ateniese sotto i Pisistratidi», *Rend. Istit. Lombardo* 72 [1938-39], 285 y sigs.), y Pisístrato porque, con ello, se desembarazaba de un peligroso rival.

[169] Posiblemente en la quincuagésima quinta Olimpiada (año 560 a. C.).

[170] Las competiciones ecuestres ocupaban la mañana de la tercera jornada de las seis en que se dividía el programa de los Juegos Olímpicos; y se proclamaba vencedor, no al auriga, sino al afortunado —y casi siempre acaudalado— propietario del tiro ganador. El vehiculo de competición utilizado era el *hárma,* el antiguo carro de guerra homérico. Bajo y ligero, constaba solamente de una simple y reducida plataforma inclinada hacia atrás y asentada sobre dos rue-

reclutó a todos aquellos atenienses que deseaban participar en la expedición y zarpó en compañía de los doloncos, tomando posesión de la comarca. Y, por su parte, quienes habían propiciado su llegada le concedieron la dignidad de tirano.

Lo primero que hizo entonces fue levantar un muro en el 2
istmo del Quersoneso, desde la ciudad de Cardia hasta la de Pactia[171], para impedir que los apsintios pudieran invadir la región y saquear sus posesiones. (Por cierto que el istmo mide exactamente treinta y seis estadios; y, a partir de dicho istmo, la longitud total del Quersoneso, mar adentro, es de cuatrocientos veinte estadios[172].)

---

das de gran movilidad, con cuatro radios cada una. Las carreras de cuadrigas (sobre la distancia a recorrer, que oscilaba entre algo más de 6 km. y algo más de 9, cf. PÍNDARO, *Olímpicas* III 33 y 59; PAUSANIAS, VI 13, 9; 16, 4; y L. DRESS, *Der Ursprung der Olympischen Spiele,* Stuttgart, 1972, pág. 71) se establecieron por vez primera en Olimpia en el año 680 a. C. Y, como el hipismo era una competición de marcado sabor nobiliario, la contienda no se limitaba al terreno agonístico propiamente dicho, sino que se extendía a una acusada rivalidad y progresiva emulación por presentar en los concursos los carros más artísticos y lujosos, así como los caballos de mejor raza y estampa. Incluso las propias ciudades solían cooperar colectivamente, a fin de presentar en los Juegos tiros que las representaran. En general, cf. C. DURANTEZ, *Las Olimpiadas griegas* (Comité Olímpico Español), [s. l.], 1977, págs. 285 y sigs.

[171] Distantes entre sí unos 6,5 km. En realidad, el muro no se levantó de ciudad a ciudad, sino en el territorio de ambas. La fortificación fue reconstruida por Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 19), por Dercílidas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 8 y sigs.), y posteriormente por el emperador Justiniano. Sobre Cardia, cf. *supra* nota VI 153. Pactia poseía un próspero puerto en la costa helespóntica del Quersoneso (ya a la entrada de la Propóntide), que declinó al fundar Lisímaco la ciudad de Lisimaquia.

[172] Respectivamente, 6,4 y 74,6 km., distancias que son muy aproximadas a la realidad (desde el citado istmo hasta el cabo Mastusia, en la extremidad suroccidental del Quersoneso, hay unos 70 km.).

37 Pues bien, después de haber levantado un muro en el punto más estrecho[173] del Quersoneso, logrando de esta manera contener a los apsintios, Milcíades a los primeros habitantes de la zona a quienes declaró la guerra fue a las gentes de Lámpsaco[174]; pero estos últimos le tendieron una emboscada y lo hicieron prisionero. Sin embargo Milcíades se había granjeado la amistad del lidio Creso, por lo que, cuando éste se enteró de lo ocurrido, envió emisarios conminando a los lampsacenos a poner en libertad a Milcíades, ya que, de lo contrario —los amenazó—, iba a exterminarlos como a un pino.

2 En sus cavilaciones, los de Lámpsaco no atinaban con lo que quería decir la afirmación, que en son de amenaza les había dirigido Creso, de que iba a exterminarlos como a un pino. Finalmente, un anciano consiguió comprender su verdadero significado[175], diciéndoles que el pino es el único árbol del mundo que, una vez talado, no vuelve a retoñar,

---

[173] Literalmente, «el cuello». Para una metáfora similar, cf. I 72, 3.

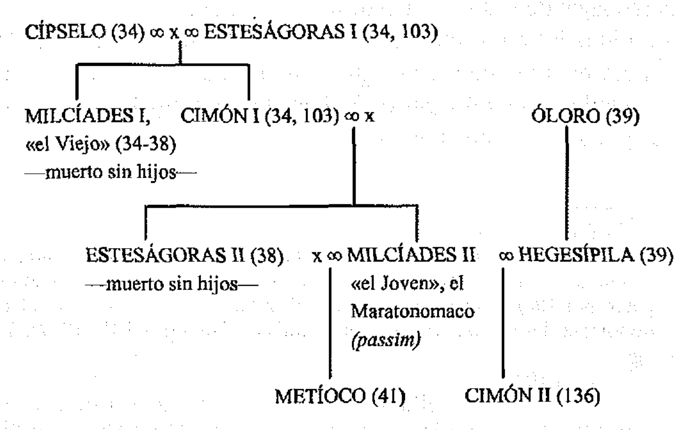
[174] Lámpsaco, localidad colonizada por los foceos hacia el año 654 a. C., estaba situada en la costa asiática del Helesponto, a unos 20 km. al SO de Pactia. Sin duda Milcíades deseaba hacerse con el dominio de una plaza fuerte en la orilla asiática del estrecho para el mejor control del mismo.

[175] El nombre de Lámpsaco, antes de la llegada de los foceos, era *Pitiusa* («la rica en pinos»; sobre el motivo que indujo a los foceos a cambiar la denominación de la ciudad, cf. PLUTARCO, *Moralia* 255); y de ahí la amenazadora alusión de Creso. Heródoto no debió de leer los *Hôroi Lampsakēnôn* (o «Crónicas Lampsacenas») de Caronte de Lámpsaco (historiador contemporáneo o algo más antiguo que Heródoto, del que sólo se han conservado fragmentos de las obras que se le atribuyen), ya que éste se refería al antiguo nombre de la ciudad; cf. fr. 7, *F. Gr. Hist.* 262.

sino que se pierde definitivamente. En suma que, por temor a Creso, los lampsacenos pusieron en libertad a Milcíades y dejaron que se marchara.

Milcíades, pues, pudo escapar gracias a la intervención 38
de Creso. Pero, poco después, murió sin dejar hijos, por lo que legó su cargo y sus bienes a Esteságoras, el hijo de su hermano uterino Cimón[176]. A raíz de su muerte los habitantes del Quersoneso —como suele hacerse para recordar al fundador de una ciudad[177]— ofrecen en su honor sacrificios, y en su memoria celebran un certamen ecuestre y atlético[178] en el que no puede participar ningún natural de Lámpsaco.

[176] La genealogía que Heródoto cita en el libro VI, a propósito de los Filaidas, es la siguiente (entre paréntesis figuran los capítulos en que se mencionan a los distintos personajes):



[177] Cf. nota V 204.

[178] Se trataba, pues, de un culto que se le tributaba en calidad de héroe y que comprendía —como en los funerales de Patroclo, en la *Ilíada*— concursos atléticos. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 184-191 y 715-719.

2 Pero resulta que, durante una guerra librada contra los lampsacenos, el propio Esteságoras, que carecía de hijos, encontró la muerte, cuando, en el pritaneo[179], recibió en la cabeza un hachazo que le propinó un pretendido desertor, que en realidad era un enemigo, y bastante fanático por cierto.

39 Una vez muerto el propio Esteságoras de la manera que he relatado fue cuando los Pisistrátidas[180] enviaron al Quersoneso, a bordo de un trirreme, para que se hiciese cargo de la situación, a Milcíades, hijo de Cimón y hermano del difunto Esteságoras, a quien ya en Atenas habían testimoniado una gran consideración, como si en realidad no hubiera tenido nada que ver con el asesinato de su padre [Cimón],
2 cuyos pormenores expondré en otro pasaje de mi obra[181]. Al llegar al Quersoneso, Milcíades se recluyó en su residencia, so pretexto de que deseaba guardarle luto a su hermano Esteságoras. Cuando tuvieron noticias de ello, los principales personajes de todo el Quersoneso abandonaron sus respectivas ciudades para reunirse y acudir en comité, a fin de darle el pésame, momento en el que, a una orden suya, fueron encarcelados. Por otra parte, Milcíades contrató los servicios de quinientos mercenarios, con lo que, como es natural[182],

[179] Cf. nota V 319.

[180] Los hijos de Pisístrato, Hipias e Hiparco. Milcíades fue enviado al Quersoneso en el año 516 a. C.; es decir, dos años antes del asesinato de Hiparco por Harmodio y Aristogitón. Cf. V 55, y F. Heidbüchel, «Die Chronologie der Peisistratiden in der Atthis», *Philologus* 101 (1957), 70 y sigs.

[181] Cf. VI 103, 3.

[182] Dado que había eliminado la posible resistencia de los cabecillas locales (sobre la costumbre de ir a dar el pésame a un dinasta, cf. *II Samuel* X 1). W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, *ad locum*, sugieren la posibilidad de que esos personajes preeminentes fuesen inmigrantes eolios —griegos, por lo tanto—, que no desearían ser regidos por un tirano; recuérdese que la tiranía del Quersoneso se basaba en su aceptación por parte

se hizo con el control del Quersoneso; y, además, contrajo matrimonio con Hegesípila, hija de Óloro, el rey de los tracios[183].

Pues bien, el tal Milcíades, el hijo de Cimón, acababa de 40
llegar al Quersoneso cuando, a su llegada, se vio amenazado por nuevos peligros, más graves incluso que los que ya le habían amenazado[184]. (Pues, dos años antes de los hechos a

---

de la población dolonca. Y tracios debían de ser los mercenarios de Milcíades.

[183] Con lo que su posición en la península se veía notablemente reforzada. Pese a que Heródoto llama a Óloro «rey de los tracios», sin duda lo era de una sola tribu (cf. V 3, 1), probablemente de los *sapeos*, que estaban establecidos en el curso bajo del río Nesto. Hegesípila es posible que fuera, en un segundo matrimonio, madre de Óloro, el padre del historiador Tucídides (cf. Tucíd., I 104, 4), dado que el sepulcro de este último figuraba entre las tumbas de la familia de Cimón II, el hijo de Hegesípila en su matrimonio con Milcíades (cf. Plutarco, *Cimón* 4; y A. Lesky, *Geschichte der griech. Literatur* = *Historia de la literatura griega* [trad. J. M.ª Díaz-Regañón y B. Romero], Madrid, 1968, pág. 486).

[184] El pasaje no resulta excesivamente claro (es posible que Heródoto no lo revisara, y de ahí las incongruencias que presenta; sobre todo citar el regreso de Milcíades al Quersoneso antes de haber mencionado la incursión de los escitas, que fue lo que motivó su marcha), y ha sido diversamente interpretado. Cf. un estado de la cuestión en F. Prontera, «Per l'interpretazione di Erodoto VI, 40», *Parola del Passato* 27 (1972), 111 y sigs. (aunque, luego, sus conclusiones son ciertamente discutibles).

La interpretación más coherente estriba en entender que Milcíades acababa de llegar al Quersoneso (lo habría hecho más o menos en 494 a. C., según se infire de lo que con posterioridad dice Heródoto, por lo que era un regreso, pues su primera llegada a la península se había producido en 516), después de haber tenido que escapar al peligro que suponía la invasión de los escitas (los peligros que ya le habían amenazado, y que el historiador pasará a relatar a continuación), cuando, en 493 a. C., se vio amenazado por nuevos y peores peligros: la incursión de la flota fenicia, dueña del Egeo oriental tras la derrota de los jonios en Lade.

que me refiero[185], tuvo que huir de los escitas. Resulta que los escitas nómadas[186], ante la provocación que les había inferido el rey Darío, reunieron sus fuerzas y avanzaron hasta
2 el Quersoneso que nos ocupa[187]. Sin aguardar su ataque, Milcíades huyó de la zona hasta que los escitas se retiraron y los doloncos propiciaron nuevamente su regreso[188]. Esto, repito, había ocurrido dos años antes de los avatares en que, por esas fechas, se veía inmerso.)

41 Al recibir, en aquellos momentos[189], noticias de que los fenicios se encontraban en Ténedos, Milcíades cargó cinco trirremes con las riquezas que tenía a mano y zarpó con rum-

---

185 Es decir, en 495 a. C.; pues el historiador ha interrumpido en el capítulo 33 la narración de las operaciones de la flota fenicia en la zona de los estrechos —que se desarrollaron en 493—, para trazar una digresión sobre la tiranía de los Filaidas en el Quersoneso Tracio.

186 Cf. IV 19, y nota IV 79.

187 Resulta difícil admitir una incursión de los escitas (que habitaban al norte del Danubio) por los motivos aducidos por el historiador, ya que la campaña escítica de Darío tuvo lugar en 514-513 a. C. (para otras dataciones, cf. J. M. Balcer, «The date of Herodotus IV 1, Darius' Scythian expedition», *Harvard Studies in Classical Philology* 76 [1972], 99 y sigs.), lo que implicaría un plazo de 20 años para que los escitas se hubiesen decidido a vengarse. Lo más verosímil es suponer que, aprovechando la revuelta jonia, algunas tribus nómadas tracias realizaran correrías en pos de botín.

188 Es extraño que Milcíades no ofreciera resistencia. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 28, nota 5, sugiere la posibilidad de que el Quersoneso no hubiese sufrido invasión alguna y que Milcíades tuviera que marcharse ante la creciente hostilidad de los griegos establecidos en las distintas ciudades. De ser ello así, Heródoto se habría atenido, para su narración, a una fuente de información favorable a los Filaidas que tergiversó los hechos.

189 Heródoto reemprende la narración interrumpida en el capítulo 33, relatando los «nuevos peligros» en que Milcíades se vio implicado, aludidos en el parágrafo 1 del capítulo anterior. Estamos, pues, en el año 493.

bo a Atenas[190]. Como partió de la ciudad de Cardia, la travesía la efectuaba por el golfo de Melas. Sin embargo, mientras costeaba el Quersoneso[191], los fenicios se lanzaron al abordaje de sus naves. Pues bien, por lo que al propio 2
Milcíades se refiere, consiguió refugiarse en Imbros[192] con cuatro de sus navíos; pero los fenicios se dirigieron en persecución de su quinto trirreme, capturándolo.

Se daba la casualidad de que al mando de dicha nave se hallaba Metíoco, el mayor de los hijos de Milcíades, que no había sido alumbrado por la hija del tracio Óloro, sino por otra mujer[193]. Los fenicios lo atraparon al apresar la nave y, 3
cuando se enteraron de que era hijo de Milcíades, lo condujeron a presencia del rey, en la creencia de que obtendrían una cuantiosa recompensa, ya que, como es sabido, Milcíades, en la sesión que mantuvieron los jonios, se había mostrado partidario decidido de seguir las indicaciones de los escitas, cuando estos últimos les pedían que destruyeran el puente de barcas y que regresaran con sus naves a su pa-

190 Acerca de este regreso de Milcíades a su patria, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 218-220.

191 Por su litoral norte. Sin duda Milcíades esperaba que, al atravesar el golfo de Melas, lograría escapar a los navíos fenicios con mayor facilidad que si intentaba atravesar el Helesponto.

192 Isla situada en el Egeo nororiental, a unos 25 km. al oeste de la costa occidental del Quersoneso. Como Imbros había sido conquistada por los persas en la campaña que, en 512-511 a. C., acaudilló Ótanes, hay que pensar que, durante la sublevación jonia, la isla había logrado escapar del yugo persa (cf. *infra*, nota VI 714).

193 Por la primera mujer de Milcíades el Joven, que era ateniense y tal vez pariente de Hipias (los Filaidas habían estado en buenas relaciones con los Pisistrátidas con anterioridad al asesinato de Cimón I, cf. VI 103). Cf. H. T. Wade Gery, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, pág. 167.

tria[194]. Sin embargo, al llevarle los fenicios a Metíoco, el hijo de Milcíades, Darío no le hizo daño alguno, sino que lo colmó de bienes[195]; pues le dio una casa, un patrimonio y una esposa de raza persa con la que tuvo hijos que fueron considerados persas de pleno derecho. Por su parte Milcíades, desde Imbros, se trasladó a Atenas.

Reorganización de la administración persa en Jonia

42 Durante el año en curso los persas no llevaron a cabo ninguna operación que, para los jonios, representara un recrudecimiento de las hostilidades realizadas hasta el momento[196]. Todo lo contrario, en dicho año, adoptaron una serie de medidas que beneficiaron mucho a los jonios; fueron las siguientes. Artáfrenes, el gobernador de Sardes, ordenó que acudieran representantes de las ciudades y obligó a los jonios a concertar tratados entre sí, para que resolviesen sus diferencias legalmente y evitar sus mutuos saqueos

---

[194] Cf. IV 137. Sobre la dudosa historicidad de que Milcíades hubiese sustentado semejante parecer, cf. H. Berve, *Miltiades. Studien zur Geschichte des Mannes und seiner Zeit* (Hermes. Einzelschriften 2), Francfort M., 1937, págs. 41 y sigs.

[195] La costumbre de conceder mercedes a los hijos de peligrosos rivales políticos parece ser que se hallaba generalizada en el Próximo Oriente. Así, el faraón Nekao (en egipcio *Wḥmib-R'*, que reinó de 609 a 594 a. C.), segundo monarca de la dinastía XXVI, designó a *Yehoyakín* como rey de Judá, en lugar de su padre *Yosiyahu* (cf. *II Reyes* XXIII 34); y lo propio hizo el rey de Babilonia, Nabucodonosor II (605-562), con *Sidqiyahu*, en lugar de su tío *Yehoyakín* (cf. *II Reyes* XXIV 17).

[196] Hasta el año 493 a. C. La toma de Mileto (cf. VI 18), la sumisión de las islas más importantes, como Samos (merced a la defección de los samios en Lade; cf. VI 13), Quíos y Lesbos (reducidas por la flota fenicia; cf. VI 31), así como la recuperación del control de los estrechos por parte de la flota persa (cf. VI 33), habían puesto fin a la resistencia jonia. La sublevación que iniciara Aristágoras en otoño del año 499 (cf. V 35 y sigs.) había terminado con el triunfo persa.

y pillajes[197]. Tras imponerles la negociación de tales acuer- 2
dos, hizo medir sus tierras en *parasangas*[198] —así denominan los persas al equivalente a treinta estadios— y, una vez terminada la medición con arreglo, insisto, a ese sistema, fijó los tributos de las distintas ciudades, tributos que, desde entonces, han seguido perdurando ininterrumpidamente en la región, incluso hasta mis días[199], tal y como los fijó Artá-

[197] La política persa durante el reinado de Darío fue bastante permisiva en todos los conceptos (cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire,* Chicago, 1948, págs. 119 y sigs.), y las ciudades griegas sometidas gozaron de una relativa libertad en sus relaciones mutuas. Según Diodoro, X 25 (quizá siguiendo a Éforo; cf. W. Kolbe, «Diodors Wert für die Geschichte der Pentekontaetie», *Hermes* 72 [1937], 241 y sigs.), fue Hecateo quien influyó en el sátrapa Artáfrenes para la adopción de tales medidas (la prohibición de que los jonios guerreasen entre sí tuvo también vigencia durante la época en que Atenas controló la zona; cf. Tucíd., I 115), pero esa afirmación debe de responder a la tradición según la cual Hecateo era un buen exponente de jonio astuto (y de la que Heródoto se hace eco en ocasiones; cf., por ejemplo, V 36, 2-3; 125).

[198] Medida de longitud persa que equivalía a 5,32 km. (30 estadios suponían exactamente 5.328 m.), aunque sus dimensiones no eran unánimemente aceptadas por todos los autores antiguos. Inicialmente fue una medida itineraria equivalente, poco más o menos, a la marcha de una hora de caballo (y de ahí su nombre persa, en el que se agrupan el preverbio *fra-,* «hacia adelante»; el sustantivo *asa,* «caballo»; y el verbo *gam-,* «ir»).

[199] El historiador no puede estar indicando que los tributos fijados por Artáfrenes seguían pagándose a Persia *en su época,* ya que, durante un largo período del siglo v (desde 479 a. C. hasta poco antes de 412), los griegos de Asia, integrados en la confederación delo-ática, escaparon al control efectivo del imperio persa. Hay que notar que Heródoto no habla de pago, sino de fijación de impuestos, dos conceptos diferenciados entre sí (en griego existe ambigüedad para nuestros términos actuales «tasación» y «tributo»; pues *phóros* puede significar tanto la cantidad de tributo recibida, como la cantidad fijada previamente y recibida con arreglo a esa fijación; pero, asimismo, puede significar la cantidad fijada pero no necesariamente recibida, que es la interpretación más plausible en este contexto; cf. O. Murray, «'Ο 'ΑΡΧΑΙΟΣ ΔΑΣΜΟΣ», *Historia* 15 [1966], 144 y sigs.). La fijación

frenes (la carga tributaria venía a representar la misma suma que ya rigiera con anterioridad[200]).

Primera expedición persa contra Grecia

43 Tales fueron las medidas de carácter pacífico que los persas impusieron a los jonios. Pero, al llegar la primavera[201], todos los generales quedaron relevados del mando por orden del rey[202] salvo Mardonio, hijo de Gobrias[203] que bajó a la costa acompañado de un numero-

---

tributaria pudo permanecer inalterada en los registros reales durante la supremacía de Atenas en el Egeo (muy probablemente los atenienses se sirvieron de ella para establecer, en tiempos de Arístides [478-477 a. C.], la contribución económica de las ciudades aliadas a la liga común contra Persia; cf. B. D. Meritt, H. T. Wade Gery y M. F. Mc Gregor, *The Athenian Tribute Lists,* Princeton, 1951, III, págs. 275 y sigs.), en tanto que el pago efectivo no sería reclamado por Persia, sirviéndose de la fuerza, hasta quizá 413 (cf. Tucíd., VIII 5, 5: «Tisafernes procuraba ganarse a los peloponesios..., pues el rey le había exigido recientemente los tributos que adeudaba de su provincia, y que no podía obtener de las ciudades griegas a causa de los atenienses»), cuando Atenas parecía incapaz ya de impedirlo. Sobre este pasaje concreto, y sus implicaciones con otros aspectos de la historia griega de mediados del siglo v a. C., cf. C. Schrader, *La paz de Calias. Testimonios e interpretación,* Barcelona, 1976, págs. 127-133, donde se incluye estado y crítica de la cuestión.

200 En la tributación establecida, hacia 520 a. C., por Darío (cf. III 90, 1), y que ascendía, para la primera satrapía —donde, según la lista de Heródoto, estaban encuadrados los jonios—, a cuatrocientos talentos de plata (unos 13.476 kg.). Lo que varió, pues, fue la distribución de los impuestos, quizá favoreciendo a las comunidades que no habían tomado parte muy activa en la sublevación. K. Kraft («Bemerkungen zu den Perserkriegen», *Hermes* 62 [1964], 160 y 161) ha apuntado la hipótesis de que los impuestos se establecieran a partir de la superficie de los bienes raíces, algo que era inusual en Atenas.

201 La del año 492 a. C.

202 Probablemente porque tanto las tropas como sus jefes estaban agotados, después de las largas campañas que habían tenido que realizar.

203 Uno de los siete conjurados contra Bardiya (cf. III 70 y sigs.); cf. nota III 352. Mardonio es la transcripción griega del persa *Marduniya*

sísimo ejército de tierra y de abundantes tropas de marina. (El tal Mardonio era un individuo joven y acababa de contraer matrimonio con Artozostra, una hija del rey Darío[204].)

Cuando, al frente de esas fuerzas, llegó a Cilicia[205], el 2
propio Mardonio embarcó en un navío y se hizo a la mar con el resto de la flota, mientras que otros oficiales conducían hacia el Helesponto a las tropas de tierra. Costeando el 3
litoral de Asia, Mardonio se presentó en Jonia y entonces —voy a decir algo que causará una profunda extrañeza a los griegos que se niegan a admitir que Ótanes, en la sesión que mantuvieron los siete persas, se mostrara partidario de que en Persia había que instaurar un régimen democrático[206]—

(sobre su etimología, que presenta problemas, cf. R. G. Kent, *Old Persian. Grammar, Texts, Lexicon,* New Haven, 1950, 203a, con bibliografía).

[204] Mardonio era, pues, yerno de Darío, por su matrimonio con Artozostra; sobrino del monarca, pues su padre Gobrias lo había tenido con una hermana de Darío; y cuñado, pues una hermana suya estaba casada con el Gran Rey. Sobre la finalidad de nombrar a miembros de la familia real para cargos importantes, cf. nota III 662.

[205] Región sudoriental de Anatolia.

[206] Acerca del «debate» que, sobre el mejor régimen de gobierno para Persia, mantuvieron los siete conjurados contra «el mago Esmerdis», cf. III 80-82 (el alegato de Ótanes en pro de la democracia ocupa los parágrafos 2-6 del cap. 80). Sobre el debate en general, cf. nota III 391. K. von Fritz, *Griechische Geschichtsschreibung I. Von den Anfängen bis Thucydides,* Berlín, 1967, págs. 309 y sigs., ha sugerido que, si en el mundo griego existían serias dudas sobre la autenticidad histórica del pasaje (para un griego resultaría increíble en labios de un persa una proposición tendente a establecer en el imperio una democracia), es posible inferir que una discusión similar podía haber circulado, con anterioridad al relato del historiador, en alguna fuente escrita —alguna *Historia de Persia*—, o bien oralmente.

destituyó personalmente a todos los tiranos jonios y estable-
4 ció en las ciudades gobiernos democráticos[207]. Hecho esto,
se dirigió a marchas forzadas al Helesponto[208]. Una vez que
se hubo concentrado un cuantioso número de naves, así co-
mo un nutrido ejército de tierra, los persas cruzaron el He-
lesponto a bordo de sus navíos y emprendieron la marcha a
través de Europa, teniendo como objetivo Eretria y Atenas.

---

[207] La medida adoptada por Mardonio no fue general, ya que en muchas ciudades griegas la tiranía sobrevivió a la revuelta jonia (cf. VIII 132, para Quíos; VI 25, para Samos; VII 164, para Cos; VII 99, para Halicarnaso; Tucíd., VI 59; *vid.*, además, A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 222), y respondía simplemente al oportunismo persa, en su línea tradicional de conciliación con los países sometidos, pues, con tal de que sus súbditos se mantuvieran tranquilos (y la existencia de regímenes tiránicos había sido una de las causas fundamentales de la sublevación jonia; cf. nota V 113), les era indiferente el régimen político de que disfrutasen.

[208] Desde las medidas adoptadas por Darío, cuando relevó del mando a los generales que dirigieron las operaciones contra los jonios, hasta las tomadas por Mardonio en Jonia, debieron de transcurrir algunos meses. De ahí la prisa de Mardonio por alcanzar el Helesponto, probablemente para poder llevar a cabo la campaña antes de la llegada del mal tiempo. Y, como emprendió su expedición ya entrado el verano, hay que suponer (pese a que Heródoto afirma que el objetivo persa era atacar Eretria y Atenas) que Mardonio sólo intentaba reducir la parte aún no sometida de Macedonia y Tracia. Cf. H. U. Instinsky, «Herodot und der 1. Zug des Mardonios gegen Griechenland», *Hermes* 84 (1956), 477 y sigs.

Fracaso de la campaña de Mardonio por el naufragio de la flota en el Atos

De hecho esas ciudades[209] constituían un pretexto para su expedición; pero, como, en realidad, tenían el propósito de conquistar el mayor número posible de ciudades griegas, ante todo sometieron —naturalmente[210] mediante la intervención de la flota— a los tasios, que no ofrecieron resistencia alguna, mientras que, con las fuerzas de tierra, incorporaron Macedonia a la serie de países que tenían esclavizados[211] 44

---

[209] Es decir, castigar a Eretria y a Atenas por la ayuda —exigua ayuda— que habían prestado a los rebeldes jonios (cf. V 99, 1). En realidad, esta afirmación de Heródoto es incorrecta (pues la expedición de Mardonio tenía otros objetivos), pero se atiene a la interpretación que de los hechos extrajeron los griegos *a posteriori*. El historiador sostiene (cf. V 97, 3) que el envío de las veinte naves atenienses en socorro de los jonios «fue un germen de desgracias» *(archḗ kakôn);* esto es, que, entre el incendio de Sardes, en 498 a. C., y la destrucción de Atenas, en 480 (cf. VIII 50-53), veía una relación lógica. Pero esa relación es más compleja. De hecho, el enfrentamiento llegó a producirse por el expansionismo aqueménida de base teológica —del que la expedición contra Escitia es sintomático—: los persas aspiraban a la dominación del mundo, tal y como les prometía su dios supremo, Ahuramazdah. Las causas de las guerras médicas estriban, en última instancia, en el dominio persa sobre gran parte del Egeo, lo cual los ponía en contacto con los pueblos de Grecia peninsular. Es posible que Darío estuviese convencido, a raíz de la revuelta jonia, de que la seguridad en los dominios occidentales del imperio sólo podía conseguirse mediante la sumisión de todo el mundo griego. Pero, en cualquier caso, fueron los atenienses quienes, una vez conseguida la victoria, empezaron a difundir la creencia de que los persas venían preparándose contra ellos desde el año 498. Cf. V. Martin, «La politique des Achémenides. L'exploration, prélude à la conquête», *Museum Helveticum* 22 (1965), 38 y sigs. (aunque algunos de sus puntos de vista son discutibles).

[210] Por el carácter isleño de los tasios.

[211] La dominación nominal sobre Macedonia, que consiguió Megabazo por medios diplomáticos (cf. V 17, 1), debió de ser sustituida ahora por una dominación militar, extendiéndose la hegemonía persa desde el

(pues todos los pueblos situados al este de Macedonia[212] habían caído ya en sus manos).

2 Acto seguido, desde Tasos arrumbaron sus naves hacia el vecino continente[213] y, bordeando sus costas, siguieron adelante, hasta Acanto[214]; posteriormente, partiendo de Acanto, intentaron doblar el Atos[215]. Sin embargo, mientras lo estaban costeando, se abatió sobre ellos un violento huracán del norte, imposible de capear, que diezmó terriblemente a la flota, pues lanzó a gran parte de las naves contra
3 el Atos. Según cuentan, los navíos que se fueron a pique ascendieron a unos trescientos, mientras que las pérdidas humanas superaron las veinte mil bajas. Pues, como esas aguas del mar que baña el Atos están infestadas de fieras marinas[216], unos perecieron víctimas de esos animales, y otros

---

Estrimón hasta Tesalia. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'evénement d'Alexandre le Grand,* París, 1960, págs. 49 y sigs.

[212] Literalmente, «a este lado de Macedonia»; es decir, hablando desde un punto de vista persa. Los pueblos sometidos lo habían sido por Megabazo en su campaña de 513-512 a. C. (sobre los perintios, cf. V 1; sobre los tracios, V 2 y sigs.; sobre los peonios, V 12 y sigs.).

[213] Es decir, hacia Europa, dirigiéndose a las costas egeas de Tracia.

[214] Localidad situada a orillas del golfo del Estrimón, en las proximidades del istmo que unía la península de Acté con la Calcídica (en la zona en que posteriormente Jerjes mandó construir el canal que evitaba la circunnavegación del Atos; cf. VII 22 y sigs.).

[215] Monte de 2.032 m. de altura situado en la extremidad sudoriental (que constituye el cabo Ninfeo) de la península de Acté, que penetra en el Egeo, desde la Calcídica, en una longitud de unos 45 km. La península carece de puertos, sus aguas son bastante profundas, y las corrientes hacen peligrosa la navegación.

[216] Posiblemente tiburones grises, escualo que alcanza los 3 m. de longitud, y marrajos, que llegan a medir 4 m. Ambas especies habitan en el Mediterráneo y pueden llegar a ser muy peligrosas para el hombre. Algunos críticos, sin embargo, consideran que Heródoto está exagerando.

despedazados contra las rocas. Había algunos que no sabían nadar, y ello fue lo que les ocasionó la muerte; otros, finalmente, perecieron de frío[217]. Tal fue, en definitiva, la suerte de la fuerza naval.

Entretanto, mientras se encontraban acampados en Ma- 45
cedonia, a Mardonio y al ejército de tierra los atacaron durante una noche los tracios brigos[218], que mataron a muchos soldados e hirieron al propio Mardonio. Ese pueblo, empero, tampoco consiguió escapar al yugo de los persas, ya que, como era de esperar, Mardonio no abandonó esos parajes
hasta haberlos sometido. No obstante, una vez que los hubo 2
sojuzgado, ordenó la retirada de las tropas, debido al descalabro que había sufrido con el ejército ante los brigos y al terrible desastre de su flota en las inmediaciones del Atos. Esa expedición, en suma, regresó a Asia tras una desgraciada campaña[219].

[217] Es probable que el naufragio no ocurriera a la ida, sino cuando la expedición de Mardonio regresaba (por lo que no le obligaría, como sostiene Heródoto, a renunciar a sus planes contra Atenas), a finales del otoño del año 492, lo que explicaría la frialdad del agua. Sin duda, los hombres que no sabían nadar serían asiáticos de tierra adentro (cf. VIII 89).

[218] Pueblo que, posiblemente, residía entre los cursos bajos del Axio y el Haliacmón, a orillas del golfo Termaico.

[219] A excepción del desastre sufrido por la flota, hay que considerar (admitiendo que la campaña de Mardonio se proponía consolidar el dominio militar persa en Tracia occidental y Macedonia) que los persas se retiraron después de haber cumplido su misión, y que la expedición no fue, ni mucho menos, un fracaso. Cf. VII 9 y 108; y H. Castritius, «Die Okkupation Thrakiens durch die Perser», *Chiron* 2 (1972), 1 y sigs.

46 *Darío frustra una posible sublevación en Tasos*

Durante el año que siguió a esos acontecimientos[220], lo primero que hizo Darío fue despachar un emisario a los tasios (que habían sido acusados por sus vecinos[221] de estar tramando una sublevación), ordenándoles que demolie-
2 sen su muralla y que llevasen sus naves a Abdera[222]. Resulta que los tasios, debido al asedio de que habían sido objeto por parte de Histíeo de Mileto[223], y ante los importantes ingresos con que contaban, estaban empleando esas sumas en la construcción de navíos de combate y en rodearse de un muro defensivo más sólido.

3 Por cierto que sus ingresos procedían del continente[224] y de sus minas; concretamente, de las minas de oro de Escaptila

---

[220] En 491 a. C.

[221] Puede deducirse de las órdenes emitidas por Darío que esos vecinos fueron los abderitas, que permanecieron leales a los persas durante el período de la sublevación jonia (cf. VIII 120), tal vez con el propósito de adueñarse de las posesiones que Tasos tenía en la costa tracia. Sobre la posible duplicidad de fuentes en que se basó Heródoto para narrar la sumisión de Tasos (ya referida en VI 44, 1); lo cual le habría llevado a relatar en dos años sucesivos un mismo hecho, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth, and sixth books...*, II, págs. 75-76. No obstante, el historiador puede estar en lo cierto y la orden del monarca ser un año posterior a la expedición de Mardonio.

[222] Ciudad situada en la costa tracia, entre los ríos Nesto y Travo, a unos 30 km. al NE de Tasos. Pese a que había sido colonizada por Clazómenas en el siglo VII a. C., y recolonizada por Teos hacia 540, debía de contar con un importante núcleo de población oriental (el nombre de la ciudad tiene origen fenicio), como revelan sus monedas. Cf., por ejemplo, B. V. Head, *Historia numnorum. A manual of Greek numismatics*, Oxford, 2.ª ed., 1911, pág. 253.

[223] Cf. VI 28, 1.

[224] De los establecimientos situados en la región tracia de Pieria, en las inmediaciones del monte Pangeo —famoso en la Antigüedad por su riqueza aurífera—, como Estrime (cf. VII 108), Galepso (cf. Tucíd., IV 107), y Datón (cf. Estrabón, VII 33). Escaptila (que significa «bosque

obtenían, por lo general, ochenta talentos[225]; y de las situadas en la propia Tasos una cifra inferior a la citada, pero lo bastante importante como para que, por lo regular, los tasios —que estaban exentos de pagar impuestos por los productos agrícolas— obtuvieran del continente y de las minas doscientos talentos anuales (y trescientos cuando el rendimiento era óptimo[226]). Yo he visto con mis propios ojos[227] 47
dichas minas y, entre ellas, eran particularmente curiosísimas las que descubrieron los fenicios que acompañaron a Taso en la colonización de esa isla[228] (que recibe su nombre

excavado»), aludiendo a las actividades mineras allí realizadas) se hallaba en esa misma zona.

225 Aproximadamente 2.073,5 kg.

226 Respectivamente, unos 5.184 y 7.776 kg. de oro, una suma realmente elevada teniendo en cuenta la escasez aurífera de Grecia y la relación oro-plata (que en Grecia se fijaba por lo general en 1: 13 2/3). La riqueza de los tasios se mantuvo durante algunos años (cf. VII 118) y, aunque durante la hegemonía ateniense disminuyó, por pasar Atenas a controlar la zona del Pangeo, el tributo que Tasos pagaba a la liga delo-ática siguió siendo relativamente elevado en comparación con el que abonaban otros miembros de la misma. Cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History. Between the persian and peloponnesian wars,* Oxford, 1951 (nueva edición supervisada por R. Meiggs y A. Andrewes), págs. 414-415.

227 Posiblemente durante el viaje del historiador a la isla para recabar informaciones sobre la figura de Heracles (cf. II 44, 4).

228 Heródoto data la colonización fenicia de Tasos (llevada a cabo por tirios que iban en busca de su princesa Europa, hija del rey de Tiro, Agenor, que había sido raptada por Zeus, metamorfoseado en toro, y conducida a Creta) cinco generaciones antes del nacimiento de Heracles (cf. II 44, 4); es decir, unos 1.050 años antes de su época, ya que el historiador calculaba unos 900 años desde Heracles hasta sus días (sobre el problema que para Heródoto suponía datar hechos acaecidos en época mítica, cf. nota V 274).

2 actual en memoria de Taso, el citado fenicio[229]). Esas minas que se remontan a los fenicios se hallan en Tasos entre dos parajes denominados Enira y Cenira, frente a Samotracia[230]; consisten en un gran monte que, en el curso de las prospecciones, ha quedado derruido. En esto estriba, en definitiva, la cuestión de las minas.

48 Por su parte los tasios, ante la orden del rey, demolieron su muralla y, asimismo, llevaron todas sus naves a Abdera.

Ultimátum de Darío a Grecia

Acto seguido Darío quiso sondear a los griegos para saber si se proponían luchar contra él o si pen-
2 saban someterse. En consecuencia, envió diversos heraldos —que tenían la misión de dirigirse a las distintas regiones de Grecia—, con la orden de exigir, en nombre del rey, la tierra y el agua[231]. A esos heraldos, repito, los envió a Grecia,

---

[229] Sin duda una *interpretatio graeca* del nombre de la isla (Esteban de Bizancio y Hesiquio, *s. v.*, afirman, respectivamente, que Tasos se había llamado en tiempos remotos Aeria u Odonis), ya que otras localidades y establecimientos relacionados con los comerciantes fenicios llevaban nombres que pueden relacionarse con el de esta isla (piénsese, por ejemplo, en Tarso o en Tarteso). Tasos fue colonizada por gentes de Paros (cf. Tucíd., IV 104, 4) hacia el año 700 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, pág. 458.

[230] Es decir, en la costa sudoriental de la isla (Samotracia dista de Tasos unos 60 km. en dirección SE). Las minas a que alude Heródoto no han sido localizadas. Cf. F. von Hiller, *s. v. Thasos, R. E.* 5 A, 2 (1934), cols. 1310 y sigs.

[231] Sobre el significado de tal petición, cf. nota V 65. Es probable que este envío de heraldos en el año 491 a. C. no sea histórico (cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Múnich, 4.ª ed., 1969, pág. 163), y que Heródoto sufriera una confusión con el hecho idéntico que se produjo en 481 a instancias de Jerjes (cf. VII 32). La crítica, sin embargo, no se muestra unánime en este punto (cf., por ejemplo, K. Kraft, «Bemerkungen zu den Perserkriegen»..., págs. 144 y sigs.), considerando que Darío, tras la revuelta de Jonia y el éxito estratégico de la expedición de Mardo-

mientras que a otros los despachó a las diferentes ciudades marítimas que le pagaban tributo, ordenándoles que construyesen navíos de combate y transportes para los caballos[232].

Sumisión simbólica de muchos pueblos griegos. Atenas acusa a Egina de traición

Como es natural las ciudades 49
sometidas se entregaron a tales preparativos. Por su parte, a la llegada de los heraldos a Grecia, muchos pueblos del continente[233] accedieron a las exigencias que presentaba el Persa; y lo mismo hicieron todos los isleños a quienes los heraldos visitaron con dicha finalidad. Pues bien, entre otros isleños que proporcionaron a Darío la tierra y el agua, figuraban concretamente los eginetas[234]. Frente a esta actitud 2
de los de Egina, los atenienses reaccionaron inmediata-

nio, quería limitarse a consolidar la frontera egea del imperio mediante una simple sumisión nominal de las ciudades griegas.

[232] Como traduce M. F. Galiano (*Heródoto,* Barcelona, 1951, pág. 144), «pasacaballos»; es decir, embarcaciones sin palos y muy aplanadas en sus fondos, que en esa época constituían una novedad dentro de las técnicas de las construcciones navales (cf. Tucíd., II 56).

[233] Es decir, de la Grecia continental. La afirmación, con todo, es demasiado rotunda y tal vez exagerada, aunque, admitiendo la historicidad de la misión persa, Tesalia, Beocia, Argos, y quizá Delfos, pudieron acceder a las demandas persas. Cf. D. Gillis, *Collaboration with the Persians* (Historia Einzelschriften, Heft 34), Wiesbaden, 1979, págs. 39 y sigs.

[234] A comienzos del siglo v a. C. la expansión persa había creado dificultades comerciales, y por lo tanto económicas, a Egina; de ahí que la isla, superpoblada y con gran cantidad de esclavos, tuviera que llegar a un acuerdo con los persas tendente a poder seguir desarrollando su comercio en el Mediterráneo oriental. Cf. D. Hegyi, «Athens and Aigina on the eve of the battle of Marathon», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 17 (1969), 171 y sigs.

mente[235], en la creencia de que los eginetas habían accedido, por el odio que sentían hacia ellos, a fin de atacar Atenas con el apoyo del Persa[236]; y, encantados por poder contar con un pretexto, se trasladaron repetidas veces a Esparta[237] para acusar a los eginetas de haber traicionado a Grecia con su conducta.

---

[235] Pese a que en este pasaje no refiere el caso (que se narra en VII 133; para las posibles razones que tuvo el historiador para retrasarlo tanto, cf. PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 68, nota 3), de las palabras de Heródoto se desprende que Atenas y Esparta se negaron a aceptar la sumisión a Persia. Según la tradición popular, de la que se hace eco Heródoto en el citado capítulo del libro VII, los atenienses arrojaron al heraldo persa al *báratro* (una antigua cantera situada al oeste de la Acrópolis, donde se arrojaba a algunos condenados a muerte por delitos de alta traición o de sacrilegio), con lo que le daban «la tierra»; mientras que los espartanos lo echaron a un pozo, con lo que le dieron «el agua». Cf. L. M. WÉRY, «Le meurtre des hérauts de Darius en 491 et l'inviolabilité du héraut», *L'Antiquité Classique* 35 (1966), 468-486; y R. SEALEY, «The Pit and the Well: the Persian Heralds of 491 B. C.», *Classical Journal* 72 (1976), 13-20.

[236] La acusación que, acto seguido, van a presentar los atenienses en Esparta contra los eginetas no se basaba, en realidad, en el «medismo» de estos últimos (en Atenas también había partidarios de pactar con los medos; cf. V 73, sobre un intento de alianza con Artáfrenes, con anterioridad a la sublevación jonia, y A. ROBINSON, «Medizing Athenian Aristocrats», *Classical World* 35 [1941], 39 y sigs.), sino en el conflicto existente, desde finales del siglo VI a. C., entre Atenas y Egina. Cf., *supra*, V 82 y sigs., y A. ANDREWES, «Athens and Aegina 510-480», *Annual of the British School of Athens* 37 (1936-37), 1 y sigs.

[237] Pese a la opinión de PH.-E. LEGRAND (*Histoires. Livre VI...*, pág. 68, nota 2, al afirmar que «cette demande suppose que les Athéniens étaient alors en bons termes avec Cléomene et reconnaissaient à Sparte une sorte d'hégémonie [algo incuestionable por aquellas fechas en el mundo griego; cf. I 69; VI 105; VIII 92]. Ce n'est pas ce que faisait prévoir ce qui est dit 1. V ch. 91-93 des relations entre les deux cités; de ces chapitres au chapitre présent, il y a, dans l'exposé de l'histoire de la Grèce, solution de continuité»), en realidad Atenas podía alegar simplemente ante Esparta que Egina, al estar aliada con los lacedemonios, debía tener «los mismos amigos y enemigos» que Esparta, por lo que su acción había vulnerado esa alianza (cf. J. A. O.

Ante esta acusación, Cleómenes, hijo de Anaxándridras, 50
que era rey de los espartiatas, se trasladó a Egina con el propósito de prender a los eginetas más implicados en el asunto[238]. Pero, cuando intentaba proceder a su arresto, hu- 2
bo varios eginetas que, como es lógico, se opusieron a su pretensión, destacando principalmente Crío[239], hijo de Polícrito, quien le aseguró que no se iba a llevar así como así a ningún egineta, pues lo que estaba haciendo no contaba con la aprobación del Estado espartiata, sino que había sido sobornado por los atenienses, ya que, de lo contrario, para proceder a la detención de los culpables se habría presentado con el otro monarca[240] (por cierto que Crío se expresó en 3
esos términos a instancias de Demarato[241]). Al verse expul-

---

Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], 257 y sigs.).

[238] Cleómenes (sobre él, cf. nota V 178; sobre su padre Anaxándridas II, que reinó desde 560 a 520 a. C., aproximadamente, cf. nota V 164) debió de trasladarse a Egina en un nuevo intento por atraerse a Atenas a la liga peloponesia (cf. J. A. O. Larsen, «Sparta and the Ionian Revolt. A Study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 [1932], 136 y sigs.) y porque, además, se lo propondrían enemigos de los Alcmeónidas (y hay que pensar, entre otros, en Temístocles; cf. P. J. Lenardon, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 [1956], 401 y sigs.).

[239] Posiblemente el atleta a que alude también Simónides de Ceos, fr. 507, D. L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 2.ª ed., 1967 (cf. la traducción de F. R. Adrados, *Lírica griega arcaica*, Madrid [B. C. G., 31], 1980, pág. 257).

[240] Como Cleómenes se marchó de Egina sin llevarse rehenes (mientras que, cuando se presentó para prender a los eginetas más influyentes, acompañado del otro rey, éstos no opusieron resistencia; cf. VI 73, 2), es posible que, de acuerdo con las leyes espartanas, su actuación en estos momentos fuera anticonstitucional. Cf. P. Cloché, «Sur le rôle des rois de Sparte», *Études Classiques* 17 (1949), 113 y sigs.

[241] Sobre Demarato, cf. nota V 359.

sado de Egina, Cleómenes le preguntó a Crío cuál era su nombre; este último se lo reveló sin rodeos[242], y entonces Cleómenes le dijo: «Pues mira, carnero, guarnece ahora mismo tus cuernos con bronce[243], pues vas a toparte con un serio peligro».

Digresión sobre la historia contemporánea de Esparta. Origen de la doble monarquía

51 Entretanto[244], por aquellas fechas, Demarato, hijo de Aristón, que se había quedado en Esparta, estaba difamando a Cleómenes. El tal Demarato era también rey de los espartiatas, pero pertenecía a la rama familiar de inferior prestigio[245], inferioridad que no responde a nin-

---

[242] Crío en griego significa «carnero», por lo que su nombre se prestaría a las naturales bromas (cf. Aristófanes, *Nubes* 1356).

[243] También puede interpretarse el verbo que aparece en el texto griego con el significado de «adorna tus cuernos», haciendo alusión a que, cuando iban a ser sacrificados, a los carneros los llevaban engalanados.

[244] Comienza aquí una digresión —que, en última instancia, se extiende hasta el capítulo 72— de gran importancia para la historia constitucional de Esparta, ya que trata (aunque atendiendo a datos primarios y elementales, y organizada sobre un armazón mítico) del origen de la doble realeza. Sobre este tema, cf. A. Momigliano, «Sparta e Lacedemone e una ipotesi sull'origine della diarchia spartana», *Atene e Roma* 13 (1932), 3 y sigs.

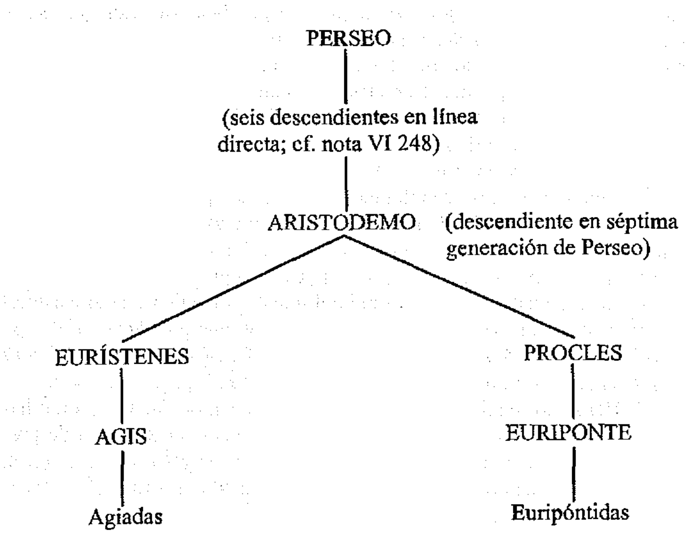
[245] A la de los Euripóntidas, que pretendían descender de Euriponte, hijo del Proeles que se menciona en el capítulo siguiente (el primer Euripóntida situable cronológicamente es Teopompo, que combatió en la primera guerra mesenia, durante la segunda mitad del siglo VIII a. C.). La otra familia era la de los Agiadas, que pretendían descender de Agis, hijo del Eurístenes mencionado posteriormente. La mayor consideración de que gozaban estos últimos sobre los Euripóntidas (y que Heródoto va a justificar mediante una leyenda etiológica sobre dos hermanos gemelos) debía de tener como origen la fusión de dos comunidades distintas cuyos jefes siguieron ocupando sus puestos rectores. Ese diferente origen para las dos casas reinantes en Esparta parece deducirse del hecho de que sus residencias y sus tumbas han sido halladas en lugares de Esparta separados entre sí (cf. Pausanias, III 12, 8; 14, 2), cada uno de los cuales pudo ser el núcleo primitivo de dos comunidades distintas, presumible-

guna diferencia social (pues ambas descienden del mismo antepasado[246]); lo que ocurre es que la estirpe de Eurístenes goza de una mayor consideración por derechos de primogenitura.

---

mente de dorios (aunque luego los reyes espartanos pretendieran ser de origen aqueo —cf. V 72—, para justificar la conquista del Peloponeso por parte de los dorios). En general, aunque los problemas al respecto son múltiples y no todos están bien explicados, cf. Th. Lenschau, «Agiaden und Eurypontiden», *Rheinisches Museum* 88 (1939), 123 y sigs.; y P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Praga, 1971, págs. 23-28.

[246] A través de Aristómaco (cf. el capítulo siguiente), descendían de Perseo (sobre él, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica...*, págs. 155 y sigs.), con arreglo al siguiente árbol genealógico:



52 Los lacedemonios —que en sus manifestaciones no coinciden con poeta alguno[247]— aseguran que fue Aristodemo (que era hijo de Aristómaco, nieto de Cleodeo y bisnieto de Hilo[248]) quien, en tiempos de su reinado[249], los condujo personalmente a esa región que en la actua-
2 lidad ocupan, y no los hijos de Aristodemo[250]. Al cabo

[247] Esos poetas serían autores de «genealogías» y poemas épicos, que transmitirían otras tradiciones sobre el origen de las familias reales espartanas, y cuyas producciones no se han conservado (una aproximación al ciclo épico da una idea de la abundancia de literatura que se ha perdido; si a ello se añade que numerosos temas no incluidos en el ciclo también se convirtieron, en los siglos VII y VI a. C., en asunto de diversos poemas épicos, podemos suponer la amplitud que tuvo este tipo de poesía; cf. G. L. Huxley, *Greek Epic Poetry*, Londres, 1969).

[248] Y, por lo tanto, era descendiente de Heracles, que había sido su tatarabuelo. La genealogía es: Perseo (sobre él, cf. el capítulo siguiente), Alceo (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, pág. 164), Anfitrión (cf. Ruiz de Elvira, *Ibid.)*, Heracles (hijo putativo del anterior; cf. Ruiz de Elvira, págs. 207-210), Hilo (un Heráclida, nombre que en mitología suele restringirse a los hijos que Heracles tuvo con Deyanira, y a sus descendientes; cf. Ruiz de Elvira, pág. 257), Cleodeo y Aristómaco (sobre ellos y los intentos fallidos de estos Heráclidas por regresar al Peloponeso, cf. Ruiz de Elvira, pág. 258).

[249] Según el sistema cronológico de Heródoto aplicado a época mítica (cf. nota V 274), su reinado se situaría hacia el año 1025 a. C., lo cual, a grandes rasgos, coincidiría con la opinión de los críticos modernos que fechan la invasión doria en el siglo XI a. C. (aunque últimamente se duda de la relación existente entre el final del mundo micénico y la «invasión» doria; cf. Z. Rubinsohn, «The Dorian invasion again», *Parola del Passato* 30 [1975], 105 y sigs.; y J. Chadwick, *The Mycenaean World = El mundo micénico* [trad. J. L. Melena], Madrid, 1977, págs. 242-243).

[250] Heródoto se atiene, pues, a la tradición local de Esparta (como hace Jenofonte, *Agesilao* VIII 7), mientras que los poetas debían de presentar las cosas como lo hacen Pausanias (III 1, 5) y Apolodoro (II 8, 2), quienes afirman que Aristodemo murió antes de la invasión del Peloponeso por los Heráclidas.

de no mucho tiempo, dio a luz la mujer de Aristodemo, cu-
yo nombre era Argía (por cierto que, según dicen, era hija
de Autesión, el hijo de Tisámeno, nieto de Tersandro y bis-
nieto de Polinices[251]). La citada mujer dio a luz gemelos, y
Aristodemo vivió para ver a sus hijos, pero poco después
murió víctima de una enfermedad. Entonces los lacedemo- 3
nios de aquella época, de acuerdo con su ley[252], decidieron
nombrar rey al mayor de los niños. Pues bien, lo cierto es
que no sabían a quién elegir, dado que las facciones y la
complexión física de ambos eran idénticas. En vista de que
no podían pronunciarse —o incluso antes de haberlo inten-
tado—, se lo preguntaron a la madre. Pero la mujer aseguró 4
que ni siquiera ella conseguía distinguirlos (la madre se ma-
nifestó en esos términos, a pesar de que sabía diferenciarlos
a la perfección, pues deseaba que, si ello era posible, ambos
llegaran a ser reyes). Los lacedemonios, como es natural, se
encontraban sumidos en un dilema, y, en esa tesitura, envia-
ron emisarios a Delfos para preguntar al oráculo cómo re-
solver el asunto[253]. Y la Pitia les ordenó que consideraran 5
reyes a ambos niños, pero que honrasen preferentemente al

---

[251] Argía era, pues, hermana de Teras (cf. IV 147, 1), el epónimo de la isla de Tera, y por lo tanto descendía de tebanos, pues Polinices, el hijo de Edipo, pertenecía a la familia de los Labdácidas (cf., por ejemplo, Esquilo, *Los Siete contra Tebas)*. El padre de Argía, Autesión, era natural de Tebas, pero abandonó su ciudad, para establecerse en Esparta, siguiendo los dictados de un oráculo (cf. Pausanias, IX 5, 8).

[252] Cf. V 42, 2; y G. Giarizzo, «La diarchia di Sparta», *Parola del Passato* 13 (1950), 192 y sigs.

[253] Como en el caso de la legislación de Licurgo (cf. I 65, 4; y A. von Blumenthal, «Zur lykurgischen Rhetra», *Hermes* 77 [1942], 212 y sigs. —si bien la tradición espartana al respecto disentía de su origen délfico; cf. Aristóteles, *Política* 1271b—), el problema de la designación real es confiado a la Pitia. Naturalmente, toda esta anécdota sobre el origen de la diarquía espartana carece de historicidad.

primogénito. Ésta fue, en definitiva, la respuesta que les dio la Pitia.

Los lacedemonios, con todo, seguían sin saber cómo iban a reconocer al mayor de los hermanos cuando un me-
6 senio[254], cuyo nombre era Panitas, les dio un consejo. El consejo que el tal Panitas dio a los lacedemonios fue que vigilaran a la madre para saber a qué niño lavaba y alimentaba en primer lugar; y, si resultaba que siempre procedía en el mismo orden, tendrían la solución de lo que pretendían y deseaban averiguar; en cambio, si la propia madre no sabía a qué atenerse y los atendía indistintamente, podrían estar seguros de que ni siquiera ella sabía más que los demás, por lo que deberían recurrir a otro procedimiento.

7 Entonces los espartiatas, de acuerdo con los consejos del mesenio, se pusieron a vigilar, sin perder un instante, a la madre de los hijos de Aristodemo y descubrieron (ya que ella ignoraba la razón por la que se la sometía a vigilancia) que, a la hora de alimentarlos y de bañarlos, mostraba una metódica preferencia por el primogénito. Considerando, pues, que se trataba del mayor, se hicieron cargo del niño objeto de la preferencia de su madre, para criarlo en algún edificio propiedad del Estado[255], y le impusieron el nombre

---

[254] Posiblemente un dorio instalado en Mesenia. K. J. NEUMANN («Die Entstehung des spartiatischen Staates in der lykurgischen Verfassung», *Historische Zeitschrift* 96 [1906], 1-80; sobre todo, págs. 25 y sigs.) consideraba que la diarquía espartana se desarrolló porque los invasores dorios se dividieron en dos grupos cuando llegaron al curso alto del Eurotas; uno habría bajado por el valle del río, mientras que el otro se dirigió a Mesenia. A este grupo de dorios podría pertenecer Panitas.

[255] Y, de ese modo, evitar que se confundiera con su hermano. Para la traducción del término sigo la interpretación de W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 83.

de Eurístenes, y a su hermano el de Procles. (Según cuen- 8
tan, cuando se hicieron unos hombres, y a pesar de que eran hermanos, ambos mantuvieron entre sí, durante toda su vida, encontradas diferencias; y sus descendientes han seguido haciendo lo mismo[256].)

Los lacedemonios son los únicos griegos que refieren 53
estos pormenores. Voy, además, a exponer ahora la versión que se atiene a la opinión generalizada entre los griegos[257]; es decir que, dejando al margen al dios[258], la enumeración que, remontándose hasta Perseo, hijo de Dánae, hacen los griegos de los reyes dorios de esa época es correcta, así como su afirmación de que eran helenos; pues, por aquel entonces, dichos monarcas ya se contaban entre estos últimos[259]. Y he dicho «hasta Perseo», sin aludir a sus más 2

[256] Cf. ARISTÓTELES, *Política* II 9, 30, 1271a; y, *supra*, nota V 166.

[257] Esto es, la tradición que contaban los poetas (cf. nota VI 247). Heródoto demuestra, a lo largo de la *Historia*, conocer bien las producciones poéticas: en II 117 niega la autoría de los *Cantos Ciprios* a Homero; en IV 32 duda de que los *Epígonos* fuera obra suya; además, cita a Hesíodo *(ibíd.)*, a Olén (IV 35, 3), a Arquíloco (I 12, 2), a Alceo (V 95, 2), Safo (II 135, 6), Solón (V 113, 2), Aristeas (IV 13), Simónides (V 102, 5), Píndaro (III 38, 4), Frínico (VI 21, 2), Esquilo (II 156, 6), Museo y Bacis (VIII 96), Esopo (II 134, 3), Anacreonte (III 121, 1), y Laso (VII 6, 3).

[258] Zeus, padre de Perseo. Acrisio, rey de la Argólide, tuvo noticias por un oráculo de que su hija Dánae tendría un hijo que lo mataría. Para evitarlo, encerró a Dánae en una prisión subterránea de bronce, en la creencia de que así ningún hombre podría acceder a ella. Sin embargo, Zeus se enamoró de Dánae y la fecundó, llegando hasta ella en forma de lluvia de oro, dejándola encinta de Perseo.

[259] Aunque Perseo descendía de egipcios, fue considerado un griego más por los autores helenos. Sin embargo, sus descendientes (sobre ellos, cf. nota VI 248) sólo fueron considerados reyes de los dorios a partir de Hilo, el hijo de Heracles, que, al ser expulsado del Peloponeso, fue adoptado por el rey dorio Egimio (hijo de Doro, el antepasado

inmediatos antepasados, por el hecho de que al nombre de Perseo no se le añade el de padre mortal alguno[260], como, por ejemplo, a Heracles el de Anfitrión[261]; de ahí, pues, que me haya expresado con toda propiedad cuando he dicho «hasta Perseo». Por otra parte, si desde Dánae, hija de Acrisio, se enumerasen los sucesivos antepasados de esa familia, se pondría de relieve que los caudillos de los dorios son oriundos de Egipto[262].

54 De acuerdo con las manifestaciones de los griegos, éstos son, en suma, los datos genealógicos de Perseo. Sin embargo, según la versión que mantienen los persas, fue el propio

---

epónimo de los dorios). Hilo intentó sin éxito regresar al Peloponeso (cf. IX 26), cosa que consiguieron sus descendientes —el denominado «regreso de los Heráclidas»—, uno de los cuales, Aristodemo, recibió, en el reparto que se llevó a cabo, el dominio sobre Lacedemonia. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 258-260.

260 Ya que era considerado hijo de Zeus. Sin embargo —aunque en este caso el historiador no se define—, es posible que Heródoto no admitiera esa filiación de Perseo, según se desprende de su actitud, ante casos similares. Cf. II 43-45, 142-146, y IV 5, 1.

261 Según una versión de la leyenda relativa a Heracles (cf. *Ilíada* XIX 98 y sigs.), Anfitrión, nieto de Perseo, fue el padre putativo del héroe, ya que el verdadero era Zeus.

262 Dánae era tataranieta de Dánao (bisnieto, a su vez, de Épafo, el hijo de Ío —princesa pelasga metamorfoseada en becerra por Zeus para sustraerla, aunque sin conseguirlo, a los celos de Hera— y de Zeus, al que aquella concibió en Egipto), que huyó con sus cincuenta hijas a Argos (país del que era originaria Ío), ante las asechanzas de su hermano Egipto (el tema lo trató Esquilo en su trilogía sobre *Las Danaides)*. Linceo fue el único hijo de Egipto que sobrevivió a su noche de bodas, tras el matrimonio de los cincuenta hijos de Egipto con las cincuenta hijas de Dánao, y de él descendía Perseo (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología...*, págs. 130-134). Es posible que el mito sea un reflejo de relaciones comerciales, o de otro tipo, entre Egipto y la Argólide en época micénica.

Perseo quien, asirio de nacimiento[263], adquirió la nacionalidad griega, cosa que no poseían sus antepasados. Y por lo que se refiere a los antecesores de Acrisio, que —según ellos— no guardaban el menor parentesco con Perseo, afirman, tal y como sostienen los griegos, que eran egipcios.

En fin, sobre este tema basta con lo dicho. Asimismo, 55
comoquiera que otros ya han hablado sobre el particular[264], vamos a omitir la narración de las causas y de las gestas merced a las cuales unos sujetos de origen egipcio consiguieron reinar sobre los dorios[265]. Haré, sin embargo, hincapié en aquello que otros no han abordado.

---

[263] Esta versión persa sobre la figura de Perseo (versión que posiblemente está helenizada) difería tan sólo de la griega en el lugar de nacimiento del héroe. Según la tradición griega, Perseo era el yerno del rey de los «asirios» (según Heródoto, «de los cefenos»; cf. VII 61, 2), Cefeo, a cuya hija Andrómeda había salvado. Posteriormente, tuvo con ella un hijo, Persa, que fue el epónimo de ese pueblo. Sobre las bases de la tradición oriental de Perseo, cf. L. Preller, *Griechische Mythologie*, Berlín, 4.ª ed. (revisada por C. Robert), 1926, II, 1, págs. 222 y sigs.

[264] Poetas épicos (una epopeya desaparecida se llamaba *Egimio;* cf. nota VI 259) que narraban la leyenda doria de los Heráclidas.

[265] Heródoto omite, pues, todo lo relativo a la adopción, por parte del mítico rey Egimio (cf. Píndaro, *Pítica* I 64; Diodoro, IV 37; 58), de Hilo y las luchas de éste, en unión de sus otros dos hermanos adoptivos, por la posesión del Peloponeso (cf. Estrabón, IX 42, 7; Pausanias, II 28, 6; Apolodoro, II 7, 7), hasta el definitivo «retorno de los Heráclidas» (cf. la argumentación de los tegeatas en IX 26).

56 *Privilegios de los reyes espartanos*

Los espartiatas, en ese sentido[266], han otorgado a sus reyes los siguientes privilegios: dos sacerdocios, el de Zeus Lacedemón y el de Zeus Uranio[267]; y, además, la facultad de declarar la guerra al país que quieran[268], sin que ningún espartiata pueda impedírselo, ya que, si lo intenta, dicho sujeto incurre en sacrilegio. Durante las operaciones bélicas

[266] Heródoto pasa a tratar aquellos aspectos que no habían sido referidos por otros autores. Sobre los capítulos que siguen, cf. C. G. Thomas, «On the role of the Spartan kings», *Historia* 23 (1974), 257 y sigs.

[267] Posiblemente, bajo el nombre de Zeus Lacedemón hay que entender una referencia a una primitiva divinidad local (tal vez de carácter ctónico) que con el tiempo acabó convirtiéndose en un héroe, Lacedemón (héroe epónimo de Lacedemonia), quien, según la tradición (cf. Pausanias, III 1, 2; 20, 2), era hijo de Zeus y de la ninfa del monte Taigeto, y esposo, a su vez, de Esparta, hija del espíritu del río Eurotas. Zeus Uranio (es decir, «celeste») era venerado en su calidad de supremo señor del cielo, y de ahí el epíteto. La asignación de esos sacerdocios a los reyes se debe a que los monarcas espartanos descendían de Zeus a través de su antepasado Heracles (cf., para otras relaciones entre los reyes y el culto a Zeus, Jenofonte, *Const. lacedemonios* 13 y 15).

[268] Quizá en épocas remotas los reyes pudieran hacerlo, pero en época de Heródoto ya no debía de ser así (dicha facultad residía en la *gerusía* y los éforos; cf. Jenofonte, *Helénicas* III 1, 1; V 2, 9). El historiador pudo pensar que los monarcas poseían esa prerrogativa por la independencia con que en ocasiones actuó Cleómenes (cf. V 50, cuando, sin consultar a nadie, negó su apoyo a los jonios sublevados; V 74, cuando, en 507 a. C., reclutó tropas sin especificar el motivo —sobre estas atribuciones que se tomó Cleómenes, cf. S. C. Klein, *Cleomenes. A Study in early Spartan imperialism*, Kansas-Lawrence, 1973—). Pero el proceso a que fue sometido a su regreso de la Argólide (cf. VI 82) parece demostrar que los reyes no podían, ni siquiera en campaña, actuar a su antojo, aunque su libertad de movimientos era grande (cf. Tucíd., V 60; 66; VIII 5).

los reyes van a la vanguardia[269], siendo los últimos en retirarse; y, mientras están en campaña, cien soldados de elite constituyen su guardia personal[270]. Asimismo, en el transcurso de las expediciones militares, tienen a su disposición todas las reses que deseen[271], y reciben las pieles y los solomillos de todas las víctimas que se sacrifican.

Éstos son sus privilegios en épocas de guerra; mien- 57
tras que, en tiempos de paz, tienen concedidas sus otras prerrogativas, que consisten en lo siguiente. Cuando se celebra un sacrificio de carácter oficial[272], los reyes son los primeros en sentarse a la hora del banquete y empiezan por atenderlos primero a ellos, sirviéndoles a ambos, en todos los platos, doble ración que a los demás comensales; además, a ellos les corresponde comenzar las libaciones[273], así como las pieles de los animales sacrificados.

---

[269] Cf. Jenofonte, *Const. laced.* 13, 6. Sólo iban precedidos de exploradores a pie y a caballo.

[270] Un tercio de la guardia real de Esparta (cf. I 67, 5), compuesta por 300 miembros, a razón de un centenar por cada una de las tres tribus en que estaban divididos los espartanos (cf. Tucíd., V 72, 4).

[271] Para ofrecerlas en sacrificios antes de entrar en acción (sacrificios que recibían el nombre de *diabatêria,* cf. Tucíd., V 55; 116; Jenofonte, *Helénicas* IV 7, 2; V 1, 33). Este derecho de los reyes recuerda el privilegio de que gozaban los *basileîs* homéricos (cf. *Ilíada* VII 321; *Odisea* IV 66), y puede estar justificado por la antigua función de sumo sacerdote que tenía el caudillo en épocas prehistóricas.

[272] En el que los oferentes eran los reyes (piénsese en el papel del arconte-rey *(basileús)* en Atenas, que heredó de los antiguos monarcas el ejercicio de la superintendencia en todos los aspectos del culto rendido por el Estado). Cf. Jenofonte, *Const. laced.* 15, 2.

[273] Otro privilegio del que gozaban los *basileîs* homéricos (cf. *Ilíada* XII 310 y sigs.). Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI...,* pág. 73, nota 3) considera, sin embargo, que el término empleado en griego *(spondarchía)* es un hápax semántico, que significaría «primicia obtenida de una

2 Todos los días primero y séptimo de cada mes[274] a ambos se les entrega, a expensas del Estado, una víctima adulta[275] para el templo de Apolo, así como un *medimno* de harina de cebada y un cuartillo laconio de vino[276]; igualmente, en todos los certámenes atléticos tienen reservados sitios de honor. También es de su incumbencia nombrar para el cargo de *próxenos*[277] a los ciudadanos que ellos quieran, pudiendo

---

libación». De ahí que traduzca: «à eux appartiennent les prémices des libations...».

[274] Literalmente: «todos los novilunios y los séptimos (días) del comienzo del mes». El calendario griego estaba dividido en doce meses lunares (sobre los problemas de desfase que, respecto a las estaciones, suponía semejante sistema de cálculo, y las soluciones adoptadas, cf. nota II 15, y E. BICKERMANN, *Chronology of the Ancient World*, Londres, 1968, págs. 27 y sigs.); y los días del mes se indicaban mediante un ordinal seguido, para la primera década, de la expresión *mēnòs histaménou* («al comenzar el mes»); de *mesoûntos mēnós* («al mediar el mes»), para la segunda; y de *phthíontos mēnós* («al finalizar el mes»), para la tercera década. El día del novilunio era sagrado en toda Grecia y en él se ofrecían sacrificios a los dioses (cf. VIII 41, 2), mientras que el día 7 estaba dedicado a Apolo, por haber sido el día de su nacimiento (cf. HESÍODO, *Trabajos* 770).

[275] O, tal vez, «sin mácula». Cf. I 183, 2.

[276] El sistema de pesos y medidas lacedemonio se basaba en el eginético (vigente también en Atenas hasta las reformas de Solón; cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 10), adoptado posiblemente durante los contactos comerciales de Egina con el mundo oriental. El *medimno* laconio era una medida para sólidos equivalente a 74 kg. (para la conversión a nuestro sistema métrico decimal de los pesos y medidas, cf. F. HULTSCH, *Griechische und römische Metrologie*, Graz, 1971 [= 1882], pág. 500). La capacidad del cuartillo laconio no está bien determinada, pero quizá equivaliera a unos 6,5 l. (= dos *chóes*, una medida para líquidos), si entre el *medimno* y el cuartillo existía la misma proporción diferencial que entre el *quénice* y la *cótila*, mencionados en el parágrafo tercero.

[277] Por lo general, se denominaba *próxeno* al individuo al que una ciudad extranjera encargaba la misión de defender sus intereses en la pa-

cada monarca designar dos Pitios (los Pitios son los encargados de ir a consultar el oráculo de Delfos[278], y su alimentación, que comparten con los reyes, corre por cuenta del Estado).

Cuando los monarcas no acuden a las comidas[279], se les 3 envía a sus respectivas casas dos *quénices* de harina de cebada y una *cótila* de vino[280]; mientras que, si asisten, les dan doble ración de todo; y también reciben idénticas muestras de consideración en el caso de que simples ciudadanos los inviten a un banquete. Por otra parte, los reyes se encargan 4 de custodiar las respuestas dictadas por los oráculos, cuyo contenido, además de ellos, conocen también los Pitios.

Los únicos casos que sólo[281] los reyes tienen potestad para dirimir son, en concreto, los siguientes: los relativos a

---

tria de éste, y de hospedar a sus enviados oficiales cuando se desplazaban allí (por ejemplo, Calias fue *próxeno* de Esparta en Atenas; cf. VIII 136, 1; JENOFONTE, *Helénicas* VI 3, 4). Pero no parece probable que los reyes espartanos pudieran designar a los representantes de otras ciudades en Esparta, por lo que, posiblemente, estos *próxenos* eran funcionarios encargados de recibir oficialmente a los extranjeros, a los embajadores, o a los visitantes ilustres.

[278] Las relaciones de Esparta con Delfos fueron particularmente estrechas (cf. CICERÓN, *De Divin.* I 95: «[Lacedaemonii] de rebus maioribus semper aut Delphis oraculum aut ab Hammone aut a Dodona petebant»); cf. V 63; 90; VII 220. Otras ciudades enviaban a Delfos consultores (llamados *theōroí)*, pero no siempre eran las mismas personas, ni tenían títulos especiales.

[279] Las *sisitias,* comidas que se realizaban en común y que eran obligatorias para todos los espartiatas mayores de veinte años, ya que su relación con la milicia era estrecha. Cf. F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta,* Múnich-Berlín, 1963, págs. 203-220.

[280] Medidas, respectivamente, para sólidos y líquidos. Dos *quénices* equivalían a 2,16 kg., y una *cótila* a 0,27 l.

[281] Es decir, sin que interviniesen los éforos (sobre ellos, cf. nota III 747) ni la *gerusía*.

determinar la persona a la que le corresponde casarse con una doncella que herede todos los bienes de su familia[282], si es que su padre no la ha prometido en matrimonio, y los referentes a los caminos públicos. Asimismo, si alguien quiere adoptar un niño, debe hacerlo en presencia de los reyes. Ambos monarcas toman parte en las sesiones del Consejo de Ancianos[283], que está compuesto por veintiocho miembros; pero, si no acuden, los ancianos más estrechamente emparentados con ellos poseen las prerrogativas reales, ya que disponen de dos votos, además de un tercero a título personal[284].

---

[282] Lo que en Atenas se denominaba una joven *epíklēros* (y de la cuestión aquí citada trataba en Atenas el arconte epónimo). Como los bienes patrimoniales, así como la custodia de los cultos familiares y la *patria potestas*, sólo podían ser legados a los varones, si un hombre fallecía sin descendencia masculina —y sin haber concertado las bodas de sus hijas—, la hija que heredaba los bienes familiares debía contraer matrimonio con un pariente próximo de su padre, para evitar que la línea familiar se extinguiese (cf. VI 71; VII 205; PLUTARCO, *Agis* 11). Como es natural, a los reyes les correspondía decidir qué pariente debía desposar a la muchacha cuando existía más de un aspirante a su mano.

[283] La *gerusia*, comisión de jefes de las principales familias, que cooperaba en las deliberaciones y resoluciones del Estado, asistiendo a los monarcas. En Esparta el Consejo de Ancianos se componía de veintiocho miembros vitalicios, mayores de sesenta años (es decir, exentos ya del servicio militar obligatorio), y elegidos entre los personajes más destacados. La *gerusia* estaba encargada de debatir previamente las proposiciones que se presentaban a la asamblea del pueblo *(apélla)* y administraba justicia en causas de homicidio y alta traición. Con el tiempo, fue perdiendo influencia en beneficio de los éforos. Cf. F. KIECHLE, *Lakonien und Sparta*..., págs. 142 y sigs.

[284] Según TUCÍD., I 20, 3. Heródoto está en un error al atribuir dos votos a cada rey en las sesiones de la *gerusía*, y afirma que sólo disponían de un voto. Cf. A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides*, I, Oxford, 1945, págs. 137-138.

Éstos son los privilegios que el Estado espartiata concede a sus reyes mientras se hallan con vida. Y, a su muerte, se les rinden los siguientes honores. Unos jinetes divulgan la noticia por toda Laconia, mientras que, en la capital, grupos de mujeres recorren las calles golpeando unos calderos. Pues bien, cuando se produce una manifestación de esta naturaleza, es preceptivo que, en cada casa, dos personas de condición libre, un hombre y una mujer, se vistan de luto[285]; y severas penas amenazan a los infractores. 58

Y por cierto que, con ocasión de la muerte de sus reyes, 2
entre los lacedemonios rige la misma norma que entre los bárbaros de Asia (pues resulta que la mayoría de los bárbaros observa idéntica costumbre con ocasión de la muerte de sus monarcas). En efecto, cuando muere un rey de los lacedemonios, es de todo punto obligatorio que, aparte de los espartiatas[286], al funeral acudan desde toda Lacedemonia[287] un número concreto de periecos[288]. Pues bien, tras congre- 3

---

[285] Literalmente, «se tiznen el cuerpo en señal de luto». Semejantes manifestaciones de duelo (prohibidas en Atenas por Solón, «por su carácter bárbaro»; cf. TUCÍD., II 45; PLUTARCO, *Solón* 12) sólo estaban permitidas en Esparta en caso de la muerte de un rey (cf. PLUTARCO, *Licurgo* 27; *Moralia* 238d), y posiblemente eran una supervivencia de costumbres micénicas (cf. *Ilíada* XVIII 23 y sigs.).

[286] Frente al término *espartano*, que se refiere en general al habitante de la ciudad de Esparta, con independencia de su situación social, *espartiata* alude a los ciudadanos de pleno derecho, miembros de la clase dominante y descendientes de los antiguos inmigrantes dorios.

[287] El término geográfico Lacedemonia abarca, en este caso, tanto Laconia propiamente dicha como Mesenia (cf., *infra*, VII 234, 2; y PAUSANIAS, IV 14, 4).

[288] Los periecos eran los descendientes de las poblaciones predorias. Eran libres, pero ciudadanos de rango inferior al de los espartiatas. Vivían en comunidades autónomas supeditadas a estos últimos y, de hecho, la artesanía y el comercio eran manejados por ellos, aunque no podían

garse en un lugar determinado varios millares de personas, entre periecos, hilotas[289] y espartiatas propiamente dichos, hombres y mujeres, indiscriminadamente, comienzan a golpearse la frente afanosamente y prorrumpen en interminables lamentos, repitiendo una y otra vez que el monarca que acaba de morir ha sido, sin duda alguna, el mejor. Por otra parte, si un rey muere en el campo de batalla, modelan una efigie suya[290] y la conducen a la tumba en un féretro primorosamente tapizado. Concluido el sepelio, en la región no tienen lugar actividades comerciales por espacio de diez días, ni se celebran asambleas electivas, sino que durante los días citados guardan luto.

---

ocupar cargos destacados en el ejército. Cf. F. HAMPL, «Die lakedaimonischen Periöken», *Hermes* 72 (1937), 1 y sigs.

[289] Los hilotas ocupaban una situación muy inferior a la de los periecos. Estaban adscritos a la gleba y eran una propiedad del Estado, formando parte integrante de los bienes rurales de los espartiatas, cuyas tierras tenían que cultivar y entregarles, además, un canon prefijado de su cosecha anual. Cf. J. ÖHLER, *s. v. Heloten*, *R. E.* 8, 1 (1912), cols. 203 y sigs. Cuanto mayor era su superioridad numérica con respecto a los espartiatas, tanto más crecía la desconfianza y crueldad con que éstos los trataban, hasta el punto de que existía una institución (la *criptía*, una policía «secreta») organizada a propósito para la persecución y el exterminio de los hilotas. Cf. H. JEANMAIRE, «La cryptie lacédémonienne», *Revue des Études Grecques* 26 (1913), 121 y sigs.

[290] Para que ocupara el lugar del cadáver en el supuesto de que éste no hubiera podido ser trasladado a Esparta. El único caso conocido, antes de la época de Heródoto, en que el cuerpo de un monarca lacedemonio muerto en combate no pudo ser recuperado fue el de Leónidas (cf. VII 238; PLUTARCO, *Agis* 21). Cuando el cadáver llegaba a recobrarse, era embalsamado en miel o cera y trasladado rápidamente a Esparta, antes de su descomposición, para tributarle allí los últimos honores (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 19, para Agesípolis; y PLUTARCO, *Agesilao* 40, para este rey).

Costumbres espartanas similares a las de otros pueblos no griegos

Los espartanos coinciden con los persas[291] en esta otra particularidad: cuando, a la muerte del rey, otro monarca asume el poder, el nuevo soberano condona a todos los espartiatas sus deudas para con el rey o el Estado. Entre los persas, por su parte, el rey que accede al trono exime a todas las ciudades del tributo que aún no hayan satisfecho[292]. 59

Asimismo, los lacedemonios coinciden con los egipcios en el siguiente punto: en Esparta los heraldos, los flautistas y los cocineros heredan los oficios de sus padres[293], de manera que un flautista es hijo de otro flautista, un cocinero de otro cocinero, y un heraldo de otro heraldo (por más que 60

[291] Heródoto se permite una muestra de su erudición al comparar dos costumbres lacedemonias con una persa y otra egipcia. Quizá los capítulos 59 y 60 fueran unas notas tomadas por el historiador (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 75, nota 4), e incluidas posteriormente en el cuerpo de la narración, a propósito del pretendido origen persa de Perseo, el antepasado de los reyes lacedemonios (cf. VI 54), y de su procedencia egipcia por parte de madre (cf. VI 53, 2).

[292] Sobre el alcance de esta afirmación (insatisfactoriamente contrastada, por nuestra carencia de documentación persa al respecto), cf. O. Murray, «'Ο 'ΑΡΧΑΙΟΣ ΔΑΣΜΟΣ», pág. 147.

[293] Debían de tratarse de funcionarios públicos; y, aunque en las sociedades de tipo centrípeto, como la espartana, los oficios tendían a ser hereditarios, no puede hablarse de un sistema rígido de castas. Los heraldos (que no eran simples pregoneros) estaban encargados de pronunciar las proclamas y de llevar los mensajes oficiales (los más famosos eran los Taltibíadas, que pretendían descender del famoso heraldo de Agamenón; cf. VII 134). Los cocineros (que tenían sus propios héroes; cf. Ateneo, 39e) estaban encargados de preparar las *sisitia* y la comida de las tropas cuando se encontraban en campaña (cf. IX 82). Los flautistas tomaban parte en las fiestas públicas y acompañaban al ejército, pues las tropas espartanas solían entrar en combate al son de flautas (cf. Tucíd., V 70).

otros sujetos se afanen en conseguir tal oficio, por estar dotados de una potente voz, no los dejan sin trabajo, sino que los hijos de los heraldos ejercen la profesión de sus padres). En esto consiste, en definitiva, la citada peculiaridad[294].

Cleómenes, con el apoyo de Leotíquidas, consigue destronar a Demarato

61 Por esas fechas, pues, mientras Cleómenes se encontraba en Egina, consagrándose a defender los comunes intereses de Grecia, Demarato lo estaba difamando[295], no tanto por preocuparse de los eginetas, como por el odio y la envidia que sentía. Entonces Cleómenes, a su regreso de Egina, decidió destronar a Demarato[296], basándose, para arremeter contra él, en cierto incidente que a continuación paso a relatar.

Aristón, que era rey de Esparta[297], se había casado dos
2 veces pero no tenía hijos. Y, como no admitía la posibilidad de que fuera suya la culpa de esa circunstancia, contrajo

[294] La división de los egipcios en castas cerradas era algo admitido unánimemente en Grecia (cf. Platón, *Timeo* 24; Isócrates, *Busiris* 15-16; Diodoro, I 73-74). En realidad, esta concepción es excesivamente maximalista (la transmisión hereditaria de los cargos y oficios está atestiguada en los documentos egipcios, pero no parece que fuera una ley establecida), ya que miembros de una misma familia podían pertenecer a diferentes clases. Posiblemente, la tendencia hereditaria cobró auge durante el período saíta (sus costumbres aún regían en Egipto cuando Heródoto visitó el país), que se caracterizó fundamentalmente por su general inquietud arcaizante.

[295] En verano del año 491 a. C.; Heródoto (que alaba abiertamente a Cleómenes en estas líneas, sin duda influenciado por la propaganda antiegineta que existía en la Atenas de su época; cf. A. J. Podlecki, «Athens and Aegina», *Historia* 25 [1976], 396 y sigs.) reemprende la narración interrumpida en el capítulo 51.

[296] Cf., *infra*, nota VI 316.

[297] La fecha tradicional del reinado de Aristón (que fue colega de Anaxándridas, el padre de Cleómenes) abarca desde 550 hasta 515-510 a. C., aproximadamente; cf. I 67, 1, y E. J. Bickermann, *Chronology of the Ancient World...*, pág. 156.

matrimonio con una tercera mujer; matrimonio que, por cierto, se llevó a cabo como sigue. Aristón era amigo de un espartiata a quien apreciaba más que a ningún otro compatriota. Pues bien, ese sujeto tenía una esposa que era, con ventaja, la mujer más bella de Esparta; y era, sin lugar a dudas, la más bella a pesar de que en su niñez había sido rematadamente fea.

Resulta que, como la pequeña pertenecía a una familia 3
acomodada[298] y era poco agraciada, su nodriza, al ver lo mal parecida que era y, además, que los padres consideraban una desgracia la fealdad de su hija, al advertir, repito, esa serie de circunstancias, puso en práctica la siguiente idea. Todos los días la llevaba al santuario de Helena[299] (dicho santuario se encuentra en el paraje que recibe el nombre de Terapne[300],

[298] Es interesante esta indicación, integrada en este «cuento de hadas» que narra el historiador, pues denota que en Esparta existían diferencias sociales entre los propios espartiatas. Cf. Fustel de Coulanges, «Étude sur la propriété à Sparte», *Mémoires de l'Académie des sciences morales et politiques de l'Institut de France* 16 (1888), 835 y sigs.

[299] Helena, que era hija de Zeus y de Leda, es un ejemplo de cómo una antigua divinidad fue recordada como mortal en la mitología, al pasar a ser esposa de Menelao. Debió de tratarse de una diosa prehelénica, probablemente relacionada con la vegetación y la fertilidad (su vinculación con las plantas y los animales está atestiguada en varios lugares; cf. Teócrito, XVIII 43 y sigs.; Pausanias, III 9, 10; VIII 23, 6-7). Su culto en Esparta estaba muy extendido (cf. L. R. Farnell, *Greek Hero-Cults and Ideas of Inmortality*, Oxford, 1921, pág. 323), posiblemente porque fue una antigua divinidad venerada por la población pre-doria de Laconia, lo que motivó que se la considerara la antepasada de los reyes del lugar. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, pág. 475. No obstante, su identificación como diosa de la belleza puede ser una conjetura personal de Heródoto basada en la tradicional hermosura atribuida a la Helena raptada por Paris.

[300] Una colina situada a unos 4 km. al SE de Esparta, en la orilla

dominando el templo de Febo[301]); y, cada vez que lo hacía, la
nodriza colocaba a la niña ante la imagen e imploraba a la
4 diosa que la librara de su fealdad. Y he aquí que, según cuen-
tan, cierto día en que la nodriza regresaba del santuario, se le
apareció una mujer y, de buenas a primeras, le preguntó qué
era lo que llevaba en brazos, respondiéndole ella que se trata-
ba de una niña. La mujer le pidió que se la mostrara, pero la
nodriza se negó, pues los padres le habían ordenado que no se
la enseñara a nadie. No obstante, la mujer le pidió insisten-
5 temente que lo hiciera; y, al ver que la desconocida estaba
muy interesada en verla, la nodriza acabó por mostrarle a la
niña. Entonces la mujer le acarició la cabeza a la niña y afir-
mó que llegaría a ser la mujer más hermosa de toda Esparta.
Justamente a partir de aquel día empezó a cambiar su fisono-
mía; y, cuando estuvo en edad de casarse, Ageto, hijo de Al-
cidas —ese amigo de Aristón a que he aludido—, se casó con
ella.

62 Pero, por lo visto, Aristón se enamoró perdidamente de
esa mujer; de ahí que tramara el siguiente ardid. Le prometió
a su amigo, el marido de la mujer en cuestión, que iba a obse-
quiarlo con un regalo —lo que el propio Ageto escogiera de
entre la totalidad de sus pertenencias—, e instó a este último a
que, en reciprocidad, hiciera con él otro tanto. Entonces
Ageto, que no sentía temor alguno por su mujer al ver que
Aristón también tenía esposa, accedió a su proposición; y

izquierda del Eurotas. Las excavaciones realizadas en el lugar han permitido hallar los restos de un santuario del siglo v a. C. consagrado a Helena, así como a los Dioscuros y a Menelao (las fuentes antiguas dan abundantes testimonios de ese culto; cf. Isócrates, X 63; Polibio, V 18, 21; Livio, XXXIV 28; Pausanias, III 19, 9).

301 Epíteto de Apolo que significa «brillante», en su calidad de dios solar. Este templo de Apolo se encontraba en la margen derecha del Eurotas, frente a Terapne (cf. Pausanias, III 14, 9).

ambos refrendaron con juramentos los términos del acuerdo. Acto seguido, Aristón entregó personalmente a su amigo el 2 objeto —fuera el que fuese— que este último escogió entre los de su propiedad; y, en el momento en que, por su parte, solicitó recibir de Ageto el regalo que le correspondía, fue cuando pretendió llevarse a la mujer de su amigo. Éste manifestó que había accedido a regalarle cualquier cosa a excepción, únicamente, de lo que le estaba pidiendo; pero, no obstante, al verse obligado por el juramento[302] y por la artera estratagema de Aristón, permitió que se la llevara.

Así fue, en suma, como Aristón se casó con su tercera 63 mujer tras haber repudiado a la segunda[303]. Y, en menos tiempo del debido —es decir, sin haber cumplido los diez meses[304]—, esta mujer le dio descendencia: se trataba precisamente del tal Demarato. Uno de sus servidores, mientras 2 Aristón se hallaba reunido en junta con los éforos, le comu-

[302] Por lo general, para un griego de esa época la absoluta inviolabilidad de un juramento en su formulación literal era un rígido principio moral (cf., *supra,* IV 154, 4; 201, 3; donde se comete perjurio, pero ateniéndose a la letra del juramento). Posteriormente, sin embargo, los pensadores y filósofos se opusieron a la necesidad de cumplir un juramento prestado a la fuerza, con engaño o con ignorancia (cf. Eurípides, *Hipólito* 612: «mi lengua ha jurado, mas no mi corazón»; Cicerón, *De Off.* III 29, 107: «quod enim ita iuratum est ut mens conciperet fieri oportere id servandum est: quod aliter, id si non feceris, nullum periurium»).

[303] A cada nuevo matrimonio, Aristón debía repudiar a su anterior esposa, ya que, según lo manifestado en V 40, 2, la poligamia era inusual en el mundo griego (cf., no obstante, nota V 172).

[304] La duración del embarazo, que —salvo en los regímenes matriarcales— era una cuestión objeto de la preocupación de los legisladores como prueba de la filiación legítima, se estimaba entre los griegos en diez meses lunares. Cf. Hipócrates, *Sobre el feto de siete meses,* E. Littré, *Oeuvres complètes d'Hippocrate,* París, 1839-1861, VII, págs. 436-452 (= C. G. Kühn, *Magni Hippocratis opera omnia,* Leipzig, 1825, I, pág. 447).

nicó que había tenido un hijo. Entonces él, que recordaba perfectamente la fecha de su matrimonio, se puso a contar los meses con los dedos y exclamó, mascullando un juramento: «¡No debe de ser mío!».

Los éforos oyeron su exclamación, pero, de momento, no concedieron la menor importancia al asunto[305]. Entretanto el niño fue creciendo y Aristón se arrepentía de lo que había dicho, pues estaba firmemente convencido de que
3 Demarato era hijo suyo. Por cierto que le impuso el nombre de Demarato debido al siguiente motivo: con anterioridad al nacimiento del muchacho, todos los espartiatas, sin excepción, habían hecho votos para que Aristón, un monarca cuyo prestigio —según ellos— aventajaba al de todos los reyes que hasta la fecha había habido en Esparta[306], tuviera un hijo. Ésa fue la razón de que al pequeño se le impusiera el nombre de Demarato[307].

64 Andando el tiempo, Aristón murió y Demarato accedió al trono[308]. Pero, al parecer, el destino quería[309] que el inci-

---

[305] En la esperanza, quizá, de que Aristón pudiera tener más hijos con su tercera mujer, cuya fecundidad estaba ya demostrada. Como la sucesión hereditaria en Esparta recaía directamente en el primer varón nacido después del advenimiento al trono del padre, el nacimiento de un segundo hijo hubiera resuelto una cuestión que, de momento, no parecería oportuno abordar por unos magistrados tan celosos de que las dos casas reinantes en Esparta —en este caso la de los Euripóntidas— se perpetuaran (cf. V 39, 2).

[306] Se ignora la causa de esta popularidad de Aristón. Quizá su actuación en la segunda guerra arcádica (cf. I 67) había sido muy destacada. Sobre esta guerra, cf. V. Ehrenberg, *s. v. Sparta, R. E.* III, 2 A (1929), col. 1380, y F. Kiechle, *Lakonien und Sparta...*, págs. 246 y sigs.

[307] Es decir, «(el) deseado por el pueblo», ya que Demarato es un compuesto de *dêmos*, «pueblo», y *aratós*, «deseado».

[308] Entre 515-510 a. C.

[309] Cf. nota V 134.

dente llegara a ser del dominio público y destronara a Demarato. Ello se debió[310] a que este último se había enemistado seriamente con Cleómenes por haber retirado, años atrás, sus tropas de Eleusis[311], enemistad que se acentuó cuando, en la época que nos ocupa, Cleómenes se trasladó a Egina para castigar a los partidarios de los medos.

Decidido, pues, a vengarse, Cleómenes llegó a un acuer- 65
do con Leotíquidas, hijo de Ménares y nieto de Agis[312] —que pertenecía a la misma familia que Demarato[313]—, en el sentido de que, si conseguía que, en lugar de Demarato, ocupara el trono Leotíquidas, éste lo secundaría en sus medidas contra los eginetas.

Y por cierto que Leotíquidas se había convertido en un acé- 2
rrimo enemigo de Demarato por el siguiente motivo: Leotíquidas se había prometido con Pércalo, que era hija de Quilón[314]

---

[310] Es decir, «que el incidente (lo que había dicho Aristón) se divulgase se debió a que...». El texto es dudoso (cf. el apartado de variantes textuales adoptadas respecto a la edición de Hude), y H. STEIN, *Herodotos V-VI...*, pág. 169, consideraba que había una laguna (para otras posibles soluciones, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 323).

[311] Cf. V 75, 1 y nota V 359. A las razones apuntadas por Heródoto quizá haya que añadir el proceso a que fue sometido Cleómenes en Esparta, a raíz de su campaña en Argos (cf. VI 82, 1), y que pudo contar con la adhesión de Demarato.

[312] Agis es llamado Hegesilao en VIII 131, 2 (cf. dicho pasaje, donde se citan a todos los antepasados de Leotíquidas). Acerca del cambio de la línea sucesoria en Esparta, cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 234, nota 39.

[313] Pertenecía, por lo tanto, a la familia de los Euripóntidas (cf. VI 51), por descender de Procles, el antepasado común de Aristón, que fue el último representante de una línea directa de descendientes. Sobre Leotíquidas, cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, I, 2, págs. 179 y sigs.; II, 2, págs. 190 y sigs.

[314] Este Quilón era probablemente nieto del famoso Quilón, uno de los «Siete Sabios», que fue éforo hacia 556-555 a. C. Cf. PLATÓN, *Protágoras* 343a, y V. EHRENBERG, *Neugründer des Staates*, Múnich, 1925,

(el hijo de Demármeno); sin embargo Demarato, con sus intrigas, imposibilitó su boda, ya que, a la hora de raptar a Pércalo,
3 se le adelantó y la hizo su esposa[315]. Este incidente había originado el odio que Leotíquidas sentía hacia Demarato; de ahí que, en aquellos momentos, Leotíquidas, a instancias de Cleómenes, acusara solemnemente a Demarato, afirmando que este último reinaba ilegalmente sobre los espartiatas, dado que no era hijo de Aristón. Tras esta solemne acusación, presentó una querella contra él haciendo hincapié en aquella frase que había pronunciado Aristón cuando su servidor le comunicó que había tenido un hijo, instante en el que él, después de contar los meses, masculló un juramento, afirmando que el niño no era
4 suyo. Basándose, pues, en ese testimonio Leotíquidas intentaba demostrar que Demarato no era hijo de Aristón y que, por lo tanto, reinaba en Esparta ilegalmente[316]; y citaba como testigos a aquellos éforos[317] que, en la fecha aludida,

págs. 7-54. Pércalo, por otra parte, era prima de la madre de Cleómenes (ya que era hija de Prinátadas, el hermano de este Quilón; cf. V 41, 3).

315 Mientras que en el resto de Grecia el rapto de la novia por parte del novio había desaparecido (en Atenas, tras el banquete de bodas, la desposada era conducida desde la casa de sus padres a la de su marido en un carro, acompañada de un cortejo de amigos), tal costumbre pervivía en Esparta (cf. Plutarco, *Licurgo* 15), y este rito sancionaba el matrimonio.

316 Una oportunidad legal para la deposición de Demarato la proporcionaba una antigua costumbre (cf. H. W. Parke, «The Deposing of Spartan Kings», *Classical Quarterly* 39 [1945], 106 y sigs.), según la cual una vez cada nueve años los éforos consultaban los presagios para saber si los dioses seguían dispensando su protección a los monarcas reinantes (cf. Plutarco, *Agis* 11).

317 El procedimiento judicial espartano constaba de las siguientes etapas: la acusación solemne (llamada *katōmosía,* que literalmente significa el «juramento lanzado contra» alguien); la presentación de la querella *(diōxis,* o «persecución»); la presentación de las pruebas *(apófasis);* y el llamamiento a los testigos *(martýria;* como el juicio tuvo lugar en 491

habían tenido la oportunidad de asistir a la junta y de escuchar las palabras de Aristón.

Finalmente, en vista de que sobre el particular se susci- 66
taban serias polémicas, los espartiatas decidieron preguntar
al oráculo de Delfos si Demarato era hijo de Aristón. El ca- 2
so se expuso a la Pitia a propuesta de Cleómenes, quien, con
tal motivo, se granjeó el apoyo de Cobón, hijo de Aristofanto, un sujeto que en Delfos[318] poseía una destacadísima influencia, y éste persuadió a la profetisa Perialo para que
pronunciara la respuesta que deseaba Cleómenes[319]. Así 3
que, cuando a los consultores le formularon la pregunta, la Pitia dictaminó que Demarato no era hijo de Aristón. No obstante, cierto tiempo después se descubrió el fraude, por lo que Cobón fue desterrado de Delfos y la profetisa Perialo se vio privada de su cargo.

Así fue, en suma, como se desarrollaron los hechos en lo 67
que al destronamiento de Demarato se refiere[320]; y, poste-

a. C., y Demarato hacía ya unos veinte años que era rey, los éforos llamados a prestar declaración serían muy ancianos). No se sabe a ciencia cierta quiénes integraban el tribunal, si los éforos, la *gerusia* y el otro rey (en este caso, Cleómenes, dado que el encausado era el otro monarca), o bien una comisión nombrada *ad hoc*.

[318] La pequeña localidad de Delfos (contaba aproximadamente con mil habitantes), situada en las proximidades del santuario, vivía de la explotación del oráculo y de los peregrinos que a él acudían. Las principales actividades eran la fabricación de útiles para los sacrificios, la hostelería, la grabación de estelas y el comercio de todo tipo de objetos religiosos. Esta población —verdaderos parásitos de Apolo— tenía en la Antigüedad fama de rapacidad y de cruel vanidad (según la tradición fueron los delfios quienes mataron al fabulista Esopo; cf. *Vida de Esopo* 124-142).

[319] Tenemos aquí la segunda mención en la *Historia* (cf. V 63, 1) a un fraude cometido por la Pitia.

[320] Que tuvo lugar en el año 491 a. C., según se desprende del cómputo de Diodoro (XI 48; XII 35) sobre la duración de los reinados de los

riormente, Demarato se exilió de Esparta, refugiándose entre los medos, debido a la siguiente afrenta. Después de su destronamiento, Demarato desempeñaba una magistratura
2 para la que había sido elegido. Pues bien, se estaban celebrando las *Gimnopedias*[321], y Demarato asistía al espectáculo, cuando Leotíquidas, que ya le había reemplazado en el trono, con ánimo de mofarse de él y de humillarlo le preguntó, por medio del servidor que le envió al efecto, qué tal sentaba el cargo de magistrado[322] después de haber reinado. Dolido por la pregunta, Demarato le respondió diciendo que él ya tenía experiencia en ambos cargos, cosa que no poseía Leotíquidas[323]; pero, en cualquier caso —agregó—, aquella

---

monarcas Euripóntidas del siglo v a. C.: Leotíquidas, veintidós años; su nieto y sucesor, Arquídamo, cuarenta y dos años; y el hijo de este último, Agis, veintisiete años. Como Arquídamo y Agis murieron, respectivamente, en 427-426 y 400-399 a. C. (cf. Tucíd., III 89; Jenofonte, *Helénicas* II 3, 1), los veintidós años del reinado de Leotíquidas abarcaron desde 491 a 469 a. C. Cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 2, pág. 70.

321 Las *Gimnopedias* (o «fiestas de los muchachos desnudos») se celebraban anualmente a mediados del verano (cf. Tucíd., V 82; Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 16). Dos coros, uno de hombres y otro de muchachos desnudos, bailaban y cantaban en el Ágora (cf. Pausanias, III 119) y en el teatro situado al lado de la plaza pública (cf. Jenofonte, *l. c.; Plutarco*, *Agesilao* 29), alrededor de las estatuas de Apolo, Ártemis y Leto, en honor de los soldados muertos en Tirea (cf., *supra*, I 82). Hay problemas para determinar si estas fiestas fueron las celebradas en 491 o en 490 a. C. (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 268).

322 Demarato debía de ser éforo (cf. Jenofonte y Plutarco, *l. c.*, lo cual sería una prueba de que en Esparta seguía contando con numerosos partidarios), o bien habría sido nombrado *bidiaîos*, funcionario que, con otros cuatro o cinco colegas, estaba encargado de supervisar los ejercicios gimnásticos de los jóvenes (cf. Pausanias, III 11, 2).

323 Quien, antes de ocupar el trono, no había sido elegido para ejercer ninguna magistratura, probablemente porque no gozaba de la estimación de sus compatriotas.

pregunta iba a ser para los lacedemonios la causa de un inmenso infortunio o de una prosperidad igualmente inmensa[324]. Dicho esto, salió embozado[325] del teatro y se dirigió a su casa, donde, sin pérdida de tiempo, hizo los preparativos pertinentes e inmoló un buey a Zeus; y, una vez concluido el sacrificio, mandó llamar a su madre.

Al llegar su madre, Demarato le puso en las manos un 68
trozo de las entrañas[326], y le dirigió una súplica en los siguientes términos: «Madre, en nombre de todos los dioses y en especial de Zeus Herceo[327], cuyo altar aquí ves, te suplico que me digas la verdad; dime con toda franqueza quién es mi padre. Pues, durante las polémicas, Leotíquidas ha 2
venido diciendo que tú estabas embarazada de tu primer marido y que llegaste a casa de Aristón ya encinta; pero hay quienes cuentan una historia aún más infame, asegurando

[324] Heródoto no comenta el significado de esta amenaza. La mayoría de los críticos considera que el segundo término de la alternativa es una simple fórmula retórica para poner de relieve, por contraste, el valor del primero. Pero puede tratarse también de una decisión, tomada de antemano por Demarato, de propiciar la guerra con Persia para desgracia o gloria de Esparta, según que resultase vencida o que alcanzase la victoria; y, en este caso, Heródoto, que muestra simpatía hacia Demarato, no insiste sobre esa decisión. Cf. A. Dovatour, «La menace de Démarate», *Revue Études Grecques* 50 (1937), 464 y sigs.

[325] Es decir, con la cabeza cubierta en señal de pesar. Cf. *Odisea* X 53.

[326] Del buey que acababa de sacrificar, para que su madre tuviera participación en la ofrenda e incurriese en perjurio si mentía. Se trataba de un rito consagrado y habitual. Cf. Licurgo, *Contra Leócrates* 20.

[327] Epíteto de Zeus que, en su calidad de protector de la casa y de la familia (cf. Sófocles, *Antígona* 487), solía tener erigido un altar en el patio de las casas. Sobre la relación entre el «juramento» (en griego, *hórkos)* y Zeus, invocado como protector del «recinto del patio» (en griego, *hérkos),* cf. É. Benveniste, «L'expression du serment dans la Grèce ancienne», *Revue Histoire Religions* 134 (1948), 81 y sigs.

que mantuviste relaciones con un criado —¡con el mozo de
3 mulas!— y que yo soy hijo suyo. Te ruego, pues, por los
dioses, que me digas la verdad; porque, si has hecho algo de
lo que cuentan, a fe que no has sido la única en hacerlo, sino
que has imitado a multitud de mujeres[328]. Por otra parte, la
versión más extendida en Esparta es que Aristón no poseía
un semen fecundo, ya que, de lo contrario, sus anteriores
esposas también le habrían dado hijos».

69 Esto fue, en concreto, lo que dijo Demarato; y entonces su
madre le respondió en los siguientes términos: «Hijo, puesto
que me ruegas encarecidamente que diga la verdad, voy a
revelártela íntegramente. Cuando Aristón se casó conmi-
go[329], dos noches después de la noche de bodas se me acer-
có una aparición, que era el vivo retrato de Aristón, y des-
pués de acostarse conmigo me puso en la cabeza las coronas
2 que llevaba. Ya se había marchado la aparición cuando, po-
co después, llegó Aristón. Y al ver que yo tenía unas coro-
nas, me preguntó quién era el que me las había dado. Le
respondí que él, pero Aristón lo negó. Entonces yo refrendé
mis palabras con juramentos, indicándole que hacía mal al
no reconocerlo, ya que un poco antes se había presentado y,
tras acostarse conmigo, me había dado las coronas. Al ver
3 que yo refrendaba mis palabras con juramentos, Aristón lle-
gó a la conclusión de que lo ocurrido tenía un cariz sobre-
natural. Y, de hecho, se comprobó que las coronas proce-

[328] Mientras que PLUTARCO (*Licurgo* 15; *Moralia* 228b) e ISÓCRATES (*Panatenaico* 259) ponderan la virtud de las mujeres espartanas, ARISTÓTELES (*Política* II 9; 1269b) las acusaba de vivir entregadas a toda suerte de excesos.

[329] Literalmente, «cuando Aristón me llevó a su casa», después de haberle quitado la mujer a su amigo Ageto (cf. VI 62, 2). Al llevársela a su casa, una mujer pasaba a ser la esposa del propietario de la misma.

dían del templete[330] situado cerca de las puertas del patio[331],
que recibe el nombre de «templete de Astrábaco»; pero es
que, además, los adivinos confirmaron que la aparición era
el mismísimo héroe. Así pues, hijo, ya sabes a grandes ras- 4
gos todo cuanto quieres saber. Es decir, que, o eres hijo de
ese héroe, y tu padre es el héroe Astrábaco[332], o lo es Aris-
tón; pues te concebí aquella noche. Y en cuanto al principal
argumento que esgrimen tus enemigos para atacarte (ale-
gando que el propio Aristón, cuando recibió la noticia de tu
nacimiento, manifestó ante muchos testigos que tú no eras
hijo suyo, puesto que todavía no había transcurrido el plazo
de los diez meses), tu padre lanzó aquella exclamación por
su desconocimiento del tema; pues las mujeres dan a luz 5
tanto a los nueve como a los siete meses, ya que no todas
cumplen una gestación de diez meses; y yo, hijo mío, te
traje al mundo a los siete meses[333]. Además, el propio Aris-

---

330 Cf. nota V 204.

331 Es decir, cerca de la puerta principal de acceso a la casa, ya en la calle (sobre la situación de la capilla aquí aludida, cf. PAUSANIAS, III 16, 9).

332 Astrábaco era un antiguo héroe lacedemonio, descendiente en cuarta generación de Agis (el hijo de Eurístenes), que encontró la estatua sagrada de Ártemis que Orestes e Ifigenia se trajeron de la Táurica (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* 980 y sigs.). Como en griego *astrábē* significa «silla de montar», de ahí que se relacionara esta leyenda (que es evocada por la novela de F. YERBY, *La canción de la cabra),* sobre el nacimiento de Demarato, con un mozo de mulas encargado de colocar las sillas a las caballerías (para una explicación inversa, es decir, que Demarato pretendiera descender de un héroe y que ello hubiese originado una reacción popular burlona, cf. PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 82, nota 1).

333 La duración legal del embarazo, fijada a partir de Hipócrates (cf. nota VI 304) por los jurisconsultos latinos, comprendía 180 días, como mínimo, y 300 días, como máximo. Es decir, en meses lunares griegos de veintiocho días, seis meses y doce días como mínimo, y diez meses y veinte días como máximo.

tón reconoció, no mucho tiempo después, que había pronunciado aquella frase por ignorancia. No des crédito a otras versiones sobre tu nacimiento, porque acabas de escuchar, íntegramente, la verdad más estricta. Y ojalá que la mujer del mismísimo Leotíquidas, así como las de aquellos que sostienen esa calumnia, tengan hijos con mozos de mulas».

70 Esto fue, en suma, lo que le dijo su madre. Entonces Demarato, una vez informado de lo que deseaba, se surtió de provisiones y se dirigió a la Élide[334], so pretexto de que se dirigía a Delfos para consultar al oráculo. Los lacedemonios, por su parte, ante la sospecha de que Demarato preten-
2 día huir, se lanzaron en su persecución[335]; pero Demarato debió de adelantárseles y, desde la Élide, pasó a Zacinto[336]. Los lacedemonios, entonces, hicieron otro tanto y consiguieron prenderlo, privándolo de su séquito. Sin embargo, como los zacintios se opusieron a su extradición, acto seguido, desde Zacinto pasó a Asia, encaminándose a la corte del rey Darío, quien lo acogió con gran deferencia y le dio tierras y ciudades[337].

---

[334] Comarca noroccidental del Peloponeso (en ella se encontraba Olimpia).

[335] Pese a que Plutarco (*Agis* 11) menciona una antigua ley según la cual un Heráclida (es decir, un miembro de la realeza espartana) no podía emigrar de Esparta bajo pena de muerte, no hay pruebas de que dicha ley se aplicara rígidamente (Dorieo, por ejemplo, pudo marcharse de Lacedemonia; cf. V 42 y sigs.). Además, si Demarato no era hijo de Aristón —razón por la que se le había privado del trono—, no había lugar a que la normativa se aplicase. Probablemente los espartanos temían que Demarato, herido en su amor propio, pudiera causarles problemas en Mesenia o Arcadia (y, por otra parte, su posición contraria a la intervención de Cleómenes en Egina podía despertar sospechas sobre un presunto «medismo» por su parte).

[336] La actual isla de Zante, a unos 20 km. de la costa noroccidental del Peloponeso.

[337] Entre otras, las ciudades de Pérgamo y Teutrania, en Misia. Según

Así fue como Demarato, después de haber pasado por 3
tales vicisitudes, llegó a Asia. Y por cierto que, en muy diversas ocasiones, cubrió de gloria a los lacedemonios con sus proezas y sus atinados consejos; y en cierta ocasión, concretamente, les proporcionó un triunfo en los Juegos Olímpicos[338], al obtener la victoria con su cuadriga, siendo el único monarca, de entre todos los que hasta la fecha ha habido en Esparta, que ha conseguido dicho galardón.

Leotíquidas, rey de Esparta. Su posterior destino

Al ser derrocado Demarato, le 71
sucedió en el trono Leotíquidas, hijo de Ménares, que tuvo un hijo, Zeuxidamo, a quien, por cierto, algunos espartiatas denominaban Cinisco[339]. El tal Zeuxidamo no llegó a reinar en Esparta, pues murió
antes que Leotíquidas, dejando un hijo: Arquídamo[340]. Por 2

JENOFONTE (*Helénicas* III 1, 6; *Anábasis* II 1, 3; VII 8, 17) —y ello es más verosímil—, fue Jerjes quien concedió esas posesiones a Demarato (y sus descendientes aún las conservaban a comienzos del siglo IV a. C.) como recompensa por haber acompañado al monarca persa en su expedición contra Grecia.

338 Quizá hizo que proclamaran vencedora a la propia Esparta, y no a su persona (cf. VI 103, 2). La victoria de Demarato no ha podido ser fechada con precisión.

339 Apodo que significa «cachorro» (de perro). Su nieta, también llamada Cinisca, fue la primera mujer que consiguió triunfar en Olimpia (cf. PAUSANIAS, III 8, 1; VI 1, 6). Su hermano Agesilao la animó a dedicarse al cuidado de los caballos, al objeto de demostrar que, para triunfar en este tipo de concursos, no eran precisos el valor, la destreza o la fuerza, sino sólo el dinero (cf. PLUTARCO, *Agesilao* 20). Los caballos de esta princesa espartana, famosa en su tiempo en toda Grecia, ganaron la prueba de cuadrigas en las Olimpiadas 96 y 97 (= 396 y 392 a. C.).

340 El posterior Arquídamo II, rey de Esparta desde 469 a 427 a. C., que tradicionalmente ha dado nombre a la primera fase de la guerra del Peloponeso, desde su estallido, en 431 a. C., hasta la paz de Nicias, en 421 a. C. Cf. D. KAGAN, *The Archidamian War*, Londres, 1974.

su parte Leotíquidas, tras haber perdido a Zeuxidamo, contrajo segundas nupcias con Eurídama[341], que era hermana de Menio e hija de Diactóridas. Con ella no tuvo descendencia masculina, pero sí una hija —Lampito—, a la que desposó Arquídamo, el hijo de Zeuxidamo, ya que Leotíquidas le había concedido su mano[342].

72 Y por cierto que Leotíquidas tampoco[343] pasó su vejez en Esparta, sino que, por su comportamiento con Demarato, recibió poco más o menos el siguiente castigo[344]. Acaudilló a las tropas lacedemonias en una campaña contra Tesalia[345] y, cuando tenía la posibilidad de someter todo el país, se
2 dejó sobornar por una elevada suma de dinero. Sin embargo, fue sorprendido con las manos en la masa en el propio

---

[341] Probablemente con la pretensión de tener otro hijo varón (Zeuxidamo debía de ser su único hijo), a fin de que le sucediera en el trono. De ahí que luego case a Lampito con su nieto. Se ignora quiénes fueron Menio y Diactóridas.

[342] Con objeto de evitar disputas entre los miembros de la familia de los Euripóntidas (cf. nota VI 282). Entre las familias reales de Esparta regía el principio de la endogamia.

[343] Al igual, pues, que Demarato. Cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 83, nota 6, para otra interpretación («pas plus que d'avoir un fils pour successeur»).

[344] Es frecuente en la *Historia* que el castigo divino sustituya a la acción del hombre cuando las fuerzas del ser humano son demasiado limitadas para poder restablecer un justo equilibrio. Cf. P. Hohti, «Die Schuldfrage der Perserkriege in Herodots Geschichtswerk», *Arctos* 10 (1976), 37 y sigs.

[345] En 476 a. C., para castigar a los Aléuadas, miembros de una familia dirigente de Larisa, por haber apoyado a Jerjes durante la segunda guerra médica (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 80 y sigs.). Mientras que Pausanias (III 7, 9) confirma el testimonio de Heródoto sobre el soborno de Leotíquidas, Plutarco *(De Herodoti malignitate* 21) afirma lo contrario, aduciendo que dos Aléuadas fueron expulsados de Tesalia.

campamento, mientras estaba sentado sobre una bolsa[346] repleta de dinero, por lo que tuvo que comparecer ante un tribunal que lo desterró de Esparta y que ordenó demoler su casa. Entonces se refugió en Tegea[347], ciudad en la que murió.

Cleómenes entrega a Atenas rehenes eginetas

Esto, como es natural, sucedió cierto tiempo después[348]. Entretanto, por las fechas que nos ocupan[349], en vista de que el complot contra Demarato se había desarrollado conforme a sus deseos, Cleómenes se hizo acompañar por Leotíquidas y, sin perder un instante, se dirigió contra los eginetas, hacia quienes sentía un profundo rencor por el ultraje que había recibido[350]. Como los atacaban ambos reyes, los de Egina, en esa tesitura, no consideraron oportuno seguir 73 2

[346] Literalmente, «una manga». El término griego *(cheirís)* sirve para designar una manga estrecha por ambos extremos y ancha en toda su extensión, tal y como la que utilizaban en su indumentaria los persas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 8). En este caso quizá se refiera a una faltriquera que usara Leotíquidas. A destacar la venalidad del rey espartano, con lo que, según la tradición de los autores antiguos (cf., *supra,* III 56; TUCÍD., I 131; V 16; VIII 5; ARISTÓTELES, *Política* II 9, 1270b; PLUTARCO, *Pericles* 22), estaba en la línea de corrupción que caracterizaba a los lacedemonios fuera de Esparta.

[347] Tegea era una ciudad de Arcadia (cf. I 65 y sigs.), situada a unos 40 km. al norte de Esparta (sobre la protección que esta ciudad prestó a diferentes fugitivos lacedemonios, cf., *infra,* IX 37, 4; y PAUSANIAS, III 5, 6).

[348] Leotíquidas murió en el año 469 a. C. (Heródoto dice «como es natural», porque todo el mundo sabía que este rey espartano había estado, en el año 479, al frente de la flota griega que venció a los persas en Mícala; cf. IX 98-104.)

[349] El historiador reemprende la narración interrumpida en el capítulo 66. Estamos, pues, en el año 491 a. C.

[350] Cf. VI 50 acerca de la resistencia de los eginetas contra Cleómenes y la especial oposición de Crío (sobre Casambo se carece de datos).

oponiendo resistencia, así que los monarcas escogieron a los diez eginetas que más descollaban por su fortuna y su alcurnia (entre quienes, en concreto, se contaban Crío, hijo de Polícrito, y Casambo, hijo de Aristócrates, justamente los ciudadanos que más autoridad poseían), y se los llevaron. A esos sujetos los condujeron al Ática y confiaron su custodia a los atenienses[351], los peores enemigos de los eginetas.

Descubrimiento del complot urdido contra Demarato

74 Poco después[352], ante el descubrimiento de la conspiración que había urdido contra Demarato, el miedo a una represalia de los espartiatas hizo presa en Cleómenes, que huyó en secreto a Tesalia[353]. Luego, desde allí se dirigió a Arcadia e intentó organizar una revuelta, coligando a los arcadios contra Esparta[354]. Y por cierto

---

[351] A destacar que los lacedemonios no se llevaron los rehenes a Esparta. Sobre las razones de que los condujeran al Ática, cf. nota VI 238.

[352] Tal vez a comienzos del verano del año 490 a. C. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 331.

[353] La razón que aduce Heródoto debe de ser errónea, pues posiblemente el viaje de Cleómenes a Tesalia tuvo lugar antes de que se descubriera el fraude que había urdido en Delfos contra Demarato. Como Mardonio había conseguido reafirmar la soberanía persa sobre Macedonia (cf. nota VI 219), había motivos, con vistas a la defensa de Grecia, para que un rey de Esparta visitara el norte. Cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, IV, 1, pág. 329.

[354] Algunos críticos han interpretado que estas maniobras de Cleómenes en Arcadia —aunadas a una revuelta mesenia que se habría producido por esas fechas— fueron la causa de que los espartanos no tomaran parte en la batalla de Maratón (cf. W. P. Wallace, «Kleomenes, Marathon, the Helots and Arkadia», *Journal of Hellenic Studies* 74 [1954], 32 y sigs.). Pero es muy dudoso que la pretendida revuelta de Mesenia se hubiese producido; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 2, pág.

que les hizo jurar de muy diversas maneras que lo seguirían sin vacilar a dondequiera que los acaudillase, pero se mostraba particularmente ansioso por llevar a jefes arcadios a la ciudad de Nonacris para obligarlos a jurar por el agua de la Estigia[355]; pues, al decir de los arcadios, en esa ciudad se 2
halla el agua de la Estigia, que de hecho consiste, poco más o menos, en lo siguiente: se trata de un hilillo de agua que mana de una roca y que cae goteando a un estanque, estanque al que rodea un muro circular[356]. Nonacris, donde, como

---

103; y F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* III a, págs. 109-181, sobre las fuentes al respecto.

[355] Es decir, «de la (fuente) Estigia». O bien, «del Éstige», río de Arcadia que, a su vez, desembocaba en el Cratis (cf. I 145). El Éstige era considerado el principal río de los infiernos, a los que rodeaba con sus meandros de aguas fangosas y heladas, en medio de tinieblas (el hecho de que rodeara el reino de Hades hizo que, en lugar del río Éstige, se hablara comúnmente de la laguna Estigia). En sus orígenes Estigia era una ninfa que ocupaba en Arcadia una gruta al lado de una fuente. Como apoyó a Zeus en su lucha contra los Gigantes, el padre de los dioses le concedió el privilegio de ser invocada por los dioses (cf. *Ilíada* XV 37; Hesíodo, *Teogonía* 758); lo que confería al juramento, confirmado de esa manera, un valor absoluto (hasta el punto de que, si un dios cometía perjurio, tras haber jurado por la Estigia, se veía privado de néctar y ambrosía por espacio de un año, y durante nueve no podía vivir con los demás dioses). Cf. F. Bölte, *s. v. Styx, R. E.* 4 A 1 (1931), cols. 457-463. Pese a que éste es el único ejemplo recordado por los historiadores, no hay duda de que un juramento prestado por las aguas de la fuente Estigia de Arcadia, a la que se atribuían temibles propiedades (cf. Pausanias, VIII 18, 2; y J. G. Frazer, *Pausanias's Description of Greece*, N. York, 1965 [= 1898], IV, págs. 250-253), se consideraría entre los arcadios como un vínculo indisoluble. En general, sobre los juramentos prestados en nombre de la Estigia, cf. J. Bollack, «Styx et Serments», *Revue des Études Grecques* 71 (1958), 31-32.

[356] Las aguas del río Éstige forman la única catarata importante que existe en Grecia, ya que caen por una pared rocosa de 60 m. de altura. No obstante, Heródoto debió de ver la catarata en verano, y de ahí que hable

digo, se encuentra ese manantial, es una ciudad de Arcadia cercana a Féneo[357].

Locura y suicidio de Cleómenes. Versiones sobre la causa de ello

75 Por su parte los lacedemonios, al tener conocimiento de lo que tramaba Cleómenes, se alarmaron[358] y le permitieron regresar [a Esparta] con las mismas atribuciones que tenía ya anteriormente. Sin embargo, apenas hubo regresado, Cleómenes, que ya con anterioridad estaba bastante desequilibrado[359], sufrió un ataque de locura, pues, cuando se topaba con algún espartiata, le atizaba un bastonazo en la cara.

2 Ante las extravagancias que cometía, y dado que había perdido el juicio, sus parientes lo encadenaron a un cepo. Cargado de cadenas, cierto día vio que al sujeto que lo vigilaba lo habían dejado solo los demás guardianes y le pidió un puñal. En un principio [el guardián] se negó a dárselo, pero Cleómenes lo amenazó con lo que le haría cuando se viera libre, hasta que el hombre, amedrentado

---

de «un hilillo de agua» (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 63, nota 3).

[357] Localidad del norte de Arcadia, a orillas del lago del mismo nombre. Nonacris estaba situada a unos 10 km. al NO de Féneo, en la vertiente norte del monte Aroania, de 2.355 m. de altitud, donde nacía el río Éstige.

[358] Por el peligro permanente que hubiese entrañado para Esparta la constitución de una liga de las ciudades arcadias sólidamente organizada (cosa que, por ejemplo, consiguió Epaminondas). A pesar de que recientemente se ha supuesto que los arcadios habían conseguido formar una confederación de ciudades que alcanzaron cierta independencia respecto al control ejercido por los lacedemonios en el Peloponeso (cf. J. Roy, «An Arcadian League in the earlier fifth century B. C.?», *Phoenix* 26 [1972], 334 y sigs.), lo cierto es que Esparta, aprovechando las disensiones existentes en Arcadia, especialmente entre Tegea y Mantinea, mantuvo su hegemonía en la zona hasta el siglo iv a. C. Cf. A. Andrewes, «Sparta and Arkadia in the early fifth century», *Phoenix* 6 (1952).

[359] Cf. V 42, 1.

ante las amenazas (pues se trataba de un hilota[360]), le dio
un puñal. Entonces Cleómenes, una vez en posesión del 3
acero, empezó a lastimarse comenzando por las piernas: desgarrándose a jirones las carnes, fue subiendo de las piernas a los muslos, y de los muslos a las caderas y las ijadas, hasta que llegó al vientre y se lo hizo trizas, hallando así la muerte[361]. Según afirma la mayoría de los griegos, tuvo este final por haber inducido a la Pitia a pronunciar aquella respuesta en el asunto de Demarato[362]. Sin embargo, al decir de los atenienses, fue debido a que, cuando invadió Eleusis, saqueó el sagrado recinto de las diosas[363]. Y, según los argivos, fue porque, cuando consiguió que salieran del santuario de su héroe Argos los argivos que se habían refugiado allí tras la batalla, los pasó por las armas y, con un absoluto desprecio hacia el propio bosque sagrado, mandó incendiarlo[364].

---

[360] Cf. nota VI 289.

[361] Sobre la muerte de Cleómenes, cf. A. Giusti, «Il suicidio di Cleomene», *Atene e Roma* 10 (1929), 54-76; y Th. Lenschau, «König Kleomenes I. von Sparta», *Klio* 13 (1938), 412 y sigs. Algunos críticos han apuntado la posibilidad de que Cleómenes fuera asesinado por los propios lacedemonios por considerarlo un peligro para el Estado; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 36.

[362] Opinión compartida por el propio Heródoto (cf. VI 84, 3).

[363] O bien, «taló el bosque consagrado a las diosas» (sobre los castigos para quienes en Eleusis incurrían en sacrilegio, cf. IX 65), cf. V 74-75. Las diosas son, en este caso, Deméter y Perséfone, que poseían en Eleusis un santuario (o *telesterion)* donde se celebraban sus cultos mistéricos (sobre los misterios eleusinos puede verse A. Bernabé en su traducción de los *Himnos Homéricos*, Madrid [B. C. G., 8], 1978, págs. 52-57).

[364] Cf. VI 78-81.

76 *Excurso sobre la sacrílega campaña de Cleómenes contra Argos*

Resulta que, en cierta ocasión en que Cleómenes estaba consultando el oráculo de Delfos, la respuesta que recibió fue que tomaría Argos[365]. Cuando llegó, al frente de los espartiatas[366], a orillas del río Erasino[367], que, por lo que cuentan, procede de la laguna Estinfálide[368] (según esa versión, el agua de dicha laguna va a parar a una sima invisible, reapareciendo en

---

[365] Aparte de la antigua rivalidad existente entre Argos y Esparta por la posesión de las zonas cerealistas de Tirea y la Cinuria, en la costa occidental del golfo Argólico, la política exterior de Cleómenes tendió siempre a asegurar la posición de Esparta en el Peloponeso; y Argos constituía un serio peligro para esa hegemonía al no figurar entre los aliados de Esparta.

[366] La campaña de Cleómenes contra los argivos presenta problemas de datación (cf., recientemente, M. T. Mitsos, «Die Datierung der Schlacht bei Sepeia», *Ptaton* 29 [1977], 265 y sigs., quien, basándose en el testimonio de Pausanias, III 4, 1, fecha la campaña en el período inmediatamente posterior a la ascensión al trono de Cleómenes; esto es, entre 520-510 a. C.), aunque se supone que debió de tener lugar entre los años 500-495 a. C.; es decir que habría coincidido con la sublevación jonia (lo cual justificaría, para algunos críticos, la inhibición lacedemonia ante las demandas de ayuda de los sublevados; cf. G. L. Huxley, *Ancient Sparta*, Londres, 1962, págs. 28 y sigs.). En general, *vid.* T. Kelly, «The traditional enmity between Sparta and Argos», *American Historical Review* 75 (1970), 971-1003, donde se analizan todos los testimonios al respecto.

[367] Río que desemboca en el golfo Argólico, a unos 2 km. al sur de Lerna, y que en esta época servía de frontera entre Laconia y la Argólide.

[368] O lago Estinfalo, en la zona nororiental de Arcadia, a orillas del cual se alzaba la ciudad del mismo nombre. La creencia de que el río Erasino —cuyas fuentes se hallaban a unos 35 km. al SE del lago— procedía de la laguna Estinfálide (en la que Heracles llevó a cabo su sexto trabajo) se debía a que, en dicha laguna, cuyas dimensiones se han visto reducidas con el paso de los siglos, existía una gruta anegada por las aguas del lago. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias's Description of Greece...*, IV, págs. 268 y sigs.

la Argólide; y el curso de agua que se forma ya en esa zona recibe por parte de los argivos el nombre de Erasino), cuando Cleómenes, repito, llegó a orillas del citado río, le ofreció un sacrificio[369]. Mas, como los presagios eran totalmente desfa- 2
vorables para vadearlo, manifestó que admiraba al Erasino por no traicionar a sus compatriotas, pero que, a pesar de todo, los argivos no saldrían bien librados. Acto seguido emprendió la retirada, dirigiendo su ejército a Tirea[370]; y, tras sacrificar un toro en honor del mar[371], condujo a las tropas a la región de Tirinto y Nauplia a bordo de unos navíos[372].

Entonces los argivos, al tener noticia de ello, acudieron 77
a la costa para defender su territorio. Y, cuando llegaron a las inmediaciones de Tirinto, concretamente en el lugar que recibe el nombre de Sepea[373], asentaron sus reales frente a los lacedemonios sin dejar entre ambos ejércitos un amplio espacio de terreno. En esa posición los argivos no sentían temor a librar una batalla campal, sino a ser víctimas de una trampa[374]; pues, de hecho, a esa contingencia se refería el 2

---

369 De acuerdo con la costumbre espartana de realizar un sacrificio (llamado *diabatḗria)* antes de emprender una campaña. Cf. H. Popp, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen,* tesis doct., Erlangen, 1957, págs. 42 y sigs.

370 En la zona nororiental de Laconia (cf. I 82), a unos 2 km. de la costa del golfo Argólico (cf. Tucíd., IV 57).

371 Posiblemente en honor de Posidón (cf. *Odisea* III 6).

372 Naves que les habían proporcionado los sicionios y los eginetas (cf. VI 92). Es posible que Cleómenes hubiera pretendido atraer a los argivos hacia Lerna, en el sur de la Argólide, para sorprenderlos posteriormente con un desembarco en Nauplia (Tirinto y Nauplia, en la llanura de Argos, distaban de la capital unos 10 y 14 km. respectivamente). Pero, al parecer, los argivos se percataron de sus intenciones y los lacedemonios hubieron de desembarcar en Asine, a unos 6 km. al SE de Nauplia. Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 227 y sigs.

373 Situado entre Tirinto y Nauplia.

374 Probablemente porque no habían sido capaces de comprender el significado del oráculo que a continuación se cita.

oráculo que la Pitia les había dictado a la vez tanto a ellos como a los milesios[375], y que rezaba así:

«Mas, cuando la hembra, conseguida la victoria,
logre expulsar al macho y alcance gloria entre los ar-
[givos,
dará lugar a que, en ese instante, muchas argivas se
[desgarren las mejillas[376].

---

[375] Sobre el vaticinio dirigido a los milesios, cf. VI 19, 2. Es posible que, cuando Aristágoras viajó a Grecia, a fin de solicitar ayuda para los jonios sublevados (cf. V 39 y sigs.), pasara por Argos, al dirigirse de Esparta a Atenas (cf. V 55 y sigs.), y recabara también el apoyo de los argivos. Éstos, entonces, se habrían trasladado a Delfos para consultar dos cosas: la opinión del dios sobre sus diferencias con Esparta, y si era oportuno que ayudasen a los jonios. De ahí que la Pitia hubiese respondido a las dos preguntas con una sola respuesta. Cf. J. B. Bury, «The Epicene Oracle concerning Argos and Miletos», *Klio* 2 (1902), 19.

[376] El oráculo es de difícil interpretación (sobre él, cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, págs. 172 y sigs.) y el propio historiador no aventura ninguna explicación. Entre las diversas exégesis que se han propuesto *(vid.* un sumario en R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth book...*, I, págs. 335-336), las más plausibles son las siguientes: 1. La hembra (quizá la diosa Hera, venerada en Argos) vencerá al macho (Cleómenes); pero será una «victoria cadmea» (cf. nota I 414), que acarreará la desgracia a Argos (con referencia quizá a lo que se narra en el capítulo 83). 2. Esparta (femenino en griego) conquistará Argos (un héroe masculino), lo que ocasionará la ruina de esta ciudad. 3. En autores tardíos (cf. Plutarco, *Moralia* 245; Pausanias, II 20, 8) aparece otra interpretación de carácter etiológico para explicar un festival femenino que se celebraba en Argos, las *Hybristiká*, o «Fiestas Ultrajantes», en el que las mujeres portaban armas y los hombres se ataviaban con vestidos femeninos (cf. Polieno, *Strategemata* VIII 33). Sócrates de Argos *(apud* Diógenes Laercio, II 47) afirmaba que, tras la victoria que Cleómenes consiguió sobre los argivos (cf., *infra*, VI 78), los lacedemonios atacaron Argos; pero, entonces, la poetisa Telesila se encargó de la defensa de la ciudad, ayudada por mujeres, ancianos, niños y esclavos, consiguiendo finalmente que Cleómenes desistiera de tomarla (en todo caso, esta interpretación habría que relacionarla con la segunda parte de

Así, hasta entre las generaciones venideras, se dirá un
[día:
'la terrible sierpe de triple anillo[377] *pereció domeñada*
[por la lanza'».

Como es natural, la concurrencia de todas esas circunstan- 3
cias[378] inspiraba temor a los argivos; de ahí que, en ese
trance, decidieran valerse del heraldo de los enemigos. Y,
una vez tomada dicha determinación, actuaban de la si-
guiente manera: cada vez que el heraldo espartiata transmi-
tía una orden a los lacedemonios, los argivos, por su parte,
la seguían a rajatabla.

Pero, cuando Cleómenes se percató de que los argivos 78
seguían todas las indicaciones de su propio heraldo, ordenó
a sus hombres que, en el momento en que el heraldo diera la
señal de almorzar, tomaran sus armas y se lanzasen sobre
los argivos[379]. Los lacedemonios cumplieron puntualmente 2

---

la primera: la pérdida de los hoplitas argivos y la posterior sublevación de los esclavos).

[377] Pese a que el emblema de Argos era un lobo (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte....*, I, pág. 214), la serpiente se utilizó como símbolo de la ciudad de Argos (cf. Sófocles, *Antígona* 125) y figuraba en el escudo del héroe argivo Adrasto (cf. Eurípides, *Fenicias* 1137).

[378] Que pueden reducirse a tres: 1. La presencia de un ejército lacedemonio en las proximidades de Argos. 2. La no comprensión del oráculo emitido por la Pitia. 3. Que ambos ejércitos estaban acampados en Sepea, un nombre que podía relacionarse con el sustantivo *sêps*, que significa «serpiente venenosa», y éste, a su vez, con el último hexámetro délfico. Cf. M. Zambelli, «Per la storia di Argo nella prima metà del V secolo a. C. II: L'oracolo della battaglia di Sepeia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 102 (1974), 442 y sigs.

[379] Mientras que Polieno, *Strategemata* I 14, recoge sin comentarios la treta de Cleómenes citada por Heródoto, Plutarco, *Moralia* 223, afirma que Cleómenes engañó a los argivos pactando con ellos

sus órdenes, ya que atacaron a los argivos[380] mientras éstos, conforme a la señal dada por el heraldo, se hallaban almorzando, y mataron a un elevado número de enemigos, en tanto que a un número considerablemente superior, que se habían refugiado en el bosque consagrado a Argos[381], los cercaron y los mantuvieron vigilados.

79 En esa tesitura[382], Cleómenes hizo lo siguiente. Informado por unos desertores que tenía entre sus filas, despachó un heraldo, para que llamase por sus nombres a los argivos que se habían recluido en el sagrado lugar, y los invitó a salir de allí (les propuso abandonar su refugio asegurándoles que tenía en su poder sus rescates[383]; por cierto que, entre los peloponesios, el rescate a pagar por cada prisionero está fijado en dos minas[384]). Pues bien, de ese modo, Cleómenes consiguió que, a medida que los iban llamando, saliesen unos

---

una tregua de siete *días* y atacándolos en el transcurso de la tercera *noche*.

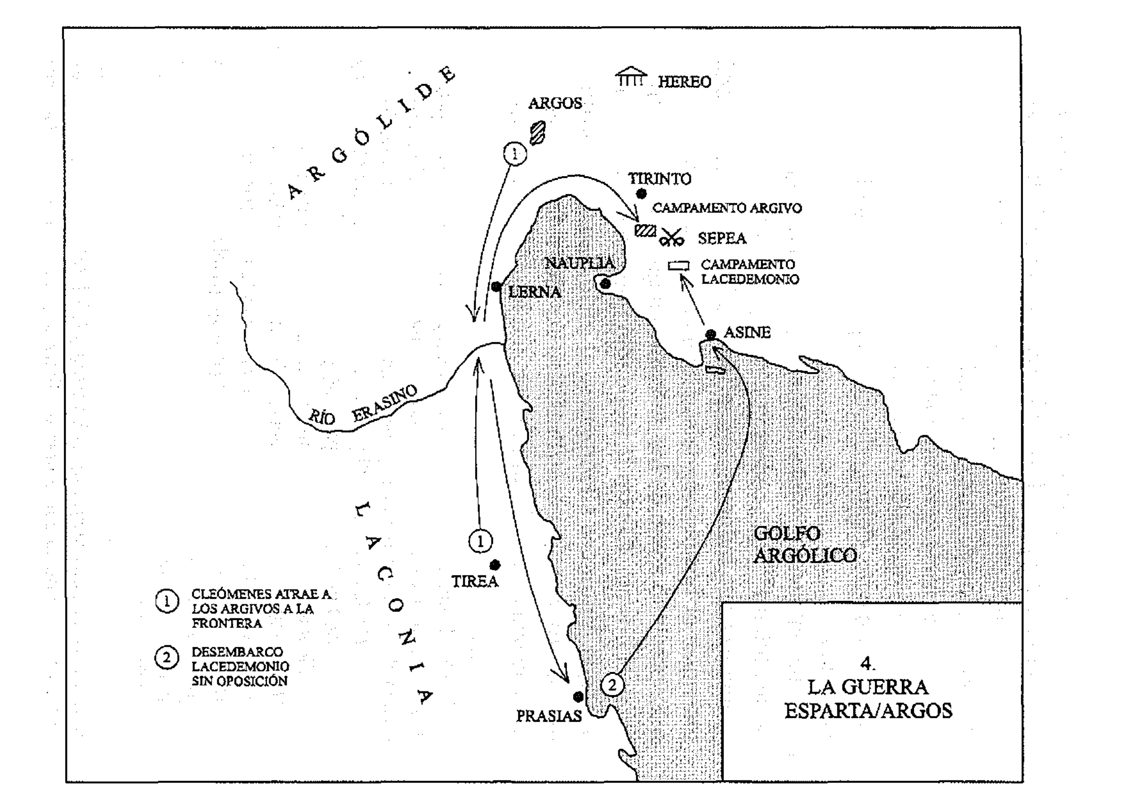
[380] Según autores posteriores (cf. Aristóteles, *Política* V 3, 1303a) en el día séptimo del mes en que se desarrollaban los hechos, o a los siete días de estar acampados frente a frente ambos ejércitos. Por eso la batalla se llamó «la del séptimo día».

[381] Había dos héroes que se llamaban así. El primero era hijo de Zeus y de Níobe, y dio su nombre a la ciudad de Argos y a la región en que se encontraba, la Argólide. El segundo, nieto del anterior, fue apodado *Panoptes*, que significa «el que todo lo ve». Dotado de una fuerza sobrenatural, unas tradiciones lo representan como un gigante y otras como un efebo, aunque todas coinciden en destacar la particularidad de sus ojos. La tradición más extendida le adjudica cien ojos, la mitad de ellos perpetuamente abiertos. La diosa Hera (la patrona de la ciudad de Argos, precisamente) le confió la custodia de Ío, metamorfoseada en novilla, hasta que Hermes lo mató.

[382] Pues no podía ordenar a sus tropas que entrasen en un lugar sagrado para asesinar a unos asilados.

[383] Es decir, los rescates que, según Cleómenes, se habían pagado por ellos.

[384] Unos 864 gr. de plata por cabeza. Cf. V 77, 3.


ARGÓLIDE
HEREO
ARGOS
TIRINTO
CAMPAMENTO ARGIVO
SEPEA
NAUPLIA
CAMPAMENTO LACEDEMONIO
LERNA
ASINE
RÍO ERASINO
LACONIA
TIREA
GOLFO ARGÓLICO
PRASIAS
1 CLEÓMENES ATRAE A LOS ARGIVOS A LA FRONTERA
2 DESEMBARCO LACEDEMONIO SIN OPOSICIÓN
4.
LA GUERRA ESPARTA/ARGOS

2 cincuenta argivos y ordenó que los mataran. Al parecer, los que permanecían en el sagrado recinto no se habían percatado de lo que estaba ocurriendo, pues, debido a la espesura del bosque, los de dentro no podían ver lo que les hacían a los de fuera, hasta que, finalmente, uno de ellos se encaramó a un árbol y descubrió lo que pasaba. Como es natural, desde ese momento, dejaron de salir, a pesar de que los seguían llamando.

80 Fue entonces cuando Cleómenes ordenó a la totalidad de los hilotas[385] que rodearan el bosque con haces de leña; y, una vez que hubieron cumplido sus indicaciones, mandó incendiar el bosque sagrado. Cuando era pasto de las llamas, preguntó a uno de los desertores a qué divinidad pertenecía el bosque. El otro le respondió que estaba consagrado a Argos. Entonces Cleómenes, al oírlo, lanzó un profundo suspiro y exclamó: «¡Profético Apolo, a fe que me engañaste sumamente[386] al afirmar que lograría tomar Argos!

[385] Con lo cual, y según la concepción legalista griega de la culpabilidad, la misma recaería en los hilotas (Cleómenes no se atrevió a ordenar esas medidas a los espartiatas), responsables materiales del sacrilegio. Cf. Porfirio, *De Abstinentia* II 29 y sigs.; y L. R. Farnell, *The Cults of the Greek States*, Londres, 1896, I, págs. 56 y sigs.

[386] Cleómenes reacciona como Creso ante la toma de Sardes (cf. I 90-91; naturalmente, desde la perspectiva de los sacerdotes delfios no habría existido tal engaño, pues «si no entendió la respuesta ni pidió explicaciones, que se considere a sí mismo responsable», cf. I 92, 4). Sin embargo, es inverosímil la actitud de Cleómenes, una persona que sabía que podía amañarse una respuesta de la Pitia (cf. VI 66) y que jamás sintió escrúpulos ante la comisión de un sacrilegio (cf. V 72; VI 75 y 81). Si los espartanos decidieron no atacar Argos, ello pudo deberse a varias razones: 1. A que Cleómenes fue sobornado (cf. VI 82). 2. A que el monarca espartano no quiso concentrar sus fuerzas, para asediar la ciudad, por los escasos conocimientos de poliorcética que poseían los lacedemonios (cf. Tucíd., I 102, 2; y A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides...*, I, págs. 16-19 y 301-302). 3. Al deseo —y es lo más proba-

Pues deduzco que el vaticinio que me dictaste se está cumpliendo».

Acto seguido, Cleómenes permitió que el grueso del 81 ejército volviera a Esparta, mientras que él, con mil hombres —la élite de sus tropas—, se dirigió al Hereo[387] para ofrecer un sacrificio. Pero, cuando pretendía realizar personalmente el sacrificio sobre el altar, el sacerdote[388] se lo prohibió, alegando que a un extranjero no le estaba permitido sacrificar en aquel lugar. Entonces Cleómenes ordenó a los hilotas que se llevaran al sacerdote del altar y que lo azotasen, y a continuación ofreció el sacrificio personalmente[389]; hecho lo cual, volvió a Esparta.

---

ble— de seguir contando con la alianza de Corinto, ya que Egina y Argos mantenían estrechos lazos de amistad (cf. V 86, 4), y la eliminación de Argos hubiese permitido a los corintios no depender tanto de Esparta. En general, cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 49.

[387] El Hereo, o templo de Hera, constituía el santuario nacional de los argivos y se hallaba situado en una colina, dominando la llanura de Argos, a casi 8 km. al NE de la ciudad. El templo al que acudió Cleómenes databa de comienzos del siglo VII a. C. (estaba construido sobre un antiguo santuario micénico, donde, según la tradición, Agamenón recibió el juramento de lealtad por parte de los jefes aqueos antes de partir con rumbo a Troya), y fue destruido por un incendio, ocasionado por la negligencia de una sacerdotisa, en el año 423 a. C. (cf. Tucíd., IV 133), siendo reconstruido posteriormente. Sobre las excavaciones en él realizadas, cf. C. Waldstein, *The Argive Heraeum*, Boston-N. York, 1902; C. W. Blegen, «Prosymna: Remains of Post-Mycenaean», *American Journal Archaeology* 43 (1939), 410 y sigs.; y J. L. Caskey, P. Amandry, *Hesperia* 21, págs. 165-274.

[388] Sin duda un miembro del clero del Hereo, ya que la máxima dignidad religiosa del templo estaba representada por una sacerdotisa.

[389] Esta anécdota que narra Heródoto sobre la visita de Cleómenes al santuario de Hera, obtenida de fuentes argivas o espartanas hostiles a Cleómenes (cf. nota V 359), se insertaría, a juicio del historiador, en el contexto del desequilibrio psíquico que caracterizaba al rey espartano, ya que, para Heródoto, que pretende explicar desde un plano divino el

82 A su regreso, sus enemigos[390] lo acusaron ante los éforos[391], afirmando que no se había apoderado de Argos, cuando tenía la posibilidad de haber tomado la ciudad fácilmente, porque se había dejado sobornar. Sin embargo Cleómenes les explicó —no puedo determinar categóricamente si estaba mintiendo o si se atenía a la verdad, pero, en cualquier caso, ésas fueron las manifestaciones que hizo— que, tras haberse apoderado del santuario de Argos, consideró que la predicción del dios ya se había cumplido; de ahí que, en ese convencimiento, no hubiese juzgado oportuno atacar la ciudad, por lo menos hasta haber realizado sacrificios para averiguar si el dios[392] se lo permitía o si
2 se mostraba contrario a ello. Y añadió que, mientras estaba

---

acontecer humano (y que es un buen representante de la concepción tradicional griega en materia de religión; cf. II 3, 2; y M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937, pág. 107), semejante actitud sólo podía ser obra de un demente.

[390] Entre quienes, posiblemente, se encontraba Demarato (cf. nota VI 311). Cuando el historiador repite en dos ocasiones (cf. VI 51 y 61, 1) que Demarato estaba difamando a Cleómenes en 491 a. C., puede haber una referencia a esta acusación por soborno.

[391] Los éforos, ante casos semejantes, debían de constituir una especie de comisión preliminar encargada de llevar a cabo las investigaciones. Sólo si la culpabilidad del monarca parecía cierta, el caso pasaría a la competencia de un tribunal mixto integrado bien por los cinco éforos, la *gerusía* y el rey, o bien por una comisión nombrada al efecto. En general, cf. A. Andrewes, «The government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 1 y sigs.

[392] Tal vez Zeus, en su calidad de dios supremo, del que Hera sería la intérprete, o quizá una inteligencia rectora del universo. Cf. Esquilo, *Agamenón* 106 y sigs., y A. Theiler, *Zur Geschichte der teleologischer Naturbetrachtung bis auf Aristoteles*, Berlín, 1925, págs. 53 y sigs.

ofreciendo un sacrificio propiciatorio[393] en el Hereo, del pecho de la imagen[394] surgió fulgurantemente una llamarada ígnea, y así comprendió en su fuero interno toda la verdad, es decir, que no lograría tomar Argos; pues, si la llamarada hubiese surgido de la cabeza de la imagen, habría tomado la ciudad entera[395], pero, como había surgido del pecho, él había conseguido ya todo cuanto el dios quería que sucediese. Ante estas explicaciones, los espartiatas consideraron que las mismas eran dignas de crédito y perfectamente lógicas, y Cleómenes fue absuelto de las acusaciones de sus enemigos por una amplia mayoría[396].

Entretanto Argos se quedó tan mermada de ciudada- 83
nos[397] que sus esclavos se adueñaron por completo del go-

---

[393] Literalmente, «mientras buscaba presagios» (para, mediante ellos, conocer la decisión de la divinidad).

[394] Presumiblemente la de Hera, que consistía en un *xóanon* (cf. nota V 360) que descansaba sobre un pilar. Como PAUSANIAS (II 17, 5) afirma haberla visto, hay que deducir que el *xóanon* de Hera se salvó del incendio de 423 a. C. que destruyó el Hereo.

[395] Es decir, incluida la acrópolis (cf. nota VI 75). La argumentación de Cleómenes se basa precisamente en esta expresión: si la llamarada hubiera surgido de la parte de arriba de la estatua —es decir, de la cabeza—, se habría apoderado de la ciudad *kat' ákrēs;* esto es, «de arriba (a abajo)».

[396] Ésta debía de ser la versión oficial de los hechos que circularía en Esparta. Sin embargo —y además de por las razones apuntadas en la nota VI 386—, lo cierto es que la llanura de Argos era bastante extensa y Esparta no poseía hombres suficientes para colonizarla; de ahí que una ciudad diezmada, pero no destruida (según el propio historiador, en la campaña perecieron prácticamente todos los hoplitas argivos; cf. VII 148), fuese para Esparta algo menos problemático que una ciudad colonizada por habitantes de las comarcas colindantes.

[397] Heródoto fija en seis mil el número de argivos que perecieron (cf. VII 148, 2), mientras que PAUSANIAS (III 4, 1) habla de cinco mil bajas. En la tradición argiva posterior se mencionaban siete mil setecientos setenta y siete muertos (cf. PLUTARCO, *Moralia* 245), una cifra sagrada re-

bierno, ejerciendo las magistraturas y ocupándose de la dirección de la ciudad[398], hasta que los hijos de los caídos se hicieron unos hombres. Éstos, entonces, volvieron a recobrar[399] el control de Argos y echaron de la ciudad a los esclavos, quienes, al verse expulsados, se apoderaron de Ti-
2 rinto en el curso de una batalla. Pues bien, durante un cierto tiempo, ambas comunidades mantuvieron entre sí relaciones cordiales[400]; pero, posteriormente, se unió a los esclavos Cleandro, un adivino originario de Figalia[401], en Arcadia, que convenció a los esclavos para que atacaran a sus amos. Su intervención dio lugar a que ambos bandos estuviesen en guerra por espacio de largo tiempo, hasta que, finalmente, los argivos lograron a duras penas alzarse con la victoria[402].

---

lacionada probablemente con el festival de las *Hybristiká* (cf. nota VI 376), y que aparece en otras referencias a la batalla de Sepea (cf. nota VI 380).

398 Pese a que Argos poseía un tipo de siervos similares a los hilotas espartanos (cf. PÓLUX, III 83), tanto ARISTÓTELES *(Política* V 3, 7, 1303a) como PLUTARCO *(Moralia* 243), afirman que quienes recibieron derechos de ciudadanía, para que la población de la ciudad pudiera seguir controlando la zona, fueron los campesinos de la llanura, que hasta entonces habían carecido de plenos derechos políticos; es decir, unos subordinados similares a los *periecos* espartanos. Cf. D. LOTZE, «Zur Verfassung von Argos nach der Schlacht bei Sepeia», *Chiron* 1 (1971), 95 y sigs.

399 Como no lo habían detentado con anterioridad, hay que entender que lo que se repite es la acción de que unos hombres libres ejerzan el gobierno de la ciudad.

400 Tirinto y Micenas fueron por esta época independientes y aliadas de Esparta (cf. VII 202). Aunque Argos se mantuvo oficialmente neutral durante la segunda guerra médica, tanto Tirinto como Micenas enviaron hoplitas a Platea; cf. IX 28, 4.

401 Localidad situada en la zona sudoccidental de Arcadia, cerca de la frontera con Mesenia, en la vertiente sur del monte Liceo.

402 La guerra terminó con la destrucción de Tirinto y de Micenas (cf. PAUSANIAS, II 16, 5; 25, 8; V 23, 3; VII 25, 6). Tirinto debió de atacar Argos, mientras ésta se encontraba en guerra con Esparta, al ser derrota-

Versión espartana sobre la locura de Cleómenes

Los argivos, en suma, atribuyen la locura de Cleómenes y su horrible muerte a esos sacrilegios; mientras que, por su parte, los espartiatas aseguran que la locura de Cleómenes no se debió a la intervención de divinidad alguna, sino que, a consecuencia del trato que mantuvo con unos escitas, se aficionó a beber vino puro[403] y de ahí que se volviera loco. 84

Resulta que los escitas nómadas[404], tras la campaña que 2
contra su país realizó Darío[405], ansiaban vengarse del monarca inmediatamente, así que despacharon emisarios a Esparta[406] para negociar una alianza y llegar a un acuerdo en

---

dos los argivos en las proximidades de Tegea, ciudad con la que Argos estaba aliada, en 472 a. C. (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.). Por su parte Argos probablemente se vengó de Tirinto aprovechando que los espartanos, en 464 a. C. (cf. Diodoro, XI 65), estaban inmersos en la tercera guerra mesénica y en sofocar la sublevación de los hilotas (de hecho, en el año 468 a. C. Tirinto todavía existía como ciudad, ya que un vencedor en Olimpia en ese año era natural de Tirinto; cf. *Oxyr. Papyri* II, pág. 93). En general, cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 325 y sigs.

403 Como en la Antigüedad el vino era muy espeso, los griegos lo bebían mezclado con agua en la proporción de dos partes de vino por tres de agua (y, en ocasiones, incluso de una parte de vino por cinco de agua). Beber el vino puro se consideraba peligroso para la salud; cf. Ateneo, 36b.

404 Con este término Heródoto se refiere (como en IV 11, 1) a todo el pueblo escita en general, y no a aquellos que no estaban asentados en un lugar determinado (cf. IV 19).

405 Sobre la campaña propiamente dicha, cf. IV 120-144, y nota IV 1.

406 La pretendida embajada de los escitas a Esparta no debe de ser histórica (como no lo es la estancia de Anacarsis en Lacedemonia; cf. IV 77, aunque en ese caso el historiador no critica su veracidad), y menos con la finalidad que se le atribuye. Como la afición de los escitas a la bebida era proverbial en Grecia (cf. Platón, *Leyes* 637e), posiblemente esta historia debía circular en Esparta (admitiendo que Cleómenes fuera

el sentido de que los propios escitas deberían intentar invadir Media por el valle del río Fasis[407]; y a los espartiatas les pedían que, partiendo de Éfeso, se internaran tierra adentro y que, posteriormente, uniesen sus efectivos en un lugar
3 determinado. Pues bien, según los lacedemonios, cuando los escitas llegaron con ese propósito, Cleómenes mantuvo con ellos unas relaciones demasiado familiares, y, en ese trato más estrecho de lo debido, aprendió de ellos a beber vino puro, siendo esa, a juicio de los espartiatas, la causa de que se volviera loco. Y, a partir de entonces —siguen diciendo—, cuando quieren beber un vino bastante fuerte, exclaman: «¡Sirve a lo escita![408]». Ésta es, en suma, la versión de los espartiatas a propósito de la suerte que corrió Cleómenes; pero, en mi opinión, Cleómenes sufrió ese castigo por su comportamiento con Demarato.

---

un adicto a la bebida) para justificar la expresión «sirve a lo escita», que se cita poco después. Cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, II, pág. 90.

[407] Famoso río de la Cólquide, mítica comarca (cf. APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas)*, situada en las estribaciones sudoccidentales del Cáucaso, a orillas del Mar Negro. Sobre la facilidad de irrumpir en Media por el valle del Fasis, cf. I 104, 2.

[408] Es decir, vino no mezclado con agua. La expresión debía de estar muy generalizada en Esparta (hasta el punto de dar origen a la historia), pero encontramos un antecedente en el fr. 356b (D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1967) de ANACREONTE, poeta mélico que vivió desde el año 572 al 485 a. C.

Egina reclama la devolución de los rehenes. Historia de Glauco

Cuando los eginetas se enteraron de 85
la muerte de Cleómenes[409], enviaron emisarios a Esparta para criticar abiertamente a Leotíquidas por los rehenes que se encontraban detenidos en Atenas[410]. Entonces los lacedemonios, tras convocar a un tribunal[411], reconocieron que los eginetas habían sido gravemente injuriados por Leotíquidas y determinaron entregarlo a los eginetas, para que se lo llevaran a Egina, a cambio de las personas que se encontraban detenidas en Atenas[412].

Pero, cuando los eginetas se disponían a llevarse a 2
Leotíquidas, Teásidas, hijo de Leóprepes, un individuo que

---

[409] Pese a que Heródoto sitúa en su relato la muerte de Cleómenes con anterioridad a la batalla de Maratón, dicha cronología no es admitida por la crítica (que la fecha en el año 488 a. C. aproximadamente; cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», págs. 406 y sigs.; y A. Andrewes, «Athens and Aegina, 510-480», pág. 4). Todo lo que el historiador cuenta acerca de Cleómenes en los capítulos 65-66 y 73-75 no pudo suceder en el breve intervalo que separó la visita de los heraldos persas, y la afrenta que le infligieron los eginetas (cf. VI 49-50), del comienzo de las operaciones por parte de Datis (cf. VI 95). Heródoto, en definitiva, prolongó la historia de Cleómenes, en su digresión sobre la historia del mundo griego contemporáneo al fin de la revuelta jonia (como lo hace con la de Leotíquidas en VI 71-72), y la de las relaciones entre Egina y Atenas, más allá del año en que se situaba entonces el conflicto greco-bárbaro, 491 a. C.

[410] Sobre estos rehenes (acerca de los cuales Heródoto no da ninguna noticia), cf. G. de Sanctis, «Gli ostaggi egineti in Atene e la guerra fra Atene ed Egina», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 8 (1930), 292 y sigs.

[411] Sobre su composición, cf. nota VI 391.

[412] Sin duda Leotíquidas debía de ser muy criticado por los partidarios de Demarato que aún habría en Esparta. Y todavía estaba reciente (al menos, siguiendo la sucesión narrativa del relato de Heródoto) el descubrimiento del fraude del que se había servido Cleómenes para conseguir que Leotíquidas ocupara el trono; cf. nota VI 352.

en Esparta gozaba de gran prestigio, les dijo: «¿Qué planeáis hacer, eginetas? ¿Llevaros al rey de los espartiatas porque sus conciudadanos os lo han entregado? Pese a que, en un arrebato de cólera, los espartiatas acaban de tomar dicha medida, tened cuidado no vaya a ser que, si seguís su dictamen, a la postre siembren una total destrucción en
3 vuestra isla». Al oír estas palabras, los eginetas renunciaron a llevarse al monarca y llegaron al siguiente acuerdo: Leotíquidas los acompañaría a Atenas y haría que les devolviesen a sus compatriotas[413].

86 Pero, cuando, a su llegada a Atenas, Leotíquidas reclamó los rehenes que había dejado en depósito, los atenienses, que no querían entregarlos, fueron dándole largas al asunto, pretextando que habían sido dos reyes quienes se los habían confiado y que no les parecía justo entregárselos a uno en ausencia del otro[414].

α En vista de que los atenienses se negaban a entregarlos, Leotíquidas les dijo lo siguiente[415]: «Atenienses,

---

[413] Semejante decisión debía de responder a dos motivos: 1. A las críticas que existirían en la propia Esparta contra la política exterior de Cleómenes (cf. nota V 359), que trató a toda costa de conseguir que Atenas se uniera a la liga peloponesia (las presiones de Corinto en contra de esa pretensión debieron de ser muy fuertes; cf. Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 638 y sigs.). 2. Al auge expansionista de Atenas tras Maratón (cf. VI 132 y sigs. sobre la expedición de Milcíades contra la isla de Paros), que llenaba de inquietud a los lacedemonios.

[414] El colega de Leotíquidas en el trono era ahora el Agiada Leónidas (el defensor de las Termópilas). La extradición solicitada por un solo monarca espartano debía de ser anticonstitucional según las leyes lacedemonias (cf. VI 50, 2, sobre la negativa de los eginetas a entregar rehenes a Cleómenes en ausencia de Demarato; y P. Cloché, «Sur le rôle des rois de Sparte», págs. 343 y sigs.).

[415] La historia que a continuación relata Leotíquidas (un individuo que había obtenido el trono gracias a la corrupción de la Pitia —cf. VI 65—, y que se había dejado sobornar en cierta ocasión, cf. VI 72),

de las dos opciones que se os ofrecen, personalmente podéis hacer la que os plazca; es decir, podéis actuar con rectitud devolviendo a los rehenes, o hacer gala de todo lo contrario no devolviéndolos. No obstante, quiero contaros cierta historia, que casualmente sucedió en Esparta, acerca de algo dejado en depósito. Entre nosotros, los espartiatas, se cuenta 2
que[416], hace aproximadamente dos generaciones[417], vivió en nuestra capital[418] Glauco, hijo de Epicides. Este sujeto —dicen— estaba dotado de las más altas cualidades en todos los sentidos, y, en especial, gozaba, por su honradez, de una destacadísima fama entre todos cuantos por esas fechas vivían en Esparta. Pero, a su debido tiempo[419] —agregan—, a 3
ese individuo le ocurrió lo siguiente. Llegó a Esparta un milesio, con ánimo de entrevistarse con él, y le hizo la siguiente proposición: «Glauco, soy natural de Mileto y he venido con el objeto de aprovechar tu honradez. Pues, como 4
resulta que en todos los rincones de Grecia, incluida la propia Jonia, se hablaba mucho de tu honradez, me paré a considerar que Jonia se halla expuesta en todo momento a

exaltando la rectitud moral como ejemplo a seguir, debía de ser un tipo de narración que, con distintos personajes, aparecería tipificada en la mayoría de las regiones griegas (cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1969 [= 1921], págs. 159, 239 y 252).

[416] El texto griego dice, literalmente, «nosotros, los espartiatas, contamos...». El relato quizá se expusiera a los jóvenes espartanos para educarlos en la honradez, aunque la extensión del mismo no es «lacónica».

[417] Según el cómputo generacional de Heródoto (cf. II 142, 2), dos generaciones suponían sesenta años; es decir que, teóricamente, la acción del relato tuvo lugar hacia el año 550 a. C.

[418] Literalmente, «en Lacedemón», nombre que —junto al de Esparta— recibía la capital de Laconia.

[419] Cf., *supra*, nota V 134.

constantes peligros[420] —mientras que el Peloponeso se encuentra al abrigo de ellos— y, además, que puede observarse que no siempre disponen de riquezas las mismas personas[421]. Teniendo, pues, en cuenta estas reflexiones y recapacitando sobre el particular, decidí convertir en efectivo la mitad del total de mis propiedades y confiarte dicha cantidad, en la plena convicción de que, puesta en tus manos, la tendré a buen recaudo. Hazme, pues, el favor de aceptar esta suma y de tomar estos distintivos[422], que deberás guardar en lugar seguro. Y cuando te reclame el dinero alguien que posea idénticos distintivos, entrégaselo».

β Esto fue, concretamente, lo que dijo el forastero recién llegado de Mileto; y, por su parte, Glauco aceptó, en las condiciones establecidas, la suma que se le confiaba. Al ca-

---

[420] A mediados del siglo VI a. C., Jonia se vio sacudida por el peligro lidio, en primer término, y posteriormente por la conquista persa. Además, y en el caso concreto de Mileto (que, no obstante, se libró de las sucesivas invasiones por su acertada política exterior; cf. H. Bengtson, *Die Staatsverträge des Altertums,* Múnich-Berlín, 1962, II, 4-5), durante los años comprendidos entre el fin de la tiranía de Trasibulo (datable hacia 595-590 a. C.), y la asunción de dicho cargo por Histieo, hacia 529 a. C., la ciudad estuvo sumida en disensiones internas (cf. V 28).

[421] La historia de Glauco, en lo que se refiere a las manifestaciones del extranjero milesio, se inserta dentro de la concepción inestable del ser humano propia de la época arcaica (cf. Heráclito, fr. A 6, H. Diels y W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker,* Dublín-Zúrich, 1972 [= 6.ª ed., 1951], = *D. K.),* para la cual el hombre se siente «efímero», no en el sentido actual de ser que dura un día, sino en una acepción más profunda, según la cual «los avatares de un solo día pueden transtornar radicalmente al ser humano». Cf. H. Fränkel, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums,* Múnich, 1962, pág. 586.

[422] Los distintivos (en griego, *sýmbola,* «lo que se aproxima») eran primitivamente las dos mitades de un objeto que los interesados en acordar algo se repartían; luego, los poseedores de cada mitad, para reconocerse entre sí, las presentaban y ambas debían coincidir (es decir, «aproximarse» hasta encajar). Fueron, pues, los precedentes de las téseras romanas.

bo de mucho tiempo, se presentaron en Esparta los hijos del sujeto que le había confiado el dinero, mantuvieron una entrevista con Glauco y, al tiempo que le mostraban los dis- 2
tintivos, le reclamaron la suma. Sin embargo él se desembarazó de ellos con la siguiente evasiva: «No me acuerdo del asunto y, además, nada de lo que estáis diciendo me permite recordarlo. Ahora bien, si consigo hacer memoria, quiero atenerme a la más estricta justicia; es decir, que, si he recibido dicha suma, estoy dispuesto a devolvérosla íntegramente; pero, si en mi vida la he recibido, apelaré, contra vosotros, a las leyes de Grecia[423]. De manera que aplazo la decisión que he de daros al respecto hasta dentro de tres meses». γ

Como es natural, los milesios se marcharon desconsolados, dando el dinero por perdido, mientras que Glauco se encaminó a Delfos para consultar el oráculo. Y, al preguntarle al dios si podía apropiarse del dinero mediante un juramento, la Pitia se dirigió a él con los siguientes versos: 2

«Glauco, hijo de Epicides, de momento resulta clara-
[mente provechoso
alcanzar un objetivo y apropiarse de un dinero como
[dices: mediante un juramento.
Jura, puesto que sin duda la muerte también aguarda al
[hombre de palabra.
Mas el Juramento tiene un hijo innominado[424]*, y que de*
[manos

[423] Según las cuales, cuando se exigía a una persona algo que se le hubiera confiado, si no existían pruebas de que estuviese en su poder, el juramento del demandado, negando haberlo recibido, zanjaba la cuestión en su favor.

[424] La respuesta oracular hace que el delito del perjuro sea hijo de su juramento. Cf. Hesíodo, *Teogonía* 231; *Trabajos* 219, donde el propio

y de pies carece, pero que raudo persigue al perjuro,
[hasta que lo atrapa,
y, con él, aniquila a toda su descendencia y a su casa
[entera.
Mejor le va, en cambio, con el paso de los años, a la des-
[cendencia del hombre de palabra[425]».

Al oír estas palabras, Glauco suplicó al dios que lo perdonara por sus manifestaciones. Pero la Pitia le respondió que intentar que el dios aprobara una injusticia, o cometerla, constituían el mismo delito[426]. En fin, el caso es que Glauco mandó llamar a los forasteros de Mileto y les devolvió el dinero.

8 Y ahora, atenienses, voy a deciros por qué me he puesto a contaros esta historia: en la actualidad no queda de Glauco ni un solo descendiente, y ninguna familia que pueda considerarse suya; su estirpe se ha visto radicalmente exterminada de Esparta. Por lo que a una cosa confiada en depósito se refiere, conviene en consecuencia abrigar únicamente el propósito de devolverla en el momento en que se reclama».

Juramento castiga al perjuro; y M. L. West, *Hesiod. Theogony,* Oxford, 1966, pág. 232: «An oath is by origin a curse which a man lays upon himself, to take effect if what he declares is false. The god Horkos is the personification of this curse».

[425] Este último verso repite el de Hesíodo, *Trabajos* 285. El castigo de un perjuro mediante la aniquilación de su descendencia, que supone dejar a los antepasados ya fallecidos sin los honores que les corresponden, a los dioses de la casa sin sus sacrificios, y al hogar protector de la familia sin su llama perenne, es, entre los primitivos moralistas, la máxima pena que puede sufrir una persona.

[426] La acción de ir a consultar el oráculo sobre la licitud de un posible perjurio ya implica, pues, una cierta predisposición, por parte de quien realiza la consulta, a cometer perjurio. La intencionalidad se equipara por lo tanto en este pasaje (que, por lo demás, es braquilógico en el texto griego) al hecho consumado. Cf. Sófocles, *Edipo Rey* 534; Andócides, *Sobre los misterios* 90.

Dicho esto, como los atenienses, pese a todo, seguían negándose a prestarle oídos, Leotíquidas se marchó.

Guerra entre Atenas y Egina

Por su parte los eginetas, antes de 87
haber respondido de las ofensas que tiempo atrás habían inferido a los atenienses por complacer a los tebanos[427], hicieron lo siguiente. Como estaban molestos con los atenienses y se consideraban agraviados[428], se dispusieron a vengarse de ellos. Y, aprovechando que los atenienses celebraban una fiesta cuatrienal en Sunio[429], apresaron en una emboscada la nave de los *teoros*[430], que estaba atestada de los principales ciudadanos de Atenas; y, cuando los tuvieron en su poder, los encarcelaron.

---

[427] El ataque de los eginetas contra el Ática sin previa declaración de guerra (cf. V 81, 2-3), en la contienda que ambos Estados mantuvieron en los últimos años del siglo VI a. C. A destacar que Heródoto vuelve a imputar el origen de este nuevo enfrentamiento, entre Atenas y Egina, a los eginetas (pese a que el testimonio del historiador en VI 49, 2, y el propio asunto de los rehenes, demuestra la rivalidad latente entre ambas comunidades, con iniciativa ateniense en este caso), sin duda porque la opinión sustentada en los círculos pericleos de la Atenas que visitó Heródoto explicaba las cosas de esa manera; es decir, presentando a Egina como país agresor. Cf. A. French, «Topical influences on Herodotos' narrative», págs. 9 y sigs.

[428] Por la no devolución de los rehenes eginetas.

[429] Probablemente en honor de Posidón (cf. Pausanias, II 35, 1), y en la que las regatas constituían la parte más espectacular del festival (cf. Lisias, XXI 5). Sunio es el nombre del cabo situado en la extremidad sudoriental del Ática; en él, sobre la acrópolis que constituye el promontorio, había un famoso templo consagrado a Posidón.

[430] Los *teoros* (literalmente, «los observadores») eran los delegados oficiales que representaban a la ciudad en una fiesta religiosa, en nombre de la cual celebraban sacrificios. Pese a que Heródoto no vuelve a hablar de estos *teoros*, ni de los eginetas retenidos en Atenas, es posible que ambos Estados intercambiasen los prisioneros.

88 Entonces los atenienses, al recibir de los eginetas semejante ultraje, decidieron no posponer ni un solo instante la adopción de todo tipo de medidas contra ellos[431]. Y hasta hubo un prestigioso ciudadano de Egina, llamado Nicó-

[431] A pesar del oráculo que habían recibido aconsejándoles aplazar la guerra (cf. V 89, 2 y nota V 416), si bien en el año 506 a. C. tuvieron que renunciar a proseguirla por la invasión peloponesia narrada en V 90 y sigs. Aunque algunos críticos consideran que este nuevo enfrentamiento entre Atenas y Egina se produjo antes del año 490, la opinión más generalizada es que tuvo lugar después de Maratón (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 275, nota 43; y, en general, *vid.* T. J. Figueira, *Aegina and Athens in the archaic and classical periods. A socio-political investigation*, Filadelfia, 1977). Los argumentos más importantes para datar esta guerra tras la batalla de Maratón son los siguientes:

1. Como la ascensión de Leotíquidas al trono de Esparta se produjo tras la llegada a Grecia de los heraldos persas, hay que situarla en la segunda mitad del año 491 a. C. De manera que no pudo haber lugar, entre esa fecha y Maratón (a finales del verano de 490), para que se produjera el descubrimiento del soborno de la Pitia, el exilio de Cleómenes, su restauración y su muerte. Además, ésta se produjo antes de que se exigiera a los atenienses que devolviesen los rehenes. Y su negativa fue, en última instancia, lo que provocó la guerra.

2. El peligro que para Atenas entrañaba Egina fue el argumento fundamental de Temístocles para la creación de una poderosa flota ateniense (cf. VII 144; Tucíd., I 14); creación que es datada por Aristóteles *(Const. Atenas* 22) en 483 a. C. Así pues, la relación entre la guerra contra Egina y la creación de la flota ateniense permite suponer que la guerra se desarrolló en los años ochenta.

3. El oráculo dirigido a los atenienses (cf. V 89) para que aguardaran treinta años antes de vengarse se considera un *vaticinium post eventum,* que dataría del año 458 a. C., fecha en que Egina fue vencida por Atenas, por lo que la guerra habría tenido lugar a partir del año 488.

4. Por último, el envío de toda la flota ateniense a Paros, al mando de Milcíades, en el año 489 a. C. (cf. VI 132), sólo es comprensible si esta segunda guerra entre atenienses y eginetas todavía no había estallado.

dromo, hijo de Cneto, que, como estaba molesto con sus compatriotas porque tiempo atrás lo habían expulsado de la isla, al enterarse en aquellos momentos[432] de que los atenienses estaban dispuestos a asestar un duro golpe a los eginetas, se puso de acuerdo con ellos para entregarles Egina, indicándoles el día en que pensaba actuar, día en el que los atenienses deberían presentarse para prestarle ayuda. Poco después Nicódromo, según había convenido con los atenienses, se apoderó de la llamada «Ciudad Vieja»[433]; sin embargo, los atenienses no comparecieron a su debido tiempo.

Resulta que, por aquel entonces, no poseían suficientes 89
naves de combate para enfrentarse con las de los eginetas, por lo que, mientras solicitaban a los corintios que les prestasen navíos, en el ínterin se malogró el plan. Por cierto que los corintios, que por esas fechas mantenían unas relaciones sumamente cordiales con los atenienses[434], ante la demanda

---

[432] Probablemente en 487 a. C. Cf. L. H. Jeffery, «The campaign between Athens and Aegine in the years before Salamis (Herodotus VI, 87-93)», *American Journal of Philology* 83 (1962), 44 y sigs.

[433] De acuerdo con lo que dice Tucíd. en I 7, 1, cabe suponer que la «Ciudad Vieja» de Egina (pues la capital se llamaba igual que la isla) debía de estar situada a cierta distancia de la costa.

[434] Fundamentalmente por dos razones: por su temor a que una alianza entre Atenas y Esparta les hiciera perder importancia dentro de la liga peloponesia; y porque se inclinaban por Atenas en su lucha contra Egina, ya que la isla constituía, por su dinamismo comercial, un serio peligro para la prosperidad corintia (cf. J. A. O. Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», págs. 1 y sigs.; y Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 651-653). Las relaciones entre Atenas y Corinto cambiaron, sin embargo, de signo cuando, a instancias de Temístocles, Atenas se dedicó a incrementar notablemente su flota (cf., *infra*, VII 144), y pasaron a ser claramente hostiles hacia 458 a. C. (cf. Tucíd., I 105 y sigs.).

de estos últimos les entregaron veinte naves[435], entrega que hicieron vendiéndoselas a razón de cinco dracmas[436] por navío, ya que, de acuerdo con la ley, no podían dárselas gratuitamente[437]. Pues bien, con esos navíos sumados a los suyos, los atenienses equiparon en total setenta naves y zarparon contra Egina; sin embargo, llegaron un día después de la fecha acordada.

90 Por su parte Nicódromo, en vista de que los atenienses no comparecían a tiempo, se embarcó en un navío, escapando de Egina; y a él se unieron otros eginetas, a quienes los atenienses permitieron establecerse en Sunio. Estos refugiados, tomando dicho lugar como base de operaciones, se dedicaron a saquear y a pillar a sus compatriotas de la isla[438].

---

[435] Por lo que se dice a continuación, se deduce que los atenienses contaban con cincuenta naves de combate, quizá un tanto anticuadas y respondiendo todavía a las cincuenta *naucrarías* (circunscripciones territoriales a efectos de «departamentos» de marina, cada una de las cuales debía suministrar al Estado un navío perfectamente equipado), a razón de cinco por cada una de las diez tribus clisténicas; si bien, a comienzos del siglo v a. C., las *naucrarías* desaparecieron, cuando la *bulé* y los estrategos concentraron en sus manos los poderes militares y la administración naval. Cf. Cleidemo, fr. 8, *F. Gr. Hist.* 323.

[436] Aproximadamente 21,6 gr. de plata, lo que, como es natural, constituía una cantidad simbólica. El favor prestado por Corinto a Atenas en estos momentos es recordado por Tucíd. en I 41, 2.

[437] Esa ley debía de tener por objeto preservar los secretos de la técnica corintia de construcciones navales (que, a finales del siglo vi, era la más perfecta de Grecia), lo cual garantizaba su supremacía marítima.

[438] Tenemos aquí un ejemplo de algo que luego sería muy corriente durante la guerra del Peloponeso: las expediciones que, contra su propia patria, realizaban exilados políticos protegidos por un Estado gobernado por un sistema político afín a la ideología de los expedicionarios. Cf. Tucíd., III 85; IV 41; 46; 52; 75; V 56.

Eso, en realidad, sucedió posteriormente[439], pues entretanto los hacendados eginetas sofocaron la rebelión que el pueblo, secundando a Nicódromo, había organizado contra ellos; y, tras reducir a los insurrectos, los sacaron extramuros para acabar con ellos. Y, con ocasión de ese asesinato, cometieron, además, un sacrilegio que, por más remedio que idearon, no pudieron expiar con sus sacrificios, sino que se vieron expulsados de la isla[440] mucho antes de que la diosa[441] se mostrara aplacada con ellos. Resulta que conducían a extramuros, para acabar con ellos, a setecientos miembros del partido popular a quienes habían capturado con vida, cuando uno de ellos, que logró librarse de las ligaduras, se refugió en el umbral del templo de Deméter Tesmóforo[442], y 91

2

---

439 La guerra entre Atenas y Egina se prolongó hasta el año 481 a. C. Cf. VII 144, 1; 145, 1.

440 Por los atenienses en el primer verano de la guerra del Peloponeso (431 a. C.), cf. Tucíd., II 27, 1. Toda la población de Egina (cuya proximidad a Atenas y sus vinculaciones con los peloponesios la hacían extremadamente peligrosa para los atenienses; cf. Aristóteles, *Retórica* III 10, 1411a; Cicerón, *De Off.* III 11, 46) fue expulsada de la isla, y los atenienses instalaron en ella colonos (cf. B. D. Meritt, H. T. Wade Gery y M. F. Mc Gregor, *The Athenian Tribute Lists...*, III, pág. 285, notas 45 y 46), hasta que Lisandro repatrió a los eginetas supervivientes (cf. Jenofonte, *Helénicas* II 2, 9), en 404 a. C. Esta noticia sobre la expulsión de los eginetas de su isla es una de las referencias cronológicas más tardías que aparecen en la *Historia* (si bien Heródoto difiere sensiblemente de Tucídides en su interpretación de los hechos, ya que mientras éste justifica la medida tomada por Atenas desde un punto de vista estrictamente político, Heródoto palía la decisión ateniense aduciendo faltas religiosas de los propios eginetas).

441 La diosa Deméter, citada en el parágrafo siguiente.

442 Epíteto que significa «Legisladora» (de la vida civil; cf. J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotos..., s. v. Thesmophóros)* o «Fundadora» (de las tareas agrícolas, ya que a Deméter se atribuía la introducción de la agricultura entre los humanos; cf. Diodoro, I 14). En su honor se cele-

se asió firmemente a las argollas de las puertas. Entonces, al no conseguir arrancarlo de allí a fuerza de tirones, le cortaron las manos y se lo llevaron en esas condiciones, en tanto que las manos de aquel individuo permanecían aferradas a las argollas.

92 Esto fue, en suma, lo que hicieron los eginetas con sus propios compatriotas.

Al llegar los atenienses, los eginetas les presentaron batalla en el mar con setenta naves[443]; pero, como en el curso del enfrentamiento resultaron derrotados, llamaron en su ayuda a los mismos de antes: a los argivos[444]. Pero he aquí que, en esta ocasión, los argivos no acudieron en su socorro[445], molestos como estaban por el hecho de que ciertas naves de Egina —que habían sido requisadas a la fuerza por Cleómenes[446]— hubieran atracado en la Argólide y cooperado con los lacedemonios en el desembarco que tuvo lugar[447]. Con ocasión, por cierto, de esa misma incursión

braban las importantes fiestas de las *Tesmoforias;* cf. nota VI 69, y M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 456-481 y 653 y sigs.

[443] Es decir, ambos bandos contaban con idéntico número de naves, lo cual es poco verosímil, sobre todo si tenemos en cuenta que en Salamina los eginetas sólo participaron con treinta naves (cf. VIII 46, 1; si bien se mencionan otros navíos de Egina encargados de la defensa de la isla).

[444] Cf. V 86, 4.

[445] La negativa argiva puede deberse a que, en los años ochenta del siglo v a. C., tras el desastre argivo sufrido en Sepea (cf. VI 78, 2), Argos se encontraba todavía en poder de los periecos («los esclavos» citados por Heródoto en VI 83, 1), quienes sentirían simpatía por la democrática Atenas.

[446] Si esta medida de Cleómenes es histórica, debió de producirse cuando el monarca espartano se trasladó a Egina para tomar represalias contra los eginetas (cf. VI 73).

[447] En la zona de Asine, cerca de Nauplia; cf. VI 76, 2, y nota VI 372. Pese a lo que dice el historiador, ya que de sus palabras parece desprenderse que los eginetas no tomaron parte en esa campaña de muy buen

militar, en el desembarco también tomaron parte tropas procedentes de naves de Sición[448], por lo que los argivos im- 2
pusieron a ambas comunidades el pago de una indemnización de mil talentos[449], quinientos a cada una. Pues bien, los sicionios reconocieron su culpabilidad[450] y convinieron en quedar eximidos de la indemnización mediante el pago de cien talentos; sin embargo los eginetas no sólo no accedieron a ello, sino que se mostraron bastante arrogantes. Ésa fue precisamente la razón de que, ante sus demandas de ayuda, en dicha ocasión ni un solo argivo acudiera oficialmente en su socorro; lo hicieron, en cambio, unos mil voluntarios[451], a cuyo frente se hallaba Euríbates[452], un indivi-

---

grado, es posible que Egina tuviera ciertas obligaciones militares para con Esparta. Cf. D. M. Leahy, «Aegina and the Peloponnesian League», *Classical Philology* 49 (1954), 232 y sigs.

[448] Cf. nota V 314.

[449] Unos 25.920 kg. de plata, una suma que parece excesiva a pesar de que tanto Egina como Sición eran dos Estados ricos.

[450] Posiblemente, tras la abolición en Sición de las reformas religiosas introducidas por el tirano Clístenes (cf. V 67 y sigs.; y B. Virgilio, *Commento storico al quinto libro delle «Storie» di Erodoto*, Pisa, 1975, pág. 97), en el año 510 a. C., Argos y Sición debieron de unirse en una anfictionía religiosa, cuya presidencia correspondería a los argivos, para evitar que en lo sucesivo pudieran introducirse modificaciones cultuales en Sición. Y, si esta ciudad accedió a pagar la multa impuesta por Argos (o, al menos, una cantidad importante), en un momento en que los argivos se hallaban seriamente quebrantados tras la derrota de Sepea, pudo deberse a que la dirección de esa anfictionía religiosa implicaba también supremacía nominal en el orden político.

[451] El contingente —cuyo elevado número debe de ser una exageración de origen ateniense— pudo estar integrado por aristócratas que no querían convivir con los periecos que regían Argos. Cf. A. Andrewes, «Athens and Aigina, 510-480 B. C.», pág. 4.

[452] Un atleta que, según Pausanias (I 29, 5), obtuvo la victoria en los Juegos Nemeos. Cf. B. Virgilio, «Atleti in Erodoto. Tradizione orale e (possible) tradizione epigrafica», *Rend. Ist. Lombardo* 106 (1972), 457-

3 duo que había practicado el *pentatlo*[453]. La mayoría de esos expedicionarios no regresaron a su patria, sino que sucumbieron en Egina a manos de los atenienses. El propio Euríbates, el jefe de los voluntarios, batiéndose cuerpo a cuerpo, mató en combate singular a tres hombres, pero murió a manos de su cuarto adversario, Sófanes de Decelía[454].

93 Entretanto los eginetas atacaron con sus naves a los atenienses, cuando la confusión reinaba entre sus filas, y se alzaron con la victoria, apoderándose de cuatro navíos atenienses con dotaciones y todo[455].

94 En definitiva que, entre atenienses y eginetas, existía un estado de guerra.

---

459 (aunque su cronología para esta intervención de los voluntarios argivos resulta difícilmente admisible).

[453] Conjunto de cinco pruebas (carrera, salto de longitud, lanzamiento de disco y jabalina, y lucha) que eran disputadas por un mismo atleta. Sobre el origen, evolución, orden de las pruebas y determinación del vencedor en este tipo de competición, cf. C. Durántez, *Las Olimpiadas griegas...*, págs. 256-263.

[454] Famoso luchador ateniense que se distinguió en Platea y fue asesinado en Tracia (cf., *infra*, IX 73-75). Decelía era un demo del Ática situado a unos 24 km. al NE de Atenas.

[455] Este capítulo no encaja adecuadamente en el contexto anterior y, posiblemente, se refiere a otro episodio del enfrentamiento que, por espacio de unos treinta años (desde 510 a 480 a. C., aproximadamente), mantuvieron atenienses y eginetas, sin que pueda datarse con exactitud. En primer lugar, nos encontramos con que los atenienses se habían impuesto a las naves eginetas (cf. VI 92, 1) y, luego, en tierra, al grupo expedicionario argivo (cf. VI 92, 3); mientras que en este capítulo se habla de que su flota no conservó la debida formación y resultó derrotada. Pero, para que esto sucediese así, habría que pensar en una victoria egineta por tierra, lo que hubiese ocasionado una desordenada retirada ateniense, con la consiguiente confusión entre las naves que debían reembarcar a los derrotados. Sobre estas evidentes incoherencias —al menos, a partir de lo que narra el historiador—, cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 101-102.

Segunda expedición persa contra Grecia, dirigida por Datis y Artáfrenes, con la misión de esclavizar Atenas y Eretria

Mientras tanto, el Persa seguía adelante con sus planes[456], ya que el criado le repetía todos los días que se acordara de los atenienses[457] y los Pisistrátidas lo acuciaban con sus calumnias contra Atenas[458]; pero es que, valiéndose de ese pretexto[459], Darío, además, quería someter a aquellos griegos que no le habían entregado la tierra y el agua[460]. Pues 2

[456] El historiador reemprende el hilo de la narración, interrumpido en el capítulo 49, tras la larga digresión relativa a la política interestatal griega y no estrictamente contemporánea de la expedición persa contra Grecia. Pese a que el propósito enunciado en el proemio —la narración de las guerras médicas—puede haber estado siempre presente en el ánimo de Heródoto (si bien se han propuesto diversas interpretaciones sobre la unidad de la obra herodotea), nuestro historiador es, con Homero, el mejor representante, en la literatura griega arcaica, de la llamada «composición abierta», y su interés por todo lo humano le movía a incluir en el relato principal constantes digresiones, algunas de ellas notoriamente marginales.

[457] Cf. V 105. Naturalmente esta anécdota no es histórica (supondría que los persas consideraban a Atenas una potencia peligrosa, cuando ello no era así; cf. V 73, 2), y debió de ser inventada por los propios atenienses para magnificar aún más su triunfo en Maratón.

[458] Hipias, que ya había seguido el mismo proceder durante su exilio en Sigeo (cf. V 96, 1), se había trasladado a Susa para conseguir que Darío le ayudase a recobrar el poder. Cf. TUCÍD., VI 59, 4; y A. W. GOMME, A. ANDREWES Y K. J. DOVER, *A historical commentary on Thucydides...*, IV, pág. 337.

[459] Es decir, castigar a Atenas y Eretria por la ayuda que habían prestado a los jonios en la incursión contra Sardes (cf. V 99, 1).

[460] Cf., *supra,* VI 49. Sobre los países que pudieron haber prestado su sumisión a los persas —admitiendo la historicidad de la misión de los enviados de Darío—, cf. nota VI 233. Acerca de las verdaderas intenciones de los persas (que no tenían el propósito de someter Grecia, como, por ejemplo, lo prueba el hecho de que no conservaran en su poder Eretria, una vez conquistada y privada de sus moradores —cf. VI 100-101—), *vid.* nota VI 209.

bien, como Mardonio había fracasado en su expedición[461], lo relevó del mando y nombró a otros generales —concretamente a Datis, que era de nacionalidad meda, y a su sobrino Artáfrenes, hijo de Artáfrenes[462]—, a quienes envió contra Eretria y Atenas. La orden que les dio al encomendarles la misión fue que esclavizaran Atenas y Eretria y que condujesen a los esclavos a su presencia.

95 Los generales que he citado, una vez designados para dicho cargo, se pusieron en camino siguiendo las instrucciones del rey; y, cuando llegaron a la llanura de Aleo[463], en Cilicia, al frente de un ejército de tierra numeroso y perfectamente pertrechado, se les fueron uniendo, mientras estaban acampados en dicho lugar, la totalidad de las fuerzas navales que habían sido solicitadas a las diferentes naciones del imperio; y también acudieron las naves destinadas al transporte de los caballos, cuyo suministro decretara Darío

---

[461] No en la expedición propiamente dicha (pues los objetivos de la misma se alcanzaron; cf. nota VI 219), sino al perder, en la tempestad que se abatió sobre sus naves al costear el Atos, gran número de ellas (cf. VI 44, 3).

[462] El verdadero jefe de la expedición era Datis (en persa *Dāt,* que significa «emprendedor»), pese a ser medo, pues éstos no fueron reducidos a la esclavitud por los persas, sino que compartieron el poder con ellos (cf. I 156, 2, respecto a Mazares; I 162, 1, sobre Hárpago; y VII 88, 1, sobre los hijos de Datis), y, en ocasiones, ayudaron señaladamente al mantenimiento de la monarquía persa (cf. *Inscripción de Behistun* II 14, 6; III 14, 3). Por su parte, Artáfrenes (el hijo del sátrapa de Sardes, hermano de Darío; cf. nota V 93) desempeñaría el papel de figura representativa en su calidad de miembro de la casa real.

[463] Entre los ríos Saro y Píramo, al este de la ciudad de Tarso (la ruta desde esta ciudad a Tápsaco, a orillas del Éufrates —ruta que siguió Ciro el Joven en la expedición contra su hermano Artajerjes II—, atravesaba esta llanura, ya conocida por Homero, cf. *Ilíada* VI 201). En general, cf. Arriano, *Anábasis* II 5; Estrabón, XIV 5, 17.

el año anterior a sus pueblos tributarios[464]. Cargaron entonces los caballos en dichas naves, embarcaron al ejército de tierra y, con seiscientos trirremes[465], zarparon rumbo a Jonia. Ahora bien, desde Cilicia, no arrumbaron las naves a lo largo de la costa de Asia en dirección al Helesponto y Tracia, sino que, a partir de Samos, costearon Ícaro[466] y navegaron por entre las islas[467], pues tenían muchísimo miedo —creo yo— a circunnavegar el Atos, dado que un año antes habían sufrido un enorme desastre mientras surcaban dichas aguas[468]. Además, también los obligaba a seguir esa ruta Naxos, que todavía no había sido tomada[469]. 2

---

[464] Cf. VI 48, 2.

[465] Cf., *supra*, nota VI 32. Según se desprende del texto, en este número no estaban incluidas las naves destinadas al transporte de los caballos. Como la expedición sólo pretendía castigar, teóricamente, a atenienses y eretrieos, los persas enviaron una flota sin el apoyo de un ejército de tierra. Probablemente las naves no sobrepasaron en mucho el centenar y, como todos los contingentes persas iban embarcados, su número oscilaría alrededor de los treinta mil hombres.

[466] Isla de las Espóradas meridionales, situada a unos 25 km. al SO de Samos.

[467] Las Cícladas. La independencia operativa de las unidades persas, en lo que al abastecimiento se refiere (un ejército muy numeroso hubiera necesitado, para trasladarse a Grecia, seguir una ruta terrestre, a lo largo de las costas de Anatolia, Tracia y Tesalia, a fin de irse aprovisionando sobre el terreno), abona la teoría del relativamente exiguo número de sus componentes, que llevarían los alimentos necesarios para parte de la campaña en los transportes que albergaban a los caballos.

[468] Cf. VI 44, 2-3. A notar el error en que incurre el historiador, pues la campaña de Mardonio tuvo lugar en el año 492 a. C. y la de Datis en 490. Desde el percance de la flota persa en las estribaciones del Atos habían transcurrido, pues, dos años y no uno.

[469] En la fallida expedición jonio-persa capitaneada por Aristágoras y Megábatas. Cf. V 30-34. Los planes persas —de los que Heródoto no nos informa— consistirían en establecer gobiernos a su medida en las Cícladas, para consolidar de esta manera la frontera occidental del imperio (es posible que la expedición de Milcíades contra Paros tuviera como finali-

Toma de Naxos, las Cícladas —respetando Delos—, Caristo y Eretria

96 Rebasado el mar Icario[470], pusieron proa a Naxos y, al desembarcar en ella (pues, como he indicado, los persas tenían pensado atacar ante todo dicha isla), los naxios, que conservaban un cabal recuerdo de la anterior expedición[471], emprendieron la huida hacia las montañas[472] sin ofrecer resistencia. Los persas, entonces, redujeron a la condición de esclavos a aquellos naxios a quienes pudieron capturar e incendiaron tanto los templos como la ciudad; hecho lo cual, se hicieron a la mar para atacar las demás islas[473].

97 Mientras los persas llevaban a cabo esa operación, los delios, por su parte, abandonaron también[474] su isla y empren-

---

dad derribar a un gobierno filopersa de una isla rica y estratégicamente situada; cf. VI 132-136). Sobre Naxos, cf. nota V 122.

[470] Recibía este nombre la zona del Egeo que se extendía desde Samos, al norte, hasta la isla de Cos, al sur. Cf. Estrabón, X 5, 13.

[471] Cf. V 34 y nota V 134. Si Naxos resistió en 499 a. C., los cuatro meses que duró el asedio debían de haber afectado sensiblemente el potencial de la isla; además, la sumisión de Jonia habría ejercido sobre los isleños una decisiva influencia a la hora de presentar oposición a los persas.

[472] La zona central de la isla (la capital, Naxos, estaba situada en la costa noroeste) poseía alturas, como el monte Drío, que superaban los mil metros.

[473] Plutarco *(De Herodoti malignitate* 36) pretende, basándose en lo que denomina «cronistas» *(hōrográfoi)* naxios, que los persas, tras haber devastado la capital y parte de la isla, fueron expulsados de la misma por sus habitantes. Lo más probable, sin embargo, es que el patriotismo local convirtiera en una victoria lo que pudo ser un simple hostigamiento por parte de los naxios a algunos persas rezagados mientras las tropas de Datis estaban procediendo a reembarcar.

[474] La acción que se repite es la de abandonar la defensa de la isla; en el caso de los naxios refugiándose en la zona central de la misma, y en el de los delios trasladándose a otro lugar.

dieron la huida hacia Tenos[475]. Pero, cuando la flota se disponía a atracar en Delos, Datis, que se había adelantado con su navío, no permitió que las naves fondearan en la isla, ordenando que lo hicieran enfrente, en Renea[476]. Y, al averiguar dónde se encontraban los delios, despachó un heraldo y les transmitió el siguiente comunicado: «¿Por qué habéis 2
emprendido la huida, gentes de sagrada condición[477], abrigando contra mí infundadas sospechas? Pues, por lo que a mí respecta, soy lo suficientemente juicioso —y además he recibido órdenes del rey en ese sentido— como para no causar daño alguno a la tierra en la que nacieron los dos dio-

[475] Cíclada septentrional, situada a unos 15 km. al NO de Delos. La huida de los delios se debía a la existencia en Delos del santuario de Apolo, que podría constituir una rica presa para los persas, y a la imposibilidad de presentar resistencia a los invasores por las reducidas dimensiones de la isla (5 km. de largo por 1,3 de ancho).

[476] La isla de Renea se halla al oeste de Delos, de la que la separa un canal de unos 700 m. de anchura. Esta isla (también llamada Gran Delos) servía de necrópolis a los delios y de refugio para las mujeres que estaban a punto de dar a luz, pues el carácter sagrado de Delos prohibía que allí tuvieran lugar nacimientos y defunciones (cf. Tucíd., III 104; Estrabón, X 5, 5).

[477] «Als Inhaber und Pfleger des Apollos-kultes» (H. Stein, *Herodotos. V-VI...*, pág. 193). Toda la isla se consideraba sagrada y, por lo tanto, sus moradores eran inviolables. Delos, que ya estaba habitada en el III milenio a. C. (se han hallado restos de un establecimiento prehistórico en la colina más alta de la isla, el monte Cinto, de 112 m.), fue en época micénica (sobre todo en el Heládico Reciente III, 1400-1200 a. C.) un importante lugar de culto para los habitantes de las islas del Egeo, y su prestigio como centro religioso se mantuvo hasta la época del emperador Juliano, que en el año 363 consultó con gran pompa el oráculo. En general, cf. H. Gallet de Santerre, *Délos primitive et archaïque*, París, 1958.

ses[478]: ni a la tierra propiamente dicha, ni a sus moradores. Regresad, pues, ahora mismo a vuestras casas y seguid ocupando la isla». Éste fue el mensaje que, por medio de un heraldo, transmitió Datis a los delios[479]. Y, acto seguido, mandó amontonar trescientos talentos[480] de incienso sobre el altar y dio orden de que los quemaran.

98 Una vez hecho esto, Datis, sin más demora, se hizo a la mar con sus tropas, para atacar en primer lugar Eretria, llevando consigo contingentes jonios y eolios. Apenas había zarpado Datis de la isla, cuando Delos se vio sacudida por un terremoto, siendo, al decir de los delios, el primer y último seísmo que, hasta el presente, se ha producido en la zona[481]. Y,

[478] Apolo y Ártemis. Leto, la sexta esposa de Zeus según Hesíodo (*Teogonía* 918), estaba encinta de ambos hermanos y, cuando se aproximaba la hora del parto, ningún lugar le daba cobijo por temor a los celos de Hera, que había prohibido que Leto diese a luz en tierra firme. Finalmente un islote, que hasta entonces era errante, la acogió y por ello se convirtió en isla, pasando a llamarse Delos («Luminosa»). Cf. *Himno homérico a Apolo* 14-130; Calímaco, *Hymn. IV, in Delum* 36-248; Apolodoro, I 4, 1; y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 75 y sigs.

[479] Los persas (al margen de que pudieran relacionar a Apolo y Ártemis con sus dioses *Mithra*, el sol, y *Mah*, la luna; cf., *supra*, I 131, 2; y J. Duchesne-Guillemin, *La religion de l'Iran ancien...*, págs. 159 y sigs.) respetaron Delos porque, entre sus fuerzas, figuraban contingentes griegos (cf. VI 98, 1), que no habrían aceptado de buena gana un saqueo contra un santuario de carácter panjónico; y, en ese sentido, es posible que fueran advertidos por Hipias, que tomaba parte en la expedición (cf. VI 102). Por otra parte, la política persa —especialmente en tiempos de Darío— fue siempre prudente con la religión de los pueblos que conquistaba (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 57).

[480] Aproximadamente unos 11.100 kg., según el sistema comercial de los pesos atenienses (que en este punto seguía el sistema eginético, en el que un talento equivalía a 37,011 kg.).

[481] Tucídides (II 8, 3) habla de un terremoto que sacudió la isla *por vez primera* poco antes de la guerra del Peloponeso. Como la tradición delia, según manifiesta el propio Heródoto, sólo mencionaba un único terremoto, es posible que los dos historiadores se refie-

por lo visto, con este fenómeno la divinidad[482] presagiaba a los hombres las calamidades que iban a tener lugar. Pues, 2
durante los reinados de Darío, hijo de Histaspes, de Jerjes, hijo de Darío, y de Artojerjes, hijo de Jerjes[483], por espacio de esas tres generaciones seguidas, Grecia sufrió más calamidades que en el transcurso de las veinte generaciones que

---

ran al mismo seísmo, si bien ninguno de los dos (aunque Tucídides es poco preciso al respecto) lo fechó adecuadamente. Que el temblor de tierra no se produjo inmediatamente después de la partida de Datis (es decir, en 490 a. C.) parece probarlo el fr. 78 de Píndaro (C. M. Bowra, *Pindari Carmina cum Fragmentis*, Oxford, 1968 [= 2.ª ed., 1947]), del que se desprende que, en 472 a. C., posible fecha de composición del poema, Delos aún no lo había sufrido (cf. U. von Wilamowitz, *Sappho und Simonides*, Berlín, 1913, pág. 129, nota 3). Como, por otra parte, Tucídides afirma que el terremoto tuvo lugar *poco antes* de 431, el seísmo a que se alude bien podría haberse producido algunos años antes (quizá con anterioridad a la llamada «primera guerra peloponésica», en 449, cuando Heródoto pudo visitar la isla y recibir la información de los delios al respecto). Admitiendo, pues, la existencia de un único terremoto, lo que habría ocurrido es que la tradición popular debió de relacionar el seísmo tanto con las guerras médicas como con la guerra del Peloponeso, considerándolo un presagio de mal agüero. No obstante, cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, pág. 122, en contra de esta interpretación.

[482] Cf. VI 27, 3. Aparece aquí la idea de una inteligencia rectora del universo, que ya había sido enunciada en el siglo VI a. C. por Jenófanes (cf. fr. B 25, *D. K.)* y desarrollada en el siglo V por Anaxágoras, aunque en éste tendía a disociarse de la divinidad.

[483] Darío fue rey de Persia desde 522 a 486 a. C.; Jerjes, de 486 a 465; y Artajerjes (lectura que transmiten algunos manuscritos en lugar de Artojerjes), de 465 a 424. Esta afirmación de Heródoto no implica necesariamente que Artajerjes I hubiese muerto ya, pues en la *Historia* no hay ninguna referencia tan tardía. El pasaje, más bien, debió de ser compuesto a comienzos de la guerra del Peloponeso.

precedieron a Darío[484]; unas las sufrió por la intervención de los persas, y otras se debieron a sus propios caudillos en
3 sus disputas por el poder[485]. Así, no tuvo nada de extraño que Delos, que hasta la fecha no había conocido terremoto alguno, fuera sacudida por un seísmo.

Además, en un oráculo relativo a la isla figuraba escrito lo siguiente:

«Provocaré un seísmo en la propia Delos, pese a que in-
[mune es a ellos[486]».

(Y por cierto que, en griego, los nombres de esos reyes significan: Darío, «Poderoso»[487]; Jerjes, «Guerrero»; y Artojerjes, «Gran Guerrero». En su propia lengua, pues, los griegos podrían denominar perfectamente a esos reyes como acabo de decir[488].)

---

[484] Para Heródoto (cf. II 142, 2) veinte generaciones representaban 666²/3 años; es decir, que el período a que alude abarcaría desde 1189 a 522 a. C. (fecha de la entronización de Darío). Como el historiador databa la guerra de Troya hacia 1270 (cf. II 145, 4), y la migración doria se fechaba tradicionalmente ochenta años después de dicha guerra, Heródoto extiende el período en que Grecia vivió en una relativa calma, comparado con las agitaciones que se avecinaban, hasta el «regreso de los Heráclidas» al Peloponeso, en 1190 a. C.

[485] Sin duda, alusión tanto a la primera ruptura de Atenas con Esparta, en 461 a. C. (cf. Tucíd., I 102), como al comienzo de la guerra del Peloponeso.

[486] Porque, según la tradición (cf. Píndaro, fr. 79 Bowra, *apud* Estrabón, X 5, 2), la sostenían cuatro pilares de acero. Con todo, este recuerdo a una profecía que hablaba de Delos debe de ser una interpolación (falta en los mejores manuscritos y aparece una frase insólita en Heródoto).

[487] O bien, «Sojuzgador». El epíteto aplicado a Darío *(erxíēs)* puede relacionarse temáticamente con el verbo *érdein,* «hacer» (esto es, «tener autoridad para hacer algo»; y así se interpreta en la versión propuesta), o con *érgein,* «reprimir».

[488] Las traducciones al griego de los nombres de los reyes persas no responden en absoluto a la realidad, pues Heródoto (o el autor de este

Después de abandonar Delos, los bárbaros fueron atracando en las islas, donde reclutaban tropas y tomaban como 99
rehenes a los hijos de los isleños. Pero cuando, en su reco- 2
rrido con la flota por las islas[489], desembarcaron concretamente en Caristo[490], en vista de que los caristios se resistían a entregarles rehenes y, además, se negaban a marchar contra unas ciudades vecinas (refiriéndose a Eretria y a Atenas[491]), ante esa actitud, los sitiaron y saquearon su territorio, hasta que los caristios se plegaron también a la voluntad de los persas.

---

comentario, cuya conexión con el resto del capítulo es muy superflua) no sabía persa, como se infiere de otros pasajes de la obra (cf. I 131; 139; y Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1942, pág. 75 y nota 1). Darío (en persa *Dārayavauš)* probablemente significa «el poseedor del bien». Jerjes (en persa *Khšayarša),* «el heroico caudillo». Y Artajerjes (en persa *Artakhšatra),* «aquel cuyo reinado es conforme a la ley». El autor de esta interpretación creía que Artajerjes era un compuesto de Jerjes, cuando en persa ambos nombres no tienen nada en común (Jerjes es un nombre bitemático compuesto de los substantivos *Khšaya,* que significa «señor, príncipe», y *arša,* «hombre, héroe»; mientras que Artajerjes está compuesto del substantivo *artam,* «ley, justicia», y de *khšatra,* «reino»). En general, cf. H. Schmeja, «Dareios, Xerxes, Artaxerxes. Drei persische Königsnamen in griechischen Deutung (Zu Herodot 6, 98, 3)», *Sprache* 21 (1975), 184 y sigs.

[489] Las Cícladas septentrionales, situadas entre Delos y Eubea.

[490] En las proximidades de una bahía idónea para el desembarco persa, en la costa sur de Eubea.

[491] Posiblemente por las relaciones comerciales existentes entre los caristios y Eretria y Atenas (de las que Caristo distaba, respectivamente, 65 y 60 km.), ya que, a partir del testimonio del historiador en IV 33, 2, puede inferirse que Caristo era el eslabón que, en la ruta del ámbar (cf. nota III 589), unía Grecia continental con las islas del Egeo y Asia. Pese a su resistencia en estos instantes, los caristios cooperaron con los persas en la campaña de Jerjes (cf. VIII 66; 112) y fueron sojuzgados por Atenas acusados de «medismo» (cf., *infra,* IX 105; Tucíd., I 98).

100 Cuando los eretrieos tuvieron noticia de que la flota persa se dirigía contra ellos, solicitaron a los atenienses que les prestaran auxilio. Estos últimos no les negaron su ayuda; todo lo contrario, para que los socorrieran, pusieron a su disposición a los cuatro mil *clerucos*[492] que ocupaban las tierras de los *hipobotas*[493] de Calcis. Pero el caso es que la decisión de los eretrieos no era, ni mucho menos, definitiva, ya que, pese a llamar a los atenienses, maduraban dos pla-
2 nes bien distintos: unos proyectaban abandonar la ciudad para dirigirse a las zonas altas de Eubea[494], mientras que otros, esperando recibir del Persa una serie de ventajas en su propio provecho, se disponían a traicionarla[495].
3 Al tener conocimiento del alcance de ambos proyectos, Esquines, hijo de Notón, que era uno de los principales personajes de Eretria, informó puntualmente a los expedicionarios atenienses de la disensión que, en aquellos momentos, reinaba entre sus conciudadanos, y les pidió que regresaran a su patria[496] para que no sucumbieran con ellos. Los ate-

---

[492] Cf. V 77, 2, y nota V 365.

[493] Cf. nota V 366.

[494] Eretria se hallaba situada justamente en las estribaciones meridionales de la cadena montañosa que, atravesando longitudinalmente Eubea de NO a SE, tiene sus máximas cotas en los montes Dirfis, de 1.745 m. de altura, y Olimpo, de 1.171, a 12 km. de cuya cima se encontraba la ciudad.

[495] Posiblemente, en Eretria (ciudad que ya había prestado su ayuda a Pisístrato para regresar a Atenas tras su segundo destierro; cf. I 61, 2; 62, 1), Hipias debía de contar con poderosos amigos. Cf. H. Drexler, *Herodot-Studien,* Hildesheim, 1972, págs. 152 y sigs., que estudia el papel de las diversas facciones en las ciudades griegas a la hora de decidirse por resistir a los persas o por rendirse a ellos.

[496] Al Ática, pues los *clerucos* eran colonos que conservaban su ciudadanía originaria, permaneciendo inscritos en sus respectivas tribus. Cf. U. Kahrstedt, *Staatsgebiet und Staatsangehörige in Athen,* Stuttgart, 1934, págs. 359 y sigs.

nienses, entonces, siguieron ese consejo que les brindaba Esquines[497].

Y, mientras estos últimos pasaban a Oropo[498], poniéndose a salvo, los persas llegaron con sus naves y las fondea- 101
ron en territorio de Eretria, a la altura de Taminas, Quéreas y Egilia[499]. Una vez anclados en dicha zona, desembarcaron sin pérdida de tiempo los caballos y se aprestaron para atacar al enemigo. Sin embargo, los eretrieos no tenían inten- 2
ción de realizar una salida a fin de presentar batalla; su única preocupación consistía, si ello era posible, en defender sus murallas, dado que había prevalecido la decisión de no abandonar la ciudad. Tuvo lugar entonces un encarnizado asalto contra la muralla y, por espacio de seis días, muchos cayeron por ambos bandos. A los siete días, empero, Eufor-

---

[497] Probablemente esta explicación maximalista de la situación que reinaba en Eretria fue inventada *a posteriori* en Atenas para justificar el desamparo de los atenienses hacia los eretrieos, ya que Heródoto no nos informa de que ningún habitante de Eretria abandonara la ciudad, y sí lo hace de un tercer plan que en este capítulo no menciona: resistir a los persas atrincherándose en su ciudad. No obstante, según la «heterodoxa» interpretación de la batalla de Maratón por parte de F. Maurice (*Journal of Hellenic Studies* 52 [1932], 13 y sigs.; 54 [1934], 205 y sigs.), el ejército ateniense, con el polemarco y los diez estrategos al frente, se hallaba en campaña, acudiendo en socorro de Eretria, mientras que en Maratón había un destacamento persa guarneciendo una base secundaria, cuya misión era proteger las operaciones en aquel lugar. Maratón habría sido, pues, un episodio limitado al ataque, por parte del ejército ateniense, del no muy numeroso campamento persa.

[498] Localidad de la costa septentrional del Ática, situada a unos 10 km. al sur de Eretria, al otro lado del estrecho.

[499] Estos nombres corresponden a las denominaciones y abreviaturas de cuatro nombres de demos eretrieos (cf. W. Wallace, «The Demes of Eretria», *Hesperia* 16 [1947], 130 y sigs.). De las localidades aquí citadas los autores antiguos sólo mencionan Taminas (cf. Estrabón, X 1, 10), que estaba situada al O de Eretria, en las proximidades del estrecho del Euripo.

bo, hijo de Alcímaco, y Filagro, hijo de Cíneas, dos desta-
3 cados ciudadanos, entregaron la plaza a los persas, quienes, al entrar en la ciudad, lo primero que hicieron fue saquear e incendiar los templos como represalia por los santuarios que en Sardes habían sido pasto de las llamas[500]; y, acto seguido, esclavizaron a la población de conformidad con las órdenes de Darío[501].

Los persas desembarcan en el Ática

102 Después de conquistar Eretria, y tras unos pocos días de descanso, los persas zarparon con rumbo al Ática, en medio de una gran euforia[502] y en la creencia de que con los atenienses iban a ha-

[500] Cf. V 102, 1; y nota V 508.

[501] Sobre el destino de los eretrieos esclavizados, cf. VI 119. Después de su destrucción en 490 a. C., Eretria no volvió a gozar de la importancia que había tenido hasta entonces, a pesar de que la ciudad fue reconstruida y envió siete navíos a Salamina (cf. VIII 46, 2) y seiscientos hoplitas a Platea (cf. IX 28, 5). Algunas fuentes antiguas (cf. Platón, *Leyes* 698d; Estrabón, *l. c.)* pretenden que los persas pusieron en práctica en Eretria la táctica de las «redadas» para capturar el mayor número posible de prisioneros (sobre ellas, cf., *supra,* VI 31, 2); pero esta tradición debe de basarse en la *Historia* de Éforo (historiador griego que vivió entre 405 y 330 a. C., aproximadamente, y que, entre otras obras que compuso y que ejercieron una gran influencia en sus contemporáneos y en los autores posteriores, escribió una «Historia Universal», en treinta libros —conservada sólo muy fragmentariamente—, desde el «retorno de los Heráclidas» hasta el asedio de Perinto, en 341 a. C.), que habría citado el dato como un «herodotismo» de carácter puramente erudito y colorista.

[502] Esta traducción se atiene a la lectura *katorgôntes* que presenta Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI..., ad locum),* a partir de una conjetura de Dietsch. Admitiendo *katérgontes* (que es el texto que presentan algunos manuscritos y que mantiene Hude), la traducción podría ser: «sometiendo a un estrecho bloqueo (a los atenienses)», si se confiere al participio valor transitivo; o bien, «zarparon... a toda vela» (literalmente, «avanzando a gran velocidad»), si se considera intransitivo. No obstante, el pasaje es oscuro,

cer lo mismo que habían hecho con los de Eretria. Y como Maratón[503] era la zona del Ática más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretria, allí los condujo Hipias, el hijo de Pisístrato[504].

---

hay manuscritos que presentan otras lecturas, y se han propuesto diversas interpretaciones.

[503] Aquí se refiere al distrito entero, la Tetrápolis, en la zona nororiental del Ática, y no simplemente al demo de Maratón. El lugar elegido por los persas para desembarcar (a unos 40 km. al NE de Atenas) consistía en una bahía protegida, al norte, de las peligrosas corrientes del estrecho de Eubea por el promontorio de Cinosura («la cola de perro»). A dicha bahía daba una llanura, de unos 10 km. de largo por 5 de ancho, que se extendía desde las estribaciones orientales del Pentélico. No obstante, el terreno no era excesivamente idóneo para una batalla en la que se emplearan grandes efectivos, pues la llanura se hallaba dividida transversalmente por el torrente Caradro y, en sus dos extremidades, había dos zonas pantanosas, siendo la situada al norte verdaderamente impracticable. Cf. K. Pritchett, *Studies in Ancient Greek Topography*, Los Ángeles, 1969, págs. 1 y sigs.; y J. A. G. van der Veer, «Met kleio te velden», *Lampas* 7 (1974), 88 y sigs., para los detalles topográficos del escenario del combate.

[504] Las dos afirmaciones del historiador son ciertamente discutibles. La caballería (que no desempeñó papel alguno en Maratón, presumiblemente porque, cuando los atenienses atacaron, los persas habían dividido sus efectivos, destacando a parte de los expedicionarios —con la caballería incluida, hay que suponer— para desembarcar en Falero; cf. VI 116) hubiera gozado de un terreno más favorable en Eleusis o en la llanura de Falero (como lo probaba la victoria de la caballería tesalia sobre las fuerzas espartanas de Anquimolio en 512-511 a. C.; cf. V 63, 3-4); y Oropo o Ramnunte, en la costa norte del Ática, a orillas del estrecho de Eubea, estaban mucho más cerca de Eretria que Maratón. Se ha aducido que las razones que impulsaron a los persas a desembarcar allí fueron los consejos de Hipias, que pensaría poder repetir —probablemente porque en la Diacria seguía contando con partidarios que recordaban con agrado el gobierno de su padre— el éxito de Pisístrato al regresar definitivamente a Atenas (cf. I 62, 1). Pero las circunstancias habían cambiado y se cree que, como los persas, aparentemente, no se proponían dirigirse desde Maratón a Atenas —ya que no se cuidaron de ocupar los pasos montañosos del Pentélico, que conducían a la capital—,

Excurso sobre Milcíades, uno de los estrategos atenienses

103 Cuando los atenienses tuvieron noticia de su llegada, también ellos acudieron a Maratón para defender su territorio[505]. Al frente de las tropas figuraban diez estrategos[506], entre quienes se contaba Milcíades[507], cuyo padre Cimón,

---

sus planes eran atraer a los atenienses a Maratón, pero no para librar una batalla decisiva (eso hubiera sucedido en Falero y, además, no hubiesen esperado a que los atenienses hubieran juzgado oportuno atacar; cf. VI 111, 1), sino para alejar a los hoplitas atenienses de su ciudad, mantenerlos allí, y entretanto dividir sus propias fuerzas, a fin de que parte de ellas se presentaran por sorpresa en Falero y, en connivencia con los atenienses que estaban de su parte y dispuestos a entregarles la ciudad, se apoderasen de Atenas. En general, cf. F. Schachermeyr, «Marathon und die persische Politik», *Historische Zeitschrift* 157 (1951), 1 y sigs.; y A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 239-252.

[505] El historiador no menciona un famoso decreto que, según fuentes posteriores al siglo v a. C. (cf. *Escolio* a Demóstenes, XIX 303; Aristóteles, *Retórica* III 10; Plutarco, *Quaest. Conv.* I 10, 3), habría hecho aprobar Milcíades, y en el que se ordenaba presentar batalla al enemigo y no aguardar su ataque al amparo de los muros de Atenas. Sin embargo, como ha demostrado Chr. Habicht («Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege», *Hermes* 89 [1961], 1 y sigs.), este presunto *Pséfisma de Milcíades* se inserta dentro de una serie de decretos falsificados en los años cuarenta del siglo iv a. C., con el propósito de magnificar la actitud de Atenas contra los bárbaros a fin de incitar a la población a actuar con decisión contra el nuevo invasor, Filipo de Macedonia.

[506] Originariamente los estrategos eran los diez jefes militares que las diez tribus creadas por Clístenes elegían, a razón de uno por tribu, para mandar las fuerzas que cada una de ellas aportaba a la totalidad del ejército, y formaban el Estado Mayor del polemarco, en esta época jefe supremo del ejército. Eran elegidos para el plazo de un año y sus cargos eran reelegibles. Sólo a partir del año 487 a. C. asumieron el mando del ejército, desplazando de sus funciones al polemarco. Cf. W. Schwahn, *s. v. Strategen, R. E.*, Suppl. 6 (1935), cols. 1071 y sigs.

[507] Milcíades el Joven (hacia 540-489 a. C.), el tirano del Quersoneso Tracio expulsado de aquellas tierras por los persas tres años antes (cf. VI

hijo de Esteságoras, se había visto obligado a exilarse de Atenas para huir de Pisístrato, hijo de Hipócrates. Mientras 2
se hallaba exilado, consiguió triunfar con su cuadriga en los Juegos Olímpicos; y, al alzarse con dicha victoria, obtuvo el mismo galardón que su hermano uterino Milcíades[508]. Posteriormente —en la siguiente Olimpiada—, alcanzó la victoria con las mismas yeguas, pero permitió que proclamaran vencedor a Pisístrato; y, por haberle cedido la victoria, llegó a un acuerdo con él para poder regresar a su patria. Pero re- 3
sulta que, tras haber triunfado con las mismas yeguas en otra Olimpiada, murió a manos de los hijos de Pisístrato, cuando este último ya no vivía[509] (lo hicieron asesinar una noche tendiéndole con unos cuantos hombres una emboscada en las proximidades del pritaneo[510]). Cimón se halla se-

41). Sobre el árbol genealógico de la familia de Milcíades, cf. nota VI 176.

[508] Cf. VI 36, 1. Esta victoria de Milcíades el Viejo tuvo que ser anterior al año 532 a. C., fecha de la sexagésimo segunda Olimpiada, en la que Cimón I obtuvo por vez primera la victoria (cf. la nota siguiente).

[509] Pisistrato murió en el año 527 a. C. (cf. F. Heidbüchel, «Die Chronologie der Peisistratiden in der Atthis», *Philologus* 101 [1957], 70 y sigs.), por lo que se ha supuesto que las tres victorias de Cimón en la carrera de cuadrigas se produjeron en las Olimpiadas 62 (= 532 a. C.), 63 (= año 528) y 64 (= 524 a. C.).

[510] El pritaneo era el edificio público donde residían los supremos magistrados atenienses (llamados *prítanos).* Constituía el centro espiritual de la ciudad y en él se encontraba el altar de Hestia, con su fuego perpetuo, hogar representativo de la ciudad. El pritaneo de Atenas estaba situado al SO del Ágora y, pese a que fue destruido por los persas, se reconstruyó en 470 en forma de *Tholos,* o construcción circular, consagrado a Ártemis *Boulaia* («Deliberadora»).

pultado a la entrada de la ciudad, al otro lado del camino que atraviesa el suburbio llamado Cela[511]. Y, frente a su tumba, se hallan enterradas esas yeguas que triunfaron tres
4 veces en los Juegos Olímpicos (por cierto que otras yeguas —las del laconio Evágoras— ya habían realizado también esa misma proeza[512], pero ningún otro tiro ha superado la hazaña de las citadas).

Pues bien, por aquellas fechas[513], Esteságoras, el mayor de los hijos de Cimón, estaba viviendo en el Quersoneso, en casa de su tío paterno Milcíades; mientras que, en Atenas, en casa del propio Cimón, lo hacía su hijo menor, cuyo nombre, en memoria de Milcíades, el colonizador[514] del Quersoneso, era Milcíades.

104 Así pues, el tal Milcíades, que había vuelto ya del Quersoneso, era a la sazón uno de los estrategos atenienses después de haber escapado en dos ocasiones a la muerte; pues, por una parte, los fenicios que lo persiguieron hasta Im-

---

[511] Que significa «La Hondonada». Era un demo situado al sudoeste de Atenas por donde pasaba la ruta que llevaba al Pireo (protegida por los «Muros Largos», que unían la ciudad con el puerto). Heródoto dice que la tumba estaba «a la entrada de la ciudad», pues el camino del Pireo partía de la puerta de Melita (cf. Marcelino, *Vit. Thuc.* 17), otro demo ateniense, ya que en su época toda la ciudad se hallaba amurallada, al margen de las fortificaciones que se extendían hasta el Pireo. Si la orientación que señala el historiador corresponde a la dirección de entrada a Atenas, la tumba de Cimón estaría a mano derecha del camino y la de sus yeguas a mano izquierda.

[512] Según Pausanias (VI 10, 8), Evágoras poseía un monumento conmemorativo en Olimpia consistente en una cuadriga, que Heródoto pudo haber visto personalmente. Sobre la importancia que, en los Juegos, tenían las carreras de cuadrigas, cf. nota VI 170.

[513] Es decir, cuando mataron a Cimón I, poco después del año 524 a. C.

[514] Más bien, «el reorganizador». Cf., *supra*, nota VI 159.

bros[515] estaban empeñados en capturarlo y en conducirlo a presencia del rey; pero es que, cuando, de regreso a su pa- 2
tria tras haber escapado de los fenicios, se consideraba ya a salvo, justamente entonces sus enemigos arremetieron contra él y lo hicieron comparecer ante un tribunal acusándolo de haber ejercido la tiranía en el Quersoneso[516]. Sin embargo, también consiguió escapar de esos enemigos[517] y, libre de cargos, fue nombrado estratego de los atenienses al ser elegido por el pueblo[518].

---

[515] Cf. VI 41, 1-2.

[516] Un fútil pretexto (no obstante, cf. nota IV 466; y, sobre la ley contra la tiranía, cf. ANDÓCIDES, I 96 y sigs.), pues la presencia de Milcíades en el Quersoneso había sido muy positiva para Atenas al asegurar el aprovisionamiento de cereales desde el Mar Negro. Es indudable que las razones debieron de ser otras, posiblemente la creación de un partido que pretendía oponerse a las demás facciones atenienses (y en el que se agruparían, entre otros, Arístides y Temístocles): a los Alcmeónidas, por su actitud no beligerante en la sublevación jonia; a los partidarios de los Pisistrátidas, por el asesinato de su padre; y a los filopersas, en general, por haberse visto obligados a abandonar el Quersoneso. Cf. F. GHINATTI, *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane*, Roma, 1970.

[517] Heródoto no precisa sus nombres porque, posiblemente, fueron los Alcmeónidas (tal vez encabezados por Jantipo, como en el proceso que le incoaron en 489 a. C.; cf. VI 136). Cf. H. BERVE, *Miltiades...*, págs. 66 y sigs.

[518] Esta elección consecutiva a su proceso prueba la popularidad de Milcíades en Atenas, y el declive de la influencia política de sus adversarios.

Atenas solicita ayuda a Esparta

105 Mientras todavía se hallaban en la capital, lo primero que hicieron los estrategos fue enviar a Esparta[519], en calidad de heraldo, a Filípides[520], un ciudadano ateniense que, además, era «correo»[521], actividad que constituía su profesión. Pues bien, según confesó personalmente y de acuerdo con el informe que facilitó a los atenienses, al tal Filípides lo abordó Pan[522] en las inmediaciones del monte
2 Partenio[523], al norte de Tegea. El dios —según Filípides—

[519] Es probable que Atenas hubiese pactado con Esparta un acuerdo de defensa mutua (una *epimachía)* y de ahí que, al tener noticias de la caída de Eretria y del desembarco persa en Maratón, despachasen a toda prisa un mensajero a Lacedemonia, aduciendo que se había producido un *casus foederis* (cf. Tucíd., I 44; V 47; 48; *et passim)*. Pero es indudable que el envío del correo se hizo cuando los atenienses ya habían decidido salir al encuentro de los persas. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 580.

[520] O, según otros manuscritos, Fidípides. Los autores antiguos transmiten el nombre conservado en la traducción (cf. Plutarco, *De Herodoti malignitate* 26; Pausanias, I 28, 4; VIII 54-56), mientras que la forma Fidípides es una variante inspirada en un chiste de Aristófanes, *Nubes* 67 (este nombre significa «el que ahorra caballos»), que un escriba pudo considerar adecuado para un correo a pie.

[521] Un *hemerodromo,* nombre que recibían los correos oficiales que eran capaces de recorrer diariamente largas distancias a paso rápido.

[522] Divinidad arcadia de la fertilidad y de figura similar a la de un sileno (se le representaba mitad hombre y mitad macho cabrío, con dos cuernos en la frente), que se dedicaba al pastoreo y a la agricultura. Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 98-99. La leyenda de esta aparición de Pan tiene carácter etiológico con respecto a la veneración que recibía en Atenas (cf. el final del capítulo).

[523] El monte Partenio —en el que Pan tenía un santuario— separaba la zona sudoccidental de la Argólide de la sudoriental de Arcadia, y la ruta que lo atravesaba constituía una de las más agrestes y despobladas de Grecia (cf. Pausanias, VIII 54, 6). Sobre Tegea, cf. nota VI 347.

lo llamó a voces por su propio nombre y le encargó que preguntase a los atenienses la razón de que no se preocuparan lo más mínimo de su persona, a pesar de la cordialidad que sentía hacia ellos y de que en numerosas ocasiones ya les había prestado su asistencia, cosa que seguiría haciendo
en lo sucesivo[524]. Ante el feliz desenlace que para ellos tu- 3
vieron los acontecimientos[525], los atenienses, admitiendo la veracidad de ese relato, erigieron al pie de la acrópolis un santuario en honor de Pan[526]; y, a raíz de la demanda del dios, impetran su protección con sacrificios anuales y con una carrera de antorchas.

Por su parte Filípides (el sujeto que en aquellos mo- 106
mentos había sido enviado por los estrategos a cumplir la

---

[524] Heródoto no menciona ninguna ayuda posterior de Pan; pero es posible que, en la leyenda de Maratón, a la divinidad (aunque no aparecía en los frescos de la *Stoá Poikílē* sobre la batalla; cf., *infra*, nota VI 575) se le hubiese atribuido el «pánico» de los persas (a Pan se le atribuía la facultad de provocar en el ganado las estampidas o *pánico;* cf. Teócrito, I 15-18) mientras trataban de reembarcar en las naves, una vez derrotados por los griegos en Maratón. Por lo menos, un epigrama atribuido a Simónides (cf. *Antología Planudea* 232) sugiere la dedicatoria a Pan de una estatua por parte de Milcíades. El epigrama dice:

«A mí, Pan el de Arcadia, el de caprinas pezuñas,
enemigo de los medos y amigo de los atenienses, Milcíades erigióme».

[525] O, según otra interpretación que permite el texto (manteniendo la lectura de *édē),* «cuando su posición se había ya consolidado». De acuerdo con la versión propuesta, tras Maratón; según la segunda posibilidad, cuando Atenas estaba ya al frente de la liga delo-ática.

[526] Más concretamente una gruta, situada en la zona occidental de la vertiente norte de la Acrópolis (cf. Eurípides, *Ión* 492; 938; Aristófanes, *Lisístrata* 720; Luciano, *Dial. dioses* 22, 3; Clemente de Alejandría, *Protréptico* 3, 44). *Vid.* A. N. Oikonomides y N. Gouvoussis, *Akropolis von Athen,* Atenas, 1969, plano 2.

misión durante la cual declaró que se le había aparecido Pan en persona) llegó a Esparta un día después de haber salido de Atenas[527]. Y, una vez en presencia de los magistrados[528],
2 les dijo: «Lacedemonios, los atenienses os ruegan que les prestéis ayuda y que no permitáis que una de las ciudades más antiguas de Grecia[529] caiga bajo el yugo de unos bárbaros. Pues, en la actualidad, Eretria se halla esclavizada y, en consecuencia, Grecia se encuentra sensiblemente debilitada
3 por la pérdida de una destacada ciudad». El heraldo, en suma, les notificó lo que le habían ordenado. Los lacedemonios, entonces, decidieron socorrer a los atenienses, pero les resultaba imposible hacerlo de inmediato, ya que no querían infringir la ley (resulta que corría el noveno día del mes en

---

[527] Según eso, había recorrido 1.140 estadios (= 202,5 km., la distancia que separaba a Atenas de Esparta; cf. Isócrates, *Panatenaico* 24; Plinio, *Hist. Nat.* VII 84) en veinticuatro horas por caminos escarpados y difíciles. Según una tradición posterior (cf. Plutarco, *De glor. Ath.* 3; y L. Bilinski, *L'antico oplite corridore di Maratona. Leggenda e realtà*, Roma, 1960), Filípides habría regresado a Atenas y tomado parte en la batalla de Maratón, siendo él quien recorrió la distancia entre el escenario de la batalla y la capital para dar la nueva de la victoria, y realizando el recorrido con tanta velocidad que murió de fatiga nada más llegar (en su honor se celebra, en los Juegos Olímpicos de la Era Moderna, la carrera que todavía hoy se denomina «Maratón», y que consta de 42,195 km.). No obstante, la tradición popular fundió en una única persona las misiones de dos correos diferentes. Cf. T. Allinson, «The original Marathon Runner», *Classical World* 24 (1931), 152.

[528] Los éforos y los dos monarcas, que estaban encargados de tratar con las embajadas de potencias extranjeras y que representaban el poder ejecutivo de la aristocracia espartana. Cf. F. Kiechle, *Lakonien und Sparta...*, págs. 220 y sigs.

[529] O «la ciudad más antigua de Grecia», si se acepta otra lectura de los manuscritos, expresión que estaría más en consonancia (aunque aquí los atenienses van a pedir socorro) con la tradicional pretensión ateniense de ser los únicos griegos autóctonos. Cf., *infra*, VII 161, 3; Tucíd., I 2, 6.

curso[530] y manifestaron que no emprenderían una expedición el día nueve, supuesto que la luna no estaba llena[531]).

La visión de Hipias

Así pues, los lacedemonios esperaron al plenilunio. Mientras tanto, a los bárbaros los guió hasta Maratón Hipias, el hijo de Pisístrato, quien, en el transcurso de la noche anterior[532], había tenido [en sueños] la siguiente visión: creyó ver que había mantenido relaciones con su propia madre. Basándo- 2 se, pues, en dicho ensueño, llegó a la conclusión de que, tras conseguir regresar a Atenas y recobrar el poder, moriría de viejo en su tierra natal. Ésa fue, en suma, la conclusión a la que llegó basándose en la visión que había tenido. Pero, entretanto, en su calidad de guía, hizo que desembarcaran a los esclavos capturados en Eretria en la isla que recibe el nom-

107

[530] Cf. nota VI 274.

[531] Los espartanos tenían la estricta obligación de celebrar las fiestas *Carneas*, que tenían lugar entre el día 7 y el 15 del mes Carneo, y que correspondía al mes ático de Metagitnión (entre julio y agosto). El último día de dichas fiestas, dedicadas a Apolo Carneo (cf. M. P. Nilsson, *Griechische Feste von religiöser Bedeutung mit Ausschluss der attischen*, Leipzig, 1906, págs. 118 y sigs.), coincidía con la luna llena, y antes de que terminasen no podían ponerse en campaña (no obstante, se ha pensado también —aunque no es probable— que era un pretexto de los lacedemonios para no socorrer a los atenienses; cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 97, nota 1). Sobre la fecha de la batalla según los textos y el calendario, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 240 y sigs., y 256. La luna llena se habría producido la noche del 11 al 12 de agosto del año 490 a. C., y la batalla tuvo lugar el día 12 (no obstante, parte de la crítica la sitúa justamente un mes más tarde: el 12 de septiembre; cf. N. G. L. Hammond, «The campaign and the battle of Marathon», *Journal of Hellenic Studies* 88 [1968], 13-57).

[532] Anterior al desembarco en Maratón.

bre de Egilia y que es propiedad de los estireos[533]; acto seguido, a medida que las naves fueron arribando a Maratón, mandó echar anclas y, cuando los bárbaros hubieron bajado a tierra, les indicó la formación a adoptar.

3 Sin embargo, mientras se cuidaba de esos menesteres, le entraron ganas de estornudar y de toser con más fuerza que de costumbre. Debido a lo avanzado de su edad[534], se le movían la mayor parte de los dientes, por lo que, ante el fuerte acceso de tos, escupió uno. El diente cayó en la arena
4 e Hipias se puso a buscarlo afanosamente[535]; pero, como no conseguía dar con él, lanzó un suspiro y dijo a quienes le acompañaban: «Esta tierra no es nuestra y no vamos a poder someterla, pues mi diente ha tomado posesión de la parte que de ella me correspondía».

Los plateos acuden en apoyo de los atenienses

108 Hipias, en definitiva, llegó a la conclusión de que, con ese incidente, su visión se había cumplido[536].

Los atenienses, por su parte, habían tomado posiciones en un terreno consagrado a Heracles[537] cuando acudieron en su auxilio los plateos con la totalidad de sus efectivos. Pues resulta que los

---

[533] Estira era una localidad situada en la costa oeste de Eubea, en la zona suroccidental de la isla, a unos 35 km. al este de Maratón. Egilia era una pequeña isla sita en el estrecho de Eubea, a unos 3 km. al NO de Estira.

[534] Teniendo en cuenta que, en el año 542 a. C., Hipias ya era una persona adulta (cf. I 61, 3; 63, 2), en el año 490 contaría con más de setenta años.

[535] Sobre la tendencia místico-supersticiosa de los Pisistrátidas, cf. nota V 257.

[536] Posteriormente surgió una tradición (cf. Cicerón, *Ad Att.* IX 10, 3; Justino, II 9), según la cual Hipias había perecido en el transcurso de la batalla, con lo que el sueño de Hipias se cumplió, no de una forma metafórica, sino literalmente: había muerto de viejo en su tierra natal, el Ática.

[537] Este santo terreno ha sido situado en diversos lugares (todos ellos controlando la ruta de montaña que unía Atenas con la llanura de Mara-

plateos se habían puesto bajo la tutela de los atenienses y, además, estos últimos ya habían afrontado por ellos numerosas dificultades[538].

Y por cierto que esa dependencia voluntaria de los pla- 2
teos se produjo como sigue[539]. Viéndose amenazados por los

---

tón a través del Pentélico); cf. K. P. Kontorlis, *The Battle of Marathon*, Atenas, 1973, mapas de las págs. 14 y 15. Lo más probable, sin embargo, es que se encontrase al pie del actual monte Agriliki, al sur de la llanura. Para esta localización y la situación de los dos ejércitos (también controvertida), cf. W. K. Pritchett, «Marathon», *Univ. of California Publications in Classical Archaeology* 4 (1960), 137 y sigs., donde se discuten todos los datos obtenibles del texto de Heródoto y de los escritores posteriores, y se ofrece un pormenorizado análisis topográfico.

[538] Probable alusión a la campaña tebana de 506 a. C. contra las fronteras occidentales del Ática (cf. V 74, 2), en el curso de la cual sin duda fue atacada también Platea.

[539] Según Tucídides (III 68, 5), este vasallaje de Platea se produjo noventa y dos años antes de la destrucción de la ciudad —que tuvo lugar en 427 a. C.—; es decir, en el año 519 (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, II, pág. 478). Sin embargo, Heródoto no menciona ninguna expedición, contra Atenas, de los lacedemonios acaudillados por Cleómenes (que hubiera motivado su presencia en la zona) hasta 510 a. C., cuando apoyaron los planes de los Alcmeónidas para derrocar a Hipias (cf. V 64 y sigs.). Las relaciones entre Platea y Atenas debieron de establecerse, pues, en el año 509 a. C. (cf. M. Amit, «La date de l'alliance entre Athénes et Platées», *L'Antiquité Classique* 39 [1970], 414 y sigs.), ya que las razones políticas de los plateos y lacedemonios para unirse a Atenas y permitir la unión, respectivamente, tienen plena coherencia en esa fecha. Dado que Platea era reacia a entrar en la liga beocia, por su incompatibilidad con los regímenes oligárquicos, la unión con Atenas tuvo que producirse cuando en la capital del Ática ya se había abolido la tiranía; es decir, en 509, y no en 519 a. C. Por otra parte, los lacedemonios por esas fechas considerarían a Atenas demasiado débil para que pudiera crearles problemas (frente al auge que experimentó poco después y que alarmó a Esparta; cf. V 91, 1), y permitieron la dependencia de los plateos. En los manuscritos de Tucídides debió, en suma, de producirse un error de transcripción (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 399).

tebanos, los plateos inicialmente trataron de ponerse bajo la tutela de Cleómenes, hijo de Anaxándridas, y de los lacedemonios, que por aquel entonces se encontraban en la región. Sin embargo, éstos rehusaron su ofrecimiento diciéndoles lo siguiente: «Nosotros vivimos demasiado lejos y el tipo de ayuda que podríamos prestaros sería poco eficaz, pues casi siempre os veríais sojuzgados antes de que cual-
3 quiera de nosotros se enterase. Os recomendamos, más bien, que os pongáis bajo la tutela de los atenienses, que son vecinos vuestros y que no carecen de valor para defenderos». Los lacedemonios les daban ese consejo no tanto por simpatía hacia los plateos, como por su deseo de que los atenienses tuvieran problemas al quedar enfrentados con los beocios[540].

4 Tal fue, en suma, el consejo que los lacedemonios dieron a los plateos, que no dejaron de seguir su indicación; todo lo contrario, con ocasión de un sacrificio que los atenienses ofrecían a los Doce Dioses, se sentaron en actitud suplicante sobre el altar[541] y se pusieron bajo la tutela de

[540] La política hegemónica espartana no podía correr el riesgo de tutelar a Platea, pues ello hubiera podido propiciar una unión entre Tebas y Atenas contra Esparta, cosa que la diplomacia de Cleómenes siempre tendió a evitar y a lograr, más bien, el enfrentamiento entre ambas. Cf. Th. Lenschau, «König Kleomenes I. von Sparta», págs. 412 y sigs.

[541] El suplicante que se sentaba sobre un altar ya no podía ser rechazado. De este altar de los Doce Dioses (Zeus, Hera, Posidón, Deméter, Apolo, Ártemis, Hefesto, Atena, Ares, Afrodita, Hermes y Hestia) se han encontrado restos en el Ágora. Fue erigido por un nieto de Pisistrato (cf. Tucíd., VI 54, 6) y servía como *miliarum aureum,* desde el que arrancaban de Atenas los caminos en todas direcciones (cf., *supra,* II 7, 1; y Aristófanes, *Aves* 1005). Por la entidad de las divinidades a las que estaba consagrado era honrado con gran boato (cf. Jenofonte, *Hipárquico* III 2), y en diversas ocasiones albergó a suplicantes (cf. Diodoro, XII 39; Plutarco, *Pericles* 31).

Atenas. Al tener noticia de ello, los tebanos organizaron una expedición contra los plateos, y los atenienses acudieron en su socorro. Pero, cuando se disponían a entablar combate, 5
unos corintios, que en aquel instante se encontraban en la región[542], lo impidieron apaciguando los ánimos; y, como ambas partes aceptaron su arbitraje, dichos sujetos fijaron las fronteras de la comarca[543] poniendo como condición que los tebanos dejarían tranquilos a los beocios que no quisieran formar parte de la liga beocia[544]. Una vez dictada dicha resolución, los corintios como es natural se marcharon; pero, mientras los atenienses se estaban retirando, los beocios los atacaron[545] y, en el combate que tuvo lugar, los agresores resultaron derrotados. Entonces los atenienses ampliaron 6

[542] Pese a que Ph.-E. Legrand (*Hérodote. Livre VI...*, pág. 107, nota 2) sugiere que «ce pouvait être des hommes venus en Béotie pour des affaires personelles, qui n'agirent pas au nom de leur cité», la intervención de los corintios en el conflicto se adecua perfectamente a la política corintia de apoyo a Atenas en los años finales del siglo VI a. C. Cf. nota V 358.

[543] Probablemente de acuerdo con la base del *uti possidetis*. Cf. nota V 479; y D. J. Mosley, «Diplomacy in classical Greece», *Ancient Society* 3 (1972), 1 y sigs.

[544] Literalmente, «que no quisieran pertenecer a los beocios». La liga beocia constituía una estructura étnica, surgida hacia 525 a. C. (cf. J. Ducat, «La Confédération béotienne et l'expansion thébaine á l'époque archaïque», *Bulletin de Correspondence Hellénique* 97 [1973], 59 y sigs.), donde la comunidad dialectal, cultural y de tradiciones era esencial; y, desde un principio, fue la expresión y el instrumento de la voluntad de Tebas. Sobre la oposición de Platea a formar parte de la liga, cf. R. J. Buck, «The formation of the Boeotian League», *Classical Philology* 67 (1972), 94 y sigs.

[545] Ya que en el acuerdo —*impuesto,* sin duda, por los corintios— eran los perjudicados, pues Atenas conseguía extender su zona de influencia al norte del Citerón.

las fronteras que los corintios habían fijado a los plateos y, en dicha ampliación, situaron la frontera entre Tebas y la zona de Platea y de Hisias en el mismísimo Asopo[546]. Así pues, los plateos se habían puesto bajo la tutela de los atenienses de la manera que acabo de indicar; y, en aquellos momentos, acudieron a Maratón en su ayuda.

Milcíades convence al polemarco Calímaco para atacar a los persas

109 Entretanto, las opiniones de los estrategos atenienses se encontraban divididas: unos se oponían a presentar batalla[547] (pues, según ellos, contaban con pocos efectivos[548] para enfrentarse con el ejército de los medos), mientras que

---

[546] Platea e Hisias (que era un demo dependiente de aquélla) estaban situadas al sur de Beocia. El río Asopo, más o menos equidistante de Tebas y Platea unos 6 km., atravesaba, desde el oeste de Leuctra, toda la zona meridional de Beocia y desembocaba en el estrecho de Eubea, frente a Eretria. Hisias, que en 506 a. C. todavía estaba en manos de Atenas (cf. V 74, 2), fue recobrada posteriormente por los tebanos (cf. IX 15, 3; 25, 3).

[547] Teniendo en cuenta que esta deliberación del Estado Mayor ateniense tuvo lugar en Maratón, la disyuntiva planteada estribaría en adoptar una táctica ofensiva o defensiva (pues salir al encuentro de los persas ya se había decidido previamente en Atenas; cf. nota VI 519). Esta reticencia por parte de los estrategos a atacar a los persas podía estar motivada porque éstos ya los hubieran acosado en su atrincheramiento del Heracleo. Cf. J. H. Schreiner, «The battles of 490 B. C.», *Proceedings of the Cambridge Philosophical Society* 16 (1970), 97 y sigs.

[548] La desproporción de las fuerzas de uno y otro bando fue aumentada a medida que la batalla de Maratón fue adquiriendo tintes legendarios (sobre las diversas hipótesis acerca del número de efectivos con que contaban griegos y persas, cf. A Balil, «Heródoto y las grandes batallas de las guerras médicas», *Estudios Clásicos* 32 [1961], 42, nota 17). Las cifras más verosímiles para ambos ejércitos son, por parte de los griegos, diez mil hoplitas atenienses y mil plateos; mientras que los persas contarían con unos veinticinco mil soldados de infantería (incluidos los arqueros) y unos cinco mil de caballería, antes de que se produjera la división de sus fuerzas (cf. nota VI 569). *Vid.* K. P. Kontorlis, *The battle of Marathon...*, pág. 23.

otros, incluido Milcíades, eran partidarios de hacerlo. En 2
vista, pues, de que sus opiniones estaban divididas y de que iba a prevalecer la menos acertada[549], fue entonces cuando Milcíades, dado que existía una undécima persona con derecho a voto (el ateniense elegido por sorteo[550] para el cargo de polemarco —pues antiguamente los atenienses concedían al polemarco la misma capacidad de decisión que a los estrategos[551]—, magistratura que entonces desempeñaba Ca-

[549] De las palabras del historiador puede inferirse que cinco estrategos eran partidarios de atacar y otros cinco de no hacerlo. Con el sistema de votación vigente entonces, la igualdad de votos hubiese significado la no alteración del *status quo*, y, por tanto, se habría acordado no entablar combate. Por eso dice Heródoto (a pesar del empate a votos) que «iba prevaleciendo la menos acertada» de las opiniones.

[550] Literalmente, «por el haba» (es decir, «por el sistema de las habas»). Los magistrados eran elegidos en época de Heródoto por sorteo. En una urna se depositaban los nombres de los candidatos, y en otra un número igual de habas, una de las cuales era blanca. El candidato cuyo nombre era extraído al mismo tiempo que el haba blanca obtenía la magistratura. Sin embargo, la elección de los arcontes por sorteo no se introdujo en Atenas hasta el año 487-486 a. C. (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 22, 2), por lo que Heródoto está incurriendo en un anacronismo (cf., no obstante, P. J. Bicknell, «Herodotos, Kallimachos and the bean», *Acta Classica* 14 [1971], 147 y sigs., que trata de justificar la afirmación de Heródoto en consonancia con el testimonio de Aristóteles).

[551] El arconte (esta magistratura representa la sustitución del poder de los antiguos reyes atenienses por el de las familias nobles, y debió de crearse entre los siglos x y viii a. C.) polemarco heredó las atribuciones militares de los reyes y, a comienzos del siglo v, era todavía el jefe del ejército. Posteriormente, sin embargo, sus atribuciones pasaron a los estrategos, y sólo conservó algunas obligaciones de carácter ritual: sacrificaba personalmente las víctimas en algunas celebraciones; presidía la fiesta conmemorativa de los guerreros muertos en campaña (cf. la *oración fúnebre* pronunciada por Pericles, Tucíd., II 34-46; y Lisias, *Discurso fúnebre);* y ofrecía los sacrificios rituales en memoria de los tiranicidas, Harmodio y Aristogitón. Pero, fundamentalmente, su ocupación principal consistía en administrar justicia a la población no ciudadana.

límaco de Afidnas[552]), abordó a dicho individuo y le dijo lo
3 siguiente: «Calímaco, en tus manos está en estos instantes sumir a Atenas en la esclavitud o bien conservar su libertad y dejar, para toda la eternidad, un recuerdo de tu persona superior, incluso, al de Harmodio y Aristogitón[553]. Pues no hay duda de que ahora los atenienses se encuentran en el momento más crítico de su existencia; si, por lo que sea, se inclinan ante los medos, salta a la vista[554] cuál será su suerte una vez en poder de Hipias; en cambio, si esta ciudad se alza con la victoria, puede llegar a ser la más importante
4 de toda Grecia. ¿Que cómo puede hacerse esto realidad y por qué te corresponde precisamente a ti adoptar la decisión

---

Cf. R. Maisch y F. Pohlhammer, *Instituciones griegas*, Barcelona, 1931, págs. 85-86. En esta época, el polemarco emitía su voto después de la votación de los estrategos, pero podía abstenerse; de ahí que Milcíades lo aborde para que vote a favor de atacar a los persas.

[552] Demo del Ática situado a unos 28 km. al NE de Atenas. El nombre oficial de un ciudadano ateniense constaba de: nombre propio, nombre del padre (aquí omitido) y nombre del municipio *(demo)* del que era originario.

[553] Los tiranicidas, que en el año 514 asesinaron a Hiparco, el hermano de Hipias. Cf. V 55-56 y nota V 251. Pese a que en recuerdo del polemarco Calímaco se erigió una estela conmemorativa (cf. *Inscriptiones Graecae* I, suppl., núm. 2115), y se ha conservado una ofrenda que debió de mandar costear antes de la batalla (cf. R. Meiggs y D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 18, págs. 33-34), la afirmación de Milcíades jamás llegó a cumplirse.

[554] O bien, «ya está decidida (por los persas)», admitiendo la lectura *dédoktai* que presentan algunos manuscritos. Con el ejemplo de Eretria, la suerte de los atenienses, en caso de que los persas se impusieran, era evidente: esclavización de la población y destrucción de los templos.

definitiva en este asunto? Voy a explicártelo ahora mismo. Nosotros, los estrategos, somos diez y nuestras opiniones se hallan divididas, ya que unos se muestran partidarios de presentar batalla, mientras que otros se oponen. Pues bien, 5
si no libramos combate, temo que se forme una importante facción que haga vacilar la fe de los atenienses hasta inducirlos a abrazar la causa del Medo[555]. Por el contrario, si presentamos combate antes de que una plaga de ese tipo cobre aliento en el corazón de algunos atenienses, y si los dioses se mantienen imparciales[556], estamos en condiciones de alzarnos con la victoria en la batalla. Por consiguiente, todo 6
lo que te he expuesto es en estos momentos de tu competencia y de ti depende; pues, si tú te adhieres a mi opinión, tu patria conserva su libertad y tu ciudad se convierte en la más importante de Grecia. Pero, si te decantas por el parecer de quienes se oponen a la celebración de la batalla, por tu culpa, en lugar de los logros que te he enumerado, sucederá todo lo contrario».

---

[555] Es indudable que los persas contaban con partidarios en Atenas (cf. nota VI 504), ya que el «medismo» no era considerado todavía tan abominable como lo sería a partir de Maratón, pues muchas ciudades jonias, vasallas de Persia, gozaban de una gran prosperidad (cf. J. Wolski, «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques», *Historia* 22 [1973], 3 y sigs.); y, por otra parte, la perspectiva de que Hipias volviera a hacerse con el poder no debía de disgustar a ciertos sectores de las clases más humildes del Ática, que recordaban con agrado la atención que les había prestado Pisístrato. Asimismo, el carácter aristocrático de Milcíades y sus partidarios es posible que hiciera pensar a los Alcmeónidas que era preferible pactar con los persas para mantener el sistema clisténico, que podía ser puesto en peligro por los aristócratas apoyados por Esparta.

[556] Es de destacar el que no se solicite la ayuda de los dioses, sino simplemente su imparcialidad, prueba, quizá, de que los atenienses se sentían lo suficientemente fuertes como para no dejarse vencer (cf. un caso similar en VI 11, 3).

110 Con estas consideraciones, Milcíades se ganó a Calímaco; y, merced a la opinión favorable del polemarco[557], quedó decidido presentar batalla. Acto seguido, los estrategos que se habían pronunciado por combatir, a medida que a cada uno de ellos les iba llegando el día de ejercer el mando[558], se lo cedían a Milcíades; y, aunque éste lo aceptaba, determinó no presentar combate hasta que, finalmente, le correspondió el mando por derecho propio[559].

Batalla de Maratón

111 Cuando le llegó el turno, los atenienses, dispuestos a presentar batalla sin más demora, adoptaron la siguiente formación: al mando del ala derecha se hallaba el polemarco [Calímaco], ya que, por esas fechas, entre los atenienses regía la costumbre de que el polemarco tuviera a su

---

[557] El polemarco, pues, no sumaría su voto a un grupo de sufragios de los dos bandos en que se habían dividido los estrategos, sino que, como jefe supremo del ejército, tomó la decisión que consideró más oportuna tras las deliberaciones de su Estado Mayor.

[558] Literalmente, «la *pritanía»,* que designaba el período de 35 ó 36 días en que una de las partes de la *bulé* (cf. nota V 343) tenía a su cargo la dirección del Estado. Como en Atenas el tiempo de permanencia en las funciones del poder era limitado, el término *pritanía* indicaba también el tiempo que duraba un mando o una función. En el ejército, cada uno de los diez estrategos representaba a una *phylé,* o tribu, de las que integraban el Estado. Todos los años se celebraba un sorteo para determinar su número de orden, y con arreglo a él iban ejerciendo diariamente el mando supremo cada uno de los generales, de tal manera que del presidente cotidiano de los estrategos dependía la ejecución del plan que se hubiese aprobado (cf. Diodoro, XIII 97; 106).

[559] Según Plutarco, *Arístides* 11, fue este estratego el primero que cedió el mando a Milcíades. Sin embargo, el que éste decidiera esperar a atacar hasta el día en que le correspondía la *pritanía* debió de ser inventado *ex eventu* para demostrar el escaso talante tiránico de Milcíades, en contraposición con el juicio a que se le había sometido por su conducta

cargo el ala derecha[560]. Después del citado caudillo[561] figuraban las tribus, sucesivamente agrupadas, de acuerdo con su respectiva enumeración[562]; y por último se alineaban los

---

en el Quersoneso (cf. VI 104, 2). En realidad, el retraso de varios días antes de que los griegos se decidieran a atacar se debía a que estaban esperando la llegada de los espartanos (y si acometieron al enemigo antes de la llegada de estos últimos fue aprovechando una circunstancia favorable; cf. nota VI 569); en tanto que los persas aguardarían una señal de sus partidarios en Atenas (cf. VI 115) para desarrollar su estrategia, consistente en atacar la ciudad con parte de sus efectivos, mientras que obligaban a los hoplitas atenienses a permanecer en Maratón. Pero, si alguno de los dos bandos tenía prisa por librar la batalla, serían los persas, pues, en general, éste es un hecho que se repitió constantemente durante las guerras médicas: los griegos, sin apremios de tiempo, confiados en que sus fuerzas irían aumentando por momentos, y los persas, preocupados por las dificultades de transporte e intendencia, y deseando trabar combate. No obstante, y en líneas generales, el relato del historiador sobre el desarrollo de la batalla contiene una serie de lagunas y contradicciones bastante notorias (cf. A. Balil, «Heródoto y las grandes batallas...», págs. 39 y sigs.).

[560] El ala derecha era el puesto de honor y de más responsabilidad en el ejército griego (pues de su efectivo hostigamiento a la formación del ejército enemigo —en los combates entre hoplitas— dependía por lo regular el resultado de las batallas); cf., *infra*, IX 28; 46; Tucíd., V 71. Por eso, a su frente figuraba el polemarco, como sucesor del rey en el mando del ejército (cf. Eurípides, *Suplicantes* 657). En general, cf. P. J. Bicknell, «The command structure and generals of the Marathon campaign», *L'Antiquité Classique* 39 (1970), 427 y sigs.

[561] Es decir, desde el ala derecha hasta el ala izquierda.

[562] Las diez tribus, desde su creación por Clístenes (cf. V 66, 2), poseían un orden oficial en los documentos públicos (Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea), que seguía siendo utilizado durante la guerra del Peloponeso. Ahora bien, a partir de los datos de Heródoto y de los que proporcionan otros autores antiguos (sobre todo Plutarco, *Arístides* 5; *Moralia* 628, y Pausanias, I 32, 3), resulta imposible determinar si en Maratón se alinearon de derecha a izquierda siguiendo ese orden fijo, o si lo hicieron con

2 plateos, que ocupaban el ala izquierda. (Por eso, a raíz de esta batalla que libraron, cuando los atenienses ofrecen sacrificios en las festividades de carácter nacional que tienen lugar cada cuatro años[563], el heraldo ateniense hace públicos votos por la prosperidad conjunta de atenienses y plateos[564].)

3 Y por cierto que, ante la formación que entonces adoptaron los atenienses, en Maratón se dio la siguiente circunstancia[565]: como su frente tenía la misma extensión que el de los medos, el centro del ejército constaba de pocas filas, y constituía el punto más débil del mismo, mientras que las dos alas se hallaban profusamente reforzadas[566].

---

arreglo a un orden establecido por sorteo. Cf. W. K. Pritchett, «Marathon», págs. 145-148.

[563] Los atenienses celebraban diversas fiestas de carácter cuatrienal (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 54, 7), las más importantes de las cuales eran las Panateneas (cf. nota V 255).

[564] Los plateos caídos en la batalla fueron enterrados en un túmulo situado en la llanura de Maratón, cerca del torrente Vrana. La mayoría de los allí enterrados contaba entre 20 y 25 años, salvo un individuo de unos 40 años, que tal vez fuera un oficial. Cf. S. Marinatos, *Excavations at Marathon* (Offprint from the Proceedings of the Archaeological Society), Atenas, 1970, págs. 5 y sigs.

[565] Circunstancia que, naturalmente, no fue accidental. Según W. Tarn *(Hellenistic Military and Naval Developments,* Cambridge, 1930), la disposición de las fuerzas griegas —que, extendiendo el frente, tendía a evitar el envolvimiento por parte del enemigo— constituía una absoluta novedad en la técnica militar griega en esos momentos.

[566] El frente griego podía extenderse en una longitud de 1,5 km. aproximadamente. En el centro figurarían unos dos mil hombres (según Plutarco, *Moralia* 305, los contingentes de dos tribus, la Leóntida y la Antioquea), alineados de cuatro en fondo —al parecer, el mínimo para que la disposición hoplítica pudiera mantenerse—, mientras que el resto de las fuerzas estaban formadas de ocho en fondo, o quizá más, en ambas alas.

Una vez formados en orden de batalla, y en vista de que los presagios resultaban favorables[567], los atenienses, nada más recibir la orden de avanzar, se lanzaron a la carrera contra los bárbaros. (Por cierto que la distancia que separaba a ambos ejércitos no era inferior a ocho estadios[568].) 112

Por su parte los persas, cuando vieron que el enemigo cargaba a la carrera, se aprestaron para afrontar la embestida; si bien, al comprobar que los atenienses disponían de pocos efectivos y que, además, se abalanzaban a la carrera sin contar con caballería ni con arqueros[569], consideraban 2

---

[567] Era de ritual realizar un sacrificio antes de una batalla (cf. nota VI 369, para semejante costumbre entre los lacedemonios).

[568] Unos 1.420 m. Sin duda, los hoplitas griegos no marcharon a la carrera durante todo el trayecto, ya que el pesado equipo que llevaban hubiera hecho que llegasen agotados a las líneas persas; y, además, en casi kilómetro y medio habrían corrido el riesgo de que la formación se rompiera. La infantería pesada griega debió de avanzar compactamente hasta unos 200 m. del frente persa y, desde esa distancia, cargar a la carrera para paliar la mortífera intervención de los arqueros persas (que eran muy diestros; cf. I 136, 1; III 35, 3), ya que se estima que doce mil arqueros podían llegar a disparar veinticinco mil flechas por segundo. Cf. W. Donlan y J. Thompson, «The charge at Marathon», *Classical Journal* 71 (1976), 339 y sigs.

[569] Pese a que en Atenas existía una clase de ciudadanos denominada los «caballeros» *(hippeîs)*, los atenienses carecían de destacamentos de caballería (cf. V 63, cuando, en 511 a. C., reclamaron la ayuda de la caballería tesalia contra los lacedemonios). Los cuerpos de arqueros, por su parte, se crearon con posterioridad al año de la batalla de Maratón (cf. Esquilo, *Persas* 460; Plutarco, *Temístocles* 14, para su intervención en Salamina; e, *infra,* IX 22, 1; 60, 3, para su actuación en Platea). Ahora bien, la afirmación del historiador en este capítulo —y el desarrollo de la batalla en el siguiente— plantea serios problemas de interpretación. Por una parte, al decir que los persas comprobaron que los atenienses disponían de pocos efectivos, cabe pensar que ambos ejércitos contaban con todas sus fuerzas y que la proporción de las mismas era de tres a uno favorable a los persas (cf. nota VI 548). Pero, en el transcurso de la batalla, la caballería persa —que podría haber resultado decisiva; cf. VI 29, 1—

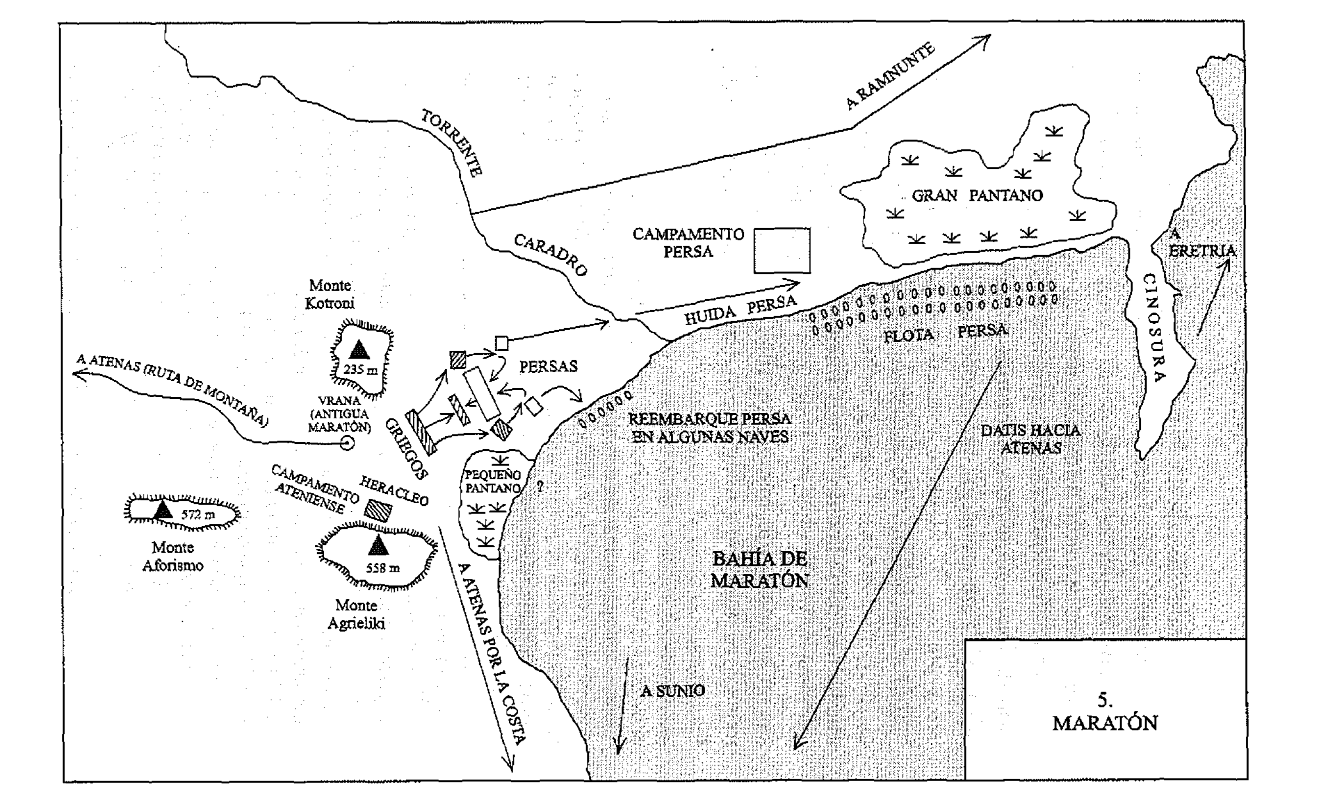
que se habían vuelto locos y que iban a sufrir un completo
3 desastre. Ésta era, en suma, la opinión que reinaba entre los bárbaros. Sin embargo los atenienses, tras arremeter contra sus adversarios en compacta formación, pelearon con un valor digno de encomio. Pues, de entre la totalidad de los griegos, fueron, que nosotros sepamos, los primeros que acometieron al enemigo a la carrera, y los primeros también que se atrevieron a fijar su mirada en la indumentaria médica y en los hombres ataviados con ella[570], ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor a los griegos[571].

---

no interviene para nada, sin hostigar los flancos de las alas griegas y permitiendo la maniobra envolvente de atenienses y plateos. Ello ha permitido suponer que Milcíades ordenó atacar al percatarse de que las fuerzas de Datis se habían dividido; de tal manera que, mientras en Maratón permanecían parte de los efectivos persas, el resto —incluida la caballería— había zarpado con rumbo a Atenas (cf. VI 116), para precipitar el alzamiento de los atenienses filopersas en la capital y emplear la caballería, si ello era necesario, en la llanura de Falero.

[570] Es decir, a atacar resueltamente, para lo cual tenían que mirar frente a frente a los persas (sobre la adopción del traje medo por los persas, cf. I 135). Con todo, este aserto es una exageración de Heródoto (a no ser que «de entre la totalidad de los griegos» se entienda en sentido restrictivo, referido a los griegos de Europa), ya que, durante la sublevación jonia, los griegos tuvieron ocasión de medirse repetidamente con los persas.

[571] Cf. Teognis, 764. El miedo de los griegos hacia los persas (al margen de que aquellos pudieran asociar el gentilicio *Pérsai* con formas del verbo *pérthein*, «destruir») estaba motivado por el casi general desconocimiento de táctica y estrategia militar en el mundo griego con anterioridad al siglo v a. C. Hasta entonces, la experiencia militar griega se había reducido a las guerras ciudadanas, cuyos combates se limitaban a choques de infantería pesada resueltos en luchas cuerpo a cuerpo. Los ejér-



TORRENTE
A RAMNUNTE
GRAN PANTANO
A ERETRIA
CINOSURA
CARADRO
CAMPAMENTO PERSA
HUIDA PERSA
FLOTA PERSA
Monte Kotroni
235 m
A ATENAS (RUTA DE MONTAÑA)
VRANA (ANTIGUA MARATÓN)
PERSAS
GRIEGOS
REEMBARQUE PERSA EN ALGUNAS NAVES
DATIS HACIA ATENAS
CAMPAMENTO ATENIENSE
HERACLEO
PEQUEÑO PANTANO
?
572 m
Monte Aforismo
558 m
Monte Agrieliki
A ATENAS POR LA COSTA
BAHÍA DE MARATÓN
A SUNIO
5.
MARATÓN

113 La batalla librada en Maratón se prolongó durante mucho tiempo[572]. En el centro del frente, donde se hallaban alineados los persas propiamente dichos y los sacas[573], la victoria correspondió a los bárbaros. En aquel sector, como digo, vencieron los bárbaros, quienes, tras romper la formación de los atenienses, se lanzaron en su persecución tierra adentro[574]; sin embargo, en ambas alas triunfaron atenien-
2 ses y plateos. Y, al verse vencedores, permitieron que los bárbaros que habían sido derrotados se dieran a la fuga e hicieron converger las alas para luchar contra los contingentes que habían roto el centro de sus líneas, logrando los atenienses alzarse con la victoria. Entonces persiguieron a los persas en su huida, diezmando sus filas, hasta que, al llegar al mar[575], se pusieron a pedir fuego e intentaron apoderarse de las naves.

---

citos persas, en cambio, tenían una considerable experiencia en movimientos de tropas, actuación combinada de caballería e infantería, aprovisionamientos y operaciones coordinadas. La campaña de Jonia, en particular, les había proporcionado una considerable experiencia en operaciones de carácter conjunto entre los distintos tipos de tropas que poseían, experiencia de la que carecían los griegos.

[572] Posiblemente durante toda la mañana del día doce del mes de agosto (o septiembre) de 490 a. C.

[573] A diferencia de lo que ocurría entre las fuerzas griegas, en el ejército persa los mejores soldados ocupaban el centro de la formación (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 21-23; ARRIANO, *Anábasis* II 8, 11). Los sacas eran un pueblo de origen escita (cf. VII 64, 2) que en las inscripciones de Darío aparecen citados con el nombre de *Sakastana*, y que, entre las tropas del Gran Rey, constituían soldados de élite (cf. VIII 113, 2). Sobre la zona del imperio que ocupaban, cf. nota III 487.

[574] Interpretando la expresión en sentido estricto, hay que considerar que ambos ejércitos se hallaban formados paralelamente a la costa, estando los persas de espaldas al mar. No obstante, también podían hallarse dispuestos transversalmente. Cf. K. P. KONTORLIS, *The battle of Marathon...*, pág. 21.

[575] Los barcos persas debían de estar anclados frente al gran pantano

En el transcurso de aquella gesta[576] pereció el polemarco [Calimaco], que se comportó con valeroso arrojo, y también halló la muerte uno de los estrategos, Estesilao, hijo de Trasilao. Por otra parte, allí cayó Cinegiro, hijo de Euforión[577], víctima de un hachazo que le seccionó la mano mientras se aferraba al mascarón de 114

---

del norte de la llanura, según se desprende de la pintura sobre la batalla de Maratón que figuraba en la *Stoá Poikílē* (o «Pórtico de Colores», al noreste del Ágora; el único testimonio —descrito por PAUSANIAS, I 15, 3—, además del de Heródoto, que debe de proceder de tradición contemporánea a la batalla; el inmenso fresco se atribuía a Polignoto y, al parecer, fue trasladado a Constantinopla en el siglo v de nuestra era), donde aparecían tres escenas: en el muro de la izquierda, la lucha equilibrada aún entre griegos y persas; en el muro central, la huida de los bárbaros por el gran pantano (en dirección a las naves, que estarían fondeadas enfrente); en el muro de la derecha, la matanza que los griegos infligieron a los bárbaros mientras éstos trataban de reembarcar. Cf. L. ROBERT, *Die Marathonschlacht in der Poikile,* Halle, 1895.

[576] La gran importancia de Maratón estriba en que deshizo la leyenda de invencibilidad de que gozaban las tropas persas, permitiendo que los griegos —y especialmente los atenienses— cobraran conciencia de su verdadera capacidad y del vigor de su cultura y sus instituciones. Cf. P. VIDAL NAQUET, «La tradition de l'hoplite athénien», *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* (edición de J. P. VERNANT), París-La Haya, 1968, págs. 161 y sigs.

[577] Hermano del poeta trágico Esquilo, que aparecía representado en el fresco de la *Poikílē* (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXXV 57). La leyenda (sobre su muerte, cf. Z. PAVLOVSKIS, «Vir fortis sine manibus and the handless maiden», *Clio Medica* 28 [1967], 86 y sigs.) hermoseó todavía más su acción, relatando más tarde (cf. JUSTINO, II 9) que perdió también el otro brazo, al intentar agarrar la nave con él, y que entonces la sujetó con los dientes, ante lo cual un enemigo le cortó la cabeza. El propio Esquilo (según PAUSANIAS, I 21, 2, también figuraba en el fresco de la *Stoá)* tomó parte en la batalla, de acuerdo con la inscripción funeraria del poeta que, según la tradición, compuso él mismo (cf. fr. 773, H. J. METTE, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos,* Berlín, 1959):

popa[578] de una nave, al igual que otros muchos atenienses de renombre[579].

115 Así fue, en definitiva, como los atenienses capturaron siete naves[580]. Con el resto de la flota, sin embargo, los bár-

---

«Este sepulcro alberga, en la fértil Gela,
el cadáver del hijo de Euforión, el ateniense Esquilo.
De su glorioso valor hablar podrían —pues bien lo saben—
la sagrada tierra de Maratón y el Medo de luenga cabellera».

[578] Como señala M. F. Galiano, *Heródoto...*, pág. 156, nota 1, «la palabra griega *áphlaston* no está clara. Puede ser simplemente la cabeza del codaste, o bien la popa con sus adornos en madera, o bien uno de estos adornos, un mascarón. En todo caso, se trataba de sujetar el navío para que no pudiese zarpar. El pasaje tiene un sospechoso parecido con otro de la *Ilíada* (XV 716), en que 'Héctor, una vez que hubo cogido la nave por la popa, no soltó el *áphlaston,* que retenía entre sus manos, y ordenó a los troyanos: Traed fuego...'».

[579] Que trataban de hacer lo mismo: aferrarse a las naves enemigas para impedir que se hiciesen a la mar.

[580] El escaso número de naves capturadas (junto a la ausencia de prisioneros persas, de botín tomado al enemigo y a la de la caballería persa en la batalla) abona la teoría de que las fuerzas persas se habían dividido. Basándose en el estudio de las corrientes marinas y de los vientos reinantes en la zona en esa época del año (agosto-septiembre), A. T. Hodge, «Marathon. The Persian's Voyage», *Transactions American Philological Association* 105 (1975), 155 y sigs., sugiere que, de Maratón a Falero, los persas invertirían con sus naves entre 20 y 35 horas. Según eso, Datis habría zarpado por la noche del 11 al 12 de agosto (o septiembre) y, al amanecer, fue cuando Milcíades se percató de la división producida en las fuerzas persas y decidió atacar sin más demora, para, acto seguido, regresar a Atenas, temiendo la insurrección en la ciudad de los partidarios de los persas, si Datis llegaba a Falero antes que el cuerpo expedicionario ateniense destacado en Maratón. Esto explica, por otra parte, la recogida de los eretrieos por parte de los persas: no habrían sido las naves de Datis las que se encargaron de ello (su misión, en aquellos momentos, era llegar cuanto antes a Atenas), sino los navíos que habían rescatado a los persas derrotados en Maratón.

baros, ciaron haciéndose a la mar y, tras recoger a los esclavos capturados en Eretria de la isla en la que los habían dejado[581], doblaron Sunio con el propósito de llegar a la capital antes que los atenienses.

En Atenas, por cierto, circuló, a modo de acusación, el rumor de que los bárbaros se habían decidido por esta maniobra a instancias de los Alcmeónidas, que habrían llegado a un acuerdo con los persas para hacerles una señal, levantando un escudo, cuando éstos se encontraran ya a bordo de sus naves[582].

Los persas, en suma, doblaron Sunio. Entretanto, los 116
atenienses se dirigieron a marchas forzadas en socorro de la capital y consiguieron llegar antes de que se presentasen los bárbaros[583] (por cierto que, recién llegados de un santuario

[581] Cf. VI 107, 2.

[582] Sobre esta acusación, cf. VI 121 y sigs. Presenta un buen estudio, de la cuestión relativa a la culpabilidad o inocencia de los Alcmeónidas, D. GILLIS, *Collaboration with the Persians...*, cap. V («Marathon and the Alcmaeonids»), págs. 45 y sigs. La señal habría sido convenida —fuera quien fuese la facción propersa que se aviniera a ello— para realizarla en el momento en que en Atenas los filopersas estuviesen prestos a actuar. El retraso en anunciar tal cosa a Datis habría hecho que éste, impaciente por decidir de una vez la suerte de Atenas, zarpara antes de haberla recibido. El azar quiso, quizá, que la señal se diera el mismo día de la batalla (aunque las opiniones al respecto por parte de la crítica moderna son sumamente dispares; cf. D. GILLIS, *op. cit.*, pág. 45, notas 1-3), y, por eso, en el relato de Heródoto, carece de sentido coherente.

[583] Tras librar la batalla por la mañana, y teniendo noticias, por los vigías que el Estado Mayor griego tendría apostados en las alturas del Pentélico, de que Datis navegaba en dirección a Sunio, los atenienses pudieron, en ocho horas de marcha, recorrer los aproximadamente 37 km. que separaban los dos santuarios de Heracles (desde Maratón a Atenas, por mar, la distancia es tres veces superior). Su llegada debió de producirse, pues, al anochecer del día de la batalla (cf. PLUTARCO, *Arístides* 5), y los persas se presentarían frente a Atenas al alba del día siguiente.

de Heracles, el de Maratón, asentaron sus reales en otro santuario de Heracles, el de Cinosarges[584]). Y, cuando los bárbaros arribaron con su flota a la altura de Falero (pues, por aquellas fechas, dicho lugar era el puerto de los atenienses[585]), fondearon allí las naves, pero posteriormente zarparon de regreso a Asia.

117 En esa batalla librada en Maratón perdieron la vida unos seis mil cuatrocientos bárbaros y ciento noventa y dos atenienses[586]. Éstos fueron en total los caídos por uno y otro

---

[584] Sobre el Heracleo de Maratón, cf. nota VI 537; sobre el de Cinosarges, cf. nota V 295. Para una coincidencia similar, *vid.* IX 101.

[585] Cf. nota V 292. Aun suponiendo que Temístocles ordenara comenzar las obras del triple puerto del Pireo en 493 a. C. (si es que fue en ese año cuando resultó elegido arconte, pues hay problemas para datar con precisión las listas arcontales por estas fechas; cf. R. J. LENARDON, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 [1956], 401 y sigs.; y W. H. PLOMMER, «The tyranny of the archon-list», *Classical Review* 19 [1969], 126 y sigs.), en 490 todavía no habrían terminado los trabajos de acondicionamiento.

[586] Pese a que la diferencia entre las bajas de uno y otro bando es notoria (cf. H. C. AVERY, «The number of Persians dead at Marathon», *Historia* 22 [1973], 757; y W. F. WYATT, «Persian dead at Marathon», *Historia* 25 [1976], 483-484), la cifra de caídos por parte persa tuvo que ser bastante considerable, ya que, frente a la eficacia de las armas defensivas y de las protecciones para el cuerpo de los hoplitas griegos (cf. nota I 152), el armamento ligero de los persas los hacía muy vulnerables. Con el paso del tiempo, y a medida que la leyenda de Maratón fue exagerándose más y más, se atribuyeron a los persas pérdidas inmensas (cf. PAUSANIAS, IV 25, 5, quien llega a mencionar trescientos mil muertos). Según JENOFONTE (*Anábasis* III 2, 12), el polemarco Calímaco había prometido sacrificar a Ártemis una cabra por cada enemigo muerto; pero, ante las pérdidas persas, hubo de rogar a la diosa que se contentara con quinientas víctimas, que se le ofrecerían todos los años; un sacrificio que perduró durante varios siglos. En cuanto a las bajas atenienses, la cifra exacta que da Heródoto debe proceder de algún documento oficial (se nos han conservado documentos de este tipo; cf., por ejemplo, R. MEIGGS y D. LEWIS, *A selection of Greek histo-*

bando. Y, en su transcurso, se produjo un extraño fenómeno; fue el siguiente. Un ateniense —Epicelo[587], hijo de Cufágoras— perdió la vista mientras se batía con valeroso arrojo en la refriega, sin haber recibido ningún golpe, ni el menor impacto, en parte alguna del cuerpo; y, desde aquel instante, siguió padeciendo su ceguera durante el resto de su vida. Y he oído contar que dicho sujeto narraba, a propósito de su desgracia, poco más o menos la siguiente historia: creyó ver que le salía al paso un gigantesco hoplita, cuya barba le cubría todo el escudo; sin embargo aquella aparición pasó de largo por su lado y, en cambio, mató al soldado que estaba junto a él[588]. Ésta es, en definitiva, la historia que, según mis informes, contaba Epicelo.

(margin, beside the 1st line: 2; beside the 7th line: 3)

rical inscriptions..., núm. 33, págs. 73-76), tal vez de las estelas emplazadas en el túmulo que contenía la urna con las cenizas *(Sorós)* de los caídos en la batalla. Cf. PAUSANIAS, I 32, 3; y K. P. KONTORLIS, *The battle of Marathon...*, pág. 31.

[587] La historia que cuenta Heródoto acerca de este sujeto debía de ser del dominio público, pues Epicelo aparecía representado en los frescos de la *Stoá Poikílē* (cf. ELIANO, *Hist. Nat.* VII 38).

[588] Este barbudo y gigantesco guerrero podría ser considerado el espíritu mismo de la refriega; una encarnación de Ares, como dios de las carnicerías que se producían en los combates. Es curioso, sin embargo, observar que, a diferencia de las apariciones que tuvieron lugar en Delfos (cf. VIII 38) y en Salamina (cf. VIII 84), este ser sobrenatural figura aquí entre las filas de los persas. En cambio, en la representación de la batalla en la *Poikílē,* los dioses aparecían ayudando a los griegos (cf. PAUSANIAS, I 15).

118 *Retirada persa*

Datis[589], entretanto, se dirigía con la flota a Asia, cuando, al llegar a Míconos[590], tuvo en sueños una visión. De hecho, no se especifica en qué consistió la visión, pero, apenas rayó el día, mandó registrar las naves y, al hallar en un navío fenicio una imagen de Apolo recubierta con un baño de oro[591], quiso saber de dónde la habían robado; y, cuando se enteró de qué templo procedía, zarpó a bordo de
2 su propia nave con rumbo a Delos[592]. Como, por aquel entonces, los delios habían regresado ya a la isla[593], depositó la imagen en el santuario[594] y ordenó a los delios que la trans-

---

589 Según Ctesias *(Persiká* 18), Datis pereció en la batalla de Maratón, lo cual no resulta verosímil, si admitimos como cierta la maniobra persa de la dispersión de sus fuerzas (cf. nota VI 569), ya que es presumible que Datis estuviera al frente del contingente que se dirigió a Falero. No obstante, lo cierto es que, en la obra de Heródoto, Datis no vuelve a aparecer, y las posteriores menciones a su persona no implican que estuviera vivo (cf. VII 8 β; 10 β; 74; 88).

590 Isla del archipiélago de las Cícladas, de 75 km^2 de extensión, situada a unos 4 km. al NE de Delos. La isla, granítica y árida, no desempeñó en la Antigüedad ningún papel relevante.

591 Sin duda un antiguo *xóanon* (cf. nota V 360).

592 La travesía desde Míconos a Delos puede realizarse entre 45 m. y 1 h. 30 m., según el estado del mar.

593 Cf. VI 97.

594 En el santuario de Apolo Delio, cuya importancia en época histórica comenzó a partir del siglo VIII o VII a. C., sobre el emplazamiento de un hábitat de época micénica. Este santuario poseía tres templos consagrados a Apolo: de norte a sur, el primero era el más antiguo, ya que databa del siglo VI a. C., y estaba construido en piedra toba (de ahí su nombre en las inscripciones: *Pōrinos Nēós),* albergando en su sagrario un *xóanon* de Apolo. Fue el primer lugar en que se depositó el tesoro confederal de la liga delo-ática, tras las guerras médicas. El templo central se erigió en mármol pentélico entre 425-417 a. C., a instancias de Atenas, y albergaba siete estatuas criselefantinas. El templo del sur comenzó a

portasen a Delión, en territorio tebano (dicha localidad se halla en la costa, enfrente de Calcis[595]). Tras haberles dado 3
esa orden, Datis, sin más demora, se hizo a la mar. Sin embargo, los delios no transportaron la estatua en cuestión, sino que fueron los propios tebanos quienes, al cabo de veinte años, se la llevaron a Delión siguiendo el dictado de un oráculo[596].

Cuando Datis y Artáfrenes arribaron con sus naves a 119
Asia, condujeron hasta Susa a los eretrieos que habían sido esclavizados. Antes de que los de Eretria fueran apresados, el rey Darío abrigaba contra ellos un profundo rencor, ya que habían sido los primeros en iniciar las hostilidades[597].
Pero, al ver que habían sido llevados a su presencia y que 2
estaban a su merced, no les causó el menor daño, limitándose a instalarlos[598] en un territorio de su propiedad, en la re-

---

construirse cuando se constituyó la coalición griega antipersa (en 477 a. C.), pero, por problemas de enfrentamiento con la población de la isla, que quería costear las obras, no fue terminado hasta el siglo III a. C. Como es natural, en este pasaje se está haciendo referencia al templo más antiguo. Cf. R. VALLOIS, *Les constructions antiques de Délos*, París, 1953.

[595] Delión (donde, en 424 a. C., se libró la famosa batalla entre atenienses y tebanos, que puso fin a los intentos atenienses de expansión continental en la península helénica) se hallaba situada en la zona oriental de Beocia, a orillas del estrecho de Eubea. Sin embargo, no se encontraba exactamente enfrente de Calcis, sino frente a un lugar del territorio calcideo, a mitad de camino entre Calcis y Eretria. Sin duda, los bárbaros robaron la estatua de Apolo del templo de Delión (sobre él, cf. TUCÍD., IV 76; 89) mientras reponían fuerzas en Eretria, antes de desembarcar en Maratón (cf. VI 102).

[596] Sobre el oráculo y la razón de que dicha estatua no fuera devuelta a su lugar de origen hasta el año 470, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, I, pág. 374.

[597] Al apoyar a los jonios sublevados y participar en la expedición que destruyó Sardes en 498 a. C. (cf. V 99, 1).

[598] La práctica de la deportación (cf. nota V 45) tenía para los persas una doble finalidad: una medida política contra pueblos que habían ofre-

gión de Cisia[599], cuyo nombre es Arderica, situado a una distancia de doscientos diez estadios de Susa y a cuarenta del pozo que produce tres tipos de sustancias[600].

---

cido una enconada resistencia, o que se habían sublevado una vez sometidos (cf. VI 20); y, por otra parte, el aprovechamiento de los deportados como mano de obra en zonas que no contaban con poblaciones sedentarias (con ocasión de la campaña de Jerjes, en 480 a. C. algunos beocios fueron deportados a la región de los montes Zagros, cf. DIODORO, XVII 110, 4-5; y, en 350 a. C., los hebreos fueron deportados a Hircania por haberse sublevado, cf. B. SCHÜRER, *Geschichte des judischen Volkes*, III, Leipzig, 1909, pág. 6 y nota 11), o en trabajos penosos, como en el caso de los eretrieos (cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* 24, sobre la insalubridad de la región en que fueron instalados los antiguos habitantes de Eretria).

599 Cf. nota V 223.

600 Arderica de Cisia (que no hay que confundir con la Arderica situada en el valle del Éufrates, y mencionada en I 185, 2) estaba situada en el fondo del Golfo Pérsico; es decir, en la zona tan rica en petróleo en que hoy se encuentran Jorrhamsad y Abadán. La identificación del lugar corresponde a la actual aldea iraní de Quirab, donde todavía quedan restos de edificios y de una calzada. La zona, pues, distaba, respectivamente, unos 37 km. de Susa y 7 del pozo petrolífero (que debía de ser célebre, pues el historiador habla *del* pozo, y no de *un* pozo). Mientras que ESTRABÓN, XVI 1, 25, situaba el lugar en el valle alto del Tigris (ignorándose los motivos que le indujeron a efectuar dicha localización), FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* 24, situaba el lugar en que fueron asentados los eretrieos en Media, a cientos de kilómetros de Susa, sin duda debido a un epigrama atribuido a PLATÓN (cf. *Antología Palatina* VII 256), y que dice así (cito según la traducción de la obra de Filóstrato por A. BERNABÉ, en esta misma colección, quien, en la nota 63 de la pág. 98, aporta interesantes datos sobre la cuestión):

«Nosotros, que antaño navegamos sobre el oleaje de profunda corriente [del Egeo,
yacemos en el centro de la llanura de Egbátana.
Salud, patria antaño afamada de Eretria, salud, Atenas,
vecina de Eubea, salud, mar querida».

Resulta que, de dicho pozo[601], se obtiene asfalto, sal y aceite mediante el siguiente procedimiento. Su contenido se 3
extrae con un cigoñal que, en vez de un cubo, lleva adosado medio odre; con este recipiente remueven el producto y lo extraen para, acto seguido, echarlo en una cisterna, desde la que, todavía líquido, pasa a otro depósito, donde sigue tres conductos: el asfalto y la sal se solidifican inmediatamente, y en cuanto al aceite * * *[602], que es negro y que despide un fuerte olor, los persas lo denominan *radinace*[603]. Allí fue 4
donde el rey Darío instaló a los eretrieos, quienes en mi época todavía ocupaban dicho lugar conservando su primitiva lengua[604].

No obstante, la *Antología Palatina* (VII 259) nos ha transmitido otro epigrama —igualmente atribuido a Platón, sin duda porque, en *Menéxeno* 240a-b, y *Leyes* 698c, trató el tema—, que se atiene a la información de Heródoto:

«Somos naturales de Eretria, en Eubea, mas hénos aquí, cerca de Susa. ¡Qué lejos, ay, de nuestra tierra!».

En general, sobre la deportación de los eretrieos, cf. F. Grosso, «Gli Eretriesi deportati in Persia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 (1958), 350-375, y E. Herzfeld, *The Persian Empire*, Wiesbaden, 1968, págs. 11-12.

[601] Sobre el mismo, cf. R. J. Forges, *Bitumen and Petroleum in Antiquity*, Leiden, 1936, pág. 27.

[602] El texto presenta una laguna en la que, presumiblemente, se explicaría el medio de que se valían los persas para conservar el petróleo y las aplicaciones a que lo destinaban.

[603] El nombre persa para designar el petróleo, siendo ésta la primera vez que tal producto era mencionado en la Antigüedad. Sobre la utilización del mismo por griegos y romanos, cf. A. Séguin, *Le pétrole dans l'antiquité grecque et romaine* (IIme Congrès Mondial du Pétrole), París, 1937.

[604] Lo cual no tenía nada de extraño, pues, desde su deportación hasta la época de Heródoto, habían transcurrido menos de 50 años; y, además, los eretrieos formarían un clan endogámico. Diodoro (XVII 119) afirma,

Llegada de los lacedemonios al Ática

120 Tal fue, en definitiva, la suerte de los eretrieos. Por su parte, después del plenilunio, se trasladaron a Atenas dos mil lacedemonios que tenían un gran empeño en llegar a tiempo, hasta el extremo de que se presentaron en el Ática dos días después de haber salido de Esparta[605]. Y, aunque llegaron una vez librada la batalla[606], manifestaron, no obstante, su deseo de contemplar a los medos; así que se dirigieron a Maratón y pudieron contemplarlos[607]. Acto seguido, felicitaron a los atenienses, encomiando su gesta, y regresaron a su patria.

---

incluso, que los beocios deportados por Jerjes a la región de los montes Zagros seguían hablando griego cuando Alejandro conquistó el imperio persa.

[605] Como el plenilunio tuvo lugar el día 15 de *Metagitnión* (= 10 de agosto —o septiembre— de 490 a. C.), los lacedemonios saldrían de Esparta el día 16 de buena mañana y llegarían a Atenas el día 18 (la batalla de Maratón se libró el 17) al anochecer, con lo que tendría razón Isócrates (*Panegírico* 87) al decir que estuvieron tres días y tres noches de marcha (16, 17 y 18 de *Metagitnión*), aunque la última noche no sería completa. Por su parte, el testimonio de Heródoto se atendría también a la tradición más generalizada: llegaron a Atenas dos días después (el 18) de haber salido de Esparta (el 16). En todo caso, una verdadera proeza para un ejército integrado fundamentalmente por infantería pesada.

[606] De acuerdo con Platón (*Menéxeno* 240c; *Leyes* 698e), los espartanos llegaron al día siguiente de la batalla. Es decir, cuando Milcíades y los atenienses estaban acampados en el santuario de Cinosarges (cf. VI 116), y los persas acababan de anclar en Falero (*ibid.*). Sin duda, fue la presencia de los hoplitas espartanos lo que indujo al Estado Mayor persa a no intentar un desembarco, tras la derrota sufrida por parte de sus efectivos en Maratón, pese a contar con destacamentos de caballería.

[607] Señal de que todavía no habían sido enterrados; lo cual parece conformarse al testimonio antes citado de Platón.

Apología de los Alcmeónidas en relación con la batalla

Y por cierto que me causa extrañeza —y me niego a aceptar semejante afirmación— que los Alcmeónidas, en connivencia con los persas, pudieran hacerles una señal, levantando un escudo[608], con el propósito de que Atenas quedara bajo el yugo de los bárbaros, y de Hipias, dado que los miembros de esa familia se han venido mostrando —tanto o más que Calias[609], el hijo de Fenipo y padre de Hipónico— enemigos declarados de la tiranía[610]. Pues Calias fue el único 121 2

[608] Cf. VI 115.

[609] La familia de Calias fue una de las más nobles y ricas que hubo en Atenas. Sobre la riqueza de su nieto —contemporáneo de Heródoto y cuyo prestigio en Atenas era grande cuando el historiador permaneció en la capital del Ática—, que se llamaba como el abuelo, cf. ARISTODEMO, fr. 13, 2, *F. Gr. Hist.* 104; SUDA, *s. v. Kallías.*

[610] La apología que de los Alcmeónidas hace Heródoto es poco convincente. Al hablar del encumbramiento de la familia, alude a sus buenas relaciones con Creso (cf. VI 125), quien precisamente había sido el primer bárbaro que esclavizó comunidades helénicas (cf. I 6, 2). Alude también a su parentesco con el tirano de Sición, Clístenes (cf. VI 126 y sigs.); y, aunque omite el apoyo de los Alcmeónidas con que contó Pisístrato para recobrar por primera vez la tiranía (cf. I 60, y PLUTARCO, *Moralia* 863b), hay en la narrativa del historiador tres hechos que debieron de ser obra de un partido ateniense propersa, y los Alcmeónidas pudieron haber sido esa facción: 1. La solicitud de una alianza con Persia, en 507-506 a. C., para hacer frente a los espartanos (cf. V 73, y notas V 349 y 352). 2. La incomprensible retirada de las veinte naves enviadas en socorro de los jonios (cf. V 103, 1), aunque en este punto los partidarios de los Pisistrátidas pudieron haber sido los promotores (cf. nota V 512), si bien no se descarta una coalición interna en Atenas entre Alcmeónidas y Pisistrátidas; cf. G. W. WILLIAMS, «The Curse of the Alkmaionidai, II. Kleisthenes and the Persian Wars», *Hermathena* 79 (1952), 18, y D. KAGAN, «The Origin and Purposes of Ostracism», *Hesperia* 30 (1961), 398. 3. La multa impuesta a Frínico (cf. VI 21, 2) por razones exclusivamente políticas (cf. nota VI 93). De esta tendencia poco patriótica de los Alcmeónidas —aunque, con el auge de Pericles, la propaganda en pro de

ciudadano ateniense que, cuando Pisístrato se vio desterrado de Atenas, se atrevió a comprar sus bienes en la subasta organizada por el Estado; y, además, tramó contra él, con la saña más absoluta, toda suerte de intrigas.

122 [Y es de justicia, por muchas razones, que todo el mundo tenga presente en su recuerdo al citado Calias[611]. Ante todo, por lo que acabo de indicar; porque fue un ferviente defensor de la libertad de su patria; pero, asimismo, por los éxitos que alcanzó en Olimpia, ya que obtuvo la victoria en la prueba hípica[612] y fue segundo en la carrera de cuadrigas

---

los Alcmeónidas tendería a echar tierra al asunto, y de ahí las argumentaciones de Heródoto— se hacen eco, además, Píndaro, *Pítica* VII 18 (pasaje referido probablemente a un hecho del año 486; Cf. U. von Wilamowitz, *Aristoteles und Athen*, Berlín, 1893, II, págs. 32 y sigs.), y Aristóteles, *Const. Atenas* 22, al afirmar que el Alcmeónida Megacles (que fue ostraquizado en el año 487-486 a. C.) estaba implicado en ambiciones tiránicas—. En general (y además de la obra de D. Gillis citada en la nota VI 582), cf. M. F. Mc Gregor, «The Pro-Persian Party at Athens», *Harvard Studies in Classical Philology*, Suppl. 1 (1940), 88 y sigs.

[611] Todo este capítulo es una interpolación, de carácter panegírico hacia Calias, cuya autoría no puede atribuirse a Heródoto por las siguientes razones: 1) Falta en los mejores manuscritos. 2) Sintácticamente, puede haber una perfecta continuidad entre «dado que los miembros de esa familia...» (de VI 121, 1) y «...vivieron en el exilio por huir de los tiranos...» (de VI 123, 1). 3) Mientras que Plutarco *(Moralia* 863) critica al historiador por mencionar a Calias en VI 121, 1, acusándolo de adulador hacia un personaje importante cuando Heródoto estaba en Atenas, no dice nada sobre este capítulo, lo cual parece indicar que, en el texto utilizado por Plutarco, no figuraba. 4) Hay una serie de frases y palabras que, o son posteriores al siglo v, o no son nunca utilizadas por el historiador; y, por otra parte, otros términos reiterativos demuestran un afán por imitar a Heródoto (cf. W. W. How y J. Wells, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 115).

[612] En la Olimpiada 54 (= año 564 a. C.); cf. *Escolio* a Aristófanes, *Aves* 283. Sobre las pruebas hípicas y sus diferencias con las carreras de cuadrigas, cf. C. Durantez, *Las Olimpiadas griegas...*, págs. 285 y sigs.

(por cierto que anteriormente había triunfado en los Juegos Píticos), haciéndose famoso en toda Grecia por la enormidad de sus gastos.

Además, demostró la clase de hombre que era con las 2
tres hijas que tenía, pues, cuando estuvieron en edad de casarse, les dio una dote sumamente espléndida y atendió sus deseos, dado que las casó con el hombre que, de entre la totalidad de los atenienses, cada una quiso escoger personalmente por marido[613].]

También los Alcmeónidas sentían hacia los tiranos la 123
misma aversión que ese individuo, o casi tanta. De ahí que me cause extrañeza y no admita la calumnia de que hicieran una señal, levantando un escudo, unas personas como ellos, que en todo momento[614] vivieron en el exilio por huir de los tiranos[615] y cuyas intrigas obligaron a los Pisistrátidas a
abandonar la tiranía. En mi opinión, por lo tanto, fueron 2

613 Cosa que suponía una actitud excepcional por parte de un padre, ya que los matrimonios se concertaban entre los padres de los futuros esposos, sin que éstos pudieran presentar la menor objeción, sobre todo en el caso de las mujeres. Cf. R. Maisch y F. Pohlhammer, *Instituciones griegas...*, págs. 173 y sigs.

614 Es decir, durante todo el tiempo en que en Atenas existió un régimen tiránico como sistema de gobierno.

615 Los Alcmeónidas no vivieron exilados desde que Pisístrato se hizo con la tiranía, sino desde que las diferencias del Alcmeónida Megacles con Pisístrato —tras la segunda toma del poder por parte de éste, gracias al apoyo del primero; cf. I 60-61— se hicieron muy profundas. Pero lo que hoy parece cierto es que Heródoto, en la cuestión relativa a las relaciones Alcmeónidas-Pisistrátidas, reproduce de buena fe las falsedades que la propaganda Alcmeónida inventó en el siglo v a. C., ya que, en realidad, la familia de Clístenes, muy pragmática, no dudó en colaborar con la tiranía en cuantas ocasiones convino a sus intereses. Cf. P. J. Bicknell, «The exile of the Alkmeonidai during the Peisistratid tyranny», *Historia* 19 (1970), 129 y sigs.

ellos los libertadores de Atenas, en mayor medida que Harmodio y Aristogitón propiamente dichos[616]. Pues estos últimos, al asesinar a Hiparco, irritaron a los demás Pisistrátidas, pero en modo alguno contribuyeron a poner fin a su tiranía[617]; en cambio, no hay duda de que los Alcmeónidas dieron la libertad a su ciudad, si es que en realidad fueron ellos quienes, tal como he indicado anteriormente[618], persuadieron a la Pitia para que ordenara a los lacedemonios que liberasen Atenas.

124 Ahora bien, podría objetarse que quizá traicionaron a su patria molestos por lo que fuera con el pueblo ateniense. Pero, de hecho, en la propia Atenas no había ninguna familia más influyente que ellos ni que hubiese recibido más hono-
2 res[619]. Así pues, el sentido común no permite creer que fueran precisamente ellos quienes, escudo en alto, hicieran una

[616] Las figuras de Harmodio y Aristogitón fueron muy «manipuladas» en Atenas (el propio Tucídides [VI 54] coincide con Heródoto al afirmar que no fueron ellos los liberadores de Atenas); y, entre los diversos partidos atenienses, se adoptaron dos actitudes diferentes: los partidarios de los Alcmeónidas —y Heródoto se está haciendo eco de ello— afirmaban que fueron éstos los verdaderos liberadores de Atenas (cf. C. W. Fornara, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 114 [1970], 155 y sigs.); mientras que los adversarios políticos de los Alcmeónidas promovieron, para contrarrestar esa afirmación, el encumbramiento de los tiranicidas (cf. A. J. Podlecki, «The political significance of the 'Tyrannicide-cult'», *Historia* 15 [1966], 129 y sigs.).

[617] Cf. V 55, *ad finem;* y notas V 253 y 254.

[618] Cf. V 63, 1.

[619] Heródoto, pues, ignoraba que, en 490 a. C., el prestigio de los Alcmeónidas perdía cada vez más importancia, en beneficio de Milcíades y sus aliados, así como que Megacles había sido ostraquizado (cf. nota VI 610). Cf. D. W. Knight, *Some Studies in Athenian Politics in the fifth century B. C.* («Athenian Politics, 510 to 478 B. C.: Some Problems», págs. 25 y sigs.), Wiesbaden, 1970 (Historia, Einzelschriften 13).

señal con semejante propósito. Pues lo cierto es que se hizo una señal levantando un escudo; y la cuestión no puede soslayarse, ya que el incidente tuvo lugar[620]. No obstante, al margen de lo que he dicho, no puedo precisar quién fue el autor de la señal[621].

Historia de los Alcmeónidas

Los Alcmeónidas, por cierto, des- 125
collaban en Atenas ya desde antiguo, pero alcanzaron su máximo esplendor a partir de Alcmeón y, seguidamente, a partir de Megacles. Resulta que Alcmeón, hijo de Megacles[622], se puso a 2
disposición de los lidios que, por orden de Creso[623], ha-

[620] Pese a que algunos críticos (cf. U. von Wilamowitz, *Aristoteles und Athen...*, II, págs. 85-86, y nota 24; y V. Ehrenberg, *From Solon to Socrates. Greek History and Civilization during the 6th. and 5th. Centuries B. C.*, Londres, 1968, pág. 136) han negado su historicidad, toda la estrategia persa en su ataque al Ática, durante la primera guerra médica, se justifica precisamente por la existencia de un partido propersa en Atenas. Y, si la señal se produjo, no hay duda de que los miembros de ese partido estaban dispuestos a actuar. Si sus planes no llegaron a consumarse fue por la rápida presencia de los atenienses, vencedores en Maratón, en Cinosarges y por la llegada, a la mañana siguiente, de los hoplitas espartanos.

[621] El historiador, en este caso, no informa de que se hubiese preocupado celosamente por el tema, como hace en otras ocasiones (cf., por ejemplo, III 115, 2). Como señala D. Gillis *(Collaboration with the Persians...*, pág. 50), «it is odd that Herodotus never accuses the Athenian followers of Hippias of having given the shield signal, not even at the end of his discussion (6. 124)».

[622] Como se ve, los nombres de Megacles y Alcmeón alternaban en la familia. Este Megacles fue arconte en tiempos de la conjuración de Cilón (cf. V 71, y nota V 336), que tuvo lugar hacia 640-630 a. C. (cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte...*, pág. 120). Sobre la familia de los Alcmeónidas, *vid.* J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C...*, págs. 368-385.

bían llegado desde Sardes para consultar el oráculo de Delfos[624], dispensándoles una decidida ayuda. Y, cuando Creso se enteró, por los lidios que visitaban los oráculos, de los favores que le prestaba Alcmeón[625], hizo que se presentara en Sardes; y, a su llegada, lo obsequió con todo el
3 oro que pudiera llevarse encima[626] de un golpe. Ante seme-

[623] Como en otras ocasiones, la cronología es deficiente debido a que, para Heródoto, las noticias relativas a la historia de Atenas comenzaban, de forma más o menos continua, con la figura de Pisístrato. Alcmeón (cf. PLUTARCO, *Solón* 11) estuvo al frente de las tropas atenienses que tomaron parte en la «primera guerra sagrada» (hacia 590 a. C., aproximadamente), que los Anfictiones délficos organizaron contra la ciudad de Cirra, situada a orillas del golfo de Corinto, y a unos 10 km. al SO de Delfos, que pretendía controlar el santuario de Apolo (cf. J. JANNORAY, «Krisa, Kirrha et la première guerre sacrée», *Bulletin Correspondence Hellénique* 61 (1937), 33 y sigs.; y P. GUILLON, *Études béotiennes. Le Bouclier d'Héracles et l'histoire de la Grèce centrale dans la période de la première guerre sacrée,* Aix-en-Provence, 1963). Como Creso, por su parte, reinó en Lidia desde 560 a 547 a. C. (cf. F. H. WEISSBACH, *s. v., R. E.*, Suppl. 5 [1931], cols. 455 y sigs.), es indudable que Alcmeón vivió una generación antes que Creso, por lo que, si Alcmeón visitó la corte de Sardes, como luego se dice, lo haría en tiempos del padre de Creso, Aliates (hacia 607-560 a. C.). Según sugirió ED. MEYER *(Geschichte des Altertums...,* I, pág. 488), la historia que narra Heródoto es un reflejo del comercio que los Alcmeónidas debieron de mantener con la monarquía lidia y que les reportaría pingües beneficios.

[624] El *Marmor Parium* (una estela de mármol, erigida en Paros en el siglo III a. C., y que contiene un repertorio cronológico; cf. F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 239) data la embajada de los lidios a Delfos en 556-555 a. C.

[625] Es decir, que actuaba como una especie de *próxeno* (cf. nota VI 277) de los lidios, pues Creso debió de consultar el oráculo en diversas ocasiones, y de ahí la acción repetida. Sin embargo, este colaborador de los lidios debió de ser Megacles, el hijo de Alcmeón. Cf. M. MILLER, «The Herodotean Croesus», *Klio* 41 (1963), 58 y sigs., especialmente 77-81.

[626] Literalmente, «en su cuerpo»; es decir, por sí mismo y sin ayuda de esclavos o carros.

jante obsequio, Alcmeón tomó las siguientes medidas: se
puso una gran túnica, dejando que la misma formase por
abajo un amplio pliegue, se calzó las botas más holgadas
que pudo encontrar, y se dirigió a la cámara del tesoro a la
que lo guiaron[627]. Entonces se lanzó sobre un montón de 4
oro en polvo y, primero, se rellenó de arriba a abajo las
piernas con todo el oro que podían contener las botas; acto
seguido, llenó por completo el pliegue de la túnica, impreg-
nó sus cabellos de oro en polvo, se metió otra cantidad en la
boca, y salió de la cámara del tesoro arrastrando a duras pe-
nas las botas y asemejándose a cualquier cosa menos a un
hombre, ya que tenía los carrillos repletos y todo el cuerpo
atiborrado.

Al verlo, a Creso le entró un ataque de risa, y no sólo le 5
dio todo aquel oro, sino que, además, lo obsequió con otros
regalos no menos importantes. Así fue como esa familia
consiguió una gran fortuna, y de ahí que el tal Alcmeón fue-
se propietario de cuadrigas y triunfara en los Juegos Olím-
picos[628].

Posteriormente —una generación después—, Clístenes, el 126
tirano de Sición[629], acrecentó la importancia de esa fami-
lia, hasta el extremo de que, en Grecia, alcanzó una fama
muy superior a la que hasta entonces poseía. Resulta que

[627] Pues Creso era tan rico que poseía diversas cámaras para albergar sus tesoros. Cf., *supra*, I 30, 1.

[628] Según Isócrates, *Sobre el tronco de caballos* 25, fue el primer ateniense que lo consiguió. Esta victoria de Alcmeón pudo producirse en la Olimpíada 47 (= 592 a. C.); cf. *Escolio* a Píndaro, *Pítica* VII 14. Muy posiblemente tiene razón Heródoto al afirmar que Alcmeón fue sumamente rico, ya que el nombre de la familia (Alcmeónidas) debió de generalizarse por su encumbramiento económico en tiempos de Alcmeón.

[629] Sobre este tirano, cf. nota V 313; y M. F. Mc Gregor, «Cleisthenes of Sicyon», *Transactions American Philological Association* 72 (1941), 266 y sigs.

Clístenes, hijo de Aristónimo, nieto de Mirón y bisnieto de Andreas[630], tenía una hija, cuyo nombre era Agarista, y quiso dar con el griego más destacado de todos para con-
2 cederle su mano. En ese sentido, mientras se celebraban los Juegos Olímpicos —en el curso de los cuales obtuvo la victoria con su cuadriga[631]—, Clístenes hizo lanzar un bando según el cual todo griego que se considerara digno de convertirse en yerno suyo debería presentarse en Sición al cabo de sesenta días, o incluso antes, ya que él se proponía celebrar la boda en el plazo de un año a partir de la

[630] Esta genealogía de Clístenes de Sición plantea numerosos problemas. Ante todo, la ausencia del nombre de Ortágoras, que otros autores antiguos consideran el epónimo y fundador de la dinastía (cf. ARISTÓTELES, *Política* V 12, 1315b 11 y sigs.; PLUTARCO, *Moralia* 553b). DIODORO (VIII, fr. 24) afirma que Andreas era un cocinero, y quizá cambió su nombre por el de Ortágoras (que en griego resulta más ampuloso) cuando se alzó con la tiranía hacia el año 670 a. C. (sin embargo, en el *Papiro de Oxyrrinco* 1365 —que contiene un interesante fragmento de Éforo sobre la historia de Sición— se dice que Andreas fue el padre de Ortágoras). Mirón I sucedió a su padre en la tiranía (cf. PAUSANIAS, VI 19, 2, quien recuerda su victoria en Olimpia, en la carrera de cuadrigas, en 648 a. C., aunque LIPPOLD, *s. v. Sikyon, R. E.*, II A, cols. 2536 y sigs., traza un cuadro genealógico de la familia que conjuga los testimonios de las fuentes antiguas, suponiendo que Ortágoras fue hermano de Mirón I, y, por lo tanto, hijo de Andreas). La tiranía debió de pasar luego a manos de Aristónimo (en contra, sin embargo, cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 661-662), heredándola posteriormente su hijo Mirón II, hacia el año 605 a. C., que mantuvo diferencias con sus hermanos y acabó siendo asesinado por el más joven, el Clístenes en cuestión (cf. NICOLAO DE DAMASCO, fr. 61, 6, *F. Gr. Hist.* 90). En general, cf. H. BERVE, *Die Tyrannis bei den Griechen...*, I, págs. 27 y sigs.; y C. MOSSÉ, *La tyrannie dans la Grèce Antique*, París, 1969, págs. 37 y sigs.

[631] Posiblemente, en la Olimpiada 52 (= 572 a. C.), ya que la boda de Megacles con Agarista no debió producirse con posterioridad a esa fecha, teniendo en cuenta que Megacles ya tenía una hija casadera cuando Pisístrato regresó de su primer exilio (cf., *supra*, I 61).

fecha citada. Entonces, todos los griegos que se sentían 3
ufanos de su valía personal y de su patria fueron acudiendo en calidad de pretendientes. Clístenes, a tal efecto, había hecho construir para los asistentes un estadio así como una palestra[632].

Pues bien, de Italia[633] llegaron Esmindírides de Síbaris, 127
hijo de Hipócrates, un sujeto singular que, como es sabido, llegó en su gusto por lo exquisito a los mayores extremos[634] (por cierto que, por esas fechas, Síbaris estaba en el cenit de su poderío[635]), y Dámaso de Siris[636], hijo de Amiris (a quien se denominaba «el Sabio»[637]).

---

[632] Como la mayoría de los tiranos griegos, Clístenes se dedicó a intensas actividades de obras públicas, tanto para realzar la importancia de su ciudad, como para dar trabajo a los ciudadanos más menesterosos. PAUSANIAS (II 9, 6) cita un espléndido pórtico que había mandado construir en el ágora de Sición con el botín conseguido en la primera guerra sagrada (cf. nota VI 623), en la que también participó Clístenes.

[633] Para Heródoto, Italia hacía referencia al golfo de Tarento y a todas las ciudades griegas allí fundadas.

[634] El lujo de los sibaritas (el gentilicio se ha conservado en nuestro idioma aplicado a las personas dadas a los placeres refinados) era proverbial en la Antigüedad. Y, como dice el historiador, Esmindírides debía de ser muy famoso por su refinamiento. Según ATENEO (273b; 541b), tenía a su servicio mil cocineros; y SÉNECA *(De Ira* II 15) cuenta que, sólo ver trabajar a un hombre, ya le producía fatiga. No obstante, a Esmindírides debieron de atribuírsele una serie de anécdotas, con el paso de los años, que o bien no eran ciertas, o bien habían sido protagonizadas por otras personas.

[635] Síbaris no fue destruida por Crotón hasta el año 511- 510 a. C. Cf. nota V 190.

[636] Como Síbaris, ciudad situada a orillas del golfo de Tarento, a unos 60 km. al N de Síbaris.

[637] Según la SUDA *(s. v. Ámyris),* fue la única persona que interpretó acertadamente un oráculo délfico que predecía la destrucción de Síbaris.

2 Esos pretendientes llegaron de Italia; mientras que, desde el golfo Jonio, lo hizo Anfimnesto de Epidamno[638], hijo de Epístrofo. Ése fue el pretendiente que llegó del golfo Jonio. También se presentó un etolio[639], un hermano de Titormo —el famoso Titormo, cuya potencia física no tuvo parangón en Grecia[640] y que rehuyó todo contacto humano, refugiándose en lo más recóndito de Etolia—, llamado Males.
3 Del Peloponeso acudió Leocedes, hijo de Fidón, el tirano de Argos[641] (el célebre Fidón, que fijó entre los habitantes del Peloponeso los sistemas de pesos y medidas[642] y que,

---

[638] Ciudad fundada hacia 625 a. C. en Iliria, a orillas del Adriático (que Heródoto denomina «golfo jonio»), por colonos procedentes de Corinto y Corcira.

[639] Etolia era una comarca de Grecia central, situada al norte de la costa NO del golfo de Corinto.

[640] Según ELIANO *(Historias Varias* XII 22), Titormo había vencido al famoso luchador Milón de Crotón (cf. III 137, 5; y nota III 703). Pero, como éste fue contemporáneo de Darío, o bien el testimonio de Eliano es erróneo, o Heródoto transmite una información equivocada al afirmar que un hermano de Titormo aspiró a la mano de Agarista.

[641] La cronología de Fidón es incierta, ya que las fuentes antiguas lo sitúan entre los años 900 y 600 a. C. (cf., para un resumen de las mismas y de las interpretaciones de la crítica, W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, págs. 117-118; y G. ZOERNER, *Kypselos und Pheidon von Argos. Untersuchungen zur frühen griechischen Tyrannis*, Marburg, 1971). En cualquier caso, las cronologías y las genealogías exactas no tienen ningún valor en este pasaje, que consiste en un relato, común a otras culturas, sobre el matrimonio de la única hija de un poderoso soberano. Parece poco verosímil, sin embargo, que un argivo aspirase a la mano de la hija de Clístenes, teniendo en cuenta la rivalidad existente entonces entre Sición y Argos (cf. V 67 y nota V 314).

[642] El sistema llamado «eginético», que rigió en el mundo griego hasta que el auge de Atenas (donde Solón lo había modificado parcialmente; cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 10) hizo que se adoptara el sistema ateniense. Pese a que la atribución a Fidón de tal disposición es controvertida (al igual que lo es el que fuese el primer dirigente griego que mandara acuñar moneda —lo que supondría una cronología baja—; cf.

sin lugar a dudas, fue la persona más arrogante de toda Grecia[643], hasta el punto de que cesó a los eleos que presidían los Juegos Olímpicos y él personalmente organizó la competición). Además del hijo de ese sujeto, se presentaron también Amianto, hijo de Licurgo, un arcadio originario de Trapezunte[644], Láfanes —un azanio oriundo de la ciudad de Peo[645]—, hijo de Euforión (quien, según una historia que circula en Arcadia, albergó en su casa a los Dioscuros[646] y que, desde entonces, brindaba hospedaje a todo el mundo), y un eleo[647] llamado Onomasto, hijo de Ageo. Éstos fue- 4

R. M. Cook, «Speculations on the Origin of Coinage», *Historia* 7 [1958], 257 y sigs.), si la creación del sistema tuvo un origen argivo, ello habría sucedido en una época en la que Argos era la ciudad más importante del Peloponeso, quizá hacia 668 a. C., cuando, en el período comprendido entre las dos guerras mesénicas, Argos consiguió vencer a los espartanos en Hisias (cf. Pausanias, II 24, 7).

[643] Al organizar él los juegos en lugar de los eleos incurrió en un acto de *hýbris*, e incluso de impiedad, al desposeer de su derecho a los eleos e innovar en lo que formaba parte de una ceremonia sagrada. Según Pausanias (VI 22, 2, en contradicción con su testimonio citado en la nota anterior), este desafuero tuvo lugar en la octava Olimpiada (= 748 a. C.). En general, cf. Ed. Will, *Korinthiaka...*, págs. 344-357.

[644] En las estribaciones septentrionales del monte Liceo, al SO de Arcadia.

[645] Azania era una región del NO de Arcadia. Peo, que se encontraba en dicha comarca, se hallaba en un pequeño valle situado entre los cursos altos de los ríos Erimanto y Ladón, ambos afluentes por la derecha del Alfeo, el río que pasa por Olimpia.

[646] Cástor y Pólux, así llamados por ser hijos de Zeus (sobre ellos, cf. nota V 360), quienes, bajo la apariencia de dos jóvenes viajeros, recorrían el mundo griego para poner a prueba el carácter hospitalario de los mortales.

[647] Sobre la Élide, cf. nota VI 334.

ron, en suma, los pretendientes que acudieron desde el propio Peloponeso[648].

De Atenas llegó Megacles, hijo de Alcmeón (el sujeto que se trasladó a la corte de Creso), y, con él, Hipoclides, hijo de Tisandro, el ciudadano más rico y apuesto de Atenas. De Eretria, que por aquel entonces gozaba de una floreciente prosperidad[649], acudió Lisanias, la única persona de Eubea que lo hizo.

De Tesalia se presentó Diactóridas de Cranón, un miembro de la familia de los Escópadas[650]; y, desde el territorio de los molosos[651], lo hizo Alcón.

128 Tal fue, en total, el número de pretendientes[652]. A su llegada en el plazo establecido, Clístenes lo primero que hizo fue recabar información acerca de sus patrias y de la alcurnia de cada uno. Posteriormente, los retuvo a su lado durante un año y puso a prueba su valía personal, sus inclinaciones, su educación y su carácter, tanto en entrevistas privadas con cada uno de ellos, como en reuniones conjuntas. Asimismo, a los pretendientes más jóvenes se los llevaba a realizar ejercicios gimnásticos; pero donde los puso a prueba con mayor atención fue en la mesa, pues, durante todo el tiempo en que los retuvo a su lado, se dedicó constantemente

---

648 Donde estaba situada Sición (en el NE, a orillas del golfo de Corinto).

649 Probablemente porque todavía no llevaba la peor parte en la «guerra lelantina» (sobre ella, cf. nota V 497). *Vid.* K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, 1, págs. 338-339.

650 La familia más importante de la ciudad (que estaba situada a unos 25 km. al SO de Camisa). Cf. M. Sordi, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno*, Roma, 1958, págs. 59 y sigs.

651 Pueblo establecido en el Epiro, en las proximidades de Dodona.

652 Sobre el conjunto de este «catálogo» de pretendientes, *vid.* la interpretación de Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 44, nota 2.

a esa tarea[653] y, además, los agasajó espléndidamente. Pues 2 bien, al parecer, los pretendientes que más le agradaban eran los que habían llegado de Atenas[654]; y, de los dos en cuestión, era Hipoclides, el hijo de Tisandro, quien gozaba de sus preferencias, tanto por su valía personal, como debido a que, por sus antepasados, estaba emparentado con los Cipsélidas de Corinto[655].

Cuando llegó el día fijado para el banquete de bodas y 129 para que, por su parte, Clístenes designara a la persona ele-

---

653 Es decir, a ponerlos a prueba. Según otra interpretación que permite el texto, la traducción podría ser también: «atendió constantemente a todas sus necesidades».

654 Pese a que su tesis presenta problemas cronológicos (ya que, concretamente, piensa en los Pisistrátidas; y Pisístrato no se hizo con la tiranía hasta 560-559 a. C.), G. Daverio, «Aristocrazia genetica ed organizzazione politica arcaica», *Parola del Passato* 28 (1973), 92 y sigs., considera que Clístenes de Sición se decantaba en sus preferencias por Megacles, un Alcmeónida, e Hipoclides, un Filaida, con vistas a financiar a unas familias que no tenían acceso a la propiedad de las minas áticas de Laurio, tal vez con el propósito de que, si llegaban a controlarlas, Sición pudiera verse beneficiada.

655 Hipoclides pertenecía a la familia de los Filaidas (según Ferécides de Atenas, fr. 2, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 3, Hipoclides fue el padre de Milcíades el Viejo, cosa que es inexacta [cf. nota VI 176]; pero parece indudable que no se le hubiera relacionado con los Filaidas si no hubiese pertenecido a esa familia. H. Berve, *Miltiadès...*, págs. 2-3, suponía que, en realidad, Hipoclides fue el hermano de Cípselo, el padre de Milcíades I). Y entre los Filaidas de Atenas y los Cipsélidas de Corinto existía un origen común, ya que la madre del epónimo de aquella familia, el mítico Fileo (hijo de Áyax), descendía del lapita Ceneo (cf. Esteban de Bizancio, *s. v. Philaîdai*), al igual que Eetión, el padre de Cípselo de Corinto (cf. V 92 β, 1; y nota V 438). Pese a que, cuando tuvo lugar la boda de Agarista (hacia 572-571 a. C.), Periandro de Corinto hacía ya más de diez años que había muerto, y la dinastía de los Cipsélidas ya había sido derrocada, para Clístenes de Sición (que descendía de un cocinero y no podía mostrar unos antepasados ilustres; cf. nota VI 630) supondría un señalado honor conseguir que su familia entroncara con un personaje de tan alta cuna.

gida entre todos los aspirantes, este último sacrificó cien bueyes[656] y obsequió con un festín a los pretendientes propiamente dichos, así como a todos los habitantes de Sición.
2 Una vez terminado el convite, los pretendientes se pusieron a competir sobre temas musicales y a hacer gala de su elocuencia[657]. La sobremesa se iba prolongando, cuando Hipoclides, cuyo ingenio eclipsaba sensiblemente al de los demás, le pidió al flautista que hiciera el favor de interpretar una pieza de danza[658]; y, en el momento en que el flautista cumplió sus deseos, se puso a bailar.

Por lo visto, Hipoclides disfrutaba en su fuero interno con el baile, pero Clístenes, ante el espectáculo, empezó a recelar
3 de todo aquello[659]. Acto seguido, y tras una breve pausa,

---

[656] Es decir que realizó una *hecatombe* en el sentido primitivo del término (la inmolación de cien bueyes a una divinidad), que, con el tiempo, pasó a significar ofrenda o sacrificio en general. Clístenes, sin embargo, se atiene al ritual primitivo para dar mayor realce a la fiesta de los esponsales de su hija.

[657] Literalmente, «y sobre lo que se dice ante la concurrencia». Como dice Ph.-E. Legrand *(Hérodote. Livre VI...*, pág. 120, nota 2), «des propos qui n'étaient pas destinés seulement à l'oreille d'un 'voisin de lit'..., mais à celles de toute l'assistance: anecdotes piquantes, énigmes, bon mots, discussions qui pouvaient aborder les sujets plus élevés». Es interesante la traducción de A. Horneffer, *Herodot. Historien,* Stuttgart, 1971, pág. 428: «Nach dem Mahle wetteiferten die Freier im Vortrag von liedern und Scherzen»; y reiterativa, a mi juicio, la de A. Barguet, *Historiens grecs...*, pág. 454: «...les prétendants faisaient à l'envie montre de leurs talents en musique et poésie, entre autres sujets de conversation générale», porque, en el término griego *amphì mousikê,* ya va implícita la idea de interpretaciones cantadas y recitaciones poéticas, además de la de música en general.

[658] El término griego *(emmeleiē)* alude a una danza de tipo serio y comedido, como la que se interpretaba en las representaciones trágicas.

[659] Porque la danza, que tenía un lugar importante en los banquetes (al margen de aquellas que constituían un elemento oficial en las ceremo-

Hipoclides pidió que alguien trajera una mesa; y, cuando la mesa llegó a la sala, primero bailó sobre el mueble unas cabriolas laconias, luego otras de origen ático, y, en tercer lugar, con la cabeza apoyada encima de la mesa, ejecutó con las piernas unas pantomimas[660]. Durante la interpretación de 4
los dos primeros bailes, Clístenes desechó ya la idea de que Hipoclides llegara a convertirse en yerno suyo debido a la indecente exibición de baile, pero se contuvo, pues no quería tener un altercado con él. Mas, cuando vio que ejecutaba unas pantomimas con las piernas, no pudo contenerse por más tiempo y exclamó: «Hijo de Tisandro, a fe que con tus bailes has dado al traste con la boda»[661]. Sin embargo Hipoclides le respondió como sigue: «A Hipoclides le tiene sin cuidado».

A raíz de ello, esta frase constituye un proverbio. En- 130
tonces Clístenes impuso silencio y, ante toda la concurrencia, se expresó en los siguientes términos: «Pretendientes de mi hija, yo sólo tengo elogios para todos vosotros y, si fuera

---

nias religiosas de la ciudad), era interpretada por bailarines profesionales, que, por lo general, eran esclavos en el caso de los hombres y cortesanas en el de las mujeres. Cf. K. Latte, «De saltationibus Graecorum», *Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten* 13 (1913), 3.

[660] En su entusiasmo, Hipoclides había ido aumentando el carácter desenfadado de sus bailes, ya que las «cabriolas» laconias imitaban marchas militares, y las áticas escenas cómicas de la vida cotidiana. Para que un convidado a un banquete —y más en el caso de un eupátrida— llegase a interpretar personalmente una danza, era necesario que hubiese llegado a un grado de excitación muy acusado (cf. Teofrasto, *Caracteres* 11, sobre su retrato del «importuno»).

[661] El texto griego presenta un juego de palabras, ya que literalmente dice: «...dejaste de bailar la boda»; lo cual viene a equivaler a «...perdiste, bailando, la boda». Sobre el posible paralelo existente entre la anécdota del baile de Hipoclides y una fábula oriental, cf. R. W. Macan, *Herodotus. The fourth, fifth and sixth books...*, II, págs. 304 y sigs.

posible, desearía complaceros a todos, sin tener que elegir específicamente a uno solo de vosotros y rechazar a los demás.
2 Pero como, al decidir el futuro de una sola muchacha, me resulta imposible contentaros a todos, a quienes debáis renunciar a esta boda os voy a obsequiar, individualmente, con un talento de plata[662] por haber aspirado a casaros con mi hija y por haber permanecido ausentes de vuestra patria. Concedo, en fin, la mano de mi hija Agarista al hijo de Alcmeón, a Megacles, de acuerdo con las leyes atenienses»[663]. Megacles, entonces, manifestó que aceptaba su mano y el matrimonio quedó ratificado por parte de Clístenes.

131 Todo esto ocurrió con motivo de la elección de los pretendientes, y así fue como la fama de los Alcmeónidas se extendió por Grecia.

Fruto de ese matrimonio nació Clístenes (el que implantó en Atenas las tribus y el régimen democrático[664]), que se llamaba así en memoria de su abuelo materno, el tirano de Si-
2 ción. Además de Clístenes, Megacles tuvo también a Hipócrates, quien, a su vez, fue padre de otro Megacles y de una segunda Agarista (que se llamaba así en memoria de Agarista, la hija de Clístenes). Esta última contrajo matrimonio con Jantipo, hijo de Arifrón, y, mientras estaba embarazada, tuvo

---

[662] Suma que equivalía a 25,92 kg.

[663] Cuando tuvo lugar la boda de Agarista con Megacles, las leyes atenienses reconocían como legítimo el matrimonio de un ciudadano con una extranjera (Clístenes no hubiese casado a su hija para ser madre de bastardos). En 451-450 a. C., sin embargo —es decir, en época de Heródoto—, una ley propuesta por Pericles, y aprobada por la Asamblea, sólo concedía plenos derechos de ciudadanía a los hijos habidos de un matrimonio integrado por un ciudadano y una ciudadana de Atenas (cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 26; Plutarco, *Pericles* 37). Los teóricos del siglo IV a. C. consideraron, luego, esta medida totalmente acertada; cf. Aristóteles, *Política* 1275b; 1278a.

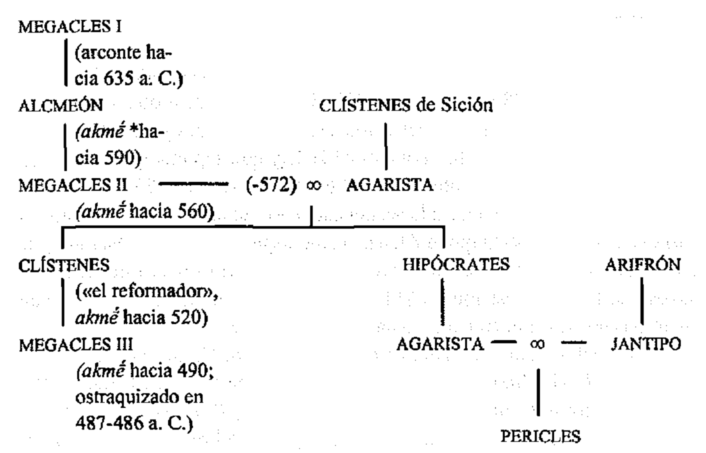
[664] Cf. V 66 y 69.

en sueños una visión: creyó ver que paría un león[665]; y, pocos días después, le dio a Jantipo un hijo: Pericles[666].

---

[665] Como en otros casos, el león aparece aquí como símbolo del poder real (cf. I 84, 3; y V 92 β, 3). Cf. la parodia que al respecto presenta ARISTÓFANES, *Caballeros* 1037.

[666] El nombre de Pericles (que nació entre 495-490 a. C.; cf. R. SEALEY, «The Entry of Pericles into History», *Hermes* 84 [1956], 234 y sigs.), su genealogía y el sueño de su madre son mencionados por el historiador en homenaje al hombre que dirigía los destinos de la poderosa Atenas cuando Heródoto visitó la ciudad (hacia 446-445 a. C.); cf. H. STRASBURGER, «Herodot und das perikleischen Athen», *Historia* 4 (1955), 1 y sigs. Es posible, sin embargo, que esta parte de la *Historia* (VI 121-131) fuera escrita con posterioridad al año 432, cuando los lacedemonios, recordando el asunto del sacrílego asesinato de Cilón en tiempos del arconte Megacles, un Alcmeónida (cf. V 71), exigieron la expulsión de Atenas de esa familia (cf. TUCÍD., I 126-127), a la que, por parte de madre, pertenecía Pericles, cuya genealogía es la siguiente:



* Se llamaba *akmé* al período de la vida de un hombre en que éste se hallaba en su madurez (cf., por ejemplo, PLATÓN, *República* 461a), que se fijaba alrededor de los cuarenta años.

Milcíades ataca infructuosamente Paros

132 Tras el desastre que los persas sufrieron en Maratón, Milcíades, que con anterioridad ya gozaba en Atenas de una sólida reputación[667], vio en aquellos momentos considerablemente acrecentado su prestigio.

Solicitó entonces a los atenienses setenta naves, así como tropas y dinero, pero sin revelarles cuál iba a ser el país objeto de su expedición; simplemente les aseguró que, si secundaban sus planes, los haría ricos, ya que pensaba conducirlos contra un país tan sumamente opulento que, del mismo, podrían llevarse con toda facilidad abundantes sumas de oro. Tales argumentos esgrimía al solicitar las naves, por lo que los atenienses, entusiasmados ante sus promesas, se las concedieron[668].

133 Milcíades se hizo cargo de las tropas[669] y zarpó para atacar Paros[670], so pretexto de que los parios habían sido los

---

[667] Cf. nota VI 518.

[668] Como la guerra entre Atenas y Egina, que el historiador sitúa antes de Maratón (cf. VI 88 y sigs., y nota VI 431), tuvo lugar probablemente en 487 a. C., y dado que, por aquel entonces, los atenienses no contaban con una flota de setenta naves (cf. nota VI 435), hay que suponer que el número de naves que, según Heródoto, la Asamblea ateniense concedió a Milcíades: 1) O es incorrecto, y se debe a la secuencia de los acontecimientos según los narra el historiador, para quien Atenas había dispuesto, antes de Maratón, de una flota integrada por setenta naves (cf. VI 89). 2) O bien que, entre las naves puestas a disposición de Milcíades, figuraban varios transportes para las tropas que no eran en realidad navíos de combate.

[669] Probablemente en primavera del año 489 a. C. Cf. Éforo, fr. 63, F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 70; y P. J. Bicknell, «The date of Miltiades' Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 41 (1972), 225 y sigs.

[670] Isla del archipiélago de las Cícladas, de 195 km.^{2} de extensión, famosa por el mármol que se extraía de las canteras situadas en la falda del monte Marpesa, que, por la pureza de su color blanco, fue muy apreciado en la Antigüedad (la fachada del templo de Apolo en Delfos estaba cons-

primeros en iniciar las hostilidades, al apoyar con un trirreme al Persa en la incursión contra Maratón. Esto, como es natural, era una simple excusa; la verdad es que abrigaba cierto rencor hacia los parios debido a que Liságoras, hijo de Tisias, un sujeto de nacionalidad paria, lo había calumniado ante el persa Hidarnes[671].

Cuando Milcíades llegó con la flota a su objetivo[672], si- 2
tió con sus fuerzas a los parios, que se habían recluido dentro de su perímetro defensivo, y despachó un heraldo para exigirles cien talentos[673], indicándoles que, si no se los entregaban, no retiraría sus tropas hasta haberlos aniquilado.
Sin embargo, los parios no se plantearon ni por un instante 3

truida con mármol pario). En tiempos de la liga delo-ática, era la isla del archipiélago que pagaba el tributo más elevado (cf. H. B. Mattingly, «Athenian Finances in the Peloponnesian War», *Bulletin de Correspondence Héllenique* 92 [1968], 450 y sigs.; y B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal of Archaeology* 29 [1925], págs. 247 y sigs.).

[671] Este Hidarnes (= en persa, *Vidarna)* debe de ser hijo del sujeto del mismo nombre que participó en la conjuración contra «el mago Esmerdis» (cf. III 70 y sigs.). Fue gobernador persa de la costa de Asia (cf. VII 135) y posiblemente quien ordenó a los fenicios, en 493 a. C., la conquista del Quersoneso Tracio, lo que obligó a Milcíades a abandonar la zona (cf. VI 33).

[672] La flota ateniense debió de atracar en la magnífica bahía que posee Paros al norte, y dirigirse por tierra hasta la capital de la isla (del mismo nombre), situada en la costa occidental. Es posible que Milcíades, privado de sus posesiones en el Quersoneso, deseara hacerse con otro lugar en el que imperar (en contra, no obstante, de que Paros fuera la meta de la expedición, cf. R. Develin, «Miltiades and the Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 46 [1977], 571 y sigs.).

[673] Unos 2.590 kg. de plata, cantidad exorbitante que ha permitido pensar que, por esas fechas, la isla constituía el centro neurálgico del comercio insular en el Egeo. Cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 402-403.

la posibilidad de entregarle a Milcíades suma alguna, sino que estudiaron el medio de asegurar la defensa de su ciudad; y, entre otras medidas que pusieron en práctica, decidieron doblar, al amparo de la noche, la altura primitiva de la muralla en aquellos lugares que, por lo general, resultaban más expugnables.

134 Pues bien, hasta ese punto de la campaña todos los griegos coinciden en sus afirmaciones, mientras que los parios dan, a título personal, la siguiente versión de los hechos que con posterioridad ocurrieron[674].

Se hallaba Milcíades sin saber qué hacer, cuando se entrevistó con él una cautiva de nacionalidad paria, cuyo nombre era Timo, que estaba empleada en el templo de las Diosas Subterráneas[675]. Esa mujer se presentó ante Milcíades y le recomendó que, si tenía mucho interés en tomar Pa-
2 ros, siguiera sus indicaciones. La cautiva, acto seguido, le dio unos cuantos consejos y, entonces, Milcíades se enca-

---

[674] A destacar dos rasgos típicos de la concepción herodotea de la historia en su relato sobre la campaña contra Paros: 1. La explicación de un hecho político (Éforo, fr. 63, al aludir a la expedición de Milcíades, afirmaba que había tenido un mayor alcance, puesto que se había dirigido contra más islas; aspecto en el que insiste Nepote, *Milcíades* 7: «ut insulas quae barbaros adiuverant bello persequeretur») a partir de un motivo personal (en este caso, el pretendido rencor de Milcíades contra los parios; cf. VI 133, 1). 2. La preferencia por una versión de la campaña (la paria; la ateniense debía de tener un origen Alcmeónida) en la que se incluía una intervención divina (cf. VI 135, 3). Sobre este rasgo del historiador, cf. C. W. Fornara, *Herodotus*, Oxford, 1971, págs. 59 y sigs.

[675] Deméter y Perséfone, así llamadas por ser Deméter una manifestación de la diosa-tierra, en cuyas profundidades misteriosas se gesta la vida de los vegetales, y porque su hija Perséfone fue raptada por Hades, el dios de los infiernos, que la convirtió en su esposa. Sobre los mitos relativos a ambas diosas, cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 69-72.

minó[676] a lo alto de la colina situada frente a la ciudad; y, en vista de que no podía abrir las puertas, franqueó de un salto la cerca del santuario de Deméter Tesmóforo[677]; hecho lo cual, se dirigió al templo para hacer en su interior algo determinado, ya fuese para cambiar de sitio algún objeto sagrado, o, tal vez, para realizar cualquier otra cosa[678]. Se encontraba ya en el umbral cuando, súbitamente, un escalofrío de terror le sacudió el cuerpo[679], por lo que regresó a todo correr por el mismo camino; pero, al saltar precipitadamente el muro se dislocó el muslo (otros, sin embargo, aseguran que se dio un golpe en la rodilla[680]).

Dado, pues, el mal estado de salud en que se encon- 135
traba, Milcíades emprendió con su flota el regreso sin llevarles dinero a los atenienses y sin haber anexionado

[676] Posiblemente en el texto se han perdido algunas palabras (cf. PH.-E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 123, nota 3), pues el verbo que traduzco por «se encaminó» tiene en griego un significado más preciso.

[677] Cf. nota VI 442. Las ruinas de este templo han sido descubiertas recientemente. Cf. K. P. PHOTIOU «᾿Αρχαιολογικαὶ ἔρευναι εἰς τὴν νῆσον Πάρον», *Archaiologikè Ephēmerís*, 1973, págs. 1-14.

[678] Probablemente con la esperanza de que los parios se desmoralizasen al tener noticias de la profanación de su santuario, o de la desaparición de algún objeto sagrado (tal vez el robo del *paladio* de la ciudad, estatua milagrosa de una divinidad que hacía invencible a la comunidad que la poseía).

[679] Pese a que del texto se desprende que el santuario de Deméter se hallaba extramuros, lo más probable es que Milcíades decidiera profanarlo de noche.

[680] Dado que Milcíades murió de gangrena (cf. VI 136, 3), es preferible esta última versión, ya que el golpe en la rodilla le produciría una herida que le debió de ocasionar la infección. Sobre el fin de Milcíades, cf., asimismo, NEPOTE, *Milcíades* 7-8, quien afirma que fue herido durante el asedio de la ciudad.

Paros[681]; simplemente había sitiado la capital por espacio
2 de veintiséis días y había saqueado la isla. Por su parte los parios, al tener conocimiento de que Timo, la empleada en el templo de las Diosas, había facilitado ciertas informaciones a Milcíades, enviaron consultores a Delfos, en cuanto se vieron libres del asedio, con el propósito de castigarla por lo que había hecho. Y los enviaron para que preguntaran al oráculo si debían ajusticiar a la empleada en el templo de las Diosas por haber indicado a los enemigos el medio de conquistar su patria, y por haber revelado a Milcíades ritos que son secretos para el sexo masculino[682].
3 Sin embargo, la Pitia se opuso a ello, alegando que Timo no era la responsable de lo ocurrido; sino que, como el destino quería que Milcíades tuviera un desdichado final[683], se le había aparecido[684] para conducirlo a la ruina.

---

[681] Éforo *(loc. cit., apud* Esteban de Bizancio, *s. v. Páros)* afirmaba que los parios estaban a punto de acceder a las pretensiones de Milcíades, cuando se declaró un incendio fortuito en un bosque de Míconos. Como los parios habían pedido ayuda a los persas (Éforo, en su racionalización del suceso, habla de Datis como la persona a la que se habían dirigido los isleños, cosa muy improbable), creyeron que aquello era una señal de su próxima llegada y suspendieron las conversaciones (de ahí que en la Comedia se utilice el verbo *anapariázein* con el significado de «dar marcha atrás al estilo pario»). Sobre todas las fuentes que mencionan la expedición de Milcíades contra Paros, cf. K. H. Kinzl, «Miltiades' Parosexpedition in der Geschichtsschreibung», *Hermes* 104 (1976), 280-307.

[682] Por formar parte del ritual de Deméter, una diosa de la fertilidad. Cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griech. Religion...*, I, págs. 456 y sigs.

[683] Cf. nota V 134. Según Pausanias (III 12, 7; aunque se trata de una interpretación basada en un hecho no histórico), la *némesis* divina se debió al asesinato del heraldo enviado por Darío a Atenas en 491 a. C., que fue arrojado al *báratro* (cf. nota VI 235) a instancias de Milcíades.

[684] Es decir, que la divinidad había creado una aparición con los rasgos de Timo (para casos similares, cf. IV 15, 2; VI 69, 1; VII 16, 1; VIII 37, 2; y IX 100).

Condena y muerte de Milcíades

Ésta fue, en suma, la respuesta que la Pitia dictó a los parios. Entretanto, a su regreso de Paros, muchos atenienses tenían, con sus críticas, el nombre de Milcíades en los labios, destacándose en especial Jantipo[685], hijo de Arifrón, quien lo acusó ante el pueblo[686], por haber engañado a los atenienses, y solicitó para él la pena capital. Pese a que Mil- 2 cíades hizo acto de presencia, no se defendió personalmente (pues no se encontraba en condiciones, debido a la gangrena que le afectaba al muslo), siendo sus amigos[687] quienes, mientras él permanecía tendido en una camilla ante el tribunal, se cuidaron de defenderlo con frecuentes alusiones a la batalla librada en Maratón y a la toma de Lemnos[688], haciendo hincapié en que, tras tomar la isla y castigar a los pelasgos, había entregado Lemnos a los atenienses. El pue-

136

[685] El padre de Pericles (cf. VI 131, 2; la rivalidad entre Filaidas y Alcmeónidas continuó durante la generación siguiente en las personas de Cimón, el hijo de Milcíades, y Pericles). Sin duda los Alcmeónidas (a quienes los partidarios de Milcíades habían acusado de traición en Maratón) se tomaban ahora el desquite. Sobre la situación interna en Atenas durante este momento, cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 260-265.

[686] Mediante una denuncia pública *(eisangelía)*, que constituía un procedimiento judicial extraordinario contra delitos políticos, no previstos por la ley, que ponían en peligro la seguridad del Estado. La demanda, en esta ocasión, se presentó directamente a la Asamblea popular que, acto seguido, fallaba como órgano autónomo, reunido en una sesión convocada al efecto, mediante votación secreta, tras escuchar la acusación y la defensa. En este caso se acusaría a Milcíades de traición al pueblo (cf. Platón, *Gorgias* 516e; Demóstenes, *Contra Leptines* 135).

[687] Cf. nota VI 516.

[688] Cf. VI 140.

3 blo, entonces, se pronunció en su favor, absolviéndolo de la pena capital, pero, por la falta en que había incurrido, lo multó con cincuenta talentos[689]. Poco después, a causa de la infección gangrenosa que le afectó al muslo, murió Milcíades, y su hijo Cimón abonó los cincuenta talentos[690].

Digresión sobre la toma de la isla de Lemnos por obra de Milcíades

137 Y por cierto que Milcíades, hijo de Cimón, se apoderó de Lemnos del siguiente modo[691]. Todo empezó a raíz de que los pelasgos[692] fueran expulsados del Ática por los atenienses; ahora bien, de hecho, no puedo precisar si fue

---

689 En un juicio de este tipo (llamado *agȭn timētós,* en el que el tribunal era quien debía fijar la pena, a diferencia de los procesos en los que la pena ya estaba establecida de antemano por la ley), había dos cuestiones a decidir, mediante dos votaciones independientes por parte del tribunal: la culpabilidad del acusado y el alcance de la sentencia. En este caso el tribunal halla culpable a Milcíades de haber engañado al pueblo, pero se pronuncia en su favor al no condenarlo a muerte. Posiblemente, en la segunda parte de su defensa, los amigos de Milcíades propondrían que se le multase con 50 talentos (unos 1.295 kg. de plata), para que el tribunal, ante lo elevado de la suma, pudiera decidirse por la simple sanción monetaria (cf. esta actitud con la adoptada por Sócrates durante su proceso).

690 La tradición posterior difiere, erróneamente, de Heródoto, al afirmar que Milcíades murió en la cárcel y que su propio hijo Cimón fue encarcelado, acusado de haber cooperado con su padre. Cf. Nepote, *Milcíades* 7; Diodoro, X 30; Plutarco, *Cimón* 4; y Ed. Meyer, *Forschungen zur alten Geschichte,* Hildesheim, 1966 (= 1899), II, págs. 25 y sigs.

691 Pese a que se ha supuesto que el conquistador de Lemnos fue Milcíades I (cf. Ed. Meyer, *Forschungen...*, I, págs. 14 y sigs.), a instancias de Pisistrato (cf. VI 37), el propio Heródoto afirma (V 26) que, con ocasión de la campaña de Otanes, en 512-511 a. C., tanto Lemnos como Imbros se hallaban habitadas por pelasgos. Hay, pues, que pensar que, debido a la conquista persa de la isla, los pelasgos sufrieron sensibles pérdidas, cosa que aprovechó Milcíades II (el «Maratonomaco») para, en su calidad de tirano del Quersoneso vasallo de los persas, incluir

justa o injustamente, sólo exponer lo que al respecto se
cuenta. De un lado que Hecateo, hijo de Hegesandro, ha narrado el caso en su *Historia*[693] afirmando que fue una injus-
ticia[694]. Resulta que —según él—, cuando los atenienses 2
vieron las tierras, situadas al pie del Himeso[695], que habían entregado personalmente a los pelasgos, para que se establecieran en ellas, en compensación por el muro que antaño circundaba la acrópolis[696], cuando los atenienses, repito,

---

la isla entre sus dominios alrededor del año 500 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 531; III, pág. 415. (Recientemente, E. Lanzillotta, «Milziade nel Chersoneso e la conquista di Lemno», *Miscellanea greca e romana* 5 [1977], 65 y sigs., ha propuesto una cronología algo más alta, suponiendo que Milcíades conquistó la isla entre 510-506, y que la cedió a los atenienses entre 496-493 a. C., sin duda para tratar de involucrar a Atenas en la sublevación jonia a fin de poder contar con una buena acogida en su patria en el caso —cosa que, en efecto, sucedió— de tener que abandonar el Quersoneso, ante el mal cariz que las operaciones militares presentaban para los sublevados contra Darío.)

[692] Sobre los pelasgos, cf. nota V 101; y F. Lochner-Hüttenbach, *Die Pelasger*, Múnich, 1960 (con la reseña de G. Neumann, *Gnomon* 34 [1962], 370-374).

[693] Acerca de Hecateo, cf. nota V 150. Esta obra, de la que sólo se nos han conservado fragmentos (cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.* 1, frs. A 1-35), se citaba también con el nombre de *Genealogías* o *Tratados heroicos*. Constaba de cuatro libros y se caracterizaba por el tratamiento, en parte racionalista, del mito.

[694] El texto griego es anacolútico y parece adolecer de una revisión, sobre todo al comienzo del capítulo.

[695] El monte Himeto (Heródoto está utilizando, para designarlo, una forma jonia), de 1.026 m. de altura, está situado a unos 7 km. al este de Atenas; las tierras aquí aludidas serían las de la vertiente occidental; es decir, las más próximas a Atenas.

[696] El llamado «muro pelásgico», una fortificación «ciclópea» de una anchura que alcanzaba de 4 a 6 m., fue construido a finales del siglo XIII a. C. para proteger la Acrópolis de Atenas y su erección se atribuía, por parte de la tradición (cf. Pausanias, 128, 3; Mirsilo de Metimna [escritor del siglo III a. C., interesado en primitivas migraciones de pueblos],

vieron que esas tierras —que hasta entonces habían sido baldías y de nulo valor— se hallaban, provechosamente cultivadas, sintieron envidia y deseos de recuperar la zona; y de ahí que los atenienses los expulsaran sin esgrimir ningún otro motivo.

3 Sin embargo, al decir de los propios atenienses[697], los expulsaron con toda razón; pues —según su testimonio— los pelasgos que estaban asentados al pie del Himeso utilizaban ese lugar como punto de partida para agraviarlos de la siguiente manera: las muchachas atenienses iban regularmente a por agua a «La Fuente de los Nueve Caños»[698] (ya que, por aquel entonces[699], ni en Atenas, ni en el resto de

---

fr. 3, F. JACOBY, *F. Gr. Hist.* 477), a los pelasgos, cuando éstos fueron acogidos en el Ática.

[697] Probablemente Heródoto se está haciendo eco de una tradición que debió de crearse en Atenas, en la primera mitad del siglo v a. C., para rebatir las afirmaciones de Hecateo (cf. E. LUPPINO, «I Pelasgi e la propaganda politica del V° secolo a. C.», *Contributi dell'Istituto di Storia Antica* 1 [1972], 71 y sigs.), ya que, al parecer, en el Ática no existía, con anterioridad a dicha fecha, una tradición determinada sobre los antiguos pelasgos; cf. ED. MEYER, *Forschungen...*, I, págs. 8 y sigs.

[698] La referencia a la fuente *Eneacruno* es un anacronismo, ya que, según TUCÍDIDES (II 15, 5), esta fuente —llamada hasta entonces *Callrroe;* es decir, «la de cristalinas aguas— fue acondicionada, y canalizada mediante nueve caños, en tiempos de los Pisistrátidas. Al parecer, esta fuente se encontraba al SE de la Acrópolis, cerca del río Iliso y del lugar en que posteriormente se erigió el Olimpieo. No obstante, se han propuesto otras identificaciones (cf. W. W. HOW y J. WELLS, *A commentary on Herodotus...*, II, pág. 123).

[699] De acuerdo con la cronología que puede inferirse de los testimonios de algunos autores antiguos, la permanencia de los pelasgos en el Ática habría que situarla hacia el año 1100 a. C., ya que TUCÍD. (I 12) afirma que los beocios ocuparon Beocia 60 años después de la guerra de Troya; y fueron los beocios quienes, al ocupar esa región, expulsaron a los pelasgos allí instalados (cf. ESTRABÓN, IX 2, 3).

Grecia, había todavía criados[700]); y, siempre que las muchachas acudían allí, los pelasgos las maltrataban con insolente desfachatez. No obstante, no se contentaron con hacer eso, sino que, por último, incluso fueron sorprendidos mientras estaban tramando un golpe de Estado. Entonces ellos —añaden los atenienses— actuaron con mayor humanidad que los pelasgos, en la medida en que, aun cuando tenían perfecto derecho a aniquilarlos (dado que los habían pillado tramando un complot), no quisieron hacerlo y simplemente los conminaron a que se marcharan de su país. Así fue, en definitiva, como los pelasgos abandonaron el Ática y ocuparon diversos lugares[701], uno de los cuales fue Lemnos. (Como he dicho, la primera versión la suscribió Hecateo, siendo los atenienses quienes alegan la segunda.) 4

Los pelasgos en cuestión, que por esas fechas residían en Lemnos, deseaban vengarse de los atenienses; y, como se hallaban perfectamente enterados de sus festividades, se procuraron unos penteconteros y tendieron una emboscada a las mujeres atenienses mientras estaban celebrando en Braurón[702] una fiesta en honor de Ártemis[703]. Pues bien, tras raptar 138

---

[700] Como en los poemas homéricos la esclavitud es mencionada, Heródoto debe de estar oponiendo la situación existente en su propia época —cuando los esclavos constituían el número más elevado de personas que residían en Atenas— a una sociedad más primitiva (cf. Ateneo, 264; 272).

[701] Entre los mencionados por el historiador, Placia y Escílace, en la Propóntide (cf. I 57, 2); Samotracia (II 57, 3); Imbros (V 26); y Antandro (VII 42, 1).

[702] En la costa oriental del Ática, a unos 28 km. al este de Atenas. La dependencia, que se infiere del texto, de Braurón con respecto a Atenas debe datarse con bastante posterioridad a la legendaria expulsión de los pelasgos (Braurón fue una de las localidades más antiguas del Ática, ya que en el santuario consagrado a Ártemis Brauronia se han hallado restos arqueológicos que datan del Heládico Medio, entre 2000-1580 a. C.). En todo caso, la historia del rapto de las mujeres atenienses puede ser la

de dicho lugar a un buen número de ellas, zarparon de regreso llevándose a las mujeres a Lemnos, donde las convirtieron en sus concubinas.

2 A medida que esas mujeres se llenaban de hijos, iban enseñando la lengua ática y las costumbres atenienses a los pequeños, que no querían tratos con los hijos de las mujeres pelasgas; y, siempre que alguno de ellos resultaba agredido por uno de estos últimos, todos acudían en su ayuda y se prestaban mutuo apoyo. Y es más, dichos niños se consideraban con derechos para dar órdenes a los hijos de los pelasgos, a quienes se imponían autoritariamente[704].

3 Cuando los pelasgos se percataron de ello, mantuvieron entre sí un cambio de impresiones; y, al estudiar la cuestión, les invadió cierta zozobra, preguntándose qué cabía esperar que hiciesen esos niños, cuando con el tiempo se convirtie-

---

reminiscencia de antiguas costumbres matrimoniales, de carácter exogámico, en las que el rapto desempeñaría un importante papel.

[703] Según una leyenda ateniense, Orestes dejó en el santuario de Braurón la estatua de Ártemis que había robado en la Táurica (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros* 1435 y sigs.). Las mujeres atenienses se dirigían al templo de la diosa para celebrar una fiesta, de carácter estrictamente femenino, en el curso de la cual, y para expiar la muerte de una osa consagrada a la divinidad, unas muchachas (a quienes se denominaba «osas»; cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 645) imitaban los gestos de ese animal (cf. *Escolio* a ARISTÓFANES, *Lis., ad locum).* En general, cf. L. DEUBNER, *Attische Feste,* Berlín, 1956, págs. 207 y sigs.

[704] Es curioso comprobar cómo, en esta leyenda —inventada, sin duda, para justificar el dominio ateniense sobre Lemnos—, la superioridad «natural» de unos griegos sobre gentes de otra raza se manifiesta desde la infancia, como algo consustancial a la personalidad helénica. Como en el caso de la madre del escita Escilas (cf. IV 78, 1), las mujeres atenienses enseñan a sus hijos su lengua y sus costumbres. Como en la leyenda de Ciro (cf. I 114, 1), aparece una concepción aristocrática de la vida griega, que atribuye a la calidad del nacimiento las cualidades morales de un individuo.

ran en unos hombres, si ya decidían prestarse ayuda contra los hijos de sus legítimas esposas y, desde su más tierna infancia, intentaban darles órdenes. Los pelasgos, entonces, 4
resolvieron matar a los niños que habían tenido con las mujeres áticas, cosa que, efectivamente, hicieron; y, de paso, acabaron también con sus madres. A raíz de este crimen y de aquel más antiguo que cometieron las mujeres[705] cuando, en tiempos de Toante[706], asesinaron a sus maridos, se ha generalizado en Grecia la costumbre de denominar «lemnios» a todos los crímenes abominables[707].

Tras haber asesinado a sus hijos y a las mujeres, la tierra 139
dejó de dar fruto a los pelasgos, y sus mujeres y rebaños no eran fecundos como antes. Entonces, ante el hambre y la esterilidad que padecían, enviaron emisarios a Delfos para solicitar algún remedio contra las calamidades que les aquejaban[708]. Y la Pitia les aconsejó que diesen a los ate- 2

---

[705] Sobreentendido, «de Lemnos», que Heródoto no precisa, pues la leyenda era suficientemente conocida en su época.

[706] Literalmente, «asesinaron a los con Toante, sus maridos»; es decir, a los camaradas de Toante, que vivieron con él y fueron sus contemporáneos (cf. Ph.-E. Legrand, *Hérodote. Livre VI...*, pág. 126, nota 3). Las mujeres de Lemnos habían ofendido a Afrodita y la diosa las castigó haciendo que sus cuerpos despidiesen un olor inmundo, por lo que sus esposos se negaban a mantener relaciones sexuales con ellas y preferían la compañía de sus esclavas tracias. Las lemnias, para vengarse, mataron a todos los hombres de la isla, salvo a Toante, el rey, que fue salvado por su hija Hipsípila (cf. Apolodoro, I 9, 17). Sobre la interpretación de esta leyenda, que se basa en antiguos ritos exogámicos y de fecundidad, cf. G. Dumézil, *Le crime des lemniennes*, París, 1924.

[707] Cf., por ejemplo, Esquilo, *Coéforos* 633.

[708] La prosperidad o desgracia, por intervención divina, siempre afectaba a una comunidad en la fecundidad o esterilidad de la tierra, el ganado y las mujeres (cf. Sófocles, *Edipo Rey* 25-27; Esquines, *Contra Ctesifonte* 111), hasta el punto de que la fórmula religiosa y tradicional

nienses las satisfacciones que estos últimos determinaran personalmente. En consecuencia, los pelasgos se dirigieron a Atenas y manifestaron que estaban dispuestos a dar satisfacciones por todo el daño cometido.

3 Por su parte los atenienses colocaron en el pritaneo un diván lo más ricamente engalanado que pudieron y, a su lado, una mesa repleta de toda suerte de manjares, y ordenaron a los pelasgos que les entregaran su país en las mismas
4 condiciones. Entonces los pelasgos —que sabían que su proposición no podía cumplirse, pues el Ática se encuentra situada muy al sur de Lemnos[709]— les respondieron en los siguientes términos: «Cuando, a favor del viento del norte, llegue una nave, de vuestro país al nuestro, en una sola jornada, ese día os lo entregaremos».

140 Nada más ocurrió entonces. Pero muchísimos años después de estos hechos[710], cuando el Quersoneso Helespóntico cayó en manos de los atenienses[711], Milcíades, hijo de Cimón, se trasladó a bordo de una nave, en la estación de los vientos etesios[712], desde Elayunte, en el Quersoneso, a

---

de imprecación griega hacía hincapié en esa triple faceta (cf. Hesíodo, *Trabajos* 225-247; Esquilo, *Euménides* 916-1020). Sobre la consulta a Delfos ante la plaga que aquejaba a los pelasgos, cf. nota V 387.

[709] Atenas está situada a unos 240 km. al SO de Lemnos.

[710] Sobre la fecha de la toma de Lemnos (teóricamente algo más de 500 años después de los hechos narrados por Heródoto), cf. nota VI 691.

[711] No porque el Quersoneso fuese una posesión ateniense en la que se hubiesen instalado *clerucos,* sino porque el tirano del Quersoneso era Milcíades, un ciudadano de Atenas (naturalmente, la afirmación tiende a magnificar la gloria de Atenas, pues Milcíades era un vasallo del rey persa y, como tal, tomó parte en la expedición de Darío contra Escitia; cf. IV 137, 1).

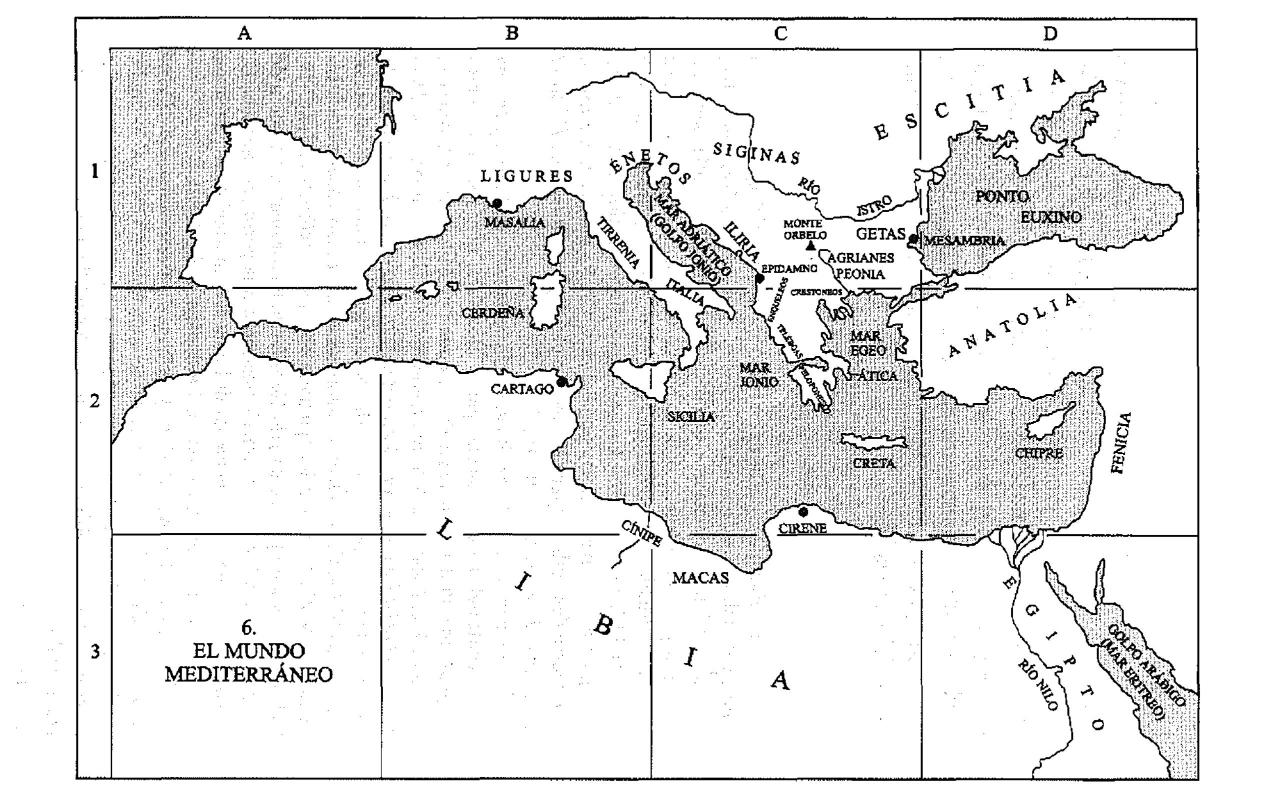
[712] Es decir, vientos «anuales» (del griego *étos,* «año»). En el Egeo soplan durante los meses del verano desde el N-NE.

Lemnos[713], por lo que conminó a los pelasgos a que abandonasen la isla, recordándoles el oráculo cuyo cumplimiento ellos, en su fuero interno, pensaron que jamás se produciría. Pues bien, los hefestieos obedecieron sus órdenes; sin em- 2
bargo, los de Mirina[714], que se negaban a admitir que el Quersoneso fuera el Ática, se vieron asediados, hasta que también ellos se plegaron a su voluntad. Así fue, en suma, como se apoderaron de Lemnos los atenienses, y concretamente Milcíades[715].

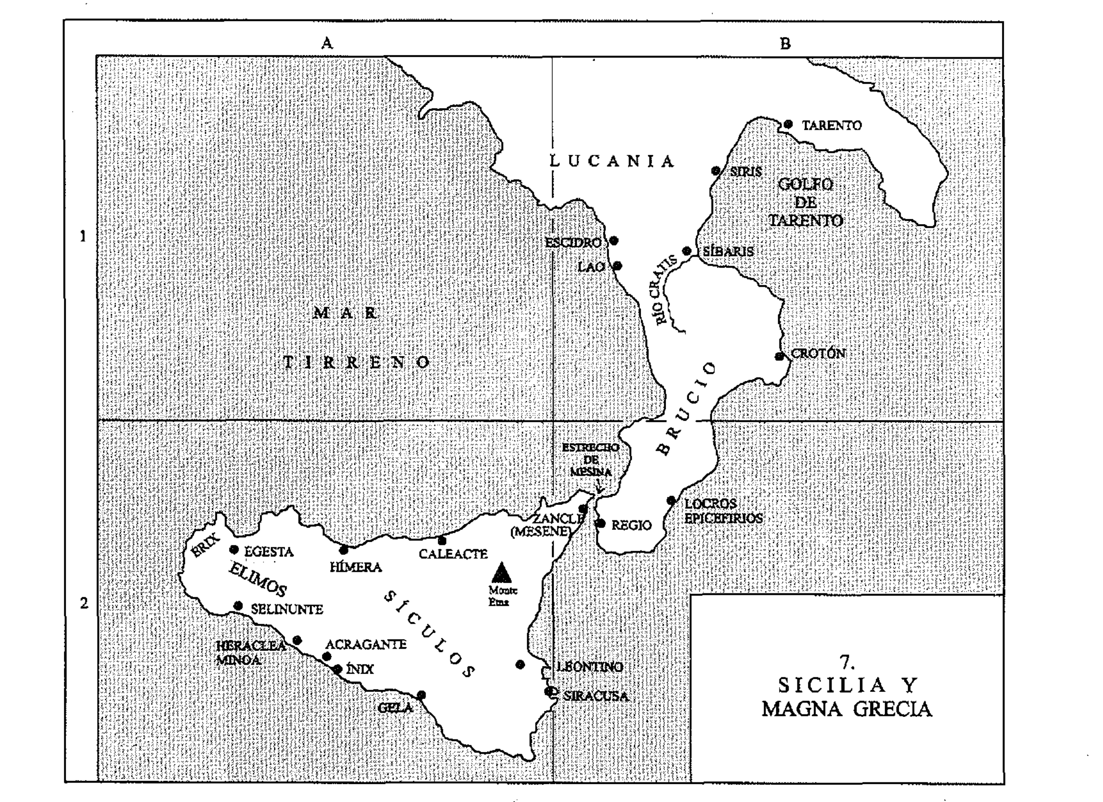
[713] Desde Elayunte, en la extremidad meridional del Quersoneso, a orillas del Helesponto, hasta Lemnos —que está situada hacia el SO—, hay unos 65 km., distancia que, en condiciones normales, podía salvar un navío griego en unas siete u ocho horas. La velocidad media de una nave griega era variable según los vientos y las corrientes, y podía ir desde 150 km. cada 24 horas, hasta 250 km., un promedio excepcional que sólo se conseguía en las más óptimas condiciones. Cf. R. VAN COMPERNOLLE, «La vitesse des voiliers grecs à l'époque classique», *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome* 30, 1957.

[714] Hefestia se encontraba situada en la costa norte de la isla, y Mirina en la occidental. Es de destacar que ni Heródoto, ni las demás fuentes antiguas que aluden a la toma de Lemnos por Milcíades (cf. NEPOTE, *Milcíades* 1-2; DIODORO, X 9, 6; ZENOBIO, *Prov.* III 85; SUDA, *s. v. Hermónios cháris;* ESTEBAN DE BIZANCIO, *s. v. Hēphaistia)* mencionan la presencia de tropas persas en la isla, pese a que Lemnos había sido conquistada en 512 a. C. por Ótanes, quien había nombrado gobernador a Licareto (cf. V 27, 1). Como ha apuntado H. BERVE, *Miltiades...*, pág. 49, Hefestia se sometió porque su jefe Hermón había asesinado, en unión de sus partidarios, a Licareto y temería una represalia persa (cf., además, D. MUSTILI, «L'occupazione ateniense di Lemnos e gli scavi di Hephaistia», *Studi offerti a E. Ciaceri,* Florencia, 1940, págs. 149 y sigs.).

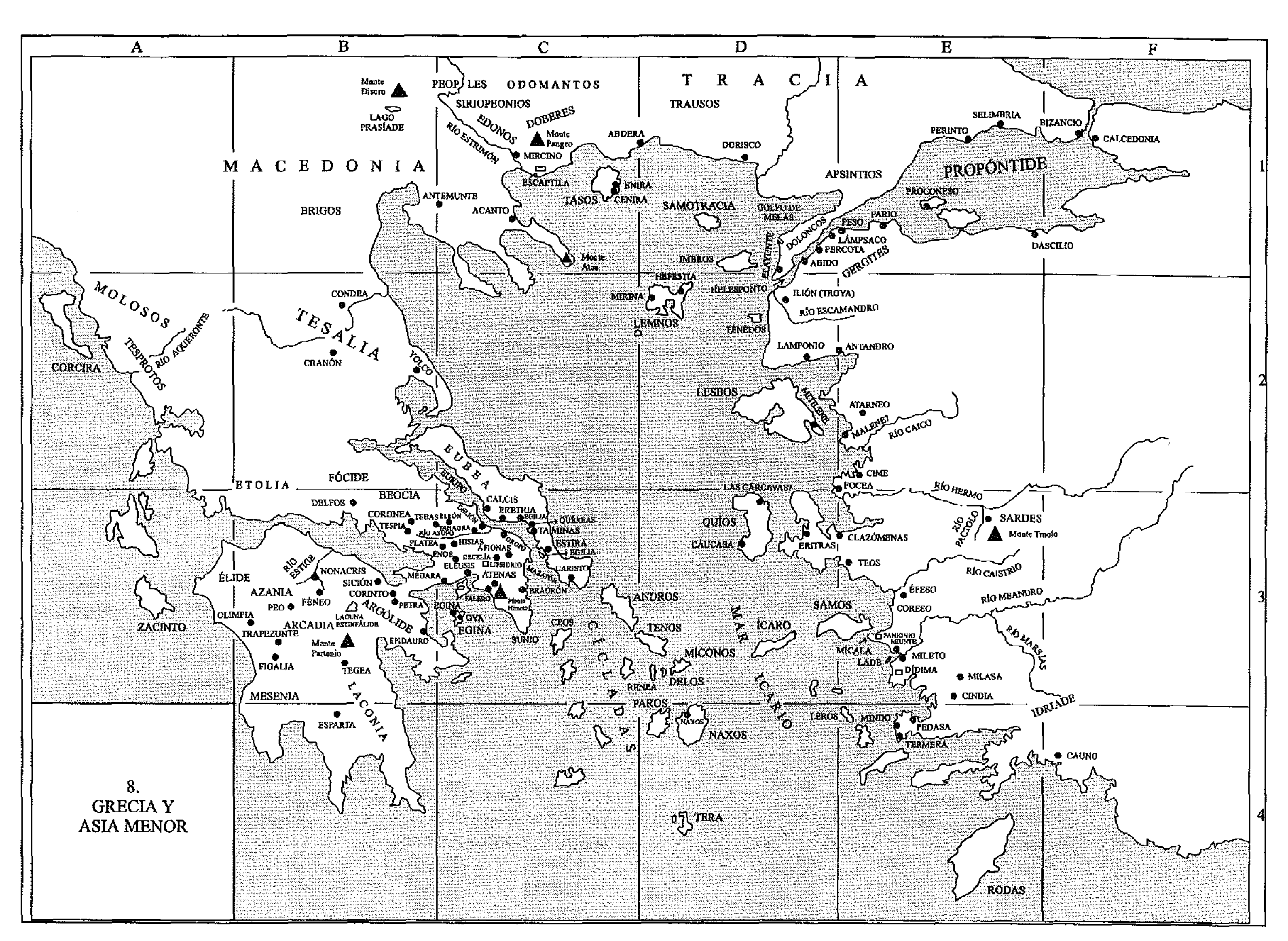
[715] Como señalan W. W. How y J. WELLS *(A commentary on Herodotus...*, II, pág. 124), «the capture of Lemnos forms an admirable finale, making a pause in the history before the great war, and recalling the great services of the hero Miltiades instead of closing the book with his miserable death».



6.
EL MUNDO
MEDITERRÁNEO



7.
SICILIA Y
MAGNA GRECIA



8.
GRECIA Y
ASIA MENOR

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *El mapa de Hecateo;* 2 = *La ruta real entre Sardes y Susa;* 3 = *La campaña de Jonia;* 4 = *La guerra Esparta/Argos;* 5 = *Maratón;* 6 = *El mundo mediterráneo;* 7 = *Sicilia y Magna Grecia;* 8 = *Grecia y Asia Menor),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevado índice de frecuencia.

ÍNDICE GENERAL